El Niño del Balero

Marina Nill

Capítulo 1

Antes de empezar... quiero hacerte una aclaración.

El Niño del Balero es la segunda parte de mi novela **El Juego de las Máscaras**. Para entender el punto en que se encuentra la historia y ponerte a tono con los personajes y sus conflictos, te recomiento que leas primero **La Plegaria del Amanecer**.

Desde ya, te agradezco profundamente los comentarios que quieras dejarme.

¡Qué disfrutes la lectura!

Marina Nill

Capítulo 2

Cuando Sofía atravesó el umbral,

el Pasado se agitó,

y respondió con oleadas susurrantes

que se desplegaron ante ella

hasta materializarse en su propio ocaso.

Capítulo 3

Capítulo Uno:

Capítulo Uno: Una nueva oportunidad - I

Hoy llegaba Berenice. Finalmente, tras dos meses de una larga espera. En otras circunstancias, la situación lo hubiera hecho inmensamente feliz. Hablar esporádicamente por teléfono, responder algún correo electrónico con dos frases escuetas, ¡y a seguir padeciendo el resto de su vida sin tener que preocuparse de nada más!

Pero hoy, ése no era el caso.

Justamente cuando más necesitó verla y tenerla a su lado, para conversar largo y tendido… ¡se terminaron los breves viajes de fin de semana! Sostener por teléfono la conversación que se debían, era imposible; mucho menos por el Messenger. Tampoco quería que la ansiedad que lo consumía fuera evidente; hasta hacía unas pocas semanas, la detestaba y no intentaba disimularlo; ¿cómo explicar ahora esta súbita necesidad de verla y dialogar?

Caviló por ello acerca de la conveniencia o no de irla a buscar al Aeropuerto. Jamás había vuelto a hacerlo, desde sus primeros tiempos de noviazgo. Si bien sería un toque romántico, también sería sospechoso. Le dio vueltas al asunto hasta que le avisaron que esa semana le correspondía trabajar en el turno tarde. No podría ir a buscarla, aunque lo hubiera decidido. Lo tomó como una señal del destino.

La situación era desesperante. Ya no se trataba solamente de que se negara a perder a su novia por otro hombre. Sentía que además la necesitaba como escudo contra Francisco. Después de lo que había descubierto, ya no se sentía seguro en su cercanía, pero no tenía muchas maneras de escapar. De alguna forma, aunque más no fuera económicamente, se necesitaban. Pensándolo mejor, él lo necesitaba. A Francisco poco le importaría tener que juntar sus trastos para regresar a la casa de sus padres. Pero Ignacio no se imaginaba haciendo lo mismo. Menos ahora, que su relación con su madre estaba retrocediendo dramáticamente.

Por eso necesitaba a Berenice. Había llegado el momento de pensar en mudarse a algún lugar juntos. E intentar. Quizás algo bueno resultara del experimento. Cualquier cosa sería mejor que la pesadilla en que se había convertido su vida, desde que descubriera la doble vida de Francisco.

Él no sabía que Ignacio lo había descubierto. Y si lo sabía, lo disimulaba muy bien. Aquella tarde, atenazado por la impresión, Ignacio permaneció

encerrado y en silencio en su habitación. Oyó como las voces de Francisco y otro hombre gruñían algo acerca de los ruidos que hacían los vecinos, que se oían como salidos de allí mismo, y luego oyó cerrarse la puerta de un golpe y nuevamente los gritos y jadeos. Sencillamente repugnante. Tuvo que controlar sus deseos de salir corriendo. Permaneció encerrado y en silencio incluso cuando ambos salieron una vez más de la habitación y entraron al baño a ducharse. Cuando terminaron, se prepararon un café antes de salir a la calle. Por las dudas se hubieran olvidado algo y regresaran a por eso, Ignacio se quedó en su dormitorio. Un largo rato después abrió la puerta y, temblando, se metió al baño para darse una ducha. No podía dejar de pensar en todas las veces que había oído a Francisco con una mujer, en las veces incluso en que por accidente había entrado a su habitación y lo había visto con una, entrelazados los cuerpos y jadeando apasionadamente… Lo que acababa de vivir no tenía sentido; parecía un mal sueño.

Tanto lo había perturbado, que prefirió no confrontarlo… aún. A pesar de lo mucho que le costaba, puso lo mejor de sí por seguir siendo el cavilante quejoso de siempre. El hotel, Berenice y su madre continuaron, por bastante tiempo, siendo el tema central de todas las conversaciones. Y la siguiente vez que una señorita pasó la noche con Francisco, le dio a Ignacio la oportunidad perfecta de pedirle que se midiera con sus placeres, ya que era poco seguro que estuviera metiendo tantas desconocidas a la casa. Por respuesta, Francisco se largó una carcajada y se encogió de hombros. Aquello desalentó completamente a Ignacio, como para atreverse a sugerir algo más. Y desganado, estresado, preocupado -como siempre- continuó su vida.

Mientras atendía a los pasajeros del hotel y repartía directivas a las mucamas, pensaba en Berenice, que ya debería haber llegado a Resistencia. Hubiera deseado verla esa misma noche, pero logró contenerse y hacer las cosas bien. Esperaría hasta su franco, y entonces pasarían el día juntos. De todas formas, las últimas veces que ella estuvo en la ciudad, se veían sólo una o dos veces, brevemente y como si no quedara más remedio. ¡Pero sabía cuánto le costaría esperar a que su franco llegara!

Capítulo 4

Capítulo Uno: Una nueva oportunidad - II

–¿Realmente pensás insistir en esta payasada?

Lógicamente, Francisco estaba al tanto de sus planes. No sabía la verdadera razón que los motivaba, pero la adivinaba.

–Ignacio, ¿de qué estás huyendo ahora?

–No estoy huyendo; simplemente, creo que llegó la hora de sentar la cabeza –replicó Ignacio, con la vista fija en su café.

–¡Es ridículo! –se burló Francisco. De la lista de cosas que Ignacio había proclamado que deseaba hacer antes de enterrarse vivo en un matrimonio, apenas había concretado la independencia económica de su madre. Aún no había logrado entrar como abogado en ningún estudio jurídico y mucho menos estudiar arte, que era lo que –según él– realmente lo motivaba. ¿Realmente pensaba renunciar a todo eso, por una mujer que hasta hacia poco aborrecía y que encima lo había engañado con cualquiera?

Ignacio soportó con serenidad su discurso. Francisco, al observar que sus comentarios hirientes no provocaban ningún efecto, acabó rápidamente su desayuno y se marchó a la oficina. Fue el momento que aprovechó Ignacio para telefonear a Berenice a la casa de sus padres. Habían planeado pasar el día juntos en la casa de Ignacio, porque a pesar de la presencia de Francisco, allí tendrían más intimidad. Ignacio había programado cocinar el platillo favorito de Berenice, dormir la siesta juntos y pasear por la tarde. Y conversar mucho. Como si recién se estuvieran conociendo. Era conciente de que había grandes posibilidades de que volviera a decepcionarse de ella, pero juraba que esta vez haría todo lo posible por aceptarla y amarla a pesar de sus defectos.

Quiso pasar a buscarla, pero Berenice se negó; lo consideraba una pérdida de tiempo. En unos minutos, ella estaría allí. El recuerdo que Ignacio tenía de “unos minutos” no bajaba de dos horas, pero sin embargo, en menos de veinte minutos un auto estacionó delante de la casa y la joven descendió, hermosa e impecable hasta en el último detalle. El contuvo su ansiedad; esperó que ella llamara a la puerta y recién entonces abrió. La recibió con una sonrisa y la envolvió en un tierno abrazo. Como ella no atinaba a reaccionar, la besó brevemente en los labios.

–Berenice… –quiso recitar la disculpa que venía ensayando, pero ella lo

interrumpió, temblorosa.

–Antes de que hagamos nada, hay algo que tengo que decirte –murmuró.

El momento crucial había llegado. Ignacio sintió que se helaba por dentro. Si ella lo reconocía, sería muy valeroso de su parte, y hablaría muy bien de su sinceridad y madurez para enfrentar sus errores. Si lo negaba… tendría que elegir a quien creer. A ella, naturalmente; de lo contrario, no estaría tratando de recomponer la pareja. Pero la duda viviría por siempre en su corazón. Sin embargo, había una tercera opción, en la que prefería no pensar. Que ella hubiera elegido al otro, y estuviera aquí para cortar de frente la relación.

Torpemente, le ofreció algo para beber, que ella rechazó con una sonrisa temerosa. La invitó luego a tomar asiento, pero también se negó. Allí, de pie, a pocos pasos de la puerta principal, Berenice lo soltó.

–Hice algo horrible, Ignacio. Quise esconderlo, como si nunca hubiera pasado, pero mi conciencia me atormenta. Seguramente vas a odiarme cuando lo sepas, y seguramente aquí se va a terminar lo nuestro…, porque ni siquiera lo puedo explicar. Sé por qué lo hice, pero eso no lo justifica.

Ignacio tenía los ojos fijos en ella, sin pestañear. Sentía los latidos de su corazón retumbar en cada célula de su cuerpo. Pero no atinó a decir nada.

–Estuve con otro –confesó con brusquedad Berenice, y se echó a llorar, desconsoladamente.

Ignacio la abrazó con dulzura. Lo había hecho. Se lo había dicho. Para él, nada tenía más importancia que esto. Pero Berenice se liberó de sus brazos y lo miró a través de las lágrimas.

–No entendía por qué de repente empezaste a rechazarme. Creí que ya no me querías. ¡Pero yo te extrañaba y seguía necesitándote! No sé por qué lo hice… creo que te buscaba a vos en él…, pero no te encontré… De todas formas, lo que hice no tiene justificativo…

Ignacio la tomó de las manos, la atrajo hacia sí y se las besó. En un gesto muy tierno, le secó las lágrimas con las yemas de los dedos.

–No fue tu culpa, Berenice. Me lo merezco. Me porté muy mal con vos –reconoció–. Y te agradezco que hayas tenido la nobleza de confesármelo… –estuvo a punto de agregar “porque ya lo sabía”, pero se detuvo a tiempo: no era el contexto indicado.

La joven estaba confundida. Había esperado que Ignacio reaccionara echándola de la casa. ¿No sería esta confesión la razón ideal para quitársela definitivamente de encima? Sin embargo, él no parecía tener intenciones de hacer eso.

–Creo que nos merecemos una segunda oportunidad… Empezar de nuevo, ambos, sin renunciar a nuestros sueños, respetando nuestros tiempos y prioridades, negociando algunas cosas… Siete años es demasiado, para echarlo por la borda por un accidente en tu vida.

Aquello la terminó de impactar. Este no era el Ignacio que creía conocer… No sabía si maravillarse o preocuparse. Había llegado hasta esta casa convencida de que el "día especial" que Ignacio había planificado solamente duraría hasta su confesión; se había preparado psicológicamente para una discusión y ruptura… ¿y ahora él, justamente él, le proponía darse una segunda oportunidad, después de lo que ella había hecho?

Evidentemente, su expresión de incredulidad, o quizás el tiempo que se estaba tomando para responder, llevaron a Ignacio a insistir.

–¿Estás de acuerdo?

–¡Por supuesto que sí! –sollozó ella, y se echó a sus brazos.

Se abrazaron y se besaron intensamente. Por un instante, ella recuperó su sueño de formar una gran familia con este hombre. Ya no a los veinticinco años; quizás recién a los treinta. Pero con él. Y felices, todos. Al mismo tiempo, por un instante, él revivió aquella sensación reconfortante y melancólica a la vez, de haber regresado a un hogar perdido en el tiempo y en el fondo de su corazón.

Capítulo 5

Capítulo Uno: Una nueva oportunidad - III

Fue un día maravillosamente especial. Ignacio cocinó el platillo favorito de Berenice y ella preparó el postre para Ignacio. Cuando terminaron de comer, y antes de que Francisco regresara, se encerraron bajo llave en la habitación de Ignacio, a dormir una siesta. Lo que menos hicieron fue dormir. Apenas se metieron a la cama, Ignacio comenzó a quitarle suavemente la ropa a Berenice, mientras la besaba y acariciaba apenas contenidamente, con la ansiedad acumulada tras tanto tiempo sin intimidad. Entre jadeos y gemidos, se desnudó rápidamente, y se cobijaron del aire frío bajo las mantas. Pocos minutos después, arrojaron las mantas al piso, y permanecieron amándose insaciablemente, con una pasión que los consumía. En Ignacio se acrecentó la sensación de haber regresado a la calidez de un hogar conocido y añorado. Berenice, entre gemidos de placer y lágrimas de culpa, agradecía aferrada a él esta segunda oportunidad, que jamás había figurado en sus planes.

Cuando terminaron, permanecieron acostados, abrazados en silencio, hasta que el frío comenzó a dolerles. Entonces, él alzó las mantas del piso y las usó para envolver sus cuerpos desnudos. Fue el momento de comenzar a dialogar. Aún temerosa de que todo lo que acababa de vivir fuera solamente un sueño, Berenice fue la primera en hablar.

–Necesitaba esto, hace mucho, porque te amo, y necesito sentirte cerca. Pero no sabía cómo pedírtelo, porque cada vez nos alejábamos más. ¿Qué nos pasó, Ignacio?

El demoró en responder. Mientras acariciaba y besaba los hombros de Berenice, recostada sobre su pecho, su mente voló hacia atrás en el tiempo. Tras avanzar dentro de una espesa neblina en la que solamente pudo revivir el rechazo que le nacía hacia Berenice, llegó hasta una romántica cena en la que solamente ella hablaba y hablaba de sus planes, y él solamente la escuchaba y respondía breves acotaciones por inercia. Ya entonces no la soportaba, pero hoy no podría asegurar que la causa fuese Berenice misma, o si la usaba de excusa para desahogar la frustración enorme que era su vida entera.

–Me asusté –confesó finalmente, antes de que su silencio se prolongara demasiado–. Como ya te dije, yo tenía otros planes para mí, pero me faltó el coraje para defenderlos. Preferí someterme a los deseos de mis padres, pero eso generó una insatisfacción muy grande, que no tenía cómo canalizar. Cuando me recibí…, me aterrorizó pensar que nos casaríamos y que de inmediato llegaría el primer hijo…, y que cada una de esas cosas me alejarían cada vez más y más de lo que deseo experimentar. Y en mi afán de –esta vez sí– defender mis sueños, arremetí con una ferocidad

injustificable hacia vos…, porque te temía…, porque ahora eras vos la que tenía el poder de destruir para siempre eso que yo deseaba…

Berenice sollozó. Su primera reacción, al plantearle Ignacio esto por primera vez, había sido sospechar que él la quería despachar por haber encontrado a otra mujer. En cierta forma, nunca pudo quitarse ese temor del corazón. Y finalmente, había sido ella quien… Pero él se lo había perdonado, algo que Berenice no estaba segura de haber podido hacer, de haberse dado la situación inversa.

–Es preferible que no hablemos más de eso –pidió Ignacio–. No estoy diciendo que hagamos de cuenta que nunca ocurrió, porque sería absurdo: sí ocurrió y fue un llamado de atención para ambos. Pero no nos quedemos anclados en esto. Que sirva para que no se repita.

Sabía que de sobra debería lidiar con ello desde otros lugares. Francisco, su madre, amigos y compañeros del trabajo… El hecho de que Berenice fuera tan conocida, los hacía muy vulnerables. Pero al menos, mientras fueran solamente ellos dos, quería mantener lejos el recuerdo de lo que había sucedido.

Oyeron entrar a Francisco, comer algo y meterse a su habitación. Un par de horas después, lo oyeron salir. Cuando quedaron nuevamente solos en la casa, se metieron al baño para darse una ducha caliente antes de merendar y salir a pasear.

Fue en medio del paseo, cuando hablaban del trabajo y sus planes para el futuro, exactamente igual a las primeras veces que habían salido antes de ponerse de novios, cuando Ignacio lo soltó.

–Creo que ahora estoy preparado. De verdad.

Berenice lo miró, desconcertada, sin saber a qué se refería. Él lo aclaró.

–Me refiero a irnos a vivir juntos. ¡Pero solamente eso, por ahora! Luego, de acuerdo a lo que resulte, podríamos empezar a hablar del casamiento.

La sorpresa la inmovilizó.

–Ignacio, ¿estás seguro? –logró preguntar luego, con la voz ronca por el asombro. No lo creía. Sencillamente. Desde hacía tres meses que vivía atormentada por lo que había hecho, esperando el momento de volver a verlo, suponiendo que sería la última vez y de la peor manera… Y por el contrario, él la había recibido en su casa, en sus brazos, le había hecho el amor y ahora le proponía el primer paso para la consolidación de la pareja: irse a vivir juntos, un sueño al que ella ya había renunciado.

–¡Claro que sí! De otra manera, no lo estaría diciendo. Solamente necesito que vayamos paso por paso, quizás hasta lentamente, flexibilizando y alternando nuestras prioridades, para poder cumplir con todo respetando las necesidades de ambos. Para serte sincero: no me veo casado antes de los treinta años. Si te sirve…, te invito a que lo intentemos.

Con lágrimas de felicidad cayendo sobre sus mejillas, Berenice se arrojó a sus brazos. Ignacio la abrazó fuertemente. Necesitaba creer que esta vez funcionaría. Necesitaba empezar una nueva vida, más tranquila, más estable, más normal… Todo lo que había experimentado en los últimos meses, justamente había servido para que valorase más lo que había estado a punto de perder.

Capítulo 6

Capítulo Uno: Una nueva oportunidad - IV

Como compensación por haber pasado tanto tiempo sin viajar a Resistencia, en esta oportunidad Berenice permaneció en la ciudad por una semana. Se dispusieron a disfrutarla intensamente. Hasta su próximo cambio de turno, Ignacio tenía que trabajar por las tardes, de modo que podían pasar juntos la noche y aprovechar las mañanas.

Así fue como amanecieron abrazados y desnudos a pesar del frío, aquel primer días tras la reconciliación. En su afán por volver a conocerse y hacer en esta oportunidad las cosas bien, planificaron en detalle las actividades de cada día. Berenice lo pasaría a buscar del hotel cuando terminara su turno; de allí irían a cenar algo y luego, a casa de Ignacio, a dormir. Por la mañana, pasearían o conversarían en el minúsculo jardín de la casita, y durante la tarde, mientras Ignacio trabajaba, Berenice visitaría a sus padres, hermanos y amigos, hasta que se hiciera nuevamente la hora de pasar por Ignacio al hotel.

Francisco los evitaba. Se cruzaron una o dos veces, se saludaban apenas y cada uno seguía su curso. Ignacio no creía que fuera una gentileza del joven por respetar su intimidad, pero tampoco sabía a qué atribuirlo. Ni le importaba. Había descubierto que los meses que pasaron distanciados Berenice y él, los había hecho madurar; ahora, se comprendían, se toleraban y se disfrutaban mucho más y de mejores maneras, que en la primera etapa de su relación.

Al tercer día de estar repitiendo esa rutina, Berenice propuso algo distinto, algo que supuso, entusiasmaría a Ignacio.

–¿No querés que vayamos a visitar a tu abuela?

Notó que él titubeaba.

–Fue muy vívido mi sueño –le contó–, como si de verdad hubiéramos estado allí los tres. Quizá se debió a que en esa fecha se cumplía otro aniversario del fallecimiento de mi abuela… y todavía la extraño. Ya sé que el Alzheimer destruye a las personas, pero… ella aún está viva, Ignacio. A pesar de su enfermedad. Por todo lo que te brindó, por lo que vivieron juntos, se merece verte de tanto en tanto, aunque no te reconozca, y saber que ese guapo desconocido la ama.

Berenice tenía razón. Debía aprender a vencer sus temores egoístas y devolver un poco del amor que había recibido. Irían. Hoy mismo.

Como cada vez que intentaban salir a caminar ocurría algo (una mañana, una niña había reconocido a Berenice, y sus gritos llamaron la atención de la gente que pasaba por el lugar, lo que les costó media hora de estar firmando autógrafos; a la siguiente, un cascote estuvo a punto de pegarle a Berenice en la cabeza, y se escuchó como alguien gritaba rabiosamente el nombre del personaje que interpretaba en la tira. Ignacio se puso furioso; empezó a buscar por todas partes para devolver con puntería el cascote, pero Berenice lo tranquilizó asegurándole que estaba bien y que era el precio que debía pagar cuando alguien no lograba separar la ficción de la realidad), decidieron ir al geriátrico en remise, solamente para asegurarse de que hoy no los afectaría ningún percance.

Cuando llegaron a destino Ignacio se sentía tan nervioso que fue Berenice quien preguntó por la señora Dora de Magallanes. La mujer que la atendió se encogió de hombros y negó con la cabeza.

–Dora Scheider de Magallanes –rectificó Ignacio, acercándose.

La mujer cambió de inmediato su expresión. Permaneció unos segundos con los ojos fijos en ellos, sorprendida, pasándolos de Berenice a Ignacio y luego a Berenice de nuevo.

–Disculpen, ¡pero hace tanto que esa mujer no recibe una visita…! ¿Ustedes quiénes son?

–Yo soy Ignacio Magallanes, su nieto, y ella es mi novia Berenice –respondió el joven, sintiéndose ahora culpable ante la mirada atónita de la profesional–. Y sí, es cierto que pasaron muchos años…, pero no soportaba ver así a mi abuela…

–¡Qué extraño! Debe haber sido en la primera época, cuando la medicaban para sacarla de la depresión por la muerte de su hijo. Pero eso fue hace siete años. Está más anciana ahora, es cierto, pero más lúcida que muchos de nosotros –bromeó la mujer.

Ignacio y Berenice se echaron una mirada rápida y desconcertada. Supusieron que la mujer simplemente estaba siendo amable y que buscaba suavizar la situación. De inmediato, ella los guió hacia el jardín y les señaló una silueta que se encontraba sentada en un banco, bajo los rayos del sol, encorvada e inclinada sobre un libro que tenía en el regazo. A pesar de la distancia, Ignacio reconoció a su abuela. Quiso avanzar hacia ella, pero sintió que las piernas le temblequeaban. Berenice también lo notó; lo tomó de la mano y caminaron juntos. En el segundo que duró su indecisión al pararse frente a la abuela y pensar cómo la saludarían, ella se les adelantó.

–¿Ignacio? ¿Berenice? ¿Son ustedes realmente?

Fue tal la sorpresa que se llevó Ignacio, que permaneció rígido en su lugar, sin aliento, sin atinar a hacer un solo movimiento. Fueron solamente un par de segundos, pero a él le supieron a eternidad. Finalmente, con la garganta seca, logró hablar.

–¿Abuela?

–Que yo dude y desatine tiene sentido, porque soy una vieja, pero en tu caso es una desgracia, hijo; ¡sos muy joven para andar desconociendo a la gente!

Ignacio había creído que no podría enfrentar a una mujer confundida y semi inválida, pero encontrarse con la abuela que recordaba de toda la vida lo impactó aún más. Psicológicamente se había preparado para otra escena.

–¿No vas a abrazarme, después de tantos años? ¿Por qué nunca más volvieron a visitarme? –reprochó la mujer, poniéndose de pie y extendiendo los brazos hacia los jóvenes. Ignacio se aferró a su frágil cuerpo y un llanto involuntario lo sacudió. Berenice los estrechó en un abrazo cálido, y así permanecieron, en silencio, durante un instante. Luego, fue la misma Dora quien exigió un poco de orden. Con una mirada de profundo amor acarició el rostro de su nieto y los cabellos de la joven, antes de sentarse nuevamente e invitarlos a ocupar un lugar a su lado. El banco era lo suficientemente largo para los tres.

–¡No puedo creer que estén acá! –exclamó, tras haberse deleitado largamente mirándolos–. Hace mucho que dejé de creer en Dios, pero evidentemente, alguien atendió mis deseos… ¡No ha pasado un día sin que pensara en vos, hijo! ¡Lo que más me angustiaba de estar aquí, era no saber de vos…! ¿Cómo estás, después de tanto tiempo?

Era realmente mucho tiempo. La última vez que Ignacio viera a su abuela, había sido un par de años después del fallecimiento de su padre. El y su madre, a veces junto a Berenice, iban a visitarla, pero era angustioso encontrarla siempre con la mirada perdida, divagando, sorda a sus palabras, ciega sus gestos, perdida en un mundo al que ellos no podían ingresar. Ya había sido suficientemente duro haber pedido a su padre, y frustrante, estar abocado a una carrera que no lo entusiasmaba, como para sumarle el tormento de ver a su abuela en ese estado.

–Creí que mamá seguía visitándote; ella me aseguraba siempre que nada te hacía falta –trató de justificarse.

–Y tenía razón. Nada me hacía falta, excepto vos. En cuanto a ella, mi vida empezó a mejorar cuando espació sus visitas, y volvió a ser perfecta

cuando las suprimió del todo. Nélida y yo nunca nos llevamos bien, Ignacio –confesó bruscamente Dora–. Suavizábamos nuestras diferencias y en todo caso, las solucionábamos lejos de vos y tu padre, por respeto a ustedes y a nosotras mismas, pero nunca logramos ponernos de acuerdo.

–Lo disimulaban muy bien –reconoció Ignacio, que jamás se había percatado de ello–. ¿Pero a qué se debía…?

Dora fue sorprendentemente directa y cruda en su respuesta.

–Nélida es una malagradecida. Se olvidó de las puertas que nuestra familia le abrió cuando se puso de novia con José. Desde ayudarla para que pudiera terminar de estudiar, después le posibilitamos que empezara una carrera política, que se convirtiera en la mujer poderosa que es ahora. Sola no hubiera podido. Su familia tampoco tenía manera de apoyarla. Pero es una larga historia…, formada por muchos capítulos oscuros. Algún día tendré que contártela, porque es tu historia también. Pero no hoy. Hoy, quiero que hablen ustedes. ¡Qué alegría me da que sigan juntos! ¿Tienen planes de casarse?

La visita duró horas. Los jóvenes compartieron el almuerzo y la merienda con Dora. La anciana no podía quitarles la vista de encima. Conmovida, miraba a uno y a otra, escuchaba sus relatos y hacía eventuales acotaciones. Se admiró de la carrera brillante de Berenice, que conocía a través de la televisión, y lágrimas de emoción saltaron de sus ojos cuando supo que su nieto ya se había recibido. De sí misma habló muy poco: aseguró que no había demasiado por contar. El lugar era hermoso. La gente, amistosa. El personal, impecable. Se había hecho amiga de algunas enfermeras, que le prestaban libros y revistas y también discos compactos con la música que a ella más le gustaba, para que escuchara en su habitación, en el equipo musical que Nélida le había enviado para una Navidad. Pero a pesar de todo, era frustrante. Era conciente de que era una mujer mayor, pero no una inútil, para estar encerrada en este lugar, dependiendo de la atención de terceros. Hablar de sí misma le generaba una impotencia insoportable. Prefería disfrutar de los relatos de los jóvenes.

Poco después de la merienda, se despidieron, con la promesa de regresar pronto. No fue la única promesa de la tarde. En un tono tan serio que los sorprendió, Dora les suplicó que no le comentaran a Nélida de esta visita.

–No la hará feliz –aseguró–. Y encontrará la manera de separarnos de nuevo. Y yo no lo podré resistir…

–Abuela, no te preocupes; nadie volverá a separarnos jamás –aseguró Ignacio, mientras estrechaba el frágil cuerpo entre sus brazos.

Pero no pudo olvidar la angustia de sus profundos ojos azules durante mucho tiempo…

Capítulo 7

Capítulo Uno: Una nueva oportunidad - V

Faltando solamente tres días para que Berenice regresara a Buenos Aires, empezaron a visitar las inmobiliarias, a la búsqueda de un lugar que los complaciera a ambos. Así como compartir los gastos con Francisco le había parecido lo más natural, el hecho de tener que hacerlo con Berenice lo avergonzaba, pero Ignacio era conciente de que no podría sostener por sí solo los gastos de una casa, por más económicos que fueran.

De las cinco casas que les interesaron, conocieron tres, y quedaron muy entusiasmados con la última: una estructura pequeña, muy similar a la casa que alquilaba Ignacio, pero con un jardín amplio y muy bien cuidado. Estaba alejada del centro, pero había una línea de colectivo que paraba en la esquina y además estaba sobre pavimento. El alquiler era apenas un poco más caro que el que Ignacio pagaba actualmente. Él se dio cuenta de que Berenice estaba muy pendiente de su opinión y que en realidad el lugar era lo que menos le importaba: ella aceptaría gustosa cualquier vivienda que a él le gustara. Y conociendo sus propias dudas, temores y vacilaciones, prefirió hacerles frente tomando la decisión de inmediato, antes de perderse entre tantas ofertas y opciones.

Sabía que Francisco y su madre estallarían en furia cuando lo supieran… Francisco con motivos, ya que estaba pisoteando la oportunidad y la ayuda que su amigo le había brindado, justamente cuando estaba huyendo de esta mujer a la que ahora regresaba vencido y domado. Si bien ambos sabían que la experiencia duraría solamente hasta que alguno de los dos decidiera hacer algo serio de su vida, y a pesar de que últimamente Ignacio había dejado entrever la posibilidad de mudarse con Berenice, nunca se lo había planteado como un hecho concreto, y temía que acabara siendo un golpe bajo para Francisco, que a pesar de todo, no se merecía eso de él.

Y su madre… Ignacio prefería no pensar en su próximo encuentro con ella. Desde la última discusión que habían tenido, no había vuelto a visitarla en sus francos. Ni siquiera le había dado una explicación. Pero sabía que la situación no podría sostenerse indefinidamente. Algún día volverían a encontrarse… ¿y entonces? Se le retorcía el estómago de tan sólo imaginarlo. Conocía de sobra la sensación. No era contra ella, en realidad. Era contra sí mismo. Porque una vez más, estaba fracasando en su mandato de hijo perfecto.

Ignacio habló de aquello con Berenice la última noche que pasaron juntos, y fue él quien decidió que si alguna vez Nélida o cualquiera les echaban aquello en cara, responderían que era una mentira. El resto del mundo no tenía por qué estar al tanto y opinar acerca de sus intimidades. Ya

bastante complicado era congeniar entre ellos como para permitir que terceros se metieran en la relación.

Se amaron intensa y desesperadamente esa noche, como si fuera la última. Ignacio temía el vacío que de repente dejaría Berenice en su vida al marcharse, y una vez más se maravilló de sí mismo. ¿Qué había cambiado en él, en ella, para que de manera tan repentina su vida entera diese tremendo vuelco? Berenice sentía que se le desagarraban la piel y el corazón cada vez que sus cuerpos se separaban para reponerse de la agitación. No quería separarse de Ignacio. Temía despertar en Buenos Aires y darse cuenta de que esta semana maravillosa había sido solamente un sueño. Dejó entrever la posibilidad de renunciar a su carrera y a su vida en la gran ciudad, pero Ignacio la interrumpió, enérgicamente. De ninguna manera lo consentiría. No ahora, no de esta manera. Si con el devenir de los acontecimientos se daba natural y espontáneamente la necesidad de hacerlo, lo pensarían. Prefirió no expresarlo en voz alta, pero si por esas maldiciones del destino esta segunda oportunidad fracasaba, Berenice no podía sumarle a la pérdida de su amor, la de una carrera que tanto esfuerzo y sacrificios le había costado.

La mudanza no se realizaría inmediatamente. Acordaron esperar al próximo viaje de Berenice, que ella trataría de que fuera cuando antes; de ser posible, la próxima semana, aún cuando solamente pudiera escaparse por dos días. Y pagaron una seña para el alquiler de la casa, temiendo que de lo contrario alguien se la ganara de antemano. Muchas eran las cosas que debían ordenar antes de dar este gran paso, y a pesar de que los consumían las ansias, fue más fuerte en ellos la necesidad de hacerlo todo bien.

En esta oportunidad, Ignacio sí pudo acompañar a Berenice hasta el aeropuerto. Permanecieron abrazados todo el tiempo, hasta que la joven debió embarcar. Entonces, con lágrimas en los ojos, ella lo besó y se alejó. Sentía una herida abierta en su corazón, que el consuelo de un nuevo viaje dentro de muy poco no logró amortiguar. Ignacio sintió de repente un vacío muy grande, que sabía que no podría compensar con nada. Pero la certeza de volverse a ver, ahora en buenos términos, les suavizó la tristeza.

Capítulo 8

Capítulo Dos: Sombras que acechan - I

Si no hubiera sido su primo, se habría enamorado de él. Aunque, claro, si no hubiera sido su primo, lo más seguro era que nunca lo habría conocido.

Sofía permitía que sus pensamientos divagaran mientras observaba a Jonathan, sentado a la mesa e inclinado sobre la carta. El cabello oscuro brillaba a la luz artificial del fluorescente, y los ojos estaban fruncidos detrás de las lentes. Poco y nada había heredado de los Nabel: apenas la contextura esquelética de su padre, la miopía y la sonrisa. En todo lo demás, era la versión masculina de su madre, Miriam Kalichman, una mujer fina, de modales elegantes y una belleza clásica y muy bien cuidada.

Sofía había acudido a él como la última opción antes de comenzar una terapia. A pesar de que la curiosidad y la necesidad de saber la consumían, en todo el tiempo transcurrido desde que Jonathan le entregara la carta no había encontrado el momento ni la manera de leerla completa. No podía poner a Raquel como excusa, porque la mujer jamás invadía su intimidad. Habría podido encerrarse en su habitación el tiempo que quisiera, abrir la caja, leer tranquilamente la carta y tomarse el tiempo necesario para procesarla, sin que Raquel la molestara en lo absoluto.

El problema era ella misma. No la abandonaba la sensación de que su vida –lo que ella siempre consideró que había sido su vida, sus cimientos sobre los que construyó todo lo demás– estallarían en cuanto terminase de leer esa carta. Antes de haberlo hecho, había empezado a cuestionar la imagen que siempre tuvo de su padre, y a buscar en pequeños gestos, en detalles, algún indicio que le confirmara anticipadamente que algo tan absurdo pudiera ser cierto. Que él siempre supo dónde estaba su madre. ¿En qué lugar los ponía eso a todos? Si su padre había sido capaz de mentir tan bien, ¿quién podía asegurarle que el resto de la familia no lo hubiera hecho también? De todas formas, ¿qué había pasado, que ameritase todo lo que vino a continuación?

De modo que le pidió ayuda a Jonathan. Supuso que estar con su primo le daría coraje para abrir la caja, coger la carta, y leerla de un tirón, hasta el final. Pero se equivocó. Primero, porque cada vez que acordaban encontrarse después del horario de trabajo en algún lugar, ella misma cancelaba la cita con las excusas más ridículas, presa de una angustia que se acrecentaba a medida que se acercaba la hora. Y cuando finalmente

logró superar aquello, fue incapaz de abrir de caja.

–Esto es enfermizo, Sofía. Lo que sea que esté allí escrito no va a cambiar lo que pasó, pero sí puede ayudarte a entenderlo –decretó su primo, arrancándole la caja de las manos. Decidido, se sentó a la mesa, buscó la carta y comenzó a leer la desgastada hoja.

Estaban en la casa de Raquel. Viendo el estado de nerviosismo que aquello le ocasionaba, Jonathan había considerado mejor juntarse allí, porque si a su prima se le ocurría desmayarse o tener una crisis de nervios, el recuerdo sería bochornoso para ella y desagradable para quienes lo presenciaran. Aunque siguiendo con la costumbre, Sofía lo llamó para cancelarlo, esta vez Jonathan decidió ayudarla a finalizar lo que él mismo había empezado al poner esa caja en sus manos.

La lectura, minuciosa, no le llevó más de dos minutos. Mientras estaba inclinado sobre el papel, sentado a la mesa, Sofía comenzó a divagar, para contrarrestar el estrés. Era una verdadera pena que Jonathan fuera su primo. Era el único hombre que conocía, con el que habría valido la pena formar pareja. Su novia no sabía el tesoro que tenía en sus manos.

De repente, Jonathan levantó la mirada al tiempo que apartaban la hoja. Parecía desalentado. La ansiedad se intensificó por unos segundos en el corazón de Sofía. Pero cuando él se encogió de hombros y sacudió la cabeza, la desilusión fue mayor.

–Es muy poco lo que dice. Deduzco que esta carta se escribió en 1990, porque habla de tus trece años. Debe ser la respuesta a una respuesta a otra respuesta, porque menciona varias cosas dándolas por sobreentendidas, sin explicar nada. Parece que no sólo se escribían, sino que también se veían periódicamente –le tendió el papel–. Quizás vos puedas sacar algo mejor en claro.

Pero Sofía, sin mirarla, la guardó nuevamente en la caja. Con haberlo oído tenía suficiente; cuando hubiese digerido esto la leería. Y pondría lo mejor de sí para que no volvieran a pasar tres meses.

***

La leyó esa misma noche. La resguardaba la certeza de lo que había dicho Jonathan, que nada relevante se deducía de ella. Aunque al mismo tiempo, eso había sido frustrante.

"¿Hablan de mí alguna vez, mientras están solos? ¿Qué se pregunta ella; qué le respondés? ¿No sería mejor para Sofía –para todos– saber que estoy viva y dónde? Acepto no hablar de las razones de nuestra separación, porque sería humillante para ambos; y en todo caso, acepto cargar con toda la culpa, pero para pagarla tendré la eternidad en el

infierno. El tiempo que siga en la tierra, no me castigues privándome del único motivo de alegría que tengo."

"Me cuesta verte como a un pobre hombre abandonado por su mujer; nunca supiste inspirar lástima. Pero sí me entristece tu situación. Estás condenado a no poder volver a formar una familia, ni siquiera una pareja, hasta haber solucionado nuestra condición. ¿O acaso te atreverías a pisar un registro civil con otra mujer? O lo que es peor: ¿serías tan vil, de arruinarla condenándola a un concubinato? ¿Qué ejemplo sería ese para nuestra hija? ¿No me estarías dando motivos para aparecer y arrebatártela?"

"Espero una respuesta definitiva de tu parte. No es necesario que vuelvas para dármela personalmente. Tu presencia me perturba. Y ya no creo poder sobrellevarla. Con un "sí" o un "no" por correo, será más que suficiente. Juro acatar todas tus condiciones en el caso de que lo aceptes; en caso de que no, el que deberá acatar las mías, serás vos."

Sofía no se conformó con leer la carta una sola vez; tras haberlo hecho de corrido, para entender el sentido, empezó a releer algunos párrafos que la habían impactado. Lo único que pudo sacar en claro, fue que, efectivamente, habían seguido comunicados tras la desaparición de su madre. Y que incluso se habían visto personalmente. Pero por qué se habían separado de esa manera, con esa cruel mentira que destruyó a la familia, y qué había sucedido luego, seguía siendo un misterio.

Su vida se había enrarecido desde la aparición de esa maldita carta. La rutina que con tanto placer llevaba adelante desde la muerte de su padre, la que la había ayudado a llenar sus días para no pensar en él y su ausencia cada segundo, de pronto había perdido sentido. Como también el cariño con que recordaba sus años junto a su padre, en el apartamento. Solamente Raquel era su cable a tierra, lo único que se mantenía imperturbable en el tiempo; y sin embargo, no lograba confiarle este acontecimiento, porque temía descubrir en ella una aliada a Pablo; temía adivinar en su mirada, al contárselo, que lo había sabido siempre y lo había callado por lealtad.

Trató de disimular, pero el disgusto por sus cavilaciones era demasiado evidente. Justamente Raquel, fue la que más demoró en preguntarle si le ocurría algo. En la clínica donde trabaja lo hicieron al día siguiente. Sofía los despachó con alguna evasiva e intentó mejorar su semblante, sin éxito. Ellos entendieron que –fuera lo que fuese– Sofía prefería guardárselo, y no volvieron a importunarla. En su casa, Raquel demoró cinco días en hablar con ella.

–¿Te ocurre algo, Sofía?

–Sí, pero prefiero no hablar de eso… todavía… –masculló la joven.

–¿Te estuvo molestando Joaquín? –gruñó Raquel, ignorando su pedido.

El asombro de Sofía fue tan grande, que se reflejó en su voz.

–No. ¿Qué te hizo creer eso?

Raquel se relajó de inmediato.

–No lo sé. Pero siendo así, me quedo tranquila. Espero que, lo que sea, se resuelva pronto.

Y realmente, no volvió a molestarla.

Capítulo 9

Capítulo Dos: Sombras que acechan - II

Ensimismada, sin poder dejar de pensar en aquella carta, Sofía continuó sus días, uno exactamente igual al otro, con pequeñas variantes que pasaban por la cantidad de pacientes y de ventas que se realizaban. Hasta que sucedió algo que la perturbó de tal manera, que incluso la carta pasó a un segundo lugar.

A poco de haber salido de la clínica veterinaria, una noche, tras una larga jornada laboral, casi chocó contra Joaquín al doblar en la esquina. Sofía estaba demasiado concentrada en sus pensamientos habituales como para prestar atención a lo que ocurría a su alrededor, pero aún así, tuvo la sospecha de que el encuentro no había sido casual. Algo en la mirada de Joaquín contradecía la expresión de asombro que se dibujó en su rostro.

El impulso del golpe, sumado a la repulsión que la embargó al verlo, la empujó violentamente hacia atrás. A pesar de que fue solamente un paso, Joaquín la tomó del brazo, como queriendo evitar que se cayera. Sofía se soltó bruscamente. Él fingió no notarlo.

–¿Estás bien? –le preguntó.

–Lo estaba, hasta que apareciste –repuso ella, retomando su marcha.

–Fue un accidente, Sofía. Acabo de visitar a un cliente. Jamás imaginé que me cruzaría con vos.

Era su manera de iniciar conversación. Pero Sofía estaba demasiado cansada por el día agitado que había tenido y demasiado harta de Joaquín, como para pensar en ser gentil con él. Sin voltearse a mirarlo, prosiguió su camino.

Pero él la siguió, ignorando su disgusto.

–¿Qué es de tu vida? ¡Pasó tanto tiempo desde la última vez que hablamos! ¿No querés que te invite a un café?

Su respuesta, pero sobre todo su tono escueto, hubiera desalentado a cualquiera.

–NO.

A cualquiera, menos a Joaquín. Él jamás había aceptado que ella terminara con la relación; Sofía sabía por amigos en común, que él se refería a ello como un tiempo que se habían dado, para pensar…, cuando

ella había sido cruelmente sincera al decirle que ya no quería tener más nada con él y que la decisión era irrevocable.

Siendo Joaquín un obsesivo, lo más probable era que hubiera dedicado mucho tiempo a seguirle los pasos. No le habría costado demasiado. Sofía se había mudado de casa, no de empleo. Seguía trabajando en la misma clínica que cuando salían y de la que él más de una vez la pasó a buscar. A estas alturas, haciendo algo tan simple como montar guardia a tempranas horas de la mañana y de la tarde, y a la noche nuevamente, podría haber corroborado que ya no vivía en el edificio. Y hasta era muy probable que también estuviera sabiendo que se había mudado con Raquel, justamente a causa de estos amigos en común. Lo que ellos no tenían, era la dirección exacta.

"–¡Pero si este enfermo de la cabeza continúa siguiéndome, vamos a terminar los dos frente a la casa en La Lucila!" –maldijo Sofía mentalmente–. ¡Y entonces sí que nunca más me lo podré sacar de encima!"

Rápidamente, pensó sus opciones. Aceptarle un café era entrar a su juego. Le daría pie para creer que eran buenos amigos, e insistiría en una próxima salida tras la cual anunciaría a voces que estaban juntos nuevamente. ¡De ninguna manera! Tampoco permitiría que la persiguiera hasta su casa y viera dónde vivía, averiguase sus horarios y empezara a atormentarla en el mismo barrio. La única opción que estaba quedando era la de propinarle unas buenas cachetadas y hacer un escándalo en público; quizás hasta alguien intercediera por ella y pudiera salirle de testigo en el caso de que decidiera hacerle una nueva denuncia por acoso en la comisaría. O, una opción menos bochornosa para ella misma, sería subir a cualquier otro transporte y viajar a la deriva hasta cansarlo… o marearlo. Lástima que a estas horas, la primera en hartarse sería ella misma; además, Raquel se preocuparía si no llegaba puntualmente.

De repente, se le ocurrió la solución perfecta. Iría al apartamento de Jonathan. Joaquín podría seguirla hasta allí si quería, y no importaba, porque de todas formas conocía el lugar. Su primo la protegería y le aconsejaría lo que le convenía hacer. Eventualmente no se lo pudieran sacar de encima, podría quedarse a pasar allí la noche o le pediría que la llevara en auto hasta La Lucila.

De modo que, mientras el muchacho trataba de mantenerse a su lado parloteando idioteces, intentando por todos los medios engancharla en una conversación, Sofía se desvió naturalmente hacia la parada del autobús, como si fuera el recorrido que hacía todas las tardes. Para su alivio, Joaquín no subió detrás de ella. Simplemente, se quedó observándola desde la vereda, fijamente, hasta que el vehículo dobló en la

esquina.

El mal rato había pasado, pero de todas formas Sofía continuó hasta la casa de Jonathan. Necesitaba desahogarse con alguien, y Jonathan le parecía el más indicado por razones obvias. Raquel ya se preocuparía cuando se enterase de lo que había pasado, pues tenía un olfato finísimo para situaciones como ésta y sería imposible ocultárselo, pero que además la viera hecha una furia y tuviera que contenerla le parecía un exceso.

A pesar de que se había tranquilizado bastante en lo que duró el trayecto, Jonathan adivinó lo que había sucedido con sólo verla. O quizá lo intuyó, por lo desacostumbrado que era recibir una visita suya, especialmente un día entre semana y saliendo del trabajo. La hizo pasar y le dio un vaso de agua.

–¿Qué te hizo ahora? –preguntó.

Jonathan alquilaba un apartamento pequeño, de dos ambientes, en un primer piso, en el microcentro de la Capital. Desde la ventaba principal podía verse la calle. Instintivamente, Sofía espió hacia fuera. Sabía que Joaquín no la había seguido hasta allá, pero aun así esperaba verlo en la vereda, sonriéndole al descubrirla mirando a través de la ventana.

En pocas palabras, le contó a Jonathan lo que había pasado. Nada, en definitiva. Hasta podía pasar por un accidente. ¡Pero estaba que trinaba!

Jonathan suspiró, agobiado.

–¡Por Dios; nunca conocí nadie tan perseverante! Eso puede llegar a ser un problema, Sofía.

–¿A mí me lo vas a decir? –refunfuñó ella.

–Yo no sé en qué términos terminaron ustedes; quizá vos con tal de sacártelo de encima le pediste un tiempo y no te acordás por el estrés que tenías en esa época, justo tras el fallecimiento de tu padre, pero es evidente que él desea recuperar la relación…

–Esa relación no existió nunca. Fue una farsa, un error, una de esas tonterías que uno hace sin pensar en las consecuencias –lamentó Sofía.

–Para vos. Evidentemente para él significó otra cosa –le advirtió su primo. Permaneció pensativo un momento, y luego, encogiéndose de hombros, arriesgo–: Situaciones extremas requieren de soluciones drásticas. Recuerdo que yo tampoco me resignaba, cuando mi primera novia decidió que lo nuestro ya no funcionaba. Durante mucho tiempo intenté conquistarla nuevamente, y reconozco que la acosé, hasta que un día la vi

besándose con otro. ¡Fue un golpe fatal para mi ego! Pero necesario.

Sofía le echo una mirada desconfiada.

–¿Estás sugiriendo que me suicide en una relación nueva, cuando todavía no encuentro la manera de sacarme de encima a mi novio anterior?

Jonathan sonrió y guiñó un ojo.

–No. Estoy proponiendo que le hagas creer que estás en pareja.

Sofía pensó rápidamente en los hombres que conocía, que no fueran amigos en común, que podrían prestarse a semejante jugada sin pretender cobrársela luego. La lista era pobrísima. Pero valía la pena intentarlo.

Capítulo 10

Capítulo Dos: Sombras que acechan - III

Sentada al escritorio que tenía en su dormitorio, mucho más tarde esa misma noche, Sofía trataba de entender en qué momento las cosas habían llegado a este punto. Venía pensándolo desde que dejó la casa de Jonathan y emprendió el regreso a La Lucila. Le había avisado a Raquel que llegaría un poco más tarde con una llamada que hizo desde el apartamento de su primo, y por el tono de su voz la mujer supo que algo la había molestado. Cuando Sofía entró a la casa, la estaba esperando con la cena caliente.

–Sí es Joaquín, ¿no es cierto? ¿Hace cuánto que te está molestando?

–Me lo crucé "accidentalmente" esta tarde, saliendo del trabajo, Raquel. No lo había vuelto a ver desde que lo asusté con la denuncia. En realidad, pareció sorprendido de verme y solamente quería hablar, ¡pero no lo soporto!... Ya sabés por qué.

La mujer asintió. A ella Joaquín nunca le había terminado de simpatizar, a pesar de que era un muchacho de excelentes modales y muy cortés. Siempre había tenido la sensación de que fingía lo que era para manipular a los demás. Y por las cosas que Sofía le había confiado, tenía motivos para detestarlo.

Esa noche, mientras se hacía la limpieza y humectación de cutis y se arreglaba las manos, Sofía le dio vueltas y más vueltas a lo que había significado Joaquín en su vida. Viéndolo retrospectivamente, lo había hecho todo mal, desde el primer momento. Para empezar, Joaquín nunca le había interesado seriamente. Era uno más del nutrido grupo de amigos con el que solía salir a divertirse los fines de semana, en el que casi todos ya estaban en pareja, algunos de manera formal, pensando en un futuro matrimonio, y otros solamente con la intensión de pasar el tiempo con alguien y que fuera el futuro quien echara las cartas.

A Sofía no le molestaba ser una de las pocas solteras del grupo, pero sí la sacaba de quicio que todos se pusiera a opinar sobre eso. Incluso las que consideraba sus mejores amigas. Hasta llegaron a convencerla de que algo muy malo había en ella, seguramente enraizado en la inusual crianza que había tenido, ya que de otra manera no se explicaba que no sintiera la necesidad de estar acompañada. ¡Especialmente habiendo tantos buenos mozos a su alrededor!

Lo que menos le interesaba a Sofía era que fueran buenos mozos. Siempre había supuesto que cuando llegara a su vida el hombre señalado para ella se daría cuenta inmediatamente, y la necesidad de estar a su

lado día y noche la atormentaría hasta lograrlo… Esperaba encontrarlo alguna vez, pero tampoco se esforzaba en buscarlo. De una relación esperaba mucha empatía, contención y sobre todo, magia. No vislumbraba nada de esto entre los solteros que la rodeaban.

Había decidido no darle más vueltas al asunto, pero empezó a sentirse discriminada en el grupo. De repente, el grueso de los temas de conversación pasaba por la pareja. Las salidas, la convivencia en algunos casos, algún embarazo no esperado pero bien recibido, las peleas, los proyectos… Casi no había lugar para comentarios relacionados al estudio, la familia y las ambiciones personales, que eran los ejes de su propia vida.

De mala gana empezó a prestarle atención a las señales que Joaquín le enviaba. Nunca antes lo había hecho, porque no era la clase de hombre que le interesara: bastante egocéntrico, un poco frívolo, y como tal, cuando trataba de sensibilizarse con algo, el resultado era un patético derroche de energías en problemas superficiales que nunca llegaban al fondo de la cuestión. Pero como contrapartida era muy simpático, siempre estaba de buen humor, insistía en ver el lado positivo de todo y era muy caballeroso.

Desde el primer momento fue una relación desabrida. Carecía completamente de la magia que había inundado los primeros tiempos de relaciones anteriores, cuando la necesidad de conocer a su compañero y mostrar lo mejor de sí, eran el motor de cada sonrisa, de cada palabra y cada gesto. Aquel no podía ser un buen indicio. Pero Sofía de inmediato lo atribuyó al desgano con que había aceptado comenzar la relación. Joaquín no le interesaba y tampoco le gustaba, a pesar de que estaba considerado el más atractivo de todos los muchachos del grupo, y mucho menos podía sentir ningún afecto hacia él. Muy a su pesar, tenía que reconocer que lo había estimado más cuando era solamente otro de sus amigos.

A pesar de todo, permitió que la relación continuara. No ponía demasiado de su parte; ni siquiera se molestaba en mostrar su lado gentil. Joaquín, por el contrario, hacía todo lo posible por caerle en gracia y conquistar su corazón.

Convencida de que todo se debía a su mala predisposición hacia él, Sofía demoró en reconocer ciertas cosas. En primer lugar, Joaquín era muy manipulador. Encontraba siempre (para esto era muy creativo) la manera de describir las situaciones de tal manera que él acabara en el papel de la víctima resignada a su maltrato, y los demás, en el de hostigadores, de mayor o menor rango. Debido a la maldad intencional de los demás, que anulaban sus deseos, energías y buena voluntad por hacer las cosas, era que todo terminaba saliendo mal. Jamás reconoció responsabilidad suya en ningún fracaso, pero sí culpabilidad ajena. Y sabía muy bien cómo manipular a la gente para ganarse su simpatía y enemistarla con otros

que –en la mayoría de los casos– ni siquiera conocían, desde su papel de víctima.

También era mentiroso. Adrede. No se trataba de la mentira piadosa para evitar un castigo o el sufrimiento de alguien. Al contrario. Con toda la mala intención ponía palabras falsas en bocas ajenas, con lo que provocaba peleas y distanciamientos, incluso entre sus amigos. Inventaba lo que jamás había ocurrido y quitaba del medio a cualquiera que lo pudiera poner a descubierto, hacía compromisos que no tenía intenciones de cumplir, y estafaba a la gente con proyectos imposibles de concretar en la realidad.

Lo peor era que él mismo creía en sus palabras, y cuando su propia ineptitud lo llevaba al fracaso, invariablemente cargaba la culpa sobre los hombros de un tercero.

Como si no hubiera sido suficiente con esto, paulatinamente demostró ser intolerante y altamente susceptible. Oponerse a sus deseos era casi sinónimo de declararle la guerra. Para estar en buenos términos con él, era requisito indispensable pensar igual, darle la razón en todo y ponerse de su lado en cualquier contienda.

Pero como Joaquín hacía todo esto con un carisma arrasador, voz acongojada y la más sufrida de sus sonrisas, explicando de manera perfecta y sin dejar cabos sueltos lo que estaba ocurriendo, nadie atinaba a sospechar de él. Simplemente, creían que era una buena persona con mala suerte.

Todos, excepto Sofía. A medida que transcurría el tiempo, encontró un placer morboso en hacer justamente lo contrario de lo que Joaquín esperaba, imponiendo su voluntad con un invariable “si no te gusta, buscate otra”. Por una cuestión de orgullo, Joaquín no estaba dispuesto a romper la relación, especialmente sabiendo que Sofía retornaría con gran felicidad a la soltería, de modo que con gran disgusto terminaba aceptando sus condiciones.

Cuando Joaquín consideró que era momento de que la pareja pasara a un nivel de mayor intimidad, Sofía replicó que ella no era esa clase de mujer y que aún no estaba preparada, a pesar de que ya había tenido un par de novios con los que sí consumó rápidamente su amor. Cuando Joaquín propuso una convivencia a medias, en la que ella podría quedarse a dormir a veces en casa de sus padres y él en el apartamento, Sofía respondió que ella jamás dormiría con alguien en la casa de su padre. Cuando Pablo enfermó de cáncer, Joaquín debió contentarse con verla un par de horas por semana o limitarse a llamarla por teléfono, ya que, naturalmente, lo más importante para Sofía era cuidar de su padre. Cuando la salud de Pablo se estabilizaba, Sofía debía ponerse al día con el estudio. Y luego comenzó a trabajar como colaboradora en una clínica

veterinaria. Vivía agotada y lejos de querer salir a distraerse los fines de semana, prefería pasarlos en al apartamento. Si su padre estaba, conversaban, compartían la lectura de algún libro o veían una película. Cuando estaba internado, se los pasaba en el sanatorio.

De haberlo querido, podría haber incluido a Joaquín en aquella intensa rutina, que además hubiera servido para unirlos como pareja. Pero no quiso. Al contrario, tenía la esperanza de que tratándolo con indiferencia él acabara por cansarse y terminara la relación, pero seguramente Joaquín disfrutaba del maltrato, o al menos le daría tema de conversación: cómo sufría por una novia odiosa que no valoraba al hombre que tenía a su lado. Eso la tenía sin cuidado. Solamente ella conocía el padecimiento de estar junto a él.

Ahora, Sofía no comprendía cómo había resistido tres años junto a él. Seguramente lo había logrado gracias al tiempo y la concentración que le demandaban el resto de sus actividades. Joaquín siempre había sido la más intrascendente de todas, y él era consciente. A pesar de lo mucho que se esmeró, jamás pudo ocupar un lugar de importancia en el corazón de Sofía, jamás pudo manipularla amenazándola con quitarle su amor. Y eso enfurecía su orgullo.

Tras los enfrentamientos que habían tenido después de la muerte de su padre, que acabaron en una denuncia policial, Sofía creyó que este capítulo de su vida estaba cerrado. Evidentemente, se había equivocado. No sólo que el orgullo de Joaquín le impedía aceptar que la relación acabara de esta manera, sino que prefería hacer de cuenta que nada había pasado. Pero Sofía no se inmutó. Si esta era una prueba de fuerza, la ganaría ella. De ser necesario, inventando una pareja, tal como se lo aconsejara Jonathan.

Capítulo 11

Capítulo Dos: Sombras que acechan - IV

Al día siguiente, encontró un correo electrónico de Daniela en su bandeja de entrada. La joven estilaba escribir extenso y detallado, pero en esta ocasión, se había superado a sí misma. Sofía supuso que, en cierta forma, Daniela había hecho catarsis. La comprendía. A veces era necesario, hasta por una cuestión de supervivencia mental, sacar de lo más profundo del corazón todas las emociones, para poder verlas más claramente, y así, entenderlas y ordenarlas.

"Mi mamá está bien. No le quedó un solo cabello en la cabeza, pero la peluca que le regalamos es de su mismo color natural y de un corte muy parecido, de modo que casi no se le nota. Lo que sí es evidente es que está más flaca, pero de ánimo sigue siendo inquebrantable", contaba la joven al comienzo de su carta.

"La panza de Matilde crece", decía, a continuación. *"Hace unos días se cayó de la escalera, pero por suerte no les pasó nada, ni a ella ni al bebé. Todas seguimos rezando por un milagro. Según la ecografía es un varón, pero Matilde no tiene ganas ni de elegir un nombre hasta que el bebé nazca y podamos tener alguna certeza de lo que ocurrirá entonces. Pero de tanto decir "¡pobre santo, pobre ángel!", lo empezamos a llamar Angelito, así que creo que si Dios escucha nuestras plegarias y se salva, terminará llamándose Ángel. Y si llegara a ser una nena, Ángela o Ángeles. No hay demasiadas opciones."*

"Dudé en contarte esto, porque tenía la esperanza de que quizás vinieras a visitarnos pronto, pero tampoco puedo soportar la ansiedad tanto tiempo. Descubrí dónde viven la anciana y su hija. La vieja apenas se acuerda de su nombre, pero quizás el verte le ayude a recuperar sus recuerdos. Lamentablemente, su hija vivía en Buenos Aires y regresó hace poco, de modo que nada sabe de la gente que sucesivamente ocupó la casa. Pero tengo fe en los vecinos. Algunos crecieron en el barrio y podrían saber algo que te sea de utilidad, para saber qué fue de tu madre. ¿Te atreviste a leer la carta, finalmente?"

Involuntariamente la mirada de Sofía se desvió hacia la cajita que estaba sobre su escritorio, cerrada bajo llave, y revivió la ansiedad y la desilusión que aquella carta le habían generado.

"Vas a ser la primera en saberlo formalmente; si bien aquí todas sospechan que algo me ocurre, lo primero a lo que siempre apuestan es a que finalmente me reencontré con mi papá, y algunas hasta empiezan a tratarme mal antes de haberlo confirmado, pero ninguna se imagina ni remotamente la verdad. Sofía: ¡estoy enamorada! ¿Creés en el amor a

primera vista, en el destino? ¡Jamás antes en mi vida había sentido nada igual!, y todo se dio de manera tan espontánea, que hasta parece irreal. Lo vi una sola vez hasta ahora y habremos hablado unos cinco minutos en total, pero desde entonces se me alteraron el apetito y el sueño."

Mientras leía, Sofía sonrió. No lograba imaginarse a Daniela enamorada; quizá porque era una de las pocas en la pensión sin pareja y siempre la había encontrado dirigiendo sus energías hacia otros asuntos. Trató de recordar si alguna vez se había sentido así. Posiblemente en sus años de secundaria, con los primeros novios que había tenido, algunos de los cuales ni siquiera merecían entrar en esa categoría. Pero si de algo estaba mucho más segura, era que no había sentido eso hacia Joaquín. En todo caso, él le alteraba el apetito y el sueño en su necesidad de idear algo para mantenerlo lejos de sí.

"Espero que tu mamá se recupere pronto y que todo esto pase a ser solamente un mal recuerdo", respondió Sofía a Daniela, cuando terminó de leer el correo. Sus cartas eran más bien escuetas. No sólo porque detestaba escribir, sino porque además su tiempo estaba destinado a otras actividades. *"Yo también pienso mucho en ese bebé y espero que finalmente todo salga bien"*. Sin embargo, como médica y con el pensamiento científico altamente desarrollado, Sofía sabía que si los estudios habían determinado esa malformación congénita, ese niño estaba condenado desde antes de nacer. Lo mejor que podía hacer Matilde era, justamente, lo que estaba haciendo: considerar su embarazo una enfermedad que pronto llegaría a su término, y no encariñarse en absoluto con el bebé, para que su pérdida no le significara un vacío más grande del que inevitablemente causaría. Pero no podía decirlo de esa manera y destruir lo único que mantenía con fuerzas a su amiga.

"No tengo pensado viajar por ahora. En realidad depende de los inquilinos que están ahora en mi casa. Formalmente el contrato vence en octubre. Pero en la realidad depende de la evolución del abuelo. Mientras siga bien, lo iremos renovando por pocos meses. Cuando fallezca, tendré que buscar inquilinos nuevos."

"–Resistencia sería un excelente lugar para desaparecer hasta que Joaquín consiga alguien más a quien molestar" –pensó luego, pero lo descartó de inmediato. Su vida estaba en Buenos Aires. Mudarse a Resistencia implicaba comenzar una vida nueva a partir de… solamente una casa, que todavía ni siquiera sabía qué lugar había ocupado en la vida de un padre al que creía –equivocadamente– haber conocido y amado.

"No sé si creo en el amor a primera vista y en el destino; después de mi última y mala experiencia, tiendo a ir con cautela por la vida. De hecho, ayer me crucé "accidentalmente" con Joaquín; si le soy leal a mi refrán "piensa mal y acertarás", el encuentro no fue para nada accidental, pero tampoco quisiera ser tan inflexible y acusadora. No quiero tener que

terminar de nuevo en la Comisaría haciéndole una denuncia por acoso. Necesito ideas para sacármelo de encima antes de llegar a ese extremo. No creo que sea el mejor momento para pedírtelas, ya que estás experimentando en el polo opuesto al mío, pero si llegara a ocurrírsete algo, compartilo conmigo".

Maravilloso invento, la Internet. Le permitía mantener el contacto con su amiga lejana a una inmediatez que el correo postal jamás podría igualar, ni siquiera con un telegrama. Pero aún así, nada se asemejaba al contacto personal.

Tras la tentadora invitación de Daniela, que no sólo había sugerido con palabras ansiosas que tenía grandes deseos de verla, sino que además le había ofrecido un anzuelo más que interesante al confiarle que sabía dónde vivía la anciana, la idea de regresar a Resistencia empezó a rodar a Sofía. Quizás por un fin de semana solamente. Sería un viaje breve y cansador, pero que al mismo tiempo la despejaría y la colmaría de nuevas energías. Aunque tuviera que compartir la angustia por la enfermedad de Olga y la incertidumbre por el bebé de Matilde. Leerlo en la pantalla de un monitor le restaba realismo; estar junto a ellas, verlas, escucharlas, vivirlas, sería una experiencia enriquecedora.

Sin proponérselo concientemente, se encontró buscando en un almanaque el próximo fin de semana largo.

Capítulo 12

Capítulo Dos: Sombras que acechan - V

Antes de que pudiera terminar de planificar nada, Raquel la sorprendió –días después– con una propuesta increíble.

–¿Por qué no ponés tu propia consultorio veterinario?

La sencillez de la pregunta, que implicaba una respuesta bastante compleja, la dejó sin habla durante un momento, con la boca abierta, y mirando fijamente a la mujer, como si no pudiera creer lo que acababa de sugerirle.

–Tu padre te dejó dinero suficiente. En tu trabajo ganás bien y no tenés grandes gastos. Ni siquiera perdiste tu dinero en el corralito, ya que Jonathan vio venir la jugada y te asesoró muy bien sobre lo que te convenía hacer. ¿Qué tanto podría costar poner un consultorio? Me refiero a algo más bien básico, para consultas y prácticas simples para empezar, y desde allí, podrías crecer.

Sofía lo pensó un momento antes de responder.

–Y… para empezar, habría que pensar en el alquiler…

–¡Olvidate de eso! ¿Para qué tengo esta casa tan grande? La sala principal, cuya entrada da a la calle, es ideal. Se la podría dividir, en caso de ser necesario. ¡Incluso tiene un aire acondicionado!

–Pero, Raquel… –protestó Sofía–, es tu casa…

La mujer asintió, enérgicamente.

–Sí, es mi casa. Y desde hace años que está tan silenciosa y vacía... Yo deseo que este lugar sirva para algo más. ¡Es muy grande, demasiado, incluso para ambas! No me uses de excusa para una objeción; si preferís no hacerlo, es tu decisión, pero quiero que sepas que el ofrecimiento seguirá en pie.

Sofía aún no respondió. Continuaba analizando la propuesta en silencio.

–Me parece un desperdicio en todo sentido, Sofía. Que te levantes tan temprano todas las mañanas, que te lo pases yendo y viniendo de un lugar que te quedaba cerca cuando vivías en Belgrano, pero ahora… si bien tampoco está lejos, es mucho tiempo el que perdés viajando todo el día. Por más lindo que sea tu ambiente de trabajo, estás en relación de dependencia. Y eso genera limitaciones. En todo sentido. ¿Cuál sería un

impedimento de peso, para no montar tu propio lugar, teniendo dónde y con qué comenzar?

Sofía no necesitó pensarlo demasiado.

–Uno de los motivos es porque en la clínica somos varios; podemos consultarnos cuando tenemos dudas… No es fácil estar sola ante una consulta. No cuando recién se comienza, como yo.

–¿Y no podrías invitar a algún colega más experimentado a que trabaje acá con vos?

Evidentemente, Raquel había pensado en todos los detalles.

–Sería una inversión importante, aunque se trate de lo más básico solamente –arriesgo Sofía, aunque se imaginaba la respuesta que le daría Raquel.

–Sofía, al dinero lo tenés, y lo mejor que podés hacer en un país tan inestable como éste, es –sin despilfarrarlo– ir invirtiéndolo en proyectos productivos a largo plazo. ¿Qué más productivo que tu profesión? Además, en el barrio, sería una de las pocas veterinarias. La más próxima está a más de quince cuadras. Creo que muchos de nuestros vecinos se alegrarían de tener una alternativa más cercana.

La joven no respondió. La idea empezaba a gustarle. Raquel dedujo que Sofía no se animaba a seguir contradiciéndola y eso le dio pié a cerrar su propuesta de manera contundente.

–La decisión es tuya, por supuesto. Si alguna vez la idea te atrae, sabés que contás conmigo.

Capítulo 13

Capítulo Dos: Sombras que acechan - VI

Sofía pasó los días siguientes dándole vueltas al asunto. ¡Era una idea excelente! Para empezar, no sería demasiado lo que precisaría. Tenía el lugar y el dinero para una primera inversión. Y también sabía muy bien a quiénes les pediría que formaran parte del equipo médico veterinario. ¿Por qué no atreverse? Si bien pasar a ser la dueña de su propia empresa implicaba riesgos y muchas responsabilidades, también conllevaba grandes satisfacciones. La perspectiva hasta le cambió el humor. Empezó a sentirse más libre, más relajada, más contenta y satisfecha con todo lo que la rodeaba. Ya se imaginaba con su chaqueta, atendiendo sus primeros pacientes junto a sus colegas en el amplio salón de Raquel, remodelado y adaptado a las necesidades.

Sin embargo, demoraba el primer paso, el momento de sentarse a armar el listado de prioridades para ejecutar el plan. Vagamente sabía que debería averiguar precios de los instrumentales básicos y pensar las adaptaciones necesarias para que el salón se convirtiera en una sala médica; simultáneamente podría empezar a conversar con los colegas que tenía pensados, pues alguno se entusiasmaría con la propuesta y aceptaría, y como último paso, cuando tuviera solucionado lo anterior, debería comunicar sus planes en la clínica donde trabajaba para que buscaran un reemplazo.

Tal vez se debía a que no quería perder el sabor del entusiasmo por los cambios que vendrían: era sumamente placentero imaginar en lo que su vida podía convertirse en el futuro inmediato, pero quizás no sería tan divertido encontrarse de repente sumida en un sinfín de complicaciones que inevitablemente surgirían y para las cuales no tendría ya el apoyo al que tan acostumbrada estaba en la clínica donde hasta ahora estaba trabajado.

Joaquín la ayudó a apresurar su decisión. No exactamente él, sino el segundo “accidental” encuentro, que sucedió alrededor de un mes después del anterior, y que a diferencia de éste, tuvo lugar en el corazón de la Capital Federal, mientras Sofía recorría los negocios de la Peatonal Florida en busca de algunos regalitos para unas amigas que cumplían años esa semana. Justamente por eso, Sofía no podía asegurar que Joaquín lo hubiera planificado, pero sí apostaba a que él había tomado la maldita costumbre de seguirla sin que ella que se diera cuenta.

Sofía lo descubrió espiándola en el reflejo del escaparate de una de las tiendas que recorría. Hubiera querido ir hasta él y estrangularlo, pero aún lograba conservar la suficiente sangre fría como para darse cuenta de que aquello sería una estupidez monumental. “Situaciones extremas requieren

de soluciones drásticas” había señalado Jonathan, y el apuro de Sofía por sacarse aquel sujeto de encima la llevó a hacer algo que en cualquier otra circunstancia, habría sido imposible.

Sin dejar vislumbrar que lo había descubierto, siguió caminando normalmente, observando vidrieras, a una velocidad paulatinamente mayor. Joaquín, que seguramente no deseaba ser descubierto, permanecía varios metros detrás de ella. De repente, la joven vio pasar su oportunidad. Al diablo con todo lo que había pensado y planificado: con la mayor naturalidad, como si realmente lo hubiera encontrado en la calle, tomó del brazo a un joven que caminaba distraídamente en sentido contrario, lo obligó a girar para quedar de espaldas, y lo besó larga pero superficialmente en los labios. Antes de que él atinara a reaccionar, con una encantadora sonrisa, cual si lo estuviera saludando, suplicó:

–¡Por favor, hacé de cuenta que sos mi novio; después te explico!

–¡De acuerdo! –respondió él; la abrazó naturalmente y apoyó su cabeza sobre la de ella–. ¿Adónde vamos?

Caminaron hasta la esquina. Antes de cruzar, muy espontánea y accidentalmente, ella se volvió un segundo, como observando a alguien que pasaba, y en esa fracción de segundo observó el rostro desfigurado de Joaquín, que no se había movido de su lugar.

–Te sigo adonde sea que vayas, y ojalá tengas pensado subir a un colectivo o bajar al subte –respondió, tardíamente, a la pregunta del muchacho.

–Efectivamente, estaba por bajar al subte, pero me acabás de desviar de mi objetivo –rió él–. No importa: lo podemos tomar más adelante.

Estuvo a punto de hacer una broma, pero la seriedad y la tensión que percibía en la joven lo detuvieron.

–¿Hay algo más que pueda hacer por vos? –le preguntó, mientras continuaban avanzando en la misma postura.

–Sí, por favor: permitime que nos subamos juntos al subte; luego te libero, ¡y muchas gracias por tu ayuda! –respondió Sofía.

–¿Podría saber en qué te estoy ayudando? –insistió él.

–Seguramente te parecerá una estupidez, pero…

–No puede parecerme una estupidez algo que pone tan nerviosa a una

mujer. ¿Alguien te estaba molestando?

Sofía asintió, aliviada de que él le hubiera dado pie a explicar la situación.

–Mi ex novio. Corté la relación hace un año y medio. En aquel momento terminé haciéndole una denuncia por acoso. Se tranquilizó por bastante tiempo, pero hace unas semanas volvió a la carga. Pudo haber sido una casualidad, pero realmente no lo creo. No es que me haga algo, pero es terriblemente fastidioso ser perseguida por alguien a quien ya no quiero en mi vida.

Doblaron en una esquina y llegaron a la estación del subte. Bajaron rápidamente. Él compró dos boletos e insistió en pagarlos a ambos. El tren no se demoró en llegar y pronto estuvieron viajando hacia Retiro. Ya en el coche, ella se sentó en un asiento que encontró vacío y él se quedó de pie a su lado, pensativo.

–Evidentemente, ese hombrecito te angustia mucho; de otra forma, no se explica que hayas hecho algo tan arriesgado. Solamente estoy pensando en voz alta… Yo no te voy a traer complicaciones, pero echándote a los brazos de cualquiera, podrías haberte ensartado con alguien peor que del que estás tratando de escapar.

–Lo sé… –murmuró ella–. En realidad, el plan era buscar a alguien para que se hiciera pasar por mi novio, pero le di tantas vueltas al asunto, justamente por eso que recién mencionaste, que cuando se presentó de nuevo el problema…

–Yo no tendría inconvenientes en ayudarte y sin compromisos, si no fuera porque ya soy de alguien.

Sofía levantó la mirada, sorprendida por la última frase.

–Estoy casado. “Cazado” sería más apropiado.

Sofía le echó una rápida mirada a su anular izquierdo, preguntándose cómo había podido pasar el detalle por alto. Sin embargo, él no llevaba anillo. Él notó el gesto y se llevó la mano a la cara, sonriendo.

–Estuvimos separados un tiempo; ahí me lo saqué –explicó–. Pero ahora estamos tratando de recomponer la relación…, especialmente por nuestra hija. Tenemos una nena de dos años –sonrió, orgulloso–. Solamente por ella acepté el desafío de cambiar algunas cosas y convivir con otras.

–¡Me siento tan ridícula! ¡Espero que esto no te traiga complicaciones! –lamentó Sofía. Nunca faltaba alguien que los hubiera visto y le fuera con

el chisme a la esposa. Pero él continuó sonriendo y meneó la cabeza.

–No te preocupes… Nunca me dijiste tu nombre.

–Sofía. Sofía Brickmann. Soy médica veterinaria; trabajo en una clínica en Belgrano, pero estoy pensando en poner mi propio consultorio en La Lucila, donde vivo.

–Florián Malatesta. No pienso decirte mi primer nombre porque te morirías de la risa y se rompería este clima tan especial que creamos. Soy diseñador gráfico, pero desde que mi novia quedó embarazada trabajo en unas oficinas haciendo las gestiones administrativas para asegurar un buen sueldo, y el diseño quedó como un pasatiempo. Me gustaría volver a verte y ayudarte, quizás no haciéndome pasar por tu novio, pero sí de otras maneras, Sofía. Quizás, buscando quien sí pueda hacerse pasar…, sin compromisos –le guiñó un ojo.

Antes de bajarse del subte, intercambiaron números telefónicos. Sofía no creía posible volver a encontrarse con Florián, aunque lo deseaba. Algo en él la había conmovido. Quizás el amor que demostró al mencionar a su hijita; quizás, que se parecía mucho a Jonathan al sonreír y guiñar el ojo.

"–¡Sería tan lindo tener un amigo, pero un amigo de verdad, y que fuera hombre para variar un poco entre tantas amigas que tengo; alguien en quien poder confiar, alguien que me enseñe a comprender a los demás hombres sin tratar de cambiarme…! ¡Parece una utopía…!" –lamentó entre pensamientos la joven, mientras se dirigía a la estación de trenes, a comprar el boleto que la llevaría hasta su hogar.

Capítulo 14

Capítulo Tres: Destinos cruzados - I

El programa de radio era un éxito. Apenas a un par de meses de haber comenzado a salir al aire, les traía a sus realizadores más gratificaciones que el resto de sus actividades. Lamentablemente, no en lo económico. Los cuatro, cada uno por su lado, habían visitado comercios e instituciones, provistos de una carpeta de ventas muy bien diagramada, en la que las características y objetivos del programa estaban perfectamente detallados; sin embargo, se hartaron de perder el tiempo en idas y venidas que no llevaban a nada. Primero pensaron que ganarlos por cansancio era la manera elegante que tenían los comerciantes de persuadirlos a que no insistieran, sin llegar al extremo de tener que decirles que no; pero luego decidieron que el centro de la cuestión era que los cuatro eran muy malos vendedores. En tanto se planteaban la posibilidad de hacer algún curso de ventas y estrategias, de lo que deberían estar muy pendientes porque eran escasos y esporádicos, surgió la necesidad de conseguir un vendedor de verdad, alguien con experiencia y ganas, que se cobrara lo que correspondiera en comisiones, a cambio de permitirles a ellos ver algo de dinero en retribución del enorme trabajo que se tomaban…, pero tampoco encontraban un vendedor. Los pocos que lograban contactar se ocupaban exclusivamente de la parte gráfica, o –en el mejor de los casos– armaban paquetes de productos para venderlos a las agencias de publicidad, pero "Neuróticos" no parecía ser un programa que cuadrara con los demás, como para poder incluirlo en un paquete. A fuerza de insistir, Marisa finalmente consiguió una única publicidad, con la que empezaron a pagar el espacio. Pero no quedaban ganancias para repartir entre los cuatro.

Sin embargo, ninguno planteaba la posibilidad de suspender el programa. Lo económico era un detalle que demandaba una solución, que eventualmente aparecería o no, pero al margen de eso, estaban muy satisfechos con el programa. Sentían que habían crecido en lo profesional y en lo humano, y no estaban dispuestos a renunciar a las gratificaciones que "Neuróticos" tendría para ellos en el futuro, algo que tampoco ponían en duda.

Marcos y Marisa eran brillantes en estudios. Los comentarios ácidos de Marcos, las reflexiones comprometidas de Marisa, los diálogos espontáneos que surgían entre ambos en el transcurso de la audición, la convertían en una propuesta divertida además de interesante. Tras haber orientado a Alejandro los primeros programas, Laurita se abocó a la producción. La revelación del equipo fue Alejandro, como cronista de exteriores. Sin ninguna experiencia en los medios, había logrado en poco tiempo ponerse a la altura de lo que Laurita le había enseñado. Con una diferencia. Ella lo hacía todo muy profesionalmente, pensando en cumplir

objetivos que beneficiaran al programa en calidad y por consiguiente, en cantidad de oyentes, con la esperanza de que entonces los auspiciantes se sumaran a la propuesta. Por el contrario, Alejandro ponía su corazón en este trabajo. A tal punto, que pronto terminó ocurriendo lo que él mismo anticipara: "Periodista por un día" terminó mutando en "El reclamo vecinal". Alejandro no escuchaba a los vecinos en busca de la pregunta incisiva para hacer, cuya respuesta elevaría el *rating*; los escuchaba con la sincera intención de encontrar una solución a sus problemas.

"Neuróticos" pasó a la historia de una manera tan original como trasgresora, de la mano de Alejandro Hamlady. Uno de los reclamos más frecuentes de los vecinos de todos los barrios –incluso de algunos sectores del centro mismo de Resistencia– era el pésimo servicio de recolección de residuos. Había barrios enteros que no tenían una sola calle pavimentada, y era compresible que los camiones suspendieran el servicio cuando llovía, pero… "A veces, ya no pasa cuando parece que va a llover; y tampoco pasa cuando la lluvia se detuvo, salió el sol y se secó el barro" era una queja que se repetía adonde fuera Alejandro. "Y nosotros pagamos los impuestos".

El intendente salió al aire y ofreció las complicadas explicaciones del caso, un poco culpando a la gestión anterior, otro poco, al gobierno provincial, que era de otra tendencia política, pero finalmente, con suma elegancia situó la causa del problema en manos ajenas a las suyas. Eso colmó la paciencia de Alejandro.

–¿Cómo se sentiría este infeliz si fuera delante de su casa que se acumulara la basura? –bramó, pues de tanto estar en contacto con los vecinos marginados acababa por sentir como propios cada uno de los reclamos.

Y así comenzó aquella movida monumental.

No le costó demasiado. Que el camión recolector dejara de pasar era algo bastante frecuente. Por lo que mucha basura se juntaba. Y si se esmeraba, Alejandro podía visitar un par de barrios en cada audición. La propuesta fue sencilla y muy bien recibida por todos: cada vez que el camión no pasara, debían apartar esas bolsas. Durante una semana repetirían el proceso. Y en la noche del último día, llevarían todas las bolsas juntadas y las tirarían al frente de la municipalidad. La idea original había sido frente a la propia casa del intendente, pero Marcos y Marisa lo convencieron de que eso sería ya demasiado provocativo.

A la convocatoria la realizó él personalmente; por unanimidad decidieron que no se hablaría del tema al aire, porque podía tomarse como una incitación pública. De todas formas era una incitación, pero Alejandro prefería que la sanción recayera en su persona, a que perjudicara al

programa.

Aquella noche de noviembre los vecinos cumplieron con su parte. Poco después de la medianoche autos destartalados, pequeñas camionetas y carros tirados por caballos empezaron a detenerse frente a la municipalidad. Entre dos o tres bajaban las bolsas que todo el barrio había ido juntando en el transcurso de la semana y luego se alejaban. A la mañana siguiente, las bolsas apiladas eran tantas que apenas se podía caminar por la vereda; mucho menos, acceder a la entrada. Pero eso no era todo. Desde horas muy tempranas, un par de representantes de cada barrio se habían apostado junto a las bolsas con pancartas, exigiendo ser atendidos por el intendente para solucionar definitivamente el problema. Hasta poco después de las nueve, hora en que Marcos y Alejandro llegaron –junto a periodistas de otros medios– a cubrir la noticia para el diario, el intendente ni siquiera había llegado a su lugar de trabajo.

Los vecinos se atribuyeron la iniciativa y jamás mencionaron a Alejandro en las entrevistas que les hicieron los medios, porque supusieron que sería más complicado tomar acciones contra todos ellos –furiosos por una causa real– que contra una sola persona, autora intelectual de la movida. Sin embargo, la voz no tardó en correrse, y a las pocas horas no había quien no supiera –dentro del ambiente periodísitico– quien había sido el verdadero instigador. Las voces llegaron más lejos y al poco tiempo también lo supieron algunos funcionarios, pero de todas formas, el hecho no pasó a mayores. Y durante un tiempo, incluso, el servicio de recolección de residuos se normalizó.

Lo ocurrido les dejó a todos algo muy claro. Alejandro era un periodista comprometido con la realidad. Demasiado comprometido. No se conformaba con informar lo que ocurría: quería protagonismo para cambiarlo. Además, tenía la creatividad y la fuerza necesarias para desarrollar y llevar adelante un plan, sin medir (o sin importarle) las consecuencias, si creía que la causa lo valía. Y lo peor de todo: tenía poder de convocatoria.

Durante mucho tiempo, los dones de Alejandro permanecieron latentes. Porque pasárselo organizando esos exabruptos era –a su criterio– estar corriendo detrás de las consecuencias, para solucionarlas por un breve tiempo y volver luego a lo mismo. No se justificaba. Sin embargo, a su alrededor, todos empezaron a verlo con otros ojos. Esperaban que en cualquier momento se descolgara con alguna sorpresa por el estilo. Y como era parte del equipo de “Neuróticos”, justamente, uno de los que más contacto directo tenía con la gente, la audición del programa se elevó notablemente.

Pero siguieron sin tener auspiciantes.

Capítulo 15

Capítulo Tres: Destinos cruzados - II

En la pensión costaba mucho continuar con las actividades normalmente. Por un lado, la euforia, porque Olga estaba ganándole la batalla al cáncer. Los médicos decían que lo peor ya había pasado; poco a poco, podría retornar a sus actividades habituales y a su casa en Sáenz Peña. Pero al mismo tiempo, Matilde estaba cada vez más panzona, y el día del nacimiento se acercaba velozmente. Casi nadie podía permanecer indiferente a ello. La ilusión de algunas y la desaprobación con que otras habían recibido la noticia del embarazo y la decisión de Matilde de llevarlo adelante, habían sido reemplazadas por la angustia de no saber qué ocurriría tras el parto. Solamente Matilde permanecía impasible. Se mantenía firme en la idea de ver su preñez como una enfermedad que pronto llegaría a su fin y de la que debería reponerse. Se negaba a hablar del bebé y ni siquiera se preocupaba por su ajuar. Era Daniela la que había ordenado amorosamente todos los regalos que el bebé había recibido y seguía recibiendo, esperanzada en que el milagro obraría y que lo vería crecer dentro de esas ropitas y jugando con aquellos juguetes.

La única manera de aflojar tanta tensión era salir a divertirse. Todos los viernes y sábados por la noche armaban dos o tres grupos y cada uno salía por su lado, a hacer algo distinto…, que en realidad era más de lo mismo, ya que tampoco abundaban las opciones. Algunas salían a cenar. A un lugar muy popular, con precios económicos, aunque la comida fuera pura chatarra. La idea era solamente juntarse a conversar fuera de la pensión, haciendo un gasto mínimo. Un par de ellas se habían vuelto adictas al cine. Sacrificaban lo que fuera, con tal de ver una película por semana. No les preocupaba que fuera de acción, romántica o infantil. El placer radicaba en sentarse a penumbras, hundirse en las butacas y en la historia, y perderse dentro de los paisajes y los personajes, hasta lograr olvidar lo que estaban viviendo. Y la mayoría huía hacia un local bailable, donde permanecían hasta el amanecer.

Daniela y Matilde estaban en este último grupo, junto a Aixa y Josefina. Tenían sus lugares preferidos, pero a veces sentían deseos de algo distinto, y echaban a la suerte adónde ir. Fue el caso de esa noche. Sólo que no lo echaron a la suerte: era un lugar que Matilde siempre había querido conocer, y a pesar de que era costoso –no sólo por las entradas, sino también en la consumición– quisieron darle el gusto mientras la esperanza les permitía seguir sonriendo, y sumaron los billetes para poder ir.

Era el mismo lugar donde coincidieron casualmente Alejandro, Marcos y Laurita. En el caso de estos últimos, porque lo frecuentaban, y cuando no encontraban a nadie que les gustara, terminaban tomando algo y bailando

juntos. Alejandro se había atrevido a regresar por primera vez tras el escándalo que había protagonizado con Berenice. Con la secreta ilusión de encontrarla allí, lo que naturalmente, no ocurrió. De todas formas, no sabía cómo hubiera reaccionado de verla frente a él, después de cómo había corrido el rumor luego de que ella le rogara discreción. Pero sí sabía que la extrañaba. Tan sólo había estado con ella una noche, unas pocas horas, y sin embargo, no podía borrar su recuerdo de su corazón. Deseaba emborracharse para dar rienda suelta a esa sensación desconocida y desagradable, pero temía complicar aún más las cosas, ya que jamás había admitido públicamente lo ocurrido, y era un alto riesgo que eso se le escapara en estado de ebriedad.

Apenas acababa de encontrarse con Marcos y Laurita, los había saludado y estaba sentándose junto a ellos, cuando vio entrar un bullicioso grupo de muchachas. No reconoció de inmediato a Daniela; la que llamó su atención fue Matilde, por su notorio embarazo. De todas formas, apenas las miró un par de segundo, mientras entraban, y luego se volvió hacia sus compañeros.

–Solamente falta Marisa, y podríamos hacer una reunión de trabajo –bromeó.

Laurita y Marcos se echaron a reír. Marisa era una mujer casada, con dos niños pequeños. Su idea de salida era un lugar adonde pudiera ir con su familia. Excepto que se tratara realmente de una reunión de trabajo, pero en ese caso, trataba de que fuera lo más breve y concreta posible, para regresar cuando antes a su casa, a estar con sus hijos.

Las muchachas se acomodaron y pidieron una gaseosa. Hubieran preferido una cerveza, pero sabían que entonces Matilde habría tomado con ellas, y a pesar de todo, querían que cuidara al bebé. Fue justamente Matilde, una fiel oyente de “Neuróticos”, quien reconoció al trío, ya que en la propaganda del programa de radio que salía publicada en el diario, había una fotografía de los cuatro que conformaban el equipo. De inmediato se puso de pie y les avisó a las demás que iría a pedirles un autógrafo. Aixa y Josefina se echaron a reír, pero Daniela permaneció inmóvil, impactada. Miró de reojo hacia donde Matilde señalaba y el corazón se le heló al reconocer a Alejandro. ¡No podía perder esta oportunidad! ¿Pero cómo podía acercársele sin que fuera evidente que moría por él?

–Te acompaño –le dijo a Matilde, cuando vio que se encaminaba hacia el grupo.

Fueron juntas. Se sentía protegida. Matilde les pediría un autógrafo y Daniela tan sólo esperaría… ¿qué? ¡Era absurdo! Pero no se le ocurría qué

más hacer.

–Hola, disculpen; ¿ustedes son Laurita, Marcos y Alejandro, verdad? –saludó tímidamente Matilde, al llegar junto a ellos–. Yo los escucho siempre. ¡Es excelente el programa! ¿Podría pedirles un autógrafo?

No se esperaban eso. ¡Un autógrafo! Sorprendidos, se miraron, sin poder creer que fuera en serio.

–¡Tenemos una fan! –bromeó Marcos finalmente, mientras cogía una servilleta de papel y buscaba su birome–. ¡Es la primera vez en mi vida que me piden un autógrafo, así que quiero hacerlo bien! ¿Cómo te llamás?

–Matilde. Y ella es mi amiga Daniela.

Recién entonces Alejandro, que las estaba observando con asombro, reconoció a la joven que lo había sacado de apuros el día del episodio frente a la casa de gobierno.

–¡Yo te conozco! –exclamó, al tiempo que se levantaba para saludarla con un par de besos.

Aquello facilitaba enormemente la tarea de Daniela. Tras haberlo saludado, replicó:

–¿Cómo está tu compañero?

–Como si nunca hubiera pasado nada. Fue más un susto que otra cosa –y para acabar con el desconcierto del resto del grupo, comentó brevemente en qué circunstancias había conocido a Daniela. Matilde amagó con darle un coscorrón, riendo.

–¡Nunca me contaste que habías conocido a uno de los neuróticos!

–Es que nunca me lo preguntaste… Y además, no lo conocí como "neurótico", sino como fotógrafo de un matutino.

Un comentario llevó al siguiente, y sin que se dieran cuenta, estaban sentadas junto a los periodistas, haciéndoles señas al resto de sus amigas para que se sumaran a la conversación. De pronto se habían convertido en la mesa más bulliciosa y divertida del lugar. La conversación era un ping pong espontáneo que iba desde el detrás de escena del programa de radio, las desventuras de la vida de un periodista, hasta la miseria de las estudiantes que venían del interior, las ansias por recibirse, el temor de no conseguir un buen empleo cuando tuvieran el título bajo el brazo… Fue inevitable que la libre asociación terminara llevando la conversación hacia la panza de Matilde. Las demás callaron, incómodas; pero ella se encogió

de hombros y decidió ser sincera.

–El feto se formó sin un ventrículo. No va a sobrevivir al parto. Quizá sí, pero en ese caso va a tener una vida miserable y nos va a hacer miserables a todos a su alrededor –y repitió lo que le había explicado el médico–. El simple hecho de que tenga prohibido llorar, agitarse… ¡es imposible! Estamos todas esperando el desenlace. Espero que sea lo menos dramático posible…, hasta este punto, ya hubo demasiado drama…

–¿Y el padre, qué dice? –preguntó Marcos, impresionado por el relato.

–Al padre no lo volví a ver desde que le dije que estaba embarazada. Me contaron que poco después empezó a salir con una compañera de estudios y que está muy bien, con su vida marchando… –ironizó Matilde.

–¡Hay cada miserable! –gruñó Marcos–. ¡Habría que matarlos! No es literal, por supuesto; pero tampoco se puede permitir semejante impunidad. ¡No se puede abandonar a una mujer embarazada y mucho menos a un propio hijo!

–¿Fue un embarazo buscado? –preguntó Alejandro, a su vez.

Matilde sacudió la cabeza.

–No. Fue un accidente. Pero la noticia me cayó a mí tan mal como a él. Dejé de estudiar, me puse a buscar un empleo –que nadie me quiso dar porque estaba embarazada–; después descubrieron lo del ventrículo, en un estudio, cuando ya estaba con la panzota… El quería que yo abortara; yo me negué. Ahora pienso cuánto me habría ahorrado, cuanto le habría ahorrado a mucha gente, si lo hacía… Pero ya es tarde; ahora tengo que llegar hasta el final…

–No debe ser fácil para un hombre aceptar un hijo que no buscó –observó Alejandro.

–Tampoco fue fácil para mí –aseguró Matilde–. Yo tampoco lo buscaba. Y desde que quedé embarazada, mi vida es un infierno.

–Esa es la respuesta fácil –interrumpió Marcos, a quien la historia lo había indignado particularmente–. Pero no es un justificativo.

–¿Vos qué hubieras hecho? –le preguntó Laurita.

–Si no quería correr el riesgo de tener un hijo, me habría cuidado a la par de mi mujer. Y si a pesar de todo, ella quedaba embarazada, me tendría que haber hecho cargo, me guste o no, porque es lo que corresponde, porque eso que ella carga en su cuerpo, también es mío. Todo lo demás

son excusas para evadir la responsabilidad. Por gente así, es que después nos estigmatizan a todos los hombres –refunfuñó. Y agregó:– Si algún día te puedo ayudar con algo, contá conmigo… aunque no me conozcas demasiado.

Matilde sonrió, agradecida. No creía que este hombre pudiera ayudarla jamás con nada, pero su gesto la había conmovido.

Un rato después, Marcos la invitó a bailar. En la incomodidad de haberse quedado solo entre cuatro mujeres, Alejandro optó por salir también a la pista de baile…, pero ¿con quién?

–¿Alguna quiere bailar? –preguntó. Que acordaran entre ellas el orden; lo único que él deseaba, era relajarse un poco.

Ante su sorpresa, las muchachas no compitieron por ser la primera; al contrario, solamente Daniela aceptó su invitación. Las demás permanecieron en sus asientos, conversando entusiasmadas de asuntos que Alejandro no llegaba a entender.

Al primer recreo que se tomaron, se pusieron a conversar, lejos del grupo. Daniela le habló de la pensión, de la batalla de su madre contra el cáncer, de lo traumático que estaba resultando para todas el embarazo de Matilde, de su esperanza de recibirse pronto y conseguir un empleo para lograr su independencia económica. De lo único que no habló, fue de cómo había cambiado su vida tras haberlo conocido. No le dijo que era lo último en lo que pensaba antes de quedar dormida, ni lo primero que venía a su mente al despertar; que le había dolido el alma de tanto pensar cómo y dónde volverlo a encontrar y que pareciera casual; ni que se sentía tocada por una varita mágica esa noche, después de haber compartido unas bebidas en la misma mesa y más aún después de haber sentido sus manos contra su cuerpo al bailar y haberse hundido en esos hermosos ojos marrones… Y agradecía la penumbra del local, para que él no pudiera adivinar todo eso en su mirada.

Alejandro le contó la manera espontánea en que se había iniciado en la fotografía, su paso por la agencia de modelos de su hermana, cómo había logrado formar parte del diario, su experiencia en “Neuróticos”… Le habló de su abuelo, al que adoraba, y de sus dos hermanas, una de las cuales llevaba muchos años viviendo en Buenos Aires, con su abuela, y era poco lo que se habían vuelto a ver.

Daniela hubiera dado lo que fuera por saber si Alejandro estaba en pareja; que no hiciera comentarios al respecto no era garantía, y que lo hubiera encontrado solo junto a sus amigos, tampoco. Afortunadamente, él le facilitó la tarea al preguntar primero.

–¿Tenés novio?

Daniela sonrió y sacudió la cabeza.

–¿Y vos?

Le sorprendió que él dudara antes de responder.

–Tampoco –dijo, finalmente, pero había un dejo de tristeza en su voz.

Era el momento ideal para empezar a hacer otra clase de preguntas que la ayudaran a tantear sus posibilidades. Pero no pudo ser. Repentinamente, Daniela se vio rodeada por sus amigas de la pensión. Angustiada, Aixa la tironeó del brazo, al tiempo que le explicaba que Matilde había roto bolsa. Marcos la había subido a su auto para llevarla al hospital, pero había que ir a la pensión, buscar el bolso con las cosas del bebé y llevársela al hospital; además, tenían que avisar a las demás lo que había pasado; seguramente se turnarían para acompañarla en lo que fuera necesario.

Alejandro, que no pudo permanecer ajeno a la conversación, les preguntó si tenían quien las acercara a la pensión y luego al hospital. Daniela respondió que a la pensión se irían en un remise, y que seguramente Aldana subiría a un par de ellas a su autito para ir hasta el hospital; las demás, seguirían moviéndose en remise. Habían empezado a despedirse de él, cuando las interrumpió.

–No llamen un remise; yo las voy a acercar.

Alejandro hubiera preferido que su ayuda fuera más impactante, pero no se lo ocurría qué otra podía hacer. Le quedaba el consuelo de esperar que surgiera algo mientras estaba con ellas, algo que él pudiera manejar. Sin embargo, el agradecimiento que vio en los ojos de las jóvenes le señaló que con eso que a él le parecía tan poco, ya lo estaba haciendo.

Capítulo 16

Capítulo Tres: Destinos cruzados - III

Alejandro se sorprendió por el silencio en que iban sumidas las muchachas. Dada la situación, había imaginado que no cesarían de parlotear para desahogar sus ansias, aunque más no fuera recordándose mutuamente algún dato de necesidad, pero nada de eso ocurrió. Solamente Daniela, a quien le había indicado que fuera adelante, junto a él, le había dado la dirección de la pensión y le iba señalando por dónde le convenía ir.

Cuando llegaron a la pensión, sólo Daniela se bajó del auto. Sabía donde estaba el bolso con las cosas más necesarias del bebé, porque había sido ella quien lo preparó, cuando (según los cálculos) Matilde entró en fecha. También llamaría a la puerta del dormitorio de Aldana para contarle brevemente lo que había pasado, y que ella se ocupara de avisarles a las demás, ahora mismo o por la mañana; de todas formas, Matilde no estaría sola, porque ellas cuatro irían al hospital a hacerle compañía.

Todo el trámite le demandó menos de cinco minutos. Alejandro se sorprendió una vez más. Pero no era el momento indicado para hacer comentarios. Simplemente, cuando Daniela estuvo dentro del auto, puso en marcha el motor y las llevó hasta el hospital.

En la sección de Maternidad los estaba esperando Marcos. A Matilde ya se la habían llevado para prepararla para el parto, previa pelea encarnizada de él contra el imbécil del médico que los recibió, que no era el que había controlado el embarazo, y por consiguiente –como ignoraba el problema congénito del feto– dispuso que todo se preparase para un parto normal. Casi no reparó en ese muchacho histérico que ni siquiera era el padre de la criatura, hasta que Marcos sacó su credencial de periodista y amenazó con denunciar públicamente su negligencia. Solamente entonces, y a desgano, ordenó que se preparara a la madre para una cesárea.

Marcos y Alejandro se quedaron en el hospital. Esa no era precisamente la manera en que Alejandro hubiera querido terminar la noche, pero de todas formas, si esto no hubiera ocurrido, habría amanecido en el boliche, quizás con algunas cervezas de más, quizás en la cama de alguna desconocida… Habría preferido eso, por supuesto. A pesar de estar solidarizándose con este grupo de chicas encantadoras, seguía sin entender en qué podía ayudarlas, concretamente; en qué podía servirles la presencia de dos casi desconocidos en un momento tan íntimo y dramático. Pero Marcos no parecía tener intenciones de irse y él no podía desentonar de esa manera de su amigo.

–Voy a preguntar algo sin ánimos de disgustar a nadie –dijo repentinamente Marcos. El sonido de su voz rasgó el silencio y los sobresaltó a todos, que se quedaron mirándolo, expectantes–. ¿No habría que avisarle al padre del bebé lo que está pasando?

–El padre del bebé debe de estar pasándolo divino con su novia y sus amigos –replicó Josefina, resentida.

–¡Pues que deje de pasarlo divino y se entere de lo que está ocurriendo! –exclamó Marcos, indignado–. ¿Y la familia de Matilde? ¿Sus padres, hermanos…, alguien? ¿Cómo puede estar pasando sola un momento dan duro?

–No está sola: nos tiene a nosotras –replicó Daniela. No había reproche en su voz, tan sólo cansancio–. Y fue su elección, no la nuestra. Su familia ni siquiera sabe que el bebé tiene problemas. Ella los echó de su vida después de lo mal que la trataron cuando quedó embarazada. Ella incluso ya despidió de su vida al bebé, antes de saber qué pasaría tras el nacimiento…

Los seis tuvieron la misma sensación de que el tiempo transcurría muy lentamente, a pesar de los diálogos aislados y esporádicos que surgían. Sin embargo, el médico salió a darles la noticia antes de haberse cumplido las dos horas de la llegada de Matilde y Marcos al hospital.

–Es un varón. Pesa tres kilos doscientos gramos. La madre me dijo que alguna de ustedes tendría sus cosas…

Daniela le acercó el bolso, tímidamente. Le costó muchísimo, pero logró preguntarlo.

–¿Cómo están?

–La madre está perfectamente bien; al bebé lo vamos a llevar a hacerle unos estudios. Ya contactamos con el médico de cabecera; él se está ocupando de eso.

Sin más, el médico regresó a la sala de partos.

Los jóvenes se miraron, abrumados, incrédulos. ¿Esto había sido todo? No esperaban que les entregaran al bebé en estas condiciones, pero al menos que se lo mostraran…, al menos escucharlo llorar… Que les dijeran en qué habitación estaría Matilde, para pasar a saludarla un momento… Ahora se sentían más angustiados que antes.

***

Tal como le adelantara Daniela a Sofía en los correos electrónicos, al bebé lo llamaron Ángel. Ante su insistencia, el médico les explicó que había nacido con el síndrome del corazón izquierdo hipoplásico. De la larga y compleja descripción de la enfermedad, solamente entendieron que el bebé corría gran riesgo de muerte. Inevitablemente deberían practicarle una cirugía en cuanto estuvieran los resultados de los demás estudios que le realizaron, e incluso era posible que necesitara un transplante de corazón.

Matilde lo oyó todo inexpresivamente. Era imposible adivinar si la indiferencia era sólo una máscara con la cual le hacía frente a la situación o si realmente ya había dado por perdido a su hijo. Su indiferencia se mantenía cuando le llevaban el bebé para que lo amamantara, lo cual resultaba imposible, ya que el niño ni siquiera tenía fuerzas para succionar. Marcos, que a pesar de haber tenido que ir a trabajar continuaba pendiente de la situación y se escapaba del diario para ver a Matilde y al bebé al hospital en los horarios de visita, salió disparado a comprar una lata de leche maternizada para que Angelito no pasara hambre. Las enfermeras quisieron ayudar a Matilde enseñándole a sacarse la leche, pero eso no evitó una dolorosa mastitis, que ameritó un antibiótico (conseguido por Marcos, una vez más), con lo que se suspendió definitivamente el pecho para el bebé.

A pesar de la gravedad, madre e hijo recibieron el alta un par de días después. A Matilde le dieron una pila de instrucciones, además del compromiso de tener que regresar frecuentemente, porque debían seguir haciendo estudios antes de planificar la cirugía.

La incertidumbre las consumía. Nadie podía permanecer ajeno a lo que estaba ocurriendo. Era peor que cuando se enteraron del cáncer de Olga, porque ella le hizo frente al destino y luchó por salir adelante. En el clímax de la enfermedad Aldana y su séquito tomaron la costumbre de ir la iglesia a rezar, sin saber si eso realmente haría algún efecto en Olga, pero seguras de que sí lo hacía en sí mismas. Sin embargo, no les nacía ir a la iglesia por este bebé, a pesar de que lo necesitaba mucho más que Olga. Angelito parecía un muñeco. No sólo por su aspecto delicado. Casi no se movía, no lloraba, ni siquiera sentía curiosidad por observar a su alrededor. Generalmente hasta respirar le costaba, y llegó a tener un aspecto grisáceo muy desagradable en la piel, a raíz de su problema de salud. Ninguna de ellas se había imaginado jamás, que la cercanía de un bebé podría angustiarlas tanto.

Daniela era la que más pendiente estaba de Matilde y Angelito. En parte, porque necesitaba cumplir la promesa que le había hecho a Matilde cuando tuvo el accidente en la escalera, a pesar de que nunca habían vuelto a hablar de eso. En parte, porque al contrario de las demás, Daniela tenía fe. Tenía mucha esperanza en la cirugía; incluso esperaba que apareciera un donante, en caso de hacerse necesario. Y se ocupaba

del bebé como si ya estuviese curado, como si esto que estaban viviendo fuera un mal recuerdo, buscando desesperadamente atraer de verdad esa realidad a su futuro.

Lo único bueno de la situación era que Marcos y Alejandro habían acabado por hacerse amigos del grupo. Ambos telefoneaban a diario; Marcos invariablemente preguntaba por Matilde y Angelito, y se lo oía presto a colaborar en todo, si bien nunca más le dieron la oportunidad de hacerlo, pues entre Olga y Aldana acordaron cubrir las necesidades de Matilde y el niño. Alejandro pedía hablar con Daniela. Ella aprovechaba para desahogar sus temores y darle rienda suelta a su esperanza; una combinación bastante extraña. Algo en sus palabras alertó a Alejandro, que la siguiente vez pasó personalmente a saludarla por la pensión. Tras empezar a mantener la misma conversación que tenían siempre por teléfono, él la interrumpió delicadamente.

–Daniela, ese bebé está muy enfermo. Está tan enfermo, que ni siquiera su madre se atreve a encariñarse con él. Es muy dulce lo que estás haciendo por ambos, pero ¿te pusiste a pensar qué pasaría con vos, si el desenlace sí fuera el anticipado por los médicos?

Daniela permaneció en silencio un momento.

–Alguien tiene que tener esperanzas –dijo, finalmente–. Sé que ese bebé está muy enfermo, pero no le debe de estar haciendo ningún bien que lo traten como si se hubiera muerto. ¡Los milagros existen! ¿Cuántos casos hubo últimamente, de bebés y niños que necesitaban cirugías complicadas e incluso donantes, y que gracias a ellos salvaron su vida? ¿Por qué no puede ser Angelito uno de ellos?

–Los milagros no existen, Daniela –la contradijo Alejandro, tristemente–. Hay un juego de variables, que de combinarse de la manera apropiada, podrían salvarlo, pero ni siquiera los médicos ofrecieron demasiadas esperanzas. Pero no es mi intención desmoralizarte; es sólo que me preocupa qué va a ser de vos si las cosas no resultan como las estás esperando.

–Seguramente lloraré mucho… –respondió Daniela, estremeciéndose, porque ni siquiera se atrevía a considerar esa posibilidad.

Alejandro la abrazó instintivamente. Ya no quiso decirlo en voz alta, pero temía, entonces, que en un futuro cercano Daniela derramaría muchísimas lágrimas…, porque después de haber visto al bebé esa tarde no creía que sobreviviera siquiera a la cirugía, en el caso de que se la pudieran practicar. Y cuando ese día llegara, Daniela, mucho más que Matilde, necesitaría contención y consuelo.

Capítulo 17

Capítulo Tres: Destinos cruzados - IV

Angelito fue sometido a una cirugía a las dos semanas de haber nacido. Ese día sí fueron a la iglesia Aldana y un puñado de chicas, entre las que se encontraba Daniela, en un acto desesperado por aferrarse a la esperanza. Sorprendiendo hasta a los mismos médicos, el bebé sobrevivió a la cirugía y al postoperatorio. Pero la operación no lo había curado; solamente lo ayudaría a soportar un poco mejor su dolencia hasta la aparición de un donante, que de repente se había vuelto imperioso para su supervivencia.

Daniela sabía que conseguir un donante para salvar al bebé implicaba que un bebé sano debería morir y en condiciones particulares, ya que no bastaba con morir solamente, pero aún así, confiaba. Había hecho sus estudios a un lado para pasárselo todo el tiempo con Angelito. Mucho más que Matilde, lo tenía siempre en brazos, cantándole para que se durmiera, dándole la mamadera, hablándole, paseándolo por la casa y el jardín… Era la única. Las demás, poco a poco, se habían ido acostumbrando a la situación, que fluctuaba entre la angustia de lo que podía ocurrir en cualquier momento y el tedio de que en realidad no ocurría nada, y habían retomado sus obligaciones. Olga y Aldana estaban pendientes de Matilde, pero como el destino del bebé las desconcertaba, tampoco centraban en él sus energías, sino en que Matilde pudiera sobrellevar lo que fuera que sucediera de ahora en más.

Matilde misma no sabía que hacer. Se había imaginado –por las explicaciones y advertencias del médico– que el niño moriría a poco de haber nacido; que continuara vivo después de tres semanas, más que un milagro, era una condena. Matilde creía que –de existir– el purgatorio debía de ser un estado como el que ella transitaba ahora. Aterrorizada de encariñarse con el bebé y permitir que empezara a formar parte de su vida, para después perderlo; negándose a amarlo mientras quedaba un aliento de esperanza de que sobreviviera y convivir con esa culpa; tener de todas formas toda su vida centrada en él, sin poder abocarse –como había planificado– a sus estudios, a recuperar el proyecto de vida que había perdido al quedar embarazada… Detestaba la situación y deseaba que se definiera de una vez, pero como suponía que invariablemente eso implicaría la muerte del bebé, al mismo tiempo, esperaba que se prolongara…

Una de sus hermanas la telefoneó una mañana para preguntarle si seguía embarazada y cuándo nacería el bebé. Todavía herida por el maltrato al que la habían sometido Matilde le soltó la verdad sin pizca de compasión. Su hermana se horrorizó. En el transcurso del día llamaron sus padres, el resto de sus hermanos, algunos tíos y hasta una abuela, angustiados, sin

entender qué había pasado. Pero Matilde se negó a hablar con ellos. Entre Daniela y Aldana se turnaron para atender el teléfono, tratar de explicarles y consolarlos por lo que estaba pasando. Cuando su madre expresó su necesidad de ir aunque más no fuera para acompañar a Matilde en este momento y conocer al bebé, Matilde tronó que ni se les ocurriera, pues solamente estorbarían. Ella no deseaba verlos y el bebé no podía pasar de brazo en brazo como si fuera un muñeco. Sin embargo, su madre insistió y antes de despedirse aseguró que no todos –por la imposibilidad económica– pero sí un par de ellos viajaría a Resistencia para interiorizarse en lo que estaba ocurriendo.

Daniela no quiso comunicarle esto último a Matilde, pues supuso que se pondría furiosa, y temía que su estado de ánimo afectara al bebé. De todas formas, dedujo que conseguir el dinero para los pasajes no les resultaría sencillo y quizás hasta desistieran.

Pocos días después Angelito amaneció resfriado. Eso por sí sólo ya hubiera sido un contratiempo, pero sumado a su reciente cirugía y a su problema de salud, la situación se revestía de gravedad. Antes de que pasara a mayores, Matilde y Daniela llevaron el bebé al hospital. Debido a su condición general los médicos decidieron dejarlo internado, en observación. El niño, acostumbrado a los brazos de Daniela y a los sonidos y olores de la pensión, expresó su desacuerdo con unos débiles quejidos. Los sensores de Daniela se encendieron rápidamente, antes que los de Matilde, que confiaba en que los médicos sabrían hacer su trabajo.

–Mejor nos lo llevamos y seguimos al pie de la letra las indicaciones que nos den –suplicó Daniela, cuando consideró que el bebé había estado llorando demasiado tiempo.

–No creo que nos lo quieran dar, si acaban de decir que tienen que tenerlo en observación –objetó Matilde, considerando más seguro que el bebé permaneciera junto a personas capacitadas para accionar ante cualquier emergencia.

–¡Pues entonces que hagan algo para que deje de llorar! –exigió Daniela, angustiada.

Hasta este día el bebé jamás había llorado; apenas tenía que amagar una queja, para que Daniela satisficiera todas sus necesidades y exigencias, en su preocupación porque él estuviera bien. Matilde no sabía si seguir confiando en que los médicos sabían hacer su trabajo o asustarse porque su hijo estaba corriendo un serio riesgo. Quisieron hablar con alguien acerca de eso, pero nadie les prestó atención. Tanto se encarnizaron que cuando lograron tranquilizarse notaron que el bebé ya no estaba llorando; en realidad, llevaba callado bastante tiempo. Antes de que pudieran sacar conclusiones apresuradas, se les acercó un médico con rostro sombrío. Como en la peor de sus pesadillas, les aseguró que habían hecho todo lo

posible, pero que no pudieron reanimarlo tras el infarto. El bebé había muerto. A Matilde le pidió que lo acompañara para realizar los trámites correspondientes.

En el impacto del momento, a Matilde no se le ocurrió pedir ni a Daniela proponer, hacer esos trámites juntas, para darse ánimos y consuelo. De repente, Daniela se encontró sola, abrumada, y sin saber qué hacer. No sabía cuánto se demoraría Matilde; no sabía si esperarla o correr a la pensión a contar lo que había sucedido… Al borde del desmayo, solamente atinó a llamar al diario y pedir hablar con Alejandro. Cuando él la atendió, rompió a llorar. Alejandro no entendió ni una sola de las palabras que Daniela le dijo, pero no necesitó hacerlo: adivinó lo que había pasado.

–¿Dónde estás? –le preguntó, en lo que parecía una pausa en el relato de la joven.

–En el hospital pediátrico –respondió ella, sin dejar de llorar.

Quince minutos después, Alejandro y Marcos estaban en el hospital. Para poder escaparse del diario mintieron que irían a hacer una nota. Tenían la intención de hacerla, una vez que hubieran visto a las chicas; darían unas vueltas por el centro e inventarían alguna. Pero ahora, lo que los preocupaba era saber cómo estaban ellas.

Tal como Alejandro había supuesto, Daniela estaba destruida. No dejaba de culpar a los médicos de lo que había sucedido. Matilde se veía mucho más resignada.

–El bebé estaba enfermo, Daniela –le repetía, en un vano intento por consolarla–. Hubiera sido peor que se nos muriera en los brazos, en la pensión.

–Esto no tendría que haber pasado –sollozaba Daniela–. Si nos hubieran dado el bebé con las indicaciones… ahora estaríamos todos tranquilos y felices, en casa…

–Seguramente, pero sólo hubiera sido para postergar el desenlace –insistió Matilde, abrazándola, tratando de consolarla, a pesar de que estaba llorando a la par de ella–. Daniela, algún día el bebé iba a llorar… Algún día podía cogerse algo peor que un resfriado… ¿Qué hubiéramos hecho? ¿Qué clase de vida hubiera sido esa para él, de no poder hacer las cosas más normales que hacen el resto de los niños, sin terminar internado en el hospital?

–Un donante lo hubiera salvado. Sólo era cuestión de tiempo conseguirlo…

–No lo estás diciendo en serio. Un transplante no garantizaba su cura; el médico nos lo advirtió desde el primer momento. Y hubiera implicado que un bebé sano tuviera que morir, para darle a Angelito la remota posibilidad de salvarse… ¿Realmente habrías podido continuar feliz con tu vida, sabiendo eso? Yo, sabiendo lo que se siente perder un hijo, no podría edificar mi felicidad sobre el dolor de otros…

Marcos se sumó a la conversación, recordándoles con suma delicadeza que Alejandro y él no podían permanecer mucho más tiempo en el hospital. Se ofreció a acercarlas en auto a la pensión o ayudarlas en el ya inmediato de la manera que fuera, pero en media hora a más tardar debían estar de regreso en el diario… con una nota que aún no tenían.

Matilde lo entendió perfectamente y le pidió que llevaran a Daniela a la pensión, mientras ella terminaba de cumplir con los trámites que le requerían en el hospital. Alguien tendría que ocuparse de llamar a la funeraria y arreglar los detalles… Ella no tenía fuerzas para hacerlo.

Tras despedirse con un fuerte y doloroso abrazo, Marcos, Alejandro y Daniela partieron. Sabía que este sería un día demasiado largo y oscuro para todos.

Capítulo 18

Capítulo Tres: Destinos cruzados - V

Daniela entró llorando a la pensión. No recordaba haberse despedido de los muchachos; de seguro lo había hecho mecánicamente. Pero no podía dejar de pensar en el bebé; en que apenas unas horas atrás habían salido de aquí mismo Matilde y ella con Angelito en brazos, quejándose apenas cada vez que estornudaba o tosía. Sentía que le dolían el pecho y los brazos vacíos. No sabía cómo les daría la noticia a las que estuvieran en la pensión.

No fue necesario. Apenas había terminado de entrar cuando Olga y Aldana, con los ojos llenos de lágrimas, y un puñado de sus amigas llorando tan desconsoladamente como ella, se le acercaron y se abrazaron entre todas, en silencio. Entre Olga y Aldana se ocuparon de conseguir el servicio funerario. A Aixa le pidieron que telefoneara a la familia de Matilde para comentarle lo ocurrido. No sabían cómo podría reaccionar Matilde en caso de que algunos de ellos lograran viajar, pero en todo caso lo solucionarían en el momento; lo importante ahora era avisarles.

A quien nadie se molestó en buscar, fue al padre del bebé. Tácitamente coincidieron en que si no había dado señales de vida hasta ahora, era porque realmente no le importaba, ya que en su grupo de amigos en común todos sabían –desde que lo descubrieron en el embarazo– la gravedad del estado de salud del bebé, y era imposible que él no se hubiera enterado. Si a pesar de todo, y por el motivo que fuera, se había mantenido al margen, no se merecía ahora ni la menor de las consideraciones.

El velorio se realizó esa misma tarde. Matilde se sorprendió por la cantidad de gente que asistió: compañeros de la facultad, vecinos del barrio, amigos que había conocido alguna vez en sus noches de baile, además de muchos amigos y conocidos de sus compañeras de la pensión, que un poco por curiosos, otro poco por compasión y quizás algunos por compromiso, se acercaron a darle el pésame y ofrecerle su apoyo condicional en lo que necesitara.

Casi finalizando el velorio, aparecieron su madre y una hermana. Matilde guardó la compostura y tan sólo las saludó fríamente; no eran el lugar ni el momento de decirles lo que realmente pensaba. Pero no permaneció junto a ellas. De eso se encargaron Olga y Aldana, un poco incómodas por la situación. Un hondo arrepentimiento podía verse en la mirada de la madre de Matilde y una angustia enorme en la de su hermana, pero con ello no borraban lo que habían hecho al enterarse del embarazo.

También Marcos y Alejandro pasaron a ofrecer sus pésames, pero terminaron sentados junto a Daniela, que no podía dejar de llorar. No tenían palabras de consuelo para ella. Aunque racionalmente pudiera comprender los motivos de su muerte y hasta aceptar que había sido lo mejor para todos, su corazón se negaba a dejarlo partir. Tendría que elaborar su propio duelo.

Daniela continuó llorando, encerrada en su habitación, los días siguientes. No se presentó a la última tanda de parciales en la universidad y perdió la regularidad de todas las materias, que ya estaba seriamente comprometida por la cantidad de inasistencias que tenía desde que se hizo cargo del cuidado del niño. Terminó quedándose sin voluntad hasta para salir de la cama. Por el contrario, Matilde, haciendo acopio de sus fuerzas, fue hasta la facultad para averiguar cómo reincorporarse, pues el año se le había ido con el drama del embarazo y había perdido su regularidad como alumna. Se encontró con algunos de sus compañeros y un par de profesores, que la animaron a rendir libre un par de materias, como una opción para no llegar a esa instancia. Matilde no estaba de ánimos para sentarse a estudiar, pero pensó que sería una buena manera de concentrar su mente en mejores cosas, y aunque finalmente reprobara habría ganado en disciplina, lo que le sería muy útil el año próximo, cuando retomara los estudios.

Lo que sí haría de inmediato, en cuanto pasara el descontrol del fin de año, sería buscar trabajo. Si bien su madre le había asegurado a Aldana que abonaría la suma de los últimos meses que Matilde había vivido en la pensión y que seguiría enviando una suma mensual para los gastos fijos de su hija, por una cuestión de orgullo la joven no quería ya más nada en su vida que proviniera de ellos. Meses atrás, nadie había querido contratarla por su embarazo; ahora, que ya no tenía panza ni bebé, no debería ser tan difícil encontrar algo. Y en principio, hasta que comenzaran nuevamente las clases en marzo y viera cómo readaptarse a la universidad, tampoco tendría problemas de horario.

Proyectar todo esto no la ayudaba a olvidarse de Angelito, pero sí a ir poniéndolo paulatinamente en segundo plano y apostar sus esperanzas a que el próximo sería un mucho mejor año, que le retribuiría de alguna manera todo lo sufrido y perdido en éste.

Le preocupaba Daniela. Sabía que la muerte del bebé la había afectado particularmente, pero tan concentrada había estado en hacerle frente a su propio dolor, que convivía con la depresión de Daniela como con el recuerdo de Angelito: sabía que existían en algún lugar de su mente, que elegía mantener cerrado para no potenciar su propia vulnerabilidad. Pero lo que funcionaba de maravillas con el niño, no era justo para Daniela. Por qué se había encariñado tanto con el bebé y por qué la había afectado tan profundamente lo ocurrido, no era lo que más le preocupaba ahora, sino cómo podía ayudarla a superarlo. Para peores, la fecha no podría haber

sido más desafortunada: noviembre estaba llegando a su fin y empezaba a notarse el clima de excitación, felicidad y expectativas propias de las fiestas de fin de año, en el que no había espacio para el dolor y las pérdidas.

También Alejandro estaba preocupado por Daniela. Pero era una preocupación inexplicable, incómoda. De haber sido tan sólo una desconocida que le hiciera un favor en la calle, con la que luego se había encontrado casualmente una noche y habían compartido unos tragos y bailado juntos, tras el drama al que había asistido forzosamente por estar en el lugar y en el momento equivocados, Daniela había pasado a formar parte de su vida… Pero a pesar de lo que se habían contado de sí mismos y de sus familias y del lazo que se creó entre ellos a partir del bebé, Alejandro seguía sintiéndola como una desconocida… Era una conocida desconocida; sentía afecto hacia ella, lo había preocupado su ilusión y entristecido su dolor en el drama que le había tocado presenciar, pero seguía siendo un elemento prescindible en su vida.

Jamás antes le había ocurrido eso con ninguna mujer. Simplemente, le gustaban o no, las amaba o no; esta ambivalencia en sus emociones lo desconcertaba. Y no encontraba la manera de quitarse el lazo. Los hechos se habían ido encadenando de manera tan natural, que aunque lo intentaba no veía cómo hubiera podido evitarlo sin quedar como un miserable. No podía dejarlas desamparadas cuando se precipitó el parto; tampoco podía desentenderse del grupo tras el nacimiento de un bebé enfermo y sin padre; y cuando el bebé falleció, no podía abandonar a una amiga que no lograba superar la pérdida. Aunque, sinceramente, hubiera esperado esa reacción de parte de Matilde; que fuera Daniela la que había quedado postrada lo desconcertaba.

Como hacía siempre ante situaciones que no sabía manejar, le pidió consejo a su abuelo. El hombre lo escuchó atentamente, pero sin entender la razón de su inquietud.

–Alejandro, exactamente, ¿qué necesitás que te diga?

–¿Por qué me siento así, abuelo? ¿Por qué me siento en la obligación de ayudarla si apenas la conozco?

–¡¿No estarás pensando en no desaprovechar la oportunidad de tener algo con ella?! –suplicó el viejo, que ya veía a su nieto enredado en otro lío.

Alejandro se rió.

–Justamente, eso es lo que me descoloca. Cuando estoy con ella es como estar con Fabiana o Gabriela. Deseo protegerla, contenerla, que vuelva a reír…, y nada más… Pero al mismo tiempo, siento que si no volviera a verla en la vida, tampoco me importaría. Nunca antes me había sentido

así con nadie. El problema es que no encuentro la manera de salirme de su vida… sin parecer un patán… Siento que si empiezo a desligarme de ella ahora sería muy odioso de mi parte... Pero al mismo tiempo siento que si no lo hago…, estoy alimentando algo que no me interesa.

A Jorge aquello le olió mal.

–¿Acaso te estás sintiendo presionado a acompañarla?

–No sé si sea esa la palabra… –comenzó Alejandro, pero se corrigió de inmediato–. Sí, abuelo: eso es lo que me está pasando. Pero no la culpo a ella; lo que siento es que la misma situación me empujó a esto y no sé cómo manejarlo.

Jorge reflexionó un momento.

–Alejandro, tené cuidado. Si solamente te inspira compasión, dejáselo en claro; no vayas a caer enredado en tu propio juego, o lo que es peor, en el juego de otra.

–Es una niña deprimida –replicó Alejandro, que esperaba otro consejo de parte de su abuelo.

–Tendrías que saber el manejo excelente que pueden hacer de nuestra hombría las niñas deprimidas –le advirtió Jorge–. Por una vez en la vida, andá con cuidado. Que no te vuelva a ocurrir lo de la última vez.

Alejandro le quiso aclarar que no se había sentido presionado entonces, que esa niña sí le había gustado –y mucho– desde el primer momento y que no había manera de comparar ambas situaciones, pero rápidamente cambió de idea. Su abuelo, además de estar dándole un consejo, deseaba hacerlo desistir. A pesar de no haber conocido personalmente a Berenice ni a Daniela, por lo poco que él le había contado, decidió que no eran la clase de mujer que él esperaba como esposa de su nieto, y naturalmente apuntaría a alejarlas de su vida a como diera lugar. Tendría que encontrar solo la manera de sortear el lío en que se encontraba enredado. Esperaba que así como la fatalidad lo había hecho entrar en este sendero, lo ayudara a salir de él.

Capítulo 19

Capítulo Cuatro: Golpes - I

… "Finalmente abrí la veterinaria en casa de Raquel. Las modificaciones y arreglos que hubo que hacer para adaptar la sala grande a consultorio y sala de espera fueron mínimas. Me compré el instrumental básico para poder trabajar cómodamente y de manera más completa posible, para mis pacientes. Implicó bastante dinero, pero –como Raquel misma dice para alentarme– no fue un gasto, sino una inversión. La parte que más me costó fue la de inscribirme como trabajadora independiente, porque al margen de mis ilusiones y el estímulo de Raquel, no sé qué pueda resultar de esta experiencia y temo estarme embarcando en una aventura sin retorno. Pero tampoco quería comenzar algo en el marco de lo ilegal…

"Una compañera de estudios que se recibió poco antes que yo y un colega unos años mayor, de respetada trayectoria, me acompañan en este emprendimiento. Ellos ya estaban inscriptos como trabajadores independientes, lo que facilita enormemente las cosas, porque de tener que pagarles un sueldo y sus aportes, el panorama económico se me reduciría mucho. Lo que acordamos es que cada uno se quedará con lo correspondiente a su trabajo, y compartiremos entre los tres el excedente de energía eléctrica y agua, ya que no corresponde que Raquel esté pagando por algo que no consume y que tampoco la reditúa".

En esta oportunidad fue Sofía quien respondió con un correo largo y detallado a otro escueto de Daniela, en el que le comentaba que aún no podía superar la muerte de Angelito, a pesar del esfuerzo de todos por ayudarla. Se sentía particularmente mal, dividida, porque su corazón se estrujaba de pena siempre que recordaba al bebé, y al mismo tiempo, bailaba de felicidad cada vez que intuía la cercanía de Alejandro.

Se sentía mal y avergonzada, porque hubiera preferido que él nunca conociera ese costado depresivo que ella misma ignoraba poseer y que detestaba, pero al cual no sabía cómo superar. Cada vez que lo veía, lo amaba y deseaba más y más, pero no creía llegar a ser correspondida alguna vez, a menos que volviera a ser la de antes, la que él había conocido antes que la desgracia de Angelito ensombreciera su alma.

"A estas alturas empiezo a creer que no lloro por el bebé sino por la pérdida de algo que él debe de haber simbolizado para mí en mi inconsciente", analizaba Daniela, en un intento por ser objetiva consigo misma.

"Date tiempo: realmente creías que el bebé se podía salvar, y haberlo perdido de manera tan repentina y hasta irresponsable fue un golpe bajo. Un período normal de duelo abarca entre seis y doce meses; si pasado ese

tiempo seguís igual, te diría que busques ayuda profesional, no antes. Y no te sorprendas porque Matilde parece estar superándolo a pesar de ser la madre: cada uno es distinto y le hace frente al dolor como puede. Eso no quiere decir que no esté sufriendo", respondió Sofía en su correo a Daniela. Y a propósito de sus comentarios acerca de Alejandro, agregó: *"Yo también tengo ahora un amigo especial. Creo que habría podido enamorarme de él, de no ser que llegué tarde. Está casado y tiene una hija de dos años, a la que adora. Es muy educado, gentil y atento. Tendría que odiarme por el modo en que nos conocimos y el problema que le pude haber provocado, pero en vez de eso, se ofreció a ayudarme en todo lo que yo necesitara. Y realmente lo está haciendo. Demasiadas veces me crucé últimamente con Joaquín, como para poder seguir considerándolas una casualidad; la última, en la estación de La Lucila, lo que me lleva a pensar que alguno de los amigos que tenemos en común le contó que me mudé aquí con Raquel. De eso a que descubra exactamente dónde estoy viviendo, hay un paso. Especialmente ahora, que está el consultorio veterinario".*

Sofía se detuvo, pensativa, antes de continuar escribiendo el correo. En realidad, no podía considerar esos cinco encuentros como "demasiados" objetivamente; así los percibía ella, que soportaba cada vez menos la cercanía de Joaquín.

La tercera vez que se encontró con él, fue en un subte. Ella estaba casi al final de su viaje cuando lo vio subir, con tanta puntería, que terminó en su mismo vagón, pero seguramente prefirió no molestarla en medio de tanta gente. Si bien Sofía en cuanto lo vio se puso de espaldas tratando de pasar desapercibida, no creía haberlo logrado: Joaquín sería capaz de descubrirla entre mil otras mujeres, en un escampado y en la noche más oscura.

La cuarta vez, nuevamente en la zona de la clínica veterinaria donde trabajaba, fue el detonante para que apurase los trámites para instalar de una vez su propio consultorio. Joaquín solamente la saludó; no insistió en iniciar una conversación ni la siguió, pero eso fue suficiente para arruinarle el buen humor.

Y no volvió a encontrárselo. Hasta aquella maldita mañana en la estación de trenes de La Lucila. En esta oportunidad, asombrado, además de saludarla le preguntó qué estaba haciendo allí. Naturalmente, ella no respondió; le hizo señas a un remisse y se alejó del lugar tan rápido como pudo.

En un impulso furioso contra Joaquín, telefoneó a Florián tras el episodio. Sin embargo, se sintió incómoda al hacerlo. Él se había mostrado amistoso en su primer encuentro, pero no se habían vuelto a ver. Tampoco le parecía correcto molestar a un hombre de familia con un problema que no lo involucraba. De modo que, como él atendió antes de

que ella atinara a cortar, lo primero que hizo tras saludarlo fue pedirle disculpas.

–¿Te sigue molestando ese hombre, Sofía? –preguntó Florián, preocupado, con tanta familiaridad como si hubieran estado conversando el día anterior.

Sofía le comentó lo que había estado pasando y lo enojada que se sentía.

–De todas formas, no tendría que haberte molestado. Voy a llamar a mi primo; él sabrá aconsejarme.

–No, tu primo ya te dio una excelente idea –replicó Florián–. Dejame pensar qué se puede hacer. Luego te llamo.

Sofía se sintió tan protegida por aquella promesa que recuperó su buen humor. Regresó a la veterinaria y se puso a trabajar a la par de sus colegas, porque afortunadamente –tal y como pronosticara Raquel– en muy poco tiempo se hicieron de muchos pacientes. El encuentro con Joaquín había quedado como un lejano mal recuerdo más, a pesar de haber ocurrido hacia unas horas, hasta que por la tarde, finalizando la jornada de trabajo, el teléfono sonó e inmediatamente después Raquel la llamó para que atendiera a Florián.

Él no lo había pensado demasiado: bien o mal, había un primer paso dado. Joaquín los había visto juntos. Si el hombre era realmente celoso y no podía olvidarse de Sofía, tampoco se olvidaría de él.

–Necesito su dirección. Averiguá por favor si sigue viviendo donde siempre y avisame.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó ella, preocupada, temiendo que su berrinche provocara algo peor.

–Sofía: soy hombre también; sé cómo se resuelven estos problemas. Conseguime lo que te pedí y luego te cuento.

Joaquín seguía viviendo donde siempre: en un apartamento pequeño pero muy bien puesto y lujoso, en pleno centro de Capital Federal. Confirmarlo no le costó nada. Al día siguiente telefoneó nuevamente a Florián para pasarle la dirección.

–Realmente, ahora creo que exageré la nota –insistió–. No me parece correcto involucrarte en esto… Acudí a vos porque no tengo amigos…

–Ahora tenés uno: yo. Quedate tranquila y hacé de cuenta que nunca

hablaste conmigo. ¡Vas a ver como todo se soluciona!

Esa misma tarde, al salir de su trabajo, Florián se desvió hacia el apartamento de Joaquín. Logró ingresar al edificio junto a un grupo de adolescentes bulliciosos que ni siquiera lo notaron. En el ascensor practicó por última vez lo que había ideado. Cuando llegó al piso correspondiente, frunció el ceño y con paso muy decidido se paró delante de la puerta. Tocó el timbre, enérgicamente, una vez, dos veces… y maldijo por lo bajo: era una posibilidad que este hombre no estuviera aquí ahora; eso complicaría sus planes. Sin embargo, tras el tercer timbrazo, la puerta se abrió. El rostro asombrado de Joaquín lo estudió de arriba abajo. No parecía haberlo reconocido.

–Joaquín Fager, ¿no es cierto? –lo atropelló Florián, casi empujándolo para entrar al apartamento.

–Así es… ¿Y vos sos…? –replicó Joaquín, impidiéndole el paso.

–El novio de Sofía –lo interrumpió Florián, que en lo posible no quería dar su nombre–. Me dijo que últimamente la estuviste molestando…, que no la dejás en paz.

Joaquín resopló, disgustado.

–Me la crucé varias veces, sí, pero fue pura casualidad, porque evidentemente trabajamos en la misma zona. Y por educación la saludé; quise saber cómo estaba. Será mi ex ahora, pero la quise mucho y tengo los mejores recuerdos de ella. No sabía que eso podía afectarla tanto.

–Me afectó a mí más que a ella –confesó Florián, en un tono que no daba lugar a dudas–. Te agradecería que si la casualidad los lleva a cruzarse nuevamente por andar trabajando en la misma zona, hagas de cuenta que es una del montón y ni siquiera la mires.

Joaquín rió burlonamente.

–De acuerdo, pero con eso no borrarás el pasado. Yo estuve antes que vos en su corazón…, y en su vida…, en los peores momentos y en los mejores también. Aunque lograras impedir que la casualidad nos juntara, jamás podrás cambiar eso.

Florián quiso replicar, pero bruscamente Joaquín abrió por completo la puerta, permitiendo que viera el interior del lugar. En el pequeño ambiente organizado como sala de estar y comedor había una jovencita, sentada delante del televisor, que observó sorprendida el movimiento. Intuyendo que algo extraño pasaba se puso de pie y caminó hacia ellos.

Cuando estuvo al lado de Joaquín él los presentó.

–Ana, mi novia; el actual novio de Sofía. ¿Se te ofrece pasar para algo más o fuimos ambos lo suficientemente claros?

Ana se sintió inquieta.

–¿Qué pasó con Sofía ahora? –preguntó–. ¿Te sigue molestando?

–¡¿Qué?! –exclamó Florián, indignado, pero Joaquín empujó a Ana hacia adentro y arrimó la puerta en dos rapidísimos movimientos.

–Tal como lo oíste. A veces, conviene saber al lado de quién estás, antes de embanderarte en causas desconocidas.

Y tras decir esto, cerró la puerta.

***

Sofía se puso furiosa cuando Florián le contó esa última escena. Él la había invitado a almorzar en un negocio de comidas rápidas, en la media hora libre que su empresa le daba con tal fin, para contarle lo ocurrido. Sin desmerecer la indignación de Sofía, propuso hacer otra lectura de la situación. El objetivo había sido lograr que Joaquín dejara de molestarla; ergo, deberían esperar hasta que se notaran los resultados. De buenas a primeras, que estuviera nuevamente en pareja era un hecho alentador: significaba que quizás sí fuera cierto que los encuentros habían sido casuales.

–De todas formas, lo ideal sería que encontraras un novio en serio, que pueda cuidarte y ayudarte siempre, sin limitaciones de ningún tipo –suspiró luego–. Conmigo podés seguir contando, pero las cosas se te complicarían un poco si Joaquín te entera de que tu “novio” es un hombre casado.

–Y la solución es meterme en otra situación como la que no termino de superar –maldijo Sofía.

Florián lo pensó un momento.

–No creo que sea la única solución, pero se me ocurre que sí la más fácil. A tu ex se le complicaría acercarse a vos si viera otro hombre a tu lado, y aunque de todas formas se te acercara, otro hombre podría marcarle un límite y enfrentarse a él de ser necesario, de maneras que vos no podrías. Claro que coincido en que tampoco es la solución que empieces una relación solamente para sacártelo de encima…

“Florián es realmente un gran amigo”, continuó escribiendo Sofía, al regresar de sus recuerdos. “Sin conocerme accedió a ayudarme y desde entonces empezamos a vernos periódicamente. Podría ser romántico si no fuera… como conversar con Jonathan. Me recuerda mucho a él.”

Por primera vez, había escrito un correo electrónico muy largo. Más que una carta, parecía una catarsis. Al releerlo una vez más, antes de redactar la despedida y enviarlo, Sofía reparó en que había hecho más hincapié en sus propias anécdotas que en consolar el dolor de su amiga. Por un momento trató de arreglarlo, pero luego desistió. ¿Qué podía hacer ella, en definitiva, desde tan lejos y por correo, que no hubieran intentado ya todas en la pensión y hasta Alejandro, sin éxito? Si todos seguían alimentando su dolor Daniela nunca podría superar la muerte del bebé; lo correcto sería ayudarla a pensar otras cosas, pero eso era más fácil decirlo que hacerlo. No se veía a sí misma al lado de su amiga poniendo en práctica sus propias palabras. Pero sí podía ayudarla a la distancia –por el tiempo que durase la lectura– a salir del pozo al que había caído. De modo que redactó una cariñosa despedida y cliqueó sobre el botón “enviar”.

Capítulo 20

Capítulo Cuatro: Golpes - II

Daniela leyó el correo ese mismo día, horas después. Era tal la necesidad que sus amigas tenían de verla salir de la cama que ninguna tenía reparos en cederle el lugar frente a la computadora. Cuando la escucharon reír –por primera vez desde la muerte de Angelito– algunas curiosas se acercaron a tratar de espiar el motivo. Daniela les leyó algunos pasajes del correo de Sofía y como todas la conocían y podían imaginársela maldiciendo en esa situación, les resultó imposible controlar las carcajadas.

–Es posible que pronto la tengamos aquí nuevamente –arriesgó Aldana, feliz de ver a su sobrina de buen ánimo–. Me acaban de avisar que los inquilinos se van.

–¿Ya pasaron seis meses? –preguntó Aixa, sorprendida.

Aldana sacudió la cabeza. El contrato se había renovado, pero los inquilinos habían avisado que su permanencia dependía de lo que ocurriera con el abuelo, cuyo estado seguía delicado. Una vez que hubiera fallecido regresarían a Misiones. El rostro de Daniela se ensombreció nuevamente.

–¡Muerte, todo es muerte a nuestro alrededor! –lamentó.

–Eso te lo voy a poder confirmar esta tarde, cuando haya conversado con la responsable de la inmobiliaria –retrucó Aldana–. Por ahora, es solamente una deducción mía.

Esa misma tarde, a primera hora, Aldana se presentó en el negocio. Para facilitarle las cosas a Sofía habían acordado que ella sería la intermediaria: la inmobiliaria se comunicaría con ella ante cualquier eventualidad y lo que no pudiera resolver Aldana misma, se lo transmitiría a la joven para que tomara la decisión correspondiente. Hasta ahora, nunca había pasado nada excepcional. Dos veces le habían pasado la lista de interesados, que ella le hizo llegar a Sofía. Y ahora, tras haber renovado el contrato, seguramente le dirían que el abuelo había fallecido y que los inquilinos deseaban rescindir el contrato, de modo que Aldana ya se veía pasándole una nueva lista a Sofía, para que eligiera la nueva gente que viviría en su casa.

Sin embargo, notó un comportamiento extraño en la responsable de la empresa. Tras el cálido saludo, daba la impresión de desear decir algo y estar conteniéndose. Lo soltó finalmente, a raíz de un comentario que

Aldana realizó, casi obligadamente.

–Me imagino que el abuelo habrá fallecido… ¿No desea esta familia tomarse unos días, relajarse, descansar…, antes de hacer el papelerío correspondiente?

La mujer aguardó unos segundos antes de responder. Cuando lo hizo, demostró demasiada cautela. Si bien era cierto que efectivamente el abuelo había fallecido, la decisión de irse de la casa era anterior. Y no era la primera vez que ocurría.

Sorprendida, Aldana quiso saber exactamente a qué se refería. En caso de que hubiera algún problema en o con la casa –cualquiera que fuera– urgía solucionarlo; de lo contrario, ocurriría lo mismo con cada inquilino que consiguieran. Claro que estaba esperando que le hablaran de problemas normales: humedad, que goteara dentro de la casa cuando llovía intensamente, quizás la instalación de luz o agua necesitaban alguna reparación… Las cosas habituales que ocurrían en las casas. Sin embargo, no fue de eso de lo que habló la mujer.

–Temo pecar de ignorante frente a usted, pero en todo caso, no son mis palabras: solamente repito lo que me plantearon. Ocurrió lo mismo con ambas familias. La casa está perfecta y les gustaba mucho, pero no soportaron más los golpes.

Aldana abrió los ojos, sorprendida y no replicó, esperando que la mujer fuera más clara.

–Me dijeron que al principio estaba todo bien; o quizás no le prestaron atención. Paulatinamente lo fueron notando. Hasta que se volvió insoportable porque lo oían todo el día, incluso de noche también.

–¿Oían qué? –preguntó Aldana, sin entender a qué se estaba refiriendo.

–Golpes. Unos golpes rítmicos e insistentes. Pensaron en mil opciones; hasta buscaron por toda la casa el lugar de donde salían, pero les daba la sensación de que siempre era de un lugar distinto. Se hartaron. Habían empezado a buscar otra casa cuando falleció el abuelo; eso les simplificó el trámite, pues se vuelven directamente a Misiones.

Aldana permaneció en silencio, sin saber qué responder.

–Fue exactamente la misma queja que había presentado la primera familia que alquiló la casa, pero en esa oportunidad no me pareció que valiera la pena comentarlo.

Aldana pensó un momento antes de hablar.

–¿Qué nos propone?

–Que solucionen el problema, por supuesto, pero ni siquiera les puedo brindar opciones, porque con lo que me contaron no alcanzo a imaginar qué pueda ser. Llegué a pensar en los niños de al lado, pero es imposible que esas criaturas estén haciendo bulla las veinticuatro horas, y mucho menos que su ruido parezca provenir siempre de un lugar distinto: para eso deberían meterse a la casa, y es obvio que eso no pasó. Quizás, aprovechando que la casa está amueblada, alguna de ustedes quisiera ir allí a pasar unos días, prestar atención, y si oye estos golpes de los que tanto se han quejado, podría tratar de buscar su origen para solucionarlo. No se me ocurre nada más. Mientras tanto, ofreceré una vez más la casa, pero es mi deber advertirles que esto puede volver a ocurrir.

Aldana asintió, agradecida. Era una buena idea. Entre la docena de mujeres que hacían en la pensión, seguramente alguna se embarcaría en la aventura. Deseaba resolver esto antes de avisarle a Sofía que los alquiladores se habían marchado, para ahorrarle un problema, y poder pasar directamente al paso de buscar nuevos inquilinos.

Capítulo 21

Capítulo Cuatro: Golpes - III

Fue cuestión de comentar lo que le habían dicho y preguntar si alguien deseaba ayudar en el asunto para que de inmediato media docena de manos se levantaran agitadamente en el aire. Entre ellas, la de Daniela. Las entusiasmaba la idea de continuar sus vacaciones en la casa de Sofía, y en cuanto a los golpes… Daniela misma aseguró que lo más probable era que se tratara de lauchas. Un ruido saliendo siempre de un lugar distinto solamente podía ser eso. Lauchas, ratones o ratas. Y si se hubiera tratado de un duplex en algún barrio, también habría apostado por los murciélagos. Llamaba la atención que solamente los hubieran escuchado y nunca visto, pero quizás no prestaron atención, o quizás los bichos fueron más rápidos y astutos y no se dejaron ver.

–Eso se soluciona fumigando la casa –asintió Aldana, pero insistió en que antes de tomar medidas, necesitaban saber de qué se trataba.

La casa era cómoda, pero no para seis personas. De modo que lo echaron a suerte. Nuevamente, los nombres de las postulantes se escribieron en papelitos, que se mezclaron en una taza, y los tres primeros en salir fueron los favorecidos. Daniela, Aixa y Luana. Acordaron que esperarían a que la familia se hubiera marchado para mudarse por unos cuantos días –los que hicieran falta– hasta resolver el misterio de los ruidos.

Paulatinamente, con estos últimos acontecimientos, los ánimos de Daniela comenzaron a repuntar y poco a poco volvía a ser la de siempre. Ya no se pasaba todo el día en la cama, compartía las comidas en el comedor y hasta comenzó a telefonear a sus compañeras de estudio para ponerse al día con su carrera. Cuando a Olga le dieron el alta definitiva, ambas lloraron de felicidad: Daniela, por saber salvada a su madre, y la mujer, por poder volver en paz a su hogar, sabiendo que su hija estaría bien.

También retomó su costumbre de salir los fines de semana con sus amigas. Sorprendido, una noche Alejandro la vio sonriente, bromeando, y preocupada por asuntos mucho más terrenales, como lo mucho que le estaba costando concentrarse para estudiar para las mesas de marzo y un problema insólito en la casa de una amiga suya, que había estado en alquiler. No entendió demasiado por qué parecía ser tan importante, pero le gustó tanto verla bien, igual a como era cuando la había conocido, que asintió cuando Daniela le preguntó si Marcos y él pasarían a saludarlas cuando se mudaran allí por un tiempo.

–No sé Marcos; posiblemente él prefiera visitar a Matilde, pero sí pueden

contar conmigo –aclaró.

A los pocos días, cuando pasó a saludar por la pensión y entre todas le hubieron contado media docena de veces la noticia de que tres de ellas irían por unos días a vivir a la casa de una amiga porteña, porque había un problema de golpes de roedores por resolver antes de ponerla nuevamente en alquiler, recién entonces Alejandro hizo una acotación.

–Los roedores no golpean; caminan. Y emiten un chillido muy particular. ¿Están seguras de que la inmobiliaria habló de "golpes"?

Aldana asintió. Y volvió a sentir un escalofrío que le recorría el cuerpo. El mismo que había sentido mientras la mujer le comentaba el problema; el que se había disipado, haciéndola sentir una idiota, cuando Daniela dio por descubierta la razón del ruido. Pero este muchacho estaba en lo cierto. Los roedores, al margen de su tamaño, no golpeaban: caminaban, corrían, trepaban…, comían todo lo que encontraban en su camino y defecaban. ¿Podrían dos familias haber estado conviviendo con ellos sin haberse dado cuenta?

Alejandro estaba entusiasmado con la aventura. Realmente deseaba que esos golpes continuaran, para ayudar a las muchachas a descubrir su origen. El problema así planteado parecía demasiado sencillo para no hallar su solución.

Pero aún deberían esperar hasta que esta familia terminara de sacar el resto de sus pertenencias de la casa y entregaran la llave.

Capítulo 22

Capítulo Cuatro: Golpes - IV

No debieron esperar demasiado. Tan sólo dos días después, un mediodía, Aldana les mostró la llave que había ido a buscar en el transcurso de la mañana. Daniela, Aixa y Luana chillaron y saltaron de emoción. Las demás las observaron aturdidas.

–No es necesario hacer semejante despliegue; sabemos que están contentas –rezongó Dina, cuando consideró que había sido suficiente.

Mientras cada una preparaba sus cosas para llevar a la casa, Matilde se acercó a Daniela.

–¡No sabés la alegría que me da verte bien nuevamente! –exclamó, y de inmediato se ofreció a ayudarla, pero Daniela se negó. Era tan poco lo que debía hacer, y el grueso del trabajo pasaba por prestar atención y tener buena memoria, que no tenía sentido. Pero sí consintió en que Matilde se quedara con ella, conversando. Matilde se permitió perder un poco de tiempo en los preámbulos obligados antes de referirse al tema que realmente le interesaba. Si se había atrasado mucho en la facultad, qué impresión le daba Alejandro y qué esperaba de él, el alivio y la alegría de ver curada a Olga… y el bebé. Cuando oyó su nombre, el rostro de Daniela se ensombreció.

–Lo mencioné porque creo que nos debemos esta conversación, que comenzó cuando tuve el accidente en la escalera. Entonces me prometiste que siempre estarías a nuestro lado, sin importar lo que pasara, ¡y te lo agradezco con todo mi corazón!, porque realmente fuiste la única que tuvo el coraje de encariñarse con un niño que tenía un destino incierto. Pero al mismo tiempo, cuando Angelito murió me sentí culpable, porque su pérdida te hizo más daño que a mí…

Matilde intentó explicarle la maraña de emociones contradictorias que la seguían embargando: culpa, alivio, una honda tristeza, felicidad por la oportunidad de empezar de nuevo…

–Obviamente no esperaba que el bebé estuviera enfermo, pero todo se me presentaba tan difícil... Es complicado de explicar. Si el bebé nacía sano y vivía, seguramente de algún lado hubiera sacado las fuerzas para salir adelante. Quizás hasta hubiera podido hacer algo legalmente contra el padre, aunque de seguro que eso hubiera llevado años… Pero también sé que, de haber sido así, tendría que haber postergado mi vida y mis proyectos. Lo hubiera hecho. Es más: lo hice, al interrumpir mis estudios por buscar un empleo. Pero ¿qué clase de ejemplo hubiera sido? ¿Qué futuro le hubiera podido ofrecer? Lo que pasó con Angelito hizo que me

cuestionara muchas cosas. No creo seguir siendo la misma que era antes de quedar embarazada. Y no estoy segura de estar satisfecha con mis cambios. Cargo un resentimiento enorme; sé que no voy a poder volver a confiar en nadie… Supongo que el resentimiento se curará con el tiempo; la desconfianza, no. Y es amargo avanzar así por la vida.

Matilde se apresuró a aclarar que no se estaba refiriendo a todos en general; en el trance que había pasado, cada una de las personas que la rodeaban le había demostrado si podía contar con ella y hasta dónde. Su familia le había provocado un dolor muy grande. De Lucho, mejor ni hablar. Pero lo que más lamentaba, era que sentía que ya no podría confiar en nadie que conociera en el futuro.

–Aunque sea injusto, porque los demás no tienen la culpa de que yo haya tenido una mala experiencia. Pero no me puedo obligar a sentir algo.

–¿Te referís a Marcos? –preguntó Daniela, intuitivamente.

Matilde asintió. Él se había comportado como un caballero, ayudándola cuando se precipitó el parto y luego con el trajín que implicó cuidar de un bebé tan delicado… Pero el bebé ya no estaba y Marcos continuaba rondando la pensión. En calidad de amigo de todas, pero Matilde temía que luego pretendiera más. Algo que ella ya no estaba en condiciones de dar.

–Siempre voy a temer que me pase nuevamente lo mismo. No me refiero sólo a Lucho, sino también al bebé. Según el médico, esa malformación se da por azar y no tendría que volver a ocurrir, pero tampoco lo quiso garantizar. Y no creo poder volver a pasar por todo esto de nuevo. De modo que estoy pensando mucho, qué quiero realmente de la vida. Qué, de todas las cosas que hoy puedo elegir, va a darme satisfacción y alegría dentro de diez, veinte, treinta años. Y no estoy encontrando nada, Daniela. Lo único que sé, es que no volveré a pasar por esta experiencia nunca más. Pero más allá de eso… ¡hay un vacío tan grande…!

Daniela supuso que Matilde se echaría a llorar, finalmente, y se preparó para contenerla, pero no vio nada más que una honda tristeza en su mirada.

–¿Será que de esto se trata crecer, madurar y volverse adulto? ¿De quedar resentido y desconfiado para siempre, de tener cada vez menos motivos para sonreír, de buscar la manera de esquivar los problemas sin que te importe nada más, de reprimir tu verdadero ser hasta hacer estallar el cuerpo? Sinceramente, me gustaba más a mí misma cuando era una pueblerina ingenua y llena de ilusiones. Por lo menos, sabía lo que quería y eso me hacía feliz.

No dijo nada más, pero Daniela pudo leerlo en su mirada. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. De repente se sintió como si aún fuera una niña torpe e inexperta al lado de una anciana.

–Me alegra haber podido compartir esto finalmente contigo –añadió Matilde, tras un breve silencio–. Y espero que esto no cambie nuestra amistad. Si hay alguien a quien realmente aprecio de entre todas, es justamente a vos. No sabés la angustia que sentí al verte tan deprimida tras la muerte de Angelito. Pero es recién ahora, que te veo nuevamente bien y cumpliendo con tus actividades habituales, que me animo a decírtelo.

Y sonrió. Era su sonrisa amplia, dulce y hermosa, que contagiaba la esperanza y los buenos ánimos en las demás. Sólo que ahora, parecía una sonrisa de resignación.

Capítulo 23

Capítulo Cuatro: Golpes - V

Esa misma tarde Daniela, Luana y Aixa llevaron su puñado de pertenencias y se metieron a la casa, dispuestas a disfrutar de la experiencia. Muy pronto se dieron cuenta de que no había demasiado por disfrutar. La casa estaba básicamente amueblada, pero eso no incluía televisor, computadora ni equipo de música, lo que la sumía en un insoportable silencio. Pasaron esa primera tarde tomando mate en el patio trasero, sentadas en el banco a la sombra de los árboles, hasta que se hizo de noche y los mosquitos empezaron a molestar. Entonces entraron y se pusieron a preparar la cena.

A la hora de dormir, lo echaron a suerte. A Daniela le tocó dormir sola en la habitación matrimonial, pero para que no se sintiera tan desintegrada del grupo, dejaron abiertas las puertas de ambos dormitorios y continuaron hablando casi a los gritos hasta que, de a una, se fueron quedando dormidas.

A la mañana siguiente Luana y Aixa salieron a juntarse con sus respectivos grupos de estudio, aprovechando los pocos días que faltaban para la mesa de exámenes finales. Se reencontraron en la casa a la hora del almuerzo, donde Daniela había preparado algo rápido y sencillo para recibirlas. Tras haber dormido una breve siesta subieron al entrepiso a repetir la rutina de los mates, que la tarde anterior habían realizado en el jardín. La vista a través de la pequeña ventana era increíble: era casi como estar sentadas en las copas de los árboles. A la hora de cenar se repartieron las tareas y pronto estaban durmiendo nuevamente.

Estaban tan entusiasmadas con la experiencia, que casi olvidaron la razón de haberse mudado. Al cabo de tres tranquilos días Luana lo recordó, e instó a las demás a prestar más atención a partir de ahora.

–¡Tenemos que descubrir el origen de los golpes! –les reprochó.

–¿De cuáles golpes?, si las únicas que hacemos ruido aquí somos nosotras –rezongó Daniela–. ¡Vayan a saber qué diablos fue lo que escuchó esta gente!

El entrepiso terminó siendo su refugio de charlas y estudios, mucho más que el jardín. Y fue desde allí que, muy pocos días después, Daniela oyó los primeros golpes. Pero al entusiasmo sucedió la desilusión porque el ruido provenía de la calle. Desde la ventaba pudo ver a un niño que golpeaba algo entre las manos, algo que no alcanzó a ver porque eran tan frondosas las copas de los árboles, que apenas veía su rubia cabeza y un cuerpo delgado. Una mujer se puso a la par suya unos segundos después

y ambos se alejaron juntos. El episodio transcurrió tan velozmente que ni siquiera le dio tiempo a avisarle a las demás; para cuando se los comentó ni siquiera habían reparado en los golpes.

Sin embargo, a partir de entonces los empezaron a oír. Pero ya no desde la calle.

Tenuemente al comienzo, como amortiguados, lejanos, opacos… Realmente parecían salidos de la casa de al lado, al punto que Daniela estuvo muy tentada de hablar con los vecinos para que disciplinaran un poco a sus hijos. La segunda noche posterior al comienzo de los golpes, el sonido era tan persistente que casi no las dejó dormir. Para la tercera noche, Daniela fue a buscar su colchón y un juego de sábanas de la pensión, para tirarlo entre las dos camas del otro dormitorio, porque ya no quería dormir sola. Se había pasado toda la noche anterior con la sensación de que alguien caminaba por toda la casa haciendo ese maldito sonido, y a pesar de que obviamente jamás vieron a nadie, la angustiaba enormemente la posibilidad de tener que repetir la experiencia. Había sido horroroso oír como el sonido pasaba a su lado y luego salía, se amortiguaba, para volver a acercarse, sin tener la menor posibilidad de indagar qué rayos era, pues era tal el terror que la invadía, que ni siquiera atinaba a apagar la luz ni quitarse la sábana de la cabeza.

La luz del sol ridiculizaba sus temores nocturnos, pero cuando de día también empezaron a sentir aquel sonido –a pesar del ruido ambiente que entraba desde la calle a través de las ventanas–, desplazándose por toda la propiedad, incluso paseando por el jardín, se derrumbó el poco coraje que les quedaba.

Dos días después Daniela pudo devolver el colchón y las sábanas a la pensión: Luana desistió de la aventura y le cedió la cama que había ocupado hasta entonces. Al regresar a la pensión, y ante la expresión ansiosa con que la recibieron las demás, repitió las que habían sido sus últimas palabras en la casa de Sofía.

–¡Busquen un sacerdote que la bendiga; está maldito ese lugar!

Aixa y Daniela aprovecharon el segundo fin de semana en la casa para abocarse completamente a la búsqueda racional de aquel sonido. Ya habían descartado la opción de los roedores: era obvio que no se trataba de eso; había sido muy simplista burlarse de dos familias por no haberse dado cuenta. No abundaban las opciones, pero no podían volver a la pensión sin una respuesta: a estas alturas, se había convertido en una cuestión de orgullo.

Al atardecer del sábado Alejandro las fue a visitar. Las encontró con absolutamente todas las luces de la casa encendidas, aun las que no eran necesarias, golpeando cada superficie que encontraban a su paso para

determinar si se parecía al sonido que escuchaban, y persiguiendo furiosamente los golpes cada vez que parecía que empezaba a moverse (ambas, juntas, sin atinar a separarse).

A Alejandro la situación le causó mucha gracia; hasta se permitió bromear con que seguramente también irían al baño juntas y con lo infartante que podría llegar a ser para ellas que hubiera un inoportuno corte de energía eléctrica, algo por otro lado frecuente en esta época del año. Sin embargo, tampoco sus carcajadas duraron demasiado: cuando comprobó que lo que decían las muchachas era cierto, quedó fascinado con el fenómeno. Y obsesionado por desentrañar su explicación racional.

Lo invitaron a cenar. Tras preguntarle qué deseaba comer, Daniela preparó dos pizzas. Era su turno para cocinar y hubiera deseado lucirse ante él, pero fue imposible, ya que ambos insistieron en ayudarla, para que se hicieran más rápido y pudieran comer pronto. Ya sentados a la mesa, cuando estaban terminando las últimas porciones antes del postre, y ante el fracaso del esfuerzo que pusieron los tres por hablar de otras cosas, el tema de la conversación se centró lógicamente en la casa y este problema tan poco usual.

–Empezó paulatinamente; los primeros días fueron normales –aseguró Aixa.

Daniela estuvo a punto de decir que empezaron después de haber visto al niño golpeando algo en la vereda, pero cambió rápidamente de idea, pues no le pareció que tuviera demasiado que ver una cosa con la otra. Sin embargo, mientras repasaba el curso de los acontecimientos, recordó algo que le heló la sangre. El día que tenía que reencontrarse con su padre había descubierto a la vieja conversando con la inquilina… y estaba segura de que hablaban algo relacionado a un niño… Y entonces se espantó aún más, porque recordó que Esperanza le había dicho a ella misma que los inquilinos se iban porque había un niño que los molestaba haciendo ruido. Pero no se había referido a estos últimos; había hablado en general, incluso de gente que había estado en la casa antes de que Sofía la heredase.

Era tal el pavor que se traslucía en su rostro, que Aixa y Alejandro interrumpieron sus conjeturas para mirarla.

–¡Por Dios, Daniela! ¿Qué te pasa? –exclamó Aixa, asustada.

Daniela los miró a ambos, sin entender por qué se sentía tan perturbada. Sabía que Doña Esperanza era una mujer que desvariaba, pero sin embargo… la sensación no se iba de su pecho.

–Es una tontería; no me hagan caso –pidió, pero ante la insistencia de ambos, les comentó que había visto al niño y lo que acababa de recordar.

Aixa se estremeció, pero no atinó a decir nada. Fue Alejandro quien le dio forma con sus palabras a la sospecha que los había empezado a rondar.

–¿Creés que se trata de un fantasma?

–¡Yo nunca dije eso! –retrucó Daniela, avergonzada ante la posibilidad de que él la considerase una campesina supersticiosa.

–Pero lo estás sugiriendo –replicó él.

Pero para justificar un fantasma debía de haber ocurrido alguna desgracia que involucrara a un niño, y algo así no pasaría inadvertido ni se olvidaría en tan poco tiempo. Jamás, ninguno de los vecinos con los que habló Daniela, comentó nada en ese sentido.

–Eso no lo descarta –insistió Alejandro–. Pudo haber pasado mucho antes… Antes de que el padre de tu amiga comprara esta casa, cuando esa vieja era joven, y quizás ella sea la única que de vez en cuando recuerda la historia completa. Al margen esto, de que no estoy seguro de creer en fantasmas…

Fue suficiente la mención de esa palabra para que Aixa empezara a sentir la necesidad de volver a la pensión.

–Luana tenía razón: busquemos un sacerdote que bendiga la casa. No son roedores, Daniela; ¿hace cuántos días que estamos aquí, tratando de encontrar una explicación lógica para esos… golpes, y ni siquiera pudimos determinar de dónde salen?

–¿Me vas a dejar sola en la casa? –le reprochó Daniela, que no estaba dispuesta a irse hasta haber encontrado el origen de este sonido.

–No: te estoy comunicando que nos vamos, las dos. Está visto que no hay nada que podamos hacer y a mí esto empezó a darme miedo. Busquemos ayuda por otras vías.

–Lo desconocido siempre da miedo; por eso tenemos que encontrar la explicación racional.

–¡Pues que la encuentre otro; nosotras, no!

Aixa accedió a quedarse el domingo durante el día con ella, pero al atardecer, juntó sus cosas y regresó a la pensión. Sin embargo, Daniela no se quedó sola. Quince minutos después, Matilde llamó a la puerta. Le provocó un susto terrible escuchar de repente otros golpes que provenían de la entrada principal y estuvo a punto de aullar del terror, pero cuando Matilde le gritó que le abriera, que venía a quedarse con ella, se tranquilizó. Y reafirmó su teoría de que los otros golpes también tenían

que tener una explicación totalmente lógica.

Tras la llegada de Matilde no se volvieron a escuchar los golpes. De no haber sido por las anécdotas que contaron Luana y Aixa, Matilde ni siquiera hubiera creído que se trató de algo real. Sin embargo, al, cabo de un par de días, comenzaron nuevamente.

Por fortuna para Daniela, Matilde era totalmente racional. La teoría del fantasma no iba con ella, de modo que se puso a buscar minuciosamente –de la misma manera en que lo habían hecho Aixa y Daniela, pero sin su temor– a qué sonaban esos golpes y de dónde podían provenir. Finalmente, hizo algo que las otras dos no se animaron ni en sueños: cerró los ojos. Solamente con el sentido del oído, trató de orientarse y relacionar… Finalmente, los abrió nuevamente y se dirigió a Daniela, que estaba expectante.

–Es madera –le aseguró, sin dejar lugar a dudas–. Pero hay dos sonidos distintos. Uno es más fuerte, más pesado, como si dos maderas chocaran entre sí, y bastante regular; el otro se siente como si alguna rama fina rasguñara contra alguna superficie, de manera rápida e irregular. Parece más bien un susurro de la madera. Lo que no entiendo, es de donde salen. Esta casa es muy vieja; vaya uno a saber las sorpresas que esconde. ¿No sería mejor contarle a Sofía lo que está pasando, y que ella disponga si llamamos a alguien para que la venga a ver y arreglar?

Matilde tenía razón, a pesar de lo frustrante que era haber fracasado en su propósito. Decidieron que se quedarían esta última noche aquí, y a la mañana siguiente llevarían sus cosas a la pensión y darían por finalizada la experiencia.

De hecho, fue lo que hicieron, pero no de la manera tranquila que imaginaron. Esa noche, mientras Daniela trataba de ser tan racional como su amiga y dormir tranquila sin taparse hasta la cabeza cuando sentía que los golpes se acercaban, Matilde tuvo un sueño espantoso. Soñó con Angelito. Pero Angelito no era un bebé cuando fallecía, sino un niño pequeño, que había hecho una vida normal a pesar de los cuidados que demandó. En sueños, Matilde sintió que se moría. En el funeral, sus amigas la abrazaban llorando en silencio y entre todos los desconocidos que se habían acercado a ofrecerle su pésame, había una mujer de mirada triste, vestida discretamente, idéntica a Sofía Brickmann pero al mismo tiempo muy diferente, que la abrazaba también.

–No hay en la vida nada tan espantoso como perder un hijo. No importa de qué manera se vaya: siempre dejará un vacío en tu corazón –murmuraba, mientras le ponía en las manos una vieja fotografía.

A pesar de su desesperación por la pérdida de su hijo, Matilde percibía que algo estaba mal… en la mujer, en sus palabras, en su regalo… Se

despertó a las seis de la mañana y no pudo dormir más. Esperó solamente una hora para despertar a Daniela y apurarla para salir de esa casa. De repente, se le había hecho imposible continuar allí.

Capítulo 24

Capítulo Cuatro: Golpes - VI

–Es frustrante no haber descubierto la fuente del ruido –reconoció Alejandro, cuando Daniela le contó, enojada, cómo habían terminado sus días en la casa–. Pero si no lo logramos entre cinco en el transcurso de esas dos semanas, es obvio que no está en nuestras manos resolverlo. Matilde tiene razón: avísenle a su amiga lo que está pasando y que ella decida qué hacer.

Daniela asintió en silencio, pensativa. Se tomó tanto tiempo en replicar que Alejandro temió haberla ofendido con sus palabras, aunque su expresión introspectiva parecía indicar otra cosa. Finalmente, habló.

–Primero ese encuentro truncado con mi papá y el cáncer de mi mamá, luego Angelito, y finalmente la casa. Parecería que lo de la casa desentona entre las otras cosas, que tampoco fueron todas igual de graves. Sin embargo, acabo de darme cuenta de lo que me estuvo pasando todo este tiempo…

Alejandro aguardó expectante que ella terminara su idea.

–Simplemente, estaba huyendo de mí misma.

Ahora fue Daniela quien se sorprendió que él se tomara tanto tiempo en acotar algo.

–¿Por qué habrías de hacer algo así? –preguntó Alejandro, finalmente.

–Creo… que porque temo crecer…

Al irse de la casa de Sofía, frustrada, enojada, deprimida por tener que regresar al vacío que dejaron Olga y Angelito en la pensión tras largos siete meses de convivencia, empezó a darse cuenta de que casualmente todas estas catástrofes habían comenzado a poco de haberse recibido de profesora. Con la excusa de haber decidido continuar estudiando la licenciatura no se preocupó en buscar trabajo como docente… y a pesar de que como licenciada tendría más opciones, cada vez que pensaba en ello se le hacía un vacío en la mente y el corazón se le helaba. No porque disfrutara que la mantuvieran económicamente; en realidad, en ese sentido, estaba ansiosa por empezar a ganar su propio dinero. Sin embargo, sentía que esa libertad implicaba una serie de responsabilidades y condiciones que no se sentía segura de estar preparada para asumir.

En ese contexto, todo lo que había ocurrido últimamente –que hubiera ocurrido de todas maneras– cobró una dimensión exorbitante. Porque

eran el motivo perfecto para dejar de pensar en eso que la perturbaba y esconderse en aquello que –aunque le destrozara los nervios– podía manejar.

Había terminado de darse cuenta en este momento, tras el comentario que Alejandro había hecho en relación a la casa. Si bien había sido muy frustrante el desencuentro con su padre, tampoco la afectó tanto como para contactarlo a como diera lugar para poder finalmente verlo. El cáncer de Olga había sido mucho más grave y ameritaba que todo lo demás quedara en suspenso. Luego, el bebé, cuya tragedia superó con creces la enfermedad de su madre… Al morir el niño y curarse su madre, Daniela se había quedado de repente sin más excusas para seguir rehuyendo la obligación de empezar a planificar una nueva vida. Y entonces… le propusieron esa aventura en casa de su amiga. No era algo grave ni dramático, pero una vez más la ayudaba a evadir aquello que la angustiaba. Y ahora lo había perdido…

–Es muy positivo que te hayas dado cuenta, porque ahora vas a poder revertirlo –la felicitó Alejandro–. Yo nunca tuve esa crisis; debe ser, porque en realidad nunca me hice adulto…

Ambos rieron por la ocurrencia; sin embargo, él no lo había dicho en tono de broma. Si recordaba el largo sendero que había debido recorrer para lograr cierta independencia económica, los albores de su adultez se remontaban al generoso ofrecimiento laboral de su hermana, que fue la primera en apostar por él y darle una oportunidad. Incluso hoy día, a pesar de estar ganando un sueldo, seguía viviendo bajo el techo de su abuelo, quien además se hacía cargo de todas las cuentas, por lo que Alejandro no tenía gastos fijos por los que preocuparse, más allá de los suyos propios. Si consideraba la adultez como la capacidad de sostenerse solo económicamente, seguía siendo un niño. Pero ni siquiera así se le hubiera ocurrido ver las cosas desde la perspectiva de Daniela: para él era maravilloso llegar a sus metas y empezar un capítulo nuevo en su vida.

Para ayudarla a experimentar que esas responsabilidades y condiciones no eran tan desgastantes como ella creía, la invitó al programa de radio: una noche la dejó en estudios, junto a Marcos y Marisa y en otra oportunidad la llevó a recorrer los barrios. A él mismo le había ayudado mucho en lo personal conocer gente con otras vidas y otros problemas, para poder poner los suyos propios en perspectiva y darse cuenta de que la mayoría de las veces, se angustiaba por cuestiones que no lo merecían. Creyó que lograría el mismo efecto en Daniela. Y así fue. Además, de la mano de Alejandro, todo parecía más fácil y apasionante. Daniela se sentía plena y contenida cuando estaba a su lado, al punto que ya no imaginaba sus días sin que él se hiciera presente de alguna manera, cuanto más no fuera a través de una llamada.

Sin embargo, y a pesar de todo, él nunca le había insinuado nada más.

Aquello le llamaba la atención y últimamente también la frustraba. Que él la viera como amiga significaba que no era lo suficientemente hermosa ni femenina; de seguro que estaba acostumbrado a las mujeres despampanantes del ambiente de la moda, y naturalmente querría a una de ellas como compañera.

Cuando compartió su desaliento con Matilde, ésta se puso en alerta.

–Daniela, tené cuidado. Alejandro tiene fama de mujeriego; no le des motivos para romperte el corazón.

–Empiezo a creer que no le interesa rompérmelo. ¡Si fuera mi hermano no podría comportarse mejor!

–¡Pues qué bien! Ya sé que Alejandro te gusta mucho, y es realmente muy apuesto y tiene una personalidad encantadora, pero hay gente con la que es mejor no meterse en ciertos terrenos… y estoy segura de que éste es el caso. Dejalo que busque una modelito y sea feliz; vos buscate alguien leal y estable, con quien puedas construir un futuro. Quizás no suene tan divertido ahora, pero con el tiempo lo vas a agradecer.

Daniela, que ya había tejido tantas fantasías junto a Alejandro, no replicó. Sabía que Matilde se lo decía con la mejor intención: no quería que pasara por su misma experiencia. Lo que Matilde no podía ver –enceguecida como había quedado– era que resultaba imposible comparar a Alejandro con Lucho.

Capítulo 25

Capítulo Cuatro: Golpes - VII

Era el último sábado de diciembre. Por insinuación de Daniela, Alejandro la había invitado a salir al mismo boliche donde se habían reencontrado la noche que nació Angelito. Ella quería exorcizar sus demonios interiores: aunque hubiera logrado la clarividencia de entender el motivo de su depresión, necesitaba enfrentar al objeto que había desencadenado su dolor… y de alguna manera, ese lugar lo representaba. Aquí había llegado Daniela junto a sus amigas hacia tres meses: feliz, guardada en su corazón la ilusión de saber que cuando quisiera podría contactar a su padre, esperanzada en la cura definitiva de su madre y en un milagro para el niño… Quizás pudiera jugar a que viajaba en el tiempo, tan atrás, que ni el cáncer de su madre ni el niño habrían existido: solamente sería ella, reencontrándose con el guapo fotógrafo al que había ayudado un mediodía frente a la Casa de Gobierno.

Lo que Daniela ignoraba era que Alejandro estaba aprovechando la oportunidad para exorcizar su propio demonio, uno que ella ni siquiera sospechaba que existía. Aquí se había encontrado con Berenice, habían conversado, habían reído, se habían contado sus vidas, sus problemas y esperanzas, y habían bailado, antes de consumar un amor que a él continuaba hundiéndolo en la angustia. Primero pensó que nunca antes ninguna mujer le había gustado tanto, pero tras pensarlo fríamente, tuvo que reconocer que hubo algunas que le habían gustado mucho más. Luego lo atribuyó al rechazo: su orgullo no había tolerado que ella lo usara de consuelo mientras seguía amando a su novio…, pero no tardó en recordar peores situaciones que había vivido con otras mujeres con las que había salido… De modo que lo atribuyó al modo en que se habían dado las cosas y a que a él le hubiera gustado poder disfrutar un poco más de ella, antes de despedirse para siempre, no sólo de su cuerpo, sino también de su persona.

Apenas habían terminado de acomodarse en una mesa –casualmente, la misma a la que terminaron sentados los siete aquella noche– y Alejandro se había levantado para comprar una cerveza, cuando la vio. Se quedó sin aliento por un segundo y sintió que el corazón le galopaba dolorosamente en el pecho. Preguntas ansiosas asaltaron su mente: ¿correspondía saludarla? ¿No la enrollaría con eso en algún problema nuevo? ¿Querría ella verlo y terminar su salida sabiendo que estaban en el mismo lugar? ¿Estaría acompañada?

No dio demasiadas vueltas a la hora de tomar la decisión. Pasaría a su lado y la miraría; si observaba el más mínimo gesto de incomodidad por parte de ella, aunque sabía que lo sentiría como un duro golpe, haría de cuenta que no la conocía; si por el contrario, ella le hacía alguna señal de

acercamiento, aprovecharía para saludarla.

Sus ojos se cruzaron por una fracción de segundo… Berenice estaba riendo y no pareció reconocerlo de inmediato, pero al cabo de un muy breve momento, se le agudizó la mirada y la expresión de su rostro cambió. Miró rápidamente a su alrededor y de un brinco bajó de su silla. Se acercó a él tímidamente, como sin saber qué hacer. Alejandro le facilitó las cosas saludándola con una sonrisa.

–¿Cómo estás? ¡Qué alegría haberte encontrado! –exclamó. Lo que no se atrevió a expresar en voz alta fue lo mucho que la había extrañado y que no pasaba un solo día sin que pensara en ella…

Berenice sonrió, feliz.

–Estoy mucho mejor que cuando me conociste –le contó–. Finalmente, lo que pasó… de alguna manera mágica e inexplicable, sirvió para recomponer mi relación con Ignacio. Estamos por mudarnos para vivir juntos. Yo tendré que viajar constantemente, por mis compromisos laborales, pero será hasta ver qué resulta de la convivencia, y luego me instalaré definitivamente aquí, o quizás Ignacio quiera mudarse conmigo a Buenos Aires; en realidad, es muy pronto para saberlo. ¿Y vos, Alejandro? ¿Cómo estuviste todo este tiempo?

Muy en el interior de su corazón él había estado esperando que ella le contara que al final la relación con su novio había fracasado y que estaba libre de compromisos nuevamente. Sin embargo, ocultó este golpe con la más radiante de sus sonrisas y –tras encogerse despreocupadamente de hombros– señaló hacia la mesa donde lo esperaba Daniela. Berenice soltó una exclamación de alegría.

–¡Te felicito!

–Aún no formalizamos nada… –se apuró a aclarar el muchacho, pero ella le señaló con un gesto que el detalle no tenía importancia. ¡Era maravilloso que él estuviera en pareja!

No conversaron mucho más. De repente, ella vio que Ignacio se acercaba con los tragos; se despidió rápidamente de Alejandro y regresó a su lugar. No le dio explicaciones; no necesitó hacerlo. Disimuladamente, Alejandro la vio sentarse junto a un joven moreno, esbelto y buen mozo. Sintió que las pocas esperanzas que había estado alentando en estos meses se apagaban como los restos de un fuego débil y moribundo. Berenice nunca sería suya. Lo supo cuando vio la adoración que Ignacio despertaba en ella.

Capítulo 26

Capítulo Cuatro: Golpes - VIII

El vacío que empezó a sentir en el pecho era peor que el que lo había asolado hasta entonces. ¡Dios, era espantoso perder las esperanzas de esta manera tan repentina y sin atenuantes! ¿Realmente había creído que ella podría fijarse en él aunque su relación con este novio fracasara, teniendo a los hombres más exitosos del país a su alcance? ¡Qué ingenuo había sido! De modo que se había estado guardando para nadie. ¡Patético! Era la primera vez en su vida que le ocurría algo así. Y esperaba que la última.

Daniela lo estaba esperando con un poco de impaciencia. Debió de haberlo visto con Berenice, porque le preguntó quién era. Alejandro decidió que la mejor manera de mentir… era decir la verdad.

–Es Berenice Spencer, la modelo y actriz.

Al comienzo Daniela no le creyó. Hasta que, tras haberse vuelto varias veces para estudiar su rostro y su cuerpo a la lejanía y al observar cómo todos miraban murmurando hacia el mismo lugar, debió aceptar que Alejandro no estaba bromeando.

–¿Y cómo se conocieron? –preguntó, abriendo enormes los ojos, admirada.

Alejandro recordó el nefasto día en que le tocó escucharla dar la charla a las alumnas de su hermana y luego hacerle la sesión de fotos. Fin de la historia. No creyó prudente ni necesario agregar nada más.

–Conocí muchas mujeres de ese ambiente mientras trabajaba con mi hermana –le contó luego–. Al comienzo, confieso que fue apasionante: yo creía estar metiéndome en un mundo glamoroso, exclusivo… Pero al poco tiempo me di cuenta de que el detrás de escena no es lo que nos hacen creer. Las modelos son solamente mujeres, condenadas a depender de su aspecto físico. El ambiente… –hizo silencio un momento–, es muy competitivo. Las que logran triunfar muchas veces terminan siendo tratadas como un objeto, que vale y sirve únicamente por su apariencia. Deben tener una gran disciplina y estar enamoradas de la profesión para poder disfrutarlo. A pesar de que es un camino menos gratificante, confieso que el periodismo me llena mucho más, porque me ha permitido crecer profesional y humanamente, ofreciéndome otras posibilidades.

Hicieron silencio un momento mientras bebían la cerveza.

–Yo ya hablé demasiado de mí; vengo haciéndolo desde aquella primera salida. Me parece que es hora de que me lo retribuyas un poco –dijo luego Alejandro, mientras le hacía un guiño con el ojo.

Daniela se encogió de hombros. Ella también había hablado mucho de sí misma. Alejandro estaba más al tanto de muchas cosas que su propia familia. Sin embargo, él insistió.

–Nunca me contaste nada acerca de tus novios.

La joven soltó una carcajada.

–¿Mis novios? –repitió, enfatizando las eses–. ¡Vos tampoco me hablaste de tu vida sentimental!

–¿Cómo que no? –la contradijo él–. Lo único que me guardé fueron los nombres, pero sí te conté que estuve muchas veces en pareja, algunas, casi conviviendo; que rompí corazones y me lo rompieron; que me cambiaron por otros, que me exigieron matrimonio, que fui usado…

Antes las carcajadas de Daniela, fingió ofenderse.

–¿Acaso creés que solamente las mujeres pueden ser usadas? ¡Pues enterate de que no! Ustedes las mujeres pueden herir profundamente el corazón de un hombre, cuando se lo proponen…

Quizás fueron las palabras, quizás, el tono en que lo dijo, pero Daniela tuvo la impresión de que Alejandro acababa de pasar recientemente por la experiencia y que trataba de esconderlo poniéndole humor al asunto. Lo que menos deseaba era hacerlo sentir mal, de modo que dejó de reírse y pensó un poco qué le respondería. Por mucho que intentara adornarla la realidad era una sola: no podía jactarse de haber tenido grandes experiencias románticas. Y no porque se negara. Simplemente, aún no había aparecido en su vida el hombre que le haría perder la cabeza, por el que sería capaz de enfrentarse al mundo y empezar su vida nuevamente desde las cenizas…

–¡No me sorprende! –exclamó él, impresionado–. ¡Es una gran responsabilidad la que le cargando, aún sin saber quién será! ¿No se te ocurrió algo más normal, algo como las relaciones rutinarias, aburridas y peleadas que tenemos todos los mortales?

Daniela rió nuevamente. De hecho, sí, no solamente se le habían ocurrido: había tenido un par de esas relaciones, y de tan rutinarias, aburridas y peleadas, fue que se terminaron desintegrando.

La primera había sido con un muchacho de Sáenz Peña, un antiguo amigo de la infancia, con quien se había reencontrado en la universidad. A pesar

de que ella cursaba Letras y él, Ingeniería, el hecho de ser oriundos del mismo lugar y compartir un montón de vivencias de infancia los unió en una relación que quiso ser seria pero fracasó desde el primer momento. Él quería regresar a Sáenz Peña tras haberse recibido. Ella, en aquel entonces, soñaba con irse a Buenos Aires en cuanto se recibiera, a buscar a sus tías, encontrarlas, y empezar una vida nueva allá, lejos de todo lo que tanto dolor le había causado. Él alegó que la mujer tenía el deber de seguir al hombre adonde fuera que éste fuese, y aquel fue el fin de la pareja.

Alejandro no se quiso reír, pero lo contuvo apenas, con una gran sonrisa y meneando la cabeza.

–Contado de esa manera, uno diría que duraron juntos dos días –observó.

Daniela sonrió también.

–Unos cuantos meses. Al principio hablábamos de otras cosas, y luego ambos estuvimos convencidos de que el otro cambiaría de idea con el tiempo. Hasta que un día tuvimos una pelea muy fea, porque pretendía dirigirme la vida y no lo soporté más, entonces decidimos terminar la historia en ese momento. La idea era salvar lo que quedaba de nuestros buenos recuerdos y mantener la amistad, pero lo que en realidad ocurrió fue que nunca más nos volvimos a ver. Hoy, cuando nos cruzamos en los pasillos de la universidad somos dos desconocidos que se saludan por educación.

Cuando estaba a mitad de su carrera empezó a salir con un compañero de clases. Era un joven de su misma edad, excelente estudiante y militante de los Derechos Humanos. Creían que por el hecho de estar estudiando lo mismo tendrían muchas cosas en común, pero muy pronto resultó que tenían ideas completamente opuestas de las cuestiones más elementales de la vida.

–Yo quería casarme. No antes de haberme recibido, pero sí algún día, por civil y por iglesia y con fiesta… Aún lo deseo, aunque ahora soy más conciente de lo mucho que cuesta todo y naturalmente que bajaría mis pretensiones. Él consideraba el casamiento algo innecesario, además de un gasto imposible. Yo quería hijos. No antes de haberme casado, pero siempre quise tener hijos. Él, no. Yo siempre soñé con tener una casa con jardín; pues él prefería un apartamento. ¡Parecía un chiste de mal gusto! Nos dimos cuenta de que a pesar de tener algunas cosas en común, pesaban más las que nos enfrentaban. Y como no podíamos construir nada duradero entre ambos, nos separamos.

Tras esa experiencia, Daniela se dio cuenta de que quizás estaba pretendiendo demasiado. En definitiva, eran solamente muchachos,

empezando a forjarse un camino. Hablar de casamiento, hijos y una casa, era un poco excesivo para una relación que recién comenzaba. Fue cuando tuvo su tercer novio, en una relación mucho más reciente. También lo conoció en la facultad. Un encanto de hombre. Muy educado, cortés, idealista y romántico… Pero completamente irresponsable. Al contrario del anterior, no se oponía al matrimonio y sí quería hijos, pero se negaba totalmente a la planificación: todo tenía que ser natural y espontáneo. Si Daniela quedaba embarazada (en el momento que fuera) organizarían la boda y buscarían una casa. Ocurría lo mismo con su carrera: no se había establecido metas ni plazos; simplemente, avanzaba de acuerdo a las ganas y la voluntad que tuviera. Si con cuestiones tan importantes y trascendentales era tan desordenado, Daniela prefería no imaginar cómo sería con el resto de sus asuntos. Fin de la relación.

–Triste –acotó él.

–En absoluto –replicó ella–. Me gustaban y los quise mucho, pero jamás perdí el aliento por ninguno de ellos, ni los amé tanto como para sacrificar alguno de mis objetivos por verlos felices. Si yo hubiera estado realmente enamorada, obviamente habría estado de acuerdo en seguirlo hasta el fin del mundo; hubiera sacrificado mi deseo de casarme con gran pompa y tener muchos hijos; o no me hubiera importado quedarme embarazada en cualquier momento para empezar otra vida. Cuando realmente se ama a otra persona, los deseos propios pasan a segundo plano, porque lo importante es hacer feliz a quien se ama.

–Es más complejo que eso –advirtió Alejandro–. Es lograr un delicado equilibrio entre respetar la individualidad del otro y la de uno mismo; es negociar constantemente y saber cuando ceder y cuándo ponerse firme. Y con cada pareja que se tiene, es empezar desde cero. Ceder siempre puede ser tan angustiante para el otro como el eterno enfrentamiento por defender sus deseos y prioridades. Es una práctica constante…, que sirve para madurar y sensibilizarnos. No es un hombre especial el que tiene que aparecer en tu vida: a la magia la vas a crear vos misma, cuando aprendas cuál es el punto de equilibrio en una relación…, teniendo relaciones.

Daniela sonrió misteriosamente mientras lo escuchaba con atención. Jamás le diría que ya había encontrado a ese hombre… Porque ese hombre, era él. Y como la joven convencional que era, ella esperaba que fuese él quien diera el primer paso… aunque, naturalmente, lo ayudaría a hacerlo.

Capítulo 27

Capítulo Cuatro: Golpes - IX

Desvanecida la ilusión que alimentaba en la persona de Berenice, Alejandro decidió que era hora de pensar qué haría de su vida. No estaba acostumbrado a pasar temporadas largas en soledad: además del trabajo y los amigos, necesitaba una compañera que endulzara sus días… En realidad, la dama en cuestión debía reunir determinados requisitos; los más importantes eran no intentar arrastrarlo al civil a los seis meses de haber empezado a salir, ni pretender que él le hiciera un hijo. Podía ceder en otras cuestiones; podía ceder incluso al humillante punto de compartir las tareas domésticas o encargarse él solo por completo de todo, pero era intransigente en la cuestión del matrimonio y la paternidad.

Y eso era lo que le preocupaba de Daniela. Porque ahora, sabiendo que ya no tenía oportunidad de lograr nada más con Berenice, libre su corazón de ese peso, había descubierto que Daniela le gustaba. No sólo era muy hermosa, sino que además disfrutaba sus conversaciones con ella. Tenía una inteligencia brillante y veloz, pero al mismo tiempo, una pureza de corazón poco frecuente. Eso le fascinaba de ella. Mucho más de lo que había creído al comienzo. Pero varias veces Daniela había dicho que el sueño más grande de su vida era formar una familia… No creía que fuera a cambiar de idea mágicamente de un día para el otro. Para tantearla, él también enfatizó cuantas veces se le presentó la oportunidad, su oposición al casamiento y su negativa a tener hijos, a lo que ella jamás replicaba. Quizás él se estuviera equivocando y Daniela solamente lo consideraba un buen amigo… ¡Sería espantoso tener tanta mala suerte junta! Pero de ser así lo podría solucionar. La humanidad estaba compuesta a partes iguales por hombres y mujeres. ¡En algún lugar tenía que haber alguna para él!

Tras haberse convencido de que Alejandro efectivamente era un alma libre, a la que ahuyentaría a la menor señal de querer asir, con más razón Daniela dejó en sus manos la decisión de comenzar una relación. Porque además, ella misma estaba confundida en cuanto a sus propios deseos. En definitiva, aunque le faltara poco para recibirse de licenciada en Letras, aún era muy joven para pensar en formar una familia. Suponía que cuando estuviera rozando los treinta años, si aún no había tenido niños, empezaría a buscarlos desesperadamente, ya sin importarle si estaba casada o no, porque no se imaginaba llegar sola a la vejez. Pero ¡era tan lejano pensar en sus treinta años! Recién tenía veintidós. ¿Estaba mal si mientras tanto seguía acumulando experiencias de relaciones más o menos serias, sabiendo que no estaban destinadas a durar para siempre? Porque suponía que eso sería lo que ocurriría con Alejandro, en caso de que concretaran algo. Mientras durase la magia de su encanto podrían tener una relación maravillosa como hasta ahora, sólo que mucho más

intensa, y la magia duraría hasta que ella pronunciara las palabras prohibidas.

Mientras cavilaba, continuaron viéndose a diario. Apenas a dos semanas de haber comenzado el año, Alejandro la encontró de nuevo en la casa de Sofía. Había pensado que tras el episodio de los golpes movedizos no querría regresar jamás. Daniela le respondió que lo había hecho a pedido de Aldana, para limpiar la casa y dejarla en condiciones para unas personas que la querían ver. Finalmente nadie le había comentado aún a Sofía el problema de los golpes; preferían hacerlo personalmente, pues por correo electrónico o teléfono podía sonar más desquiciado de lo que era. Al ignorarlo, la orden de la joven había sido, naturalmente, que la inmobiliaria empezara a buscar inquilinos nuevos. Y para compensar el problema de los ruidos, Aldana quería que se encontraran con un hogar hermoso, limpio y acogedor.

–¡Como si con eso los golpes fueran menos siniestros! –refunfuñó Daniela, sin dejar de limpiar y ordenar.

Alejandro la ayudó. En parte porque le divertía estar haciendo algo tan rotundamente distinto a lo que venían haciendo; en parte, porque no quería dejarla sola junto a ese sonido que la aterrorizaba.

Lo sorprendente era que justamente hoy no se oía nada. Claro que nunca se sabía cuándo podía comenzar. Solamente por si acaso, y para sentirse acompañada mientras estuvo sola, Daniela había llevado un equipo de música y había sintonizado una radio con canciones de moda a un alto volumen, esperando atenuar de esa manera los golpes cuando se presentaran. La radio siguió encendida cuando llegó Alejandro y hasta que se hizo de noche. Entonces, por respeto al descanso de los vecinos, Alejandro bajó el volumen. A Daniela no le importó. Estando a su lado se creía capaz de hacerle frente a los golpes y al mismísimo demonio.

En esta oportunidad sí cocinó para él y tuvieron el placer de cenar comida casera en la intimidad de una casa que parecía hecha a su medida. Al terminar salieron al jardín trasero, que por estar tenuemente iluminado (recientemente se había quemado un foco y aún no lo habían reemplazado apuntó Daniela mentalmente, recordando que la casa debía estar en perfectas condiciones para cuando los interesados fueran a verla), permitía el espectáculo de una vista única del firmamento.

Se tumbaron sobre el gran banco para poder disfrutarlo más, en silencio.

–Siempre me gustó mucho hacer esto –le contó Alejandro, de pronto–. Ya de niño. Tiene un sabor agridulce, de mucha paz y mucha nostalgia al mismo tiempo. Siento que me conecta con Fabiana.

–¿Tu hermana?

Él asintió. Tras el accidente en el que habían fallecido sus padres y ante la inminente separación de sus abuelos, cuando Fabiana tomó la decisión de irse a Buenos Aires con su abuela, la noche previa al viaje los tres hermanos se habían escabullido al jardín, que estaba únicamente iluminado por la luz de las estrellas. Los tres lloraban desconsoladamente: ya habían perdido a sus padres y ahora lo que les quedaba de familia se fragmentaría sin remedio… Fabiana odiaba a su abuelo y de ninguna manera terminaría de crecer bajo su techo. Que los tres se mudaran con su abuela jamás fue una opción: Jorge de ninguna manera permitiría que su mujer se llevaba lejos al único nieto varón que portaba su apellido. Gabriela quedó en medio del fuego cruzado. Finalmente, el ser la nieta preferida de su abuelo, las lágrimas de Alejandro y los muchos afectos que había sembrado en su corta vida, pesaron a la hora de decidir quedarse. Pero eso no atenuaba el dolor que les quemaba el corazón en ese momento. Acostados sobre el césped, observaron la magia del cielo mientras trataban de serenarse, y fue entonces cuando Fabiana lo dijo.

–No importa lo lejos que estemos ni el tiempo que haya transcurrido: el mismo cielo cubrirá nuestros pasos donde sea que vayamos. Cuando no soportemos más la ausencia de los que amamos, elevaremos la vista al espacio y sabremos que en algún lugar del mundo ellos también estarán mirando las mismas estrellas, y en ese punto del cielo nos reencontraremos, sin importar la distancia que nos separe en la tierra…

Recordar ese momento tenía en Alejandro el efecto de sentir que lo estaba reviviendo; de repente se sintió como si estuviera en aquel otro jardín, ya sin Daniela sino con sus hermanas, dieciocho años atrás. Todo había cambiado: ellos ya no eran los niños que habían sido, sus abuelos eran ancianos… Sólo el dolor permanecía inmutable en el tiempo.

Se incorporó de repente porque sintió que si observaba las estrellas un segundo más las lágrimas empezarían a escapar de sus ojos. Daniela lo acompañó en el movimiento; a pesar de la penumbra percibió su profunda tristeza y se conmovió. En silencio lo abrazó.

–Fueron muchos cambios repentinos juntos: un adiós trágico a mis padres, la mudanza de mi abuela y Fabiana, que viví como un abandono… Yo estaba por cumplir ocho años y mi mundo se estaba derrumbando… Lo único que permaneció firme e inalterable fue mi abuelo.

Tras un breve silencio, agregó:

–Creo que todo eso influyó para cristalizar mis ideas con respecto a mi futuro. No puedo garantizar que no repetiré los errores de mis ancestros, y no me parece justo que un niño deba pagar por ellos… Pero entiendo que esto sea ir en contramano del deseo de la mayoría, especialmente a

esta edad, cuando todos están empezando a formar una familia. Por eso nunca te propuse nada, Daniela, a pesar de que estuve tentado… No me atrevo, porque no sería justo para vos intentar comenzar algo sabiendo que buscamos cosas tan radicalmente opuestas de la vida…

La joven no podía creer lo que estaba escuchando. ¡Qué manera tan extraña de confesarle su interés en ella! ¡Debía aprovechar esta oportunidad única o lo perdería para siempre!

–Nunca dije que quisiera hijos ahora… Sí lo hice antaño, cuando mi meta de recibirme parecía lejana en el futuro, pero ahora veo que en lo inmediato prefiero otras cosas. Si los sigo deseando, pero para más adelante, si logro reunir las condiciones mínimas básicas para ofrecerles una buena vida… Pueden pasar años hasta entonces… Pueden pasar muchas cosas… –añadió, casi en un susurro. Desde niña, siempre había deseado poder rasgar el velo del futuro para vislumbrar lo que le tenía reservado, y esa curiosidad se había potenciado en los últimos años, sabiendo que estaba realizando la siembra definitiva de lo que sería el resto de su vida… Pero sabía que el futuro jamás le revelaría nada, tan solo, la oportunidad de sembrar bien.

Alejandro posó su mirada sobre ella y la tomó de las manos.

–Volvamos adentro –suplicó.

Ninguno de los dos pudo luego recordar en qué momento lo que comenzó con un tierno abrazo apenas haber traspasado el umbral, se convirtió en un dulce beso, dulce y apasionado beso, apasionado e interminable beso, ni en qué momento ni de qué manera llegaron hasta la habitación. Se dieron cuenta ya en la cama, semidesnudos. A Daniela, su inexperiencia le provocó una oleada de vergüenza y temor: ¡era tan fácil echarlo todo a perder con un gesto, con una sola palabra equivocada…! A Alejandro, el temor lo invadió cuando se dio cuenta de que Daniela era virgen. Después de todo lo que habían conversado acerca de sus fracasos amorosos y los detalles que ella había compartido de esas relaciones, habría jurado que se trataba de una joven medianamente experimentada, pero al comprobar lo contrario se quedó sin aliento por un momento. Era la primera vez en mucho tiempo que se encontraba en esta situación. Se obligó a tomarse más tiempo del que acostumbraba, inventando juegos que creía olvidados, para tranquilizar los mal disimulados temores de Daniela y los suyos propios, antes de consumar su pasión.

Cuando terminaron, mientras estaban echados el uno junto al otro, abrazados en un dulce sopor, se lo preguntó.

–Sólo hay una primera vez: por eso es tan especial y por eso no es un obsequio que pueda hacérsele a cualquiera. Aunque yo haya tenido novios, no me merecían, porque nunca lograron estremecer mi corazón…

No te preocupes, Alejandro –añadió rápidamente, al percibir que los músculos de él se tensaron–. Que vos sí hayas logrado estremecerlo no quiere decir que yo vaya a perseguirte el resto de mi vida si esto llegara a no funcionar; no se trata de eso.

–¿Y de qué se trata? –preguntó él, recordando su propia primera vez, en un prostíbulo clandestino al que lo había llevado su abuelo cuando consideró que ya tenía edad para iniciarse sexualmente, adonde aprendió sus primeras lecciones de una mujer muy bonita, pero tremendamente intimidante, porque era mucho mayor que él. Su propio estremeciendo había sido de temor ante una situación que no sabía manejar y el control nulo que entonces tenía de su propio cuerpo.

¿Cómo explicárselo? pensó Daniela, feliz, acariciando ese cuerpo fuerte, enérgico y suave al mismo tiempo, del que ahora ella misma formaba parte. ¿Cómo explicarle que en la unión de la carne también se unía el alma, que nunca volverían a ser los mismos después de este acto, porque se habían volcado en el otro, dejando en su marca en él? ¿Que no era algo que ella estuviera dispuesta a hacer con cualquiera, porque era lo más sagrado de sí misma y como tal ella debía estar segura de que lo entregaba a un hombre que a cambio le diera lo que ella deseaba, y que ese deseo no tenía relación ahora con su proyecto de vida sino con el mismo ser al que se había fusionado, recibiéndolo dentro de sí?

–De saber que entregué lo más sagrado de mí el momento, de la manera y a quien yo quise –respondió, simplemente.

Alejandro no comprendió el razonamiento, pero tampoco insistió. Otra cosa era la que lo preocupaba ahora. Nadie sabía que él estaba en la casa con Daniela (aunque podían deducirlo, si se esmeraban mínimamente) y sabiendo el temor que le provocaban los golpes, era una posibilidad que alguna de sus amigas decidiera venir a buscarla o a pasar la noche aquí, con ella. No le preocupaba la cuestión por él mismo, ya que no creía tener nada que esconder, pero prefería que ella decidiera cómo la manejaría de ahora en más.

–Quizás, conociendo a tu familia, lo ideal sería comentar primero que formalizamos medianamente lo nuestro, antes de pasar a los detalles…

Más que la familia, Matilde. Fue el primer pensamiento que cruzó por la mente de Daniela, mientras le daba la razón sin entrar en detalles. En ese momento, la odió. Una primera vez perfecta incluía amanecer abrazada a su amado…, pero Alejandro tenía razón: las cosas se le complicarían innecesariamente. Ya habría otros amaneceres…

Ya se habían vestido y estaban terminando de arreglar la cama cuando oyeron los golpes. Daniela gritó, creyendo que eran nuevamente los ruidos inexplicables de la casa, pero luego se dio cuenta de que venían de

la puerta principal. Mientras ella iba a fijarse quién era, Alejandro fue a la cocina, para terminar de ordenar y limpiar los elementos que habían usado para la cena.

Era Matilde. Tal como Alejandro había supuesto, en la pensión les había llamado la atención que se hiciera tan tarde y ella continuara sola en la casa. Daniela sonrió mientras la hacía pasar.

–No estuve sola –confesó, señalando con un gesto de la cabeza hacia Alejandro–. De haber sido así, hace rato habría huido de aquí, para volver mañana a terminar con el trabajito.

Se estremeció ante la mirada de desconfianza de Matilde, que fue y volvió de ella hacia Alejandro, que continuaba en la cocina.

–¿Todo bien, Daniela?

–¡Por supuesto que sí! –respondió la joven, preguntándose si sería demasiado obvio lo que acababa de pasar–. Me ayudó a limpiar, después cenamos algo y salimos a respirar un poco de aire puro al jardín de atrás. No nos dimos cuenta de la hora que se hizo.

Matilde asintió sin replicar, pero en su mirada, Daniela se dio cuenta de que no le había creído.

Capítulo 28

Capítulo Cinco: Abismo - I

Francisco no lo tomó como una traición. Cuando Ignacio le contó acerca de sus planes, simplemente se encogió de hombros antes de echarse a reír. Le parecía tremendamente patético lo que su amigo estaba haciendo, y aunque lo intentaba, no lograba comprenderlo.

–Ignacio, ¿de qué estás huyendo? –le preguntó, finalmente.

Ignacio se lo quedó mirando, con la boca y los ojos muy abiertos.

–¿Por qué se te ocurre que estoy huyendo? –preguntó a su vez, cuando finalmente logró articular las palabras.

Francisco sacudió la cabeza, sin dejar de reír. ¿Que cómo lo sabía?

–¿Hace cuántos años somos amigos? –hizo un rápido gesto de desinterés–. No importa; sé que muchos. Te conozco, Ignacio. Mucho más desde que estamos viviendo juntos. Sé que estás huyendo de algo…

Había sido exactamente igual cuando, justamente, surgió la idea de irse a vivir juntos para compartir gastos. Entonces –y no ahora– lo lógico hubiera sido que se mudara con su novia y compartiera los gastos con ella, que disfrutara a rabiar de sus breves viajes a Resistencia, que empezara a viajar a Buenos Aires a visitarla, que empezaran a planificar los detalles del casamiento… Sin embargo, había huido cobardemente de ella, sin ofrecerle explicaciones. Y ahora, después de que ella lo hubiera engañado con otro, en vez de aprovechar para cortar definitivamente la relación –que hubiera sido lo lógico– se le ocurría ponerse a planear lo que se había negado a hacer cuando era el momento de hacerlo. Repentinamente, sin dar pie a que nadie opinara, casi en secreto…

–¿De qué estás huyendo? –insistió Francisco–. Si no fuera descabellado, me inclinaría a pensar que de mí.

Ignacio tuvo que hacer un esfuerzo enorme para que su voz y su rostro no dejaran traslucir el espanto que le provocaba recordar la tarde que lo había descubierto con otro hombre. Pero Francisco lo interrumpió. Le interesaba mucho más que Ignacio prestara atención a lo que tenía para decirle, que seguir oyendo la sarta de idioteces con que siempre lo atormentaba.

–Ignacio: huir puede salvarte la vida una vez, pero si te lo pasás escapándote de todo aquello con lo que no estás de acuerdo o no sabés manejar, vas a concentrar en eso tus energías y tu vida entera terminará

siendo una fuga gigantesca hacia ningún lugar… ¿No ves que tus metas están cada vez más lejanas? Hace más de un año te recibiste, pero seguís desperdiciándote en un empleo que detestás y en el que tampoco tenés la oportunidad de crecer. Ese mismo empleo te separa de lo que realmente desearías hacer: las bellas artes. Pero te aferrás a él porque es el que te permite subsistir… siendo que, con tal sólo pedirlo, podrías ubicarte muy bien como abogado, ganar mucho más y empezar a hacer una carrera por demás interesante, que al mismo tiempo, te permitiría dedicarte a otras cosas.

"A Berenice la detestabas hasta hace muy poco; exactamente, hasta antes de enterarte de que había estado con otro. Asegurabas que eran muy distintos, que ella era muy superficial, que no la imaginabas como madre de tus hijos y compartiendo el resto de sus vidas juntos… Tuviste que enfrentarla a ella y a tu propia madre, hacerles añicos sus sueños inmediatos, para satisfacer tu deseo de vivir una experiencia distinta. ¡Y de repente, mágicamente, esa mujer que aborrecías se convirtió en el amor de tu vida, con la que pensás irte a vivir juntos, quizás casarte y tener hijos….! Nuevamente, contra viento y marea, ya que cuando tu madre se entere de esto, no la hará nada feliz. ¿No te das cuenta de que tu vida está zozobrando? ¿Qué te pasa, Ignacio? ¿De qué estás queriendo esconderte?

Esta vez fue Ignacio mismo quien prefirió guardar silencio. ¡La síntesis que Francisco había hecho de su vida era miserable! Afortunadamente, él mismo no la sentía de esa manera; de lo contrario, ya se hubiera suicidado.

–Celebro que finalmente quieras empezar a hacer lo que debiste haber hecho desde el principio; pero me preocupa que sea solamente uno de tus estallidos eufóricos desenfrenados, en los que te zambullís sin medir las consecuencias, porque de ser así, cuando caigas en la cuenta, estarías inmerso en una situación imposible de manejar y de la que sería cada vez más difícil salir. Dicho de otra manera: si lo que te está motivando ahora, no es el amor a Berenice, sino el miedo a enfrentar algo, cuando ese algo desaparezca, Berenice pasará a ser nuevamente un estorbo en tu vida. Seguramente terminarás zafando de la situación, como siempre, pero ¿en qué lugar la dejaría eso a ella?

–No pienso lastimarla. Lo pensé mucho antes de proponérselo y estoy convencido de que nos merecemos esta oportunidad –replicó Ignacio, sin deseos de ahondar en detalles.

–De acuerdo –finalizó Francisco–. Les deseo lo mejor a los dos. Contá conmigo para ayudarlos con la mudanza, si lo necesitaran. Por mi parte, seguiré alquilando esta casa, porque estoy convencido de que antes de lo que vos mismo podrías imaginar, tendrás otra de tus crisis y vendrás a buscar consuelo conmigo, porque soy la única persona de confianza que

tenés, aparte de Berenice y de tu mamá.

–¡Claro que no! ¡También tengo a mi abuela! –le recordó Ignacio, disgustado por las atribuciones que Francisco daba por sentadas, pero lo único que consiguió fue que él se largara a reír de buena gana.

–¡Por supuesto, tu abuela! ¿Cómo pude olvidarla? Realmente, me imagino la situación: vos desesperado, sin saber cómo recomponer los pedazos de una vida que vos mismo hiciste estallar, chillando y clamando por un milagro en los brazos de la pobre vieja. ¡Supongo que sería una experiencia enriquecedora para ambos!

Ignacio lo odió en ese momento; estuvo a punto de decirle la razón de que estuviera tan apurado por irse de esta casa, pero prudentemente lo consideró una vez más y desistió. No sabía qué lo angustiaba más: si la posibilidad de que Francisco se enfureciera por haber mantenido en secreto un descubrimiento que tenía que ver con su vida íntima o que se riera de él y le confesara una doble vida. A la que seguramente lo invitaría a ingresar, como ocurría con todas las cosas que él hacía.

Algún día hablaría con él de este tema, pero sería cuando Berenice y él ya se hubieran mudado.

Capítulo 29

Capítulo Cinco: Abismo - II

Dora era feliz. Desde que su nieto había vuelto a visitarla tras tantos años de abandono, tenía nuevamente un motivo para seguir viviendo. Se levantaba contenta por las mañanas y se dormía apaciblemente por las noches, pensando en Ignacio.

Habían acordado que él la visitaría una vez por semana. El día de su franco. Las primeras veces, él cayó sorpresivamente, pero luego Dora le pidió que la llamara y le avisara un día antes, ya que tenía la necesidad de recibirlo con todos los honores y era imposible si no sabía cuándo esperarlo.

Tras haber roto el hielo en aquel primer encuentro, la relación entre ambos comenzó a fluir como antes, como siempre, como si aquellos años no hubieran existido y en realidad se hubieran tratado de meses o semanas. Sí lo notaban en todo lo que tenían para contarse. Especialmente Ignacio. Dora consideraba mucho más interesante lo que pudiera escuchar de su nieto, que aburrirlo con anécdotas monótonas del asilo.

Ignacio se daba cuenta de eso. Y lo aprovechaba, pues tenía gran necesidad de compartir con alguien su tumultuoso mundo interior. Claro que luego terminaba sintiéndose culpable, porque imaginaba que aunque sólo fueran "anécdotas monótonas del asilo" (como ella insistía en llamarlas), su abuela también tendría necesidad de compartir con él aquellos años de soledad y tristeza, y no era justo que jugaran a que nunca había sucedido sólo para no estropear el momento. Sin embargo descubrió que podía convivir con la culpa, y eso llevó a que fueran muchas las visitas que le hiciera, en las que solamente hablaron de él, antes de que se pusiera firme en darle más participación a la anciana.

Así fue como, en una de las primeras visitas, le contó que en realidad había querido estudiar bellas artes, pero que sacrificó su deseo por hacer realidad el sueño de su padre. Más que la frustración por haber tenido que postergar algo que le colmaba de paz el alma, lo que siempre lo había carcomido era el temor de que aquella elección hubiera decepcionado a su padre. Cuando terminó, Dora sonrió y sacudió la cabeza, mientras lo tomaba de las manos.

–José Carlos solamente deseaba que fueras feliz. Supuso que habiendo mamado las leyes y la política desde niño, sentirías atracción por seguir esos mismos pasos, para los cuales además ya había un camino trazado. Si vos le hubieras planteado que preferías hacer otras cosas… lo habría

aceptado.

Esas palabras, dichas por la persona que mejor había conocido a su padre, le provocaron un hondo pesar a Ignacio. Finalmente, había desperdiciado seis años de su vida en el sueño de nadie…

–Nélida lo deseaba mucho más, pero no tenía el coraje de decírtelo directamente; siempre apelaba a José Carlos de intermediario –reclamó Dora.

En otra de sus visitas le habló de su orgullo inquebrantable, que le había impedido antes y mucho más ahora, aprovechar el nombre de sus progenitores para acomodarse en el ambiente jurídico. Dora supo del trabajo en la recepción del hotel, que además de un sueldo interesante no le dejaba nada más que trastornos en el sueño y en la alimentación, y una frustración cada vez más grande, pues con los turnos rotativos su deseo de entrar a estudiar a la Escuela de Bellas Artes estaba cada vez más lejano. Supo de su angustiosa entrada al mundo adulto de las exigencias, las responsabilidades y las obligaciones, y el aprender a maniobrar con todo ello sin clamar por ayuda a la primera oportunidad, para ganarse el derecho de discrepar y poder tomar sus propias decisiones en relación a su propia vida.

–De alguna manera, sentía –mientras mamá me ayudaba económicamente– que eso le daba derecho a opinar y decidir en cuestiones muy mías, en las que nadie más debía inmiscuirse. Desde que me fui a vivir aparte y me hago cargo de mi vida, me siento más dueño de mí mismo y en todo mi derecho a hacer lo que quiera, aunque luego tenga que lamentar las consecuencias –observó–. Y también siento que si ella me ayudara a colocarme en un buen lugar de trabajo o si alguien me contratara por ser su hijo, nuevamente le estaría debiendo algo, y ella lo podría aprovechar para intentar hacerme vivir la vida que ella sueña para mí. ¡Y me niego terminantemente!

Dora rió de buena gana.

–Justamente, de eso se trata crecer, Ignacio. ¡Me siento muy orgullosa de vos, de tus decisiones, de tus experiencias, y feliz de haber podido vivir para verlos!

Más adelante, cuando hubieron hablado de muchas otras cuestiones más bien menores, Dora supo de sus inseguridades e idas y vueltas junto a Berenice. Incluso supo de su desliz. Y de la arriesgada nobleza de Ignacio, que se reconoció promotor de lo que había ocurrido, y en lugar de injuriarla, había decidido darle una segunda oportunidad a la pareja.

–¡La desgracia es el desencuentro que tuve con mamá! –rió él–. Al principio, una de las cosas que más la preocuparon de mi súbita necesidad

de independizarme, fue que eso pudiera arruinar de alguna manera el supuesto instaurado de que pronto nos casaríamos; y cuando finalmente, logré reconciliarme conmigo mismo, con Berenice y la situación, se puso furiosa. Claro que la entiendo: ella teme que Berenice sea esa clase de mujer, y que me sea infiel constantemente. Pero ella fue incapaz de escuchar y comprender mis razones. Y eso, no se lo perdono.

A tal punto no se lo perdonaba, que no la había vuelto a visitar. Dos meses habían trascurrido desde su última acalorada discusión, y –afortunadamente– tampoco se la cruzó nunca por casualidad.

–Debe estar esperando que me vaya mal, y que termine llorando en su falda, dándole la razón, como ocurría cuando era un niño –observó Ignacio–. Pero ahora, la espera se le hará eterna. Porque aunque finalmente lo nuestro no resulte, yo ya soy un adulto y sabré sobrellevarlo.

A Dora, las cuestiones relacionadas con Nélida le interesaban muy poco. Lo único que siempre le remarcaba a Ignacio, era que si la veía, no le comentara nada acerca de sus visitas. Ignacio sospechaba que su abuela aún estaría resentida, porque había sido ocurrencia y decisión de Nélida internarla en el asilo tras la muerte de José Carlos, y habiendo sido Dora una mujer tan activa e independiente, seguramente jamás se lo perdonaría. Recordaba también aquel comentario tan extraño que había hecho el día del reencuentro, pero no lograba reunir el valor para pedirle que le hablara de los oscuros capítulos familiares. Simplemente, confiaba en que algún día ella lo haría por su propia cuenta.

Capítulo 30

Capítulo Cinco: Abismo - III

Tras mucho buscar, Ignacio y Berenice habían dado con un pequeño apartamento ubicado a tres cuadras de una de las avenidas principales de Resistencia, en el extremo opuesto de la ciudad de donde se encontraba la casita que Ignacio alquilaba junto a Francisco. No tenía más amueblamiento que el básico: alacenas, una cocina muy vieja, un botiquín en el baño y roperos incrustados en ambas habitaciones. No era suficiente. Ignacio tenía sus propios muebles, incluso unos cuantos que habían quedado en la casa de Nélida, y utensilios útiles que había comprado al mudarse, pero seguía sin ser suficiente. Berenice aún tenía algunas cosas suyas en la casa de sus padres, pero pertenecían a su adolescencia; difícilmente podrían servirles a una pareja.

Al comprobar lo complicado que era reunir en un solo lugar todas las condiciones que deseaban decidieron que lo mejor sería domar su impaciencia y ponerse plazos razonables. En tanto seguían buscando, irían comprando aquellas cosas indispensables para la rutina hogareña de la pareja. Mientras tanto, se refugiaban en la casa de Ignacio, estuviera o no Francisco, a dar rienda suelta a su pasión.

Al acercarse las fiestas de fin de año, Berenice propuso pasar la Navidad con Dora. Sería la primera vez que no acompañaría a su familia en la cena del 24, pero sentía que la causa bien lo valía. Esa pobre anciana había pasado las últimas siete fiestas de fin de año sola, sin más compañía que la del resto de los viejos abandonados del asilo y el personal de guardia; ¿cómo negarle esta alegría?

Ignacio estuvo de acuerdo, pero tuvo que negociar con sus compañeros de la recepción del hotel, pues en realidad a él le tocaba trabajar en la Nochebuena, desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana del veinticinco. Cuando explicó el motivo de su pedido y juró que cumpliría con su turno en Año Nuevo, una de las recepcionistas accedió a efectuar el cambio, que finalmente fue autorizado por el gerente.

Esa noche salieron temprano desde la casa de Ignacio, completamente emperifollados y llevando una cena especial que habían encargado y retiraron camino al asilo. Berenice estaba hermosa, con un vestido sencillo pero que realzaba su belleza estilizada, tan celeste como sus ojos, con encaje y cintitas que le daban un toque delicado y femenino. Ignacio, por su parte, se había calzado unos pantalones elegantes y una camisa de verano. Tal como suponían, en el a silo Dora también había buscado sus mejores galas para lucir esa noche tan especial. Los recibió con los ojos llenos de lágrimas de alegría, que no se molestó en ocultar ni en impedir que corrieran por sus mejillas. Emocionada, los abrazó y los invitó a

sentarse a la mesa que había preparado amorosamente en su misma habitación, para poder tener mayor intimidad.

Una vez más, los jóvenes, sus proyectos, sus problemas y sus esperanzas, fueron el centro de la conversación. Berenice hasta se permitió fantasear con la posibilidad de llevar a Dora a vivir con ellos, cuando finalmente se hubieran mudado y la casa dispusiera de las comodidades mínimas que la mujer necesitaría. Dora sonrió, agradecida, pero desistió.

–Ya no soy la mujer activa que conocieron; ahora necesito ayuda para poder hacer la mayoría de las cosas… Sería un estorbo entre ustedes, que quieren empezar a construir su futuro.

La joven insistió, para sorpresa de Ignacio y Dora.

–Podríamos pagar una persona que la cuide mientras nosotros no estamos. ¡No sería un estorbo, Dora; seríamos una familia!

–Lo pensaré –prometió la anciana, para no arruinar el momento, a pesar de que sabía que su respuesta seguiría siendo "no". Había sido joven también, había tenido un marido, una familia, y sabía muy bien cuánto podía estorbar a la intimidad la presencia de un tercero, aunque fuera un familiar. Pero su respuesta dejó conformes a todos y permitió llevar la conversación a otros rumbos.

Tras el brindis de medianoche, cuando se había tranquilizado relativamente la parafernalia de la pirotecnia, la conversación –que continuaba tan animada como al comienzo– derivó en Nélida.

–Es la primera vez que no pasamos una Navidad juntos –observó Ignacio. Su tono fue totalmente imparcial: no estaba triste por ello. Era conciente de que, así de tensa como había quedado la relación entre ellos, había grandes posibilidades de que –de haberla pasado juntos– esta hubiera sido la peor Nochebuena de sus vidas. Sin embargo, no podía evitar sentir una gran curiosidad por saber con qué lo habría suplido ella. Nélida Vázquez de Magallanes no podía estar celebrando sola esta noche; eso contrariaba al mismo tiempo sus propias necesidades y la imagen que pretendía ofrecer a los demás.

–Debe de estar celebrando en casa de alguno de sus hermanos –apostó Dora–. Y a quien le pregunte por qué no estás con ella, seguramente le dirá que tuviste que trabajar (lo cual no es del todo una mentira), y de esa manera no levantará sospechas y dejará a todos conformes. ¡Es muy hábil para eso!

Tampoco se leía una doble intención en el tono de Dora, quien remató

diciendo:

–No es casualidad que sea una gran política. Hizo y continúa haciendo una carrera brillante. Lo único que me permito recriminarle es que sea totalmente incapaz de poner en práctica todos los preceptos que recita con tanta energía.

Ignacio esperó que, finalmente, su abuela hablaba de aquello que le había prometido, pero quizás con aquellos comentarios colmó su cuota de tolerancia hacia su nuera, o quizás prefería que no estuviera Berenice presente, a pesar de lo mucho que la estimaba; lo cierto fue que la conversación nuevamente se desvió hacia otros rumbos, y no hubo modo de hacerla regresar hacia Nélida.

Capítulo 31

Capítulo Cinco: Abismo - IV

La deducción de Dora se acercó mucho a la realidad. Nélida había pasado la Nochebuena en casa de uno de sus hermanos, su esposa y sus hijos, ya todos casados y con hijos a su vez. Sin embargo, su angustiado corazón de madre –antes de rumbear hacia allí– se había detenido frente al hotel para estrechar a su hijo en un abrazo de reconciliación, sospechando que –al margen de la última discusión que habían tenido–era muy probable que él estuviera trabajando. Su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró frente a una elegante jovencita que le aclaró que habían cambiado los francos, pues Ignacio quería pasar la Nochebuena con su abuela.

La noticia la dejó helada y le impidió disfrutar por completo de la magnífica cena y del cálido ambiente familiar que se respiraba en la casa de su hermano. Cuando le preguntaron por Ignacio, alegó que estaba trabajando, y aprovechó para desahogar la contrariedad que le ocasionaba que el muchacho continuara desperdiciándose en un empleo miserable, cuando podría haber empezado a hacer una carrera brillante. Sin embargo, era Nochebuena, estaban todos de muy buen ánimo, y nadie tenía interés en machacar en algo que evidentemente la entristecía y fastidiaba, por lo que a la primera oportunidad, cambiaron de tema y no volvieron a mencionar a Ignacio el resto de la noche.

Nélida los acompañó con las risas, los cantos, el brindis y los regalos, pero su mente estaba muy lejos de allí… preocupada. De un primer análisis, desprendió dos opciones: la primera, que Ignacio había mentido; había alegado una Nochebuena con su abuela, cuando en realidad tramaba pasarla con Berenice; quizás junto a la familia entera de su novia, o quizás ellos dos solos y tranquilos en algún lugar. La segunda opción, escalofriante, era que efectivamente se hubiera ido a pasar la fiesta con su abuela… Pero ¿después de tanto tiempo? Y especialmente, ¿después de haber visto en qué condiciones lamentables había quedado tras la muerte de José, sin reconocer a nadie, sin saber siquiera quién era ella misma?

Claro que no era eso lo que la preocupaba. Que Ignacio estuviera pasando la Nochebuena con una vieja desvariada era solamente patético. El problema era que la vieja no estuviera desvariando más y se le ocurriera hablar más de la cuenta. Ya bastante mal había quedado la relación con su hijo como para sumarle algo así.

Ansiosa, esperó que la semana transcurriera, entre despedidas, festejos, y los últimos compromisos del año antes del comienzo de las vacaciones. El 31, antes de partir hacia la casa de unos amigos que la habían invitado a recibir el Año Nuevo con ellos, hizo una parada en el hotel, llevando de

la mano una sidra y un pan dulce. Eran poco más de las diez. Tras haber cruzado el umbral de la entrada principal y notado lo vacío y silencioso que estaba el lugar, los vio. Berenice estaba junto a Ignacio, aparentemente dictándole unos números que él anotaba en un cuaderno. Tan concentrados estaban ambos, que recién se percataron de su presencia cuando Nélida se paró a su lado. La mujer notó cómo se tensaban los ánimos. Berenice parecía de repente débil y pequeña; Ignacio la recibió con una mirada fría que expresaba claramente que no estaba de humor. En son de paz, Nélida les mostró la sidra y el pan dulce levantando los brazos.

–Supuse que estarían aquí y les traje esto para que tengan al menos con qué brindar a la medianoche.

Berenice murmuró un quedo "gracias" mientras cogía las cosas y las acomodaba en un rincón oscuro de la recepción. Nélida aprovechó para encarar a su hijo.

–Te extrañé en Nochebuena. ¿También la pasaste aquí? –le preguntó.

Ignacio le adivinó las intenciones de inmediato. Tenía siempre muy presente el ruego de su abuela y no pensaba traicionarla.

–No. La pasé con Berenice.

Era una opción. Nélida sabía que no podía pretender mantener con Ignacio una conversación como las que estaba acostumbrada, con él contándole su vida con lujo de detalles, después de cómo había reaccionado la última vez que él intentó un acercamiento. Nuevamente, sus opciones eran limitadas, y se arriesgaba a ponerlo sobre aviso. Sin embargo, se arriesgó. Porque era peor continuar con la duda.

–Pasé por aquí la semana pasada. Tu compañera de trabajo me dijo que habías ido a festejar con tu abuela…

–¡Pues claro! –la interrumpió Ignacio, secamente–. ¿Acaso creés que me habrían cubierto una Nochebuena si yo decía que la quería pasar con mi novia?

La miró fijamente a los ojos mientras se lo decía, pero de todas formas, eso no alcanzó para apaciguar las dudas de Nélida.

Sin embargo, ya no tenía nada que hacer en ese lugar. Berenice continuaba escondida, Ignacio no se molestaba en ocultar su disgusto por tenerla enfrente, y en esa situación, no tenía sentido demorarse allí. Tristemente, Nélida se despidió con un gesto de las manos, deseándoles que entraran muy bien al 2003, y que todos sus deseos se cumplieran. Pero como no podía convivir con esa incertidumbre, que a estas alturas

había alcanzado el tamaño de un cáncer que le carcomía el corazón, decidió escoger el camino más directo hacia la verdad y asegurarse de que las cosas permanecieran como hasta ahora.

Capítulo 32

Capítulo Cinco: Abismo - V

Berenice se quedó en el hotel hasta poco después de medianoche; más precisamente, hasta que se apaciguó el espectáculo de los fuegos artificiales, estruendos y balas perdidas. Ella hubiera preferido permanecer junto a Ignacio la noche entera hasta el alba, conversando y ayudándolo, y regresar juntos a desayunar y dormir a casa de Ignacio, pero él temía que el gerente del hotel fuera a controlar que todo estuviera tranquilo y ordenado, y encontrarlo con su novia –aunque solamente estuvieran conversando– podía traerle problemas. De modo que se despidieron con un fuerte abrazo y un beso interminable, deseando que llegara el amanecer, y con él, la posibilidad de estar juntos unas horas más.

A Ignacio le resultó imposible conseguir un remisse poco después de las seis de la mañana, cuando llegó su compañera a relevarlo. Disgustado, porque tampoco tenía ánimos de caminar hasta su casa, telefoneó a Francisco para que lo pasara a buscar en su moto. Esta había sido siempre la última de sus opciones, por una serie razonable de motivos. En primer lugar, la moto era un medio de transporte muy peligroso, especialmente en un día festivo como el que acababa de finalizar, con todos regresando borrachos a sus casas, respetando menos que habitualmente las normas de tránsito. El segundo, en estrecha vinculación con el primero, que seguramente Francisco estaría tan pasado de copas como los demás, lo cual duplicaría el riesgo de un accidente. Y la tercera –pero no por eso menos importante– que odiaba la cercanía física con Francisco después de lo que había descubierto de él.

Sin embargo, a pesar de tantos motivos válidos, se negaba terminantemente a caminar hasta su casa. De modo que, de mala gana, lo llamó, y en menos de diez minutos Francisco estuvo en la vereda del hotel, tocándole bocina para que saliera. Empezó a reír a carcajadas cuando lo vio, caminando a los tropezones por el cansancio, con unas ojeras muy marcadas y cara de pocos amigos.

–¡Feliz Año Nuevo! –exclamó, sin dejar de reírse.

–¿Se puede saber qué te causa tanta gracia? –refunfuñó Ignacio, mientras se colocaba el casco.

–Pues que no veo que pueda tener de feliz… ¡Trabajar en Año Nuevo! ¡Hay que ser muy masoquista para soportar algo así!

–¡Hay cosas peores! –replicó Ignacio, pero fue lo último que dijo antes de subir a la moto. Lo que menos deseaba era ir peleando todo el trayecto. Además, era muy evidente la borrachera que Francisco traía encima, y no

fuera el caso que por ir discutiendo se distrajera y terminaran sufriendo un accidente.

Hicieron el viaje en silencio. Pero en cuanto llegaron a la casa, Francisco continuó. Ya no riendo a carcajadas, sino con una extraña seriedad.

–No lo dije con intenciones de ofenderte, pero me parece que tu orgullo te está llevando a enterrarte vivo. Obviamente hay cosas peores, Ignacio, pero también las hay mejores, y al alcance de tus manos. ¿Para qué sufrir y postergar tus sueños, teniendo la posibilidad de concretarlos rápidamente? Podrías haber pasado una hermosa cena de Año Nuevo junto a tus amigos, a tu novia, a tu abuela…, y eso se hace extensivo a todo lo demás que estás postergando porque este empleo tuyo no te deja tiempo ni te reditúa lo suficiente.

Ignacio hubiera replicado de mala manera en otras circunstancias, pero el tono tristemente enfático de Francisco lo sorprendió. Hubiera jurado que su amigo se estaba preocupando por él.

–Lo peor es que no sólo te estás perjudicando a vos mismo, sino que lo estás haciendo extensivo a los demás. De no haber sido por tus limitaciones económicas, Berenice y vos ya se habrían mudado juntos. ¿No te habría gustado poder compartir con ella la mitad de los gastos, en vez de hacerte cargo de los detalles menores?

Muy a su pesar, hoy tenía que darle la razón. Al margen de la cuestión económica, que Ignacio estaba seguro de que implicaba un tiempo y mucho esfuerzo en la profesión que fuera, si estuviera ejerciendo la abogacía tendría horarios normales y podría organizar su vida de otra manera. Su relación de pareja con Berenice se vería enormemente favorecida. Tener libres las noches, los fines de semana, los feriados…, cuestiones elementales en otros empleos, que en éste eran inexistentes, implicarían un salto positivo en la relación, al permitirle pasar más tiempo con su novia, haciendo aquellas cosas que las demás parejas hacían, disfrutando o padeciendo, pero que a la larga los premiaba con una actitud más madura hacia la vida.

Y no sólo su relación de pareja se vería favorecida. Ejerciendo como abogado, también podría organizarse para comenzar a estudiar bellas artes. Seguramente, las responsabilidades y el estrés inherentes a la profesión no se harían esperar, pero también los sufría ahora, con una serie de desventajas que, realmente, no valían la pena.

Mil veces había pensado en ello, autocensurándose de inmediato, por estar convencido de que tener un mejor empleo, y en su profesión, era un privilegio reservado a una pequeña elite de la que no formaba parte. Por primera vez, se permitió soñar una vida mejor, con un mejor ingreso y tiempos más organizados. Sin embargo, seguía negándose a utilizar el

nombre de su madre para que le abrieran las puertas. Y no era una cuestión de orgullo, sino de supervivencia.

Cuando, unos días después, en una conversación parecida que tuvieron, se lo explicó a Francisco, éste se encogió de hombros y sonrió enigmáticamente.

–La diputada Nélida Velázquez de Magallanes no es la dueña del mundo –replicó–. Yo podría ayudarte en esto. Así como en su momento te ayudé a entrar a la recepción del hotel. Porque conocí mucha gente en el tiempo que llevo trabajando. Algunos me deben favores. No les costaría nada colocarte en un buen lugar. Pero depende de vos…

La tentación era enorme, pero temeroso de dar un paso en falso, lo consultó primero con Berenice y luego con su abuela. La ilusión que le generaba la idea, el entusiasmo por atraer al fin un cambio rotundo y positivo a su vida, el temor de que todo fuera un castillo en el aire, sin cimientos ni estructura…

A Berenice le costó controlar su alegría mientras escuchaba a Ignacio, abrazados en la cama, e imaginaba como todo podía agilizarse radicalmente de concretarse la promesa de Francisco. No era su deseo interferir en las decisiones de su novio, pero si a él de veras le interesaba su opinión, naturalmente que apostaba al cambio.

También Dora se expresó a favor, cuando Ignacio compartió su indecisión con ella, la siguiente vez que la fue a visitar.

–Sólo haciendo algo distinto podés lograr que las cosas cambien para mejor –le dijo–. De lo contrario, te quedarás anclado siempre en el mismo lugar, sin perspectivas de crecer ni conseguir nunca nada nuevo. Además, ¿cuándo vas a correr algún riesgo en la vida si no es ahora, que sos joven? Más adelante, va a costarte cada vez más hacerlo, por temor, por comodidad…

Pero siguió demorándose aún teniendo el apoyo y la aprobación de ambas. No porque tuviera dudas ni temores, sino porque sospechaba que quizás Francisco luego querría cobrarse el favor de alguna manera. Lo cual, solidariamente, habría sería correcto, luego de todo lo que su amigo había hecho por él desde el comienzo. Pero lo que Ignacio temía, era que Francisco se lo quisiera cobrar de otra manera. Una en la que prefería ni siquiera pensar.

Capítulo 33

Capítulo Cinco: Abismo - VI

Tuvo vacaciones la segunda quincena de enero. Como Berenice estaba obligada a permanecer en Buenos Aires, porque la habían contratado para una nueva tira televisiva, Ignacio la sorprendió haciendo algo que jamás antes había hecho: viajó, para pasar los quince días con ella, en su apartamento en Capital y paseando juntos por las calles porteñas mientras ella no trabajaba. Berenice lloró por la sorpresa y la alegría cuando lo vio, pues no se lo esperaba. Era tal la emoción que tenía, que temía no poder concentrarse en su personaje; sin embargo, a la hora de filmar ganó su profesionalismo.

La joven ya no estaba en el papel de malvada, sino como la mejor amiga de la protagonista. Berenice tenía grandes deseos de llegar a ser la estrella de alguna tira una vez, pero había empezado a poner en la balanza lo que más pesaba en su vida, y entre las opciones de protagonizar un melodrama o afirmar su relación con Ignacio con una convivencia, casamiento e hijos (paulatina y eventualmente), por supuesto que elegía su futuro junto a Ignacio. Sus años como modelo y actriz bien podían pasar a un segundo plano, como la más interesante experiencia de su vida, pero jamás la más plena.

Se lo dijo, una noche, mientras paseaban tranquilamente por la peatonal Florida, disfrutando de una inusual calma veraniega en la ciudad. Ignacio sonrió, halagado, pero le pidió que pensara muy bien sus decisiones antes de arrojar por la borda una carrera que le había costado tanto construir.

–Quizás, finalmente, haya manera de compatibilizarlo todo –añadió–. Es muy pronto para decirlo, pero sinceramente, hay muy pocas cosas que me atan a Resistencia; y la más importante, ahora, es mi abuela. Mientras ella esté viva, quiero permanecer cerca y compensarla por tantos años de abandono, pero cuando ella ya no esté… Tendríamos que analizarlo.

Berenice lo escuchaba con la boca abierta por el asombro, incrédula.

–Hasta hace muy poco, me preocupaba dejar sola a mi mamá, pero hoy mi relación con ella llegó a tan mal punto, que hasta preferiría tomar la mayor distancia posible, para poder cicatrizar esa herida –añadió Ignacio, y aclaró–: Hablo por hoy. Quizás mañana, mi vida entera de un vuelco de ciento ochenta grados; pero tampoco puedo planificar el futuro con supuestos de lo que quizás alguna vez ocurra…

Descubrió que Buenos Aires le gustaba lo suficiente como para hacer el intento. Tendría que considerar que quizás aquí no podría ejercer como abogado, pero como tenía pensado hacer una carrera en las artes, a como

diera lugar, existía incluso la posibilidad de que en un futuro a mediano plazo su sostén económico proviniera de otras fuentes.

Pasaron dos semanas maravillosas. Y al cabo de ellas, Berenice lo acompañó de regreso a Resistencia, tras lograr que enviaran de vacaciones a su personaje por unos pocos días, que ella misma aprovecharía para descansar y reforzar la búsqueda de un lugar para ambos solos.

Sin embargo, nada se dio como esperaban.

Al segundo día de su llegada, tras haberse dedicado a acomodar sus cosas y descansar el primero, decidieron sorprender a Dora con una visita sorpresa. Su abuela le había pedido que siempre le avisara un día antes, para poder recibirlos elegantemente vestida y con su rinconcito en orden, pero Ignacio bullía en deseos de verla, Berenice no la había vuelto a ver desde la Navidad, y sinceramente, no les importaba si la abuela los recibía de entrecasa y con su habitación hecha un lío: lo único que querían, era estrecharla entre sus brazos y entregarle los regalos que para ella habían comprado en Buenos Aires.

Con un bolso repleto de paquetes llegaron hasta la pensión, gozando de antemano al imaginar la sorpresa y la alegría de la anciana al verlos llegar… Pero la sorpresa los aniquiló a ellos cuando una mujer –evidentemente, perteneciente al cuerpo directivo, a quien nunca antes habían visto– les comunicó que la señora Dora de Magallanes ya no estaba en el Hogar. Ante la exigencia de los jóvenes por saber las razones, les explicó que la habían trasladado a un lugar de mayor complejidad, más conveniente para su clase de dolencias. Pero se negó a decirles adónde la habían llevado. Ante la furia y las amenazas de Ignacio, que ni siquiera Berenice lograba calmar, llamó al personal de seguridad para que los sacaran del edificio.

Ignacio no supo cómo regresaron a su casa. Simplemente, de repente, estaban allí; él seguía vociferando y Berenice trataba de tranquilizarlo, diciéndole palabras que él no escuchaba, ofreciéndole un vaso con agua, acariciándole el rostro y abrazándolo… Todo giraba a su alrededor, sentía que en cualquier momento se desplomaría, que solamente su cólera lo mantenía en pie.

No tardó en aparecer Francisco. Suavemente, le pidió a Berenice que se hiciera a un lado, y tomó él el control de la situación. Con un par de gritos y sacudidas firmes, logró que Ignacio dejara de rugir y le prestara atención. Entonces, le pidió que lo más serenamente posible le explicara qué había sucedido. Tratando de no romper en un llanto histérico Ignacio se lo contó.

Francisco no pareció sorprenderse. Tampoco parecía conmovido. Lo miró fijamente a los ojos, comprendiendo, y le hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza.

–¿Sabés quién está detrás de esto, no es cierto? –le preguntó.

Ignacio solamente lo miró, sin atinar a responder.

–¿Quién? –preguntó Berenice, aunque sospechaba y temía la respuesta.

–Tu suegra, ¿quién más? Es la primera y la más lógica de las deducciones que se me ocurren. Dejo un margen de error, porque también es posible, pero no lo creo. Tu abuela te pedía que no le contaras a tu mamá que habías vuelto a visitarla. Nélida se entera accidentalmente de que habías pasado la Nochebuena con ella; se lo negaste, pero seguramente no te creyó. Viajás por quince días, y cuando volvés, te encontrás con la sorpresa de que tu abuela no está más. Alegan una estupidez acerca de otro lugar, donde atenderán mejor sus dolencias. Quisiera saber a cuáles dolencias se refieren, porque a menos que de un día para el otro haya enfermado y decaído, solamente era una mujer anciana, pero sana, lúcida y enérgica de espíritu. Es la primera lectura que me sale de la situación.

El rostro de Ignacio comenzó a desfigurarse nuevamente. Pensó en llamar a un remisse para ir de inmediato a la casa de su madre a pedirle explicaciones, pero entre Berenice y Francisco lograron disuadirlo.

–Te recomiendo que pienses muy bien lo que vas a hacer –le dijo su amigo–. Porque si dieras un paso en falso, lo echarías a perder todo. Especialmente porque estamos partiendo de un supuesto que podría estar equivocado. Quizás, en los quince días que no estuviste, efectivamente algo le pasó a tu abuela y la decisión de trasladarla tuvo que ver con eso.

Sin embargo, los tres tenían la sospecha de que el supuesto no estaba para nada errado. Lo que no lograban comprender, era por qué.

Había dos opciones, según siguió analizando Francisco: Ignacio podía enfrentar a su madre o intentar sonsacarle la información sutilmente. El enfrentamiento, irremediablemente, los distanciaría aún más. Y tampoco garantizaba que Nélida se dignara a decirle adónde había enviado a Dora, suponiendo que hubiera sido ella la responsable. No era una buena opción.

Pero tampoco lo era mentir. No por la mentira misma, sino porque –si realmente Nélida había descubierto las visitas de Ignacio a su abuela, y éste se presentaba ante ella alegando que nunca había vuelto a verla y de repente había sentido el deseo– la farsa sería demasiado evidente y daría

pie a intrigas peores.

Se miraron entre los tres durante unos minutos, en silencio, tratando de buscar más alternativas… Finalmente, habló Berenice.

–Lamentablemente, hay una mentira anterior que es la que dificulta hacer algo ahora. Cuando ella te lo preguntó en el hotel, se lo negaste. Reconocer ahora que sí estuviste visitando a tu abuela, y que mentiste a pedido de ella…, no se si sea una buena jugada. Pero también es pésimo sostener esa mentira, cuando hay en el mismo Hogar, tantos testigos que te pueden desmentir –pensó un momento–. Primero tendrías que amigarte con ella. Mostrar al menos un poco de buena voluntad, al margen de lo que ocurra. Y apañándote en esa jugada, tantear cuál sería la mejor manera de sacarle el tema y sondearla. Su cumpleaños podría ser un buen momento para hacerlo. Faltan unas semanas solamente.

Unas semanas sin saber qué había sido de su abuela, serían insufribles. Pero si lo pensaba fríamente, era la mejor de las opciones. Por no decir la única. Angustiado, Ignacio se resignó a tranquilizar sus ánimos y prepararse para llevar a cabo el plan propuesto por su novia.

Capítulo 34

Capítulo Cinco: Abismo - VII

–Me llamaron de otro estudio jurídico, y acepté. De mi trabajo anterior, me pidieron que los ayudara buscando alguien que me reemplace. Por supuesto, en primer lugar, pensé en vos. ¿Te interesa? No creo tener que darte demasiadas explicaciones: te hablé tanto de mi trabajo en estos meses, que solamente te falta conocer personalmente a la gente con la que estuve.

Francisco lo sorprendió con esas palabras a comienzos de febrero, durante un desayuno. Nunca más, desde las charlas que habían tenido en los primeros días de enero, habían vuelto a tocar el tema. Desesperado por la desaparición de su abuela, Ignacio ni siquiera lo recordó. Simplemente, continuaba en la recepción del hotel, como por inercia.

Cuando escuchó nuevamente el ofrecimiento de Francisco, la primera imagen que invadió su mente fue la de su abuela, alentándolo a pegar el gran salto del cambio para mejor, más entusiasmada y convencida que él mismo de que ése era el paso que debía dar. Se le hizo un nudo en la garganta y no pudo responder de inmediato. Francisco se dio cuenta.

–En unos días será el cumpleaños de tu mamá. Es tu oportunidad para hacer las paces con ella y tratar de sonsacarle qué pasó con tu abuela. Vas a saludarla, con la novedad de que por mérito propio (ya que no es necesario aclarar que yo te ayudé) conseguiste este trabajo en un estudio jurídico… Eso solo la pondrá tan feliz, que seguramente se relajará. Por tu cuenta corre el aprovechar tus dotes de actor, para mantener con ella una conversación como las de antes, en las que siempre te sometías a su voluntad y deseos, e ir llevándola (tu intuición te indicará la manera) hacia el tema de tu abuela…

Ignacio no replicó. Mentalmente, trataba de crear en su mente una escena factible con todos los elementos que mencionaba Francisco, y que tuviera un final feliz.

–Eventualmente, no lograras tu cometido… trataremos de encontrar a tu abuela de otra manera.

–¿Cómo? –gimió Ignació, desesperado.

Francisco se encogió de hombros, restándole importancia.

–Conocí gente en estos meses… de las profesiones más variadas y

extrañas que te puedas imaginar. Podrían ayudarnos.

En qué momento su abuela se había convertido en una causa conjunta, no era algo que Ignacio indagaría ahora. Nunca le había parecido que Francisco fuera demasiado apegado a su familia: más bien se veía como una persona que utilizaba sin escrúpulos a quienes lo amaban, pero si de repente ese sujeto ponía su energía en ayudarlo, no lo iría a despreciar. Ignacio no sólo necesitaba recuperar a su abuela, sus visitas y largas conversaciones; ahora también necesitaba saber por qué su madre se opondría a ello, al punto de hacerla desaparecer.

Lo primero fue presentarse en el estudio jurídico, adonde fue acompañado por Ignacio, quien realizó las presentaciones del caso y se comprometió a guiarlo y entrenarlo hasta que aprendiera a manejar las cuestiones básicas. "Es muy lindo todo lo que se estudia en la facultad, pero de la teoría a la práctica hay un trecho" le dijo el abogado que lo entrevistó. Se veía muy conforme con la elección de Francisco para su reemplazo. Mientras conversaban, Ignacio se sintió asaltado por la incertidumbre. Estaba a punto de renunciar a un empleo espantoso, en el que ni siquiera le estaban haciendo los aportes legales correspondientes, pero que lo premiaba con un sueldo seguro a fin de mes, aguinaldos y aumentos, a cambio de algo que quizás ni siquiera durase. Pero luego recordó que si Francisco había estado trabajando aquí durante tantos meses, indudablemente él podría hacerlo mejor, y eso lo hizo sentir más tranquilo y más seguro.

Los cambios repentinos lo perturbaban, aunque fueran favorables y hubieran sido deseados. Una parte inexplicable de sí mismo no hacía más que buscar obstáculos para cuanta bonanza se cruzara en su vida, y así fue como tras la entrevista, se sintió repentinamente culpable porque renunciaría al hotel que había sido su sostén económico por casi un año, de manera repentina y abrupta. Se sentía en falta especialmente con sus compañeros de trabajo. Aquel sería un trago amargo de tragar, ya que siempre habían sido el personal justo: cuando alguno se enfermaba o sufría cualquier contratiempo, eran los restantes los que debían acomodarse para cubrir el vacío, incluso trabajando más y sin francos, hasta que la situación se normalizara.

–Justamente por eso, al que se le presentó una oportunidad mejor, no la desaprovechó –enfatizó Francisco, cortando de cuajo lo que temía sería un nuevo acto en la tragedia que Ignacio creía que era su vida. Esta, sería la última tarde de Ignacio en el hotel… y como una última gentileza a sus compañeros de trabajo, ya que en realidad podía limitarse a ir a renunciar y empezar a disfrutar de sus tardes libres.

A la mañana siguiente, comenzaría a trabajar en el estudio. Francisco comenzaba sus funciones en su nuevo empleo en marzo, de modo que en las semanas que quedaban de febrero trabajarían juntos: Francisco

enseñándole de manera básica en qué consistía el trabajo, e Ignacio aprendiendo. Y el viernes, era el cumpleaños de Nélida. A Ignacio se le retorcía el estómago tan sólo de pensar que tenía que ir a visitarla, luego de lo lamentables que habían sido sus últimos encuentros. Pero ante cada queja suya, Francisco le recordaba que lo haría por su abuela, y con eso lo dejaba sin palabras.

Como su nuevo trabajo le dejaba las tardes libres, Ignacio aprovechó la primera para recorrer el centro en busca de un regalo hermoso para hacerle a su madre. Era conciente de que el mejor regalo que podía hacerle, era él mismo, entregándose a sus deseos y voluntad, pero si bien estaba dispuesto a ceder (o aparentar que cedía, en definitiva), no quería dejarlo en evidencia, de modo que se esmeró en hallar algo que a Nélida le gustara recibir, además de su visita y sumisión.

Pocas cosas le habían costado siempre tanto, como conseguir un regalo para su madre. ¿Qué podía obsequiársele a una mujer que lo tenía todo? Recorrió de punta a punta el centro de la ciudad, observando vidrieras y entrando a los locales más elegantes, pero nada de lo que vio le pareció apropiado, y las cosas que sí, eran demasiado costosas para sus posibilidades. Regresó a su casa frustrado y desalentado.

Recordaba haber acompañado a su padre a comprar un obsequio en las fechas especiales: siempre volvían con alguna joya, un perfume, una elegante prenda de vestir, un par de costosos zapatos, algún electrodoméstico que le haría la vida más fácil y cómoda a Nélida… El no estaba en condiciones de gastar tremenda cantidad de dinero; además, no conocía tan bien la talla ni los gustos de su madre, como para arriesgarse a algo tan personal. Recordaba también, especialmente de sus años de infancia, que lo que arrancaba las lágrimas de los ojos de Nélida no era el despampanante regalo, sino la humilde tarjeta artesanal que Ignacio le preparaba, con dibujos y frases de su autoría, magnificando su función de madre. ¡Volver a tener siete años, para enternecerla con tremenda cursilería…!

De repente, recordó algo. Algo que se había traído de la casa de su madre, y que había archivado entre las cosas que no usaba tras los sucesivos desencuentros que habían tenido. Desesperado, empezó a revolver entre las cajas. En una de las últimas, la encontró. Era una foto, una hermosa foto, de su madre cargándolo en sus brazos cuando él era un bebé de pocos meses. La sacó del portarretratos y la observó detenidamente. Estaba en perfectas condiciones. Compraría un marco elegante y la pondría allí: ese sería el regalo de cumpleaños para su madre. Algo que seguramente la conmovería. Esperaba que lo suficiente, para que aceptara contarle qué había ocurrido con su abuela y adónde la había enviado.

Capítulo 35

Capítulo Cinco: Abismo - VII

El viernes llegó rápidamente. Lo encontró relajado y con energías. Tantas noches bien dormidas estaban haciendo su efecto reparador. Ignacio no se había dado cuenta –hasta ahora– de lo mucho que lo estaban afectando física y anímicamente los horarios rotativos y tantas noches en vela. Sentía que incluso su apetito había cambiado. ¡Hasta se sentía feliz! A pesar de que al mismo tiempo, lo carcomía la ansiedad de lo que ocurriría esa tarde.

Al hacerse la hora, partió hacia la casa de su madre, elegantemente vestido y con el regalo bajo el brazo. Finalmente, había mandado a hacer en una casa de fotografías una ampliación del retrato, al que había mandado a poner un marco costoso. Esperaba que el obsequio fuera suficiente para predisponer a su madre a su favor.

De hecho, lo fue. Especialmente porque cuando Ignacio llegó, ya había algunos amigos de su madre sentados a la mesa del te, riendo estruendosamente con anécdotas de las vacaciones y el reciente regreso a sus funciones. Ignacio sabía que los cumpleaños de su madre solían ser concurridos, pero había imaginado que este año celebrarían el sábado o el domingo… Sin embargo, aprovechó la presencia de esta gente (entre los que se encontraban el padre de Berenice y su esposa) para lucirse con el regalo y la novedad del trabajo nuevo, en un estudio jurídico, mérito de su propia valía. Nadie le creyó que la mano de Nélida no hubiese tenido nada que ver, pero lo importante para Ignacio fue ver brillar en los ojos de su madre el orgullo que sentía por su único hijo. De Berenice nadie dijo una sola palabra, como si lo hubieran acordado tácitamente antes de ingresar a la sala.

Tras lo que fue la tarde más larga e improductiva de su vida, con algunos amigos entrando y otros yéndose, finalmente, al hacerse de noche, los últimos invitados se retiraron, e Ignacio quedó solo en la casa con su madre.

–¿Querés quedarte a cenar? –le preguntó ella, ilusionada.

Ignacio, por supuesto, aceptó. Esta era la oportunidad que había venido a buscar. En silencio, la acompañó hasta el comedor familiar. Habían estado comiendo hasta recién, pero de todas formas, Nélida cogió de la heladera unas empanadas que evidentemente habían sobrado del mediodía, las metió en el microondas y esperó. Cuando se hubieron calentado, las puso sobre un plato elegante y las llevó a la mesa. Le ofreció el plato, y luego

de que Ignacio eligiera la primera, se sirvió una.

–¡Contame otra vez acerca de tu nuevo trabajo! ¿Cómo lograste entrar al estudio jurídico?

Ignacio había ensayado esta conversación mil veces en su mente, y repetirla solamente frente a su madre era mucho más sencillo que haberlo hecho delante de la montonera de invitados. Nélida no perdió la oportunidad de insinuar que seguramente se trataría de un estudio pequeño, sin relevancia, con una paga mínima, pero era tal su felicidad por ver a su hijo dar los primeros pasos en la profesión –y tal la necesidad de Ignacio por mantenerse rigurosamente en el plan que había trazado– que aquellos comentarios pasaron inadvertidos.

Berenice fue el segundo tema obligado de la noche, pero curiosamente, en esta ocasión no terminó en una pelea. Ignacio le recordó a su madre el ambiente complicado en el que se desenvolvía su novia, en el que nadie dudaría en mentir si le redituaba en algo, y defendió tranquilo pero firme la honra de la joven.

–Tal vez Berenice debería empezar a pensar en alejarse de ese ambiente… si realmente desea formar una familia con vos. A veces hay que elegir en la vida.

Ignacio jamás imaginó que tendría la conversación tan fácil.

–Ella quiso renunciar, pero yo me negué. Porque estamos por probar qué resulta de nuestra relación; ella no puede tronchar el trabajo de tantos años, hasta no estar segura de que lo nuestro tiene futuro –al ver la expresión de desánimo en el rostro de su madre, se apuró en agregar–: Yo la conocí así, mamá, y así la acepté. Si la convivencia funciona y más adelante nos casamos y vienen los hijos…, entonces veremos qué rumbo tomar, ambos. Pero mientras tanto, es positivo que cada uno crezca en aquello que eligió. Como yo. Si Dios quiere, este año me inscribiré en el profesorado en Bellas Artes. Necesito conectarme más conmigo mismo, conocerme mejor, por medio de mi creatividad. Me hacía mucho bien dibujar y pintar cuando era un niño… Deseo retomarlo y quizás, hasta hacer una carrera artística, que para nada será incompatible con la de las leyes.

Aquello le gustó a Nélida. Mucho. Lo de la carrera en las leyes, por supuesto; la artística la tenía sin cuidado. Si su hijo necesitaba un *hobbie*, en buena hora, pero lo que le daría de comer a diario, lo que le permitiría progresar en la vida y escalar posiciones, no sería la pintura, definitivamente.

–Nunca creí que lograrías por vos mismo hacerte un lugar en la profesión, sin mi ayuda –reconoció Nélida–. ¡Hoy, me siento tan orgullosa de vos,

hijo…!

El clima que se había creado naturalmente no podía ser mejor. Nélida relajada, conmovida, feliz… E Ignacio, tanteando el mejor momento y la mejor manera de arremeter.

El momento no se hizo esperar. Un comentario llevó al siguiente; de pronto, Nélida le estaba contando las novedades de la familia, por parte de los Velázquez, con los que había pasado la Nochebuena, y lo mucho que lo habían echado de menos… Ignacio sonrió tristemente.

–Te dije que pasé con Berenice esa noche. Francisco nos dejó la casa; él pasó la Navidad con su familia. Me hubiera gustado pasarlo con ustedes –mintió–, pero también quería pasarlo con mi novia; la solución lógica hubiera sido llevarla conmigo, pero luego de la discusión que habíamos tenido a causa de ella… tuve miedo de provocar una pelea y arruinar la fiesta.

Nélida se enterneció.

–¡Las fiestas de fin de año son para superar esas diferencias y hacer las paces, hijo! ¡Por eso pasé a saludarte en Año Nuevo…, pero no te veías muy contento de verme…! –le reprochó.

Ignacio ladeó la cabeza, avergonzado.

–Te pido disculpas, mamá. ¡Claro que me alegró verte!, pero me sentí muy incómodo al mismo tiempo. Berenice estaba conmigo, y temí que ello desatara algún desencuentro entre nosotros. No lo supe manejar…

Nélida sonrió, sin replicar. ¡Aquel era nuevamente su hijo! ¡Se sentía tan feliz de haberlo recuperado…!

Aquella era la misma sonrisa que –en su infancia– le indicaba que cualquier cosa que le pidiera, ella la pondría en sus manos, de inmediato y sin cuestionar. Era el momento de sacar el tema crucial.

–¿Por qué mencionaste a la abuela esa noche?

Nélida se puso alerta, aunque nada en su expresión apacible la delató.

–Después de que me lo dijo tu compañera de trabajo, pensé que quizás habrías ido a verla realmente… No es tan descabellado, después de todo. ¡Adorabas a tu abuela! Aunque era mutuo. ¡Ella también daba la vida por vos!

Este momento era decisivo. Ignacio tenía que optar entre decir la verdad, con lo que pondría en evidencia cuánto había estado mintiendo hasta

ahora, o prolongar la mentira, que también podía resultar evidente, en el caso de que su madre hubiera estado haciendo indagaciones en el Hogar. Se arriesgó a un término medio, e iría semblanteando a su madre para arriesgar como continuar cada jugada.

–Después de que lo dijiste, me dieron ganas de ir a verla, saber cómo estaba… –comenzó.

Nélida lo miró expectante.

–¿Y…?

–Me sentía en falta, mamá: tantos años de abandono de mi parte; pero además, sus desvaríos que tanto dolor me causaron… Pero fui…

–¿Y…? ¿Cómo la encontraste?

–Igual… –mintió Ignacio–. Ya no era la abuela que yo conocía, esa mujer fuerte e inquebrantable. Me reconoció…, pero tuvimos una conversación muy lamentable; un monólogo de mi parte, más bien, contándole tantas cosas que habían ocurrido en estos años. Ni siquiera sé si comprendía mis palabras. Pero me hizo bien verla. Aplacó mi culpa.

Nélida bajó la mirada. Ignacio no podía ver si solamente estaba pensativa o si había descubierto la mentira.

–¿Vos tampoco volviste a verla desde que dejamos de ir juntos? –le preguntó Ignacio. Necesitaba que ella lo mirase a los ojos para saber cómo continuar con la conversación.

Nélida lo miró a los ojos, pero nada de lo que reflejaban le ofrecía pista alguna.

–Primero por dolor, como vos; luego por culpa; finalmente, porque lo urgente pudo contra lo importante, y al poco tiempo libre que me dejaban mis ocupaciones preferí invertirlo en otras cosas. Muy egoísta de mi parte, lo reconozco. Pero al mismo tiempo, no tenía sentido irla a visitar si ella ya no me reconocía. De lo que siempre me ocupé, fue que no le faltara nada.

Ignacio sonrió y le tendió la mano, que Nélida estrechó con ternura. Para ella, él seguía su pequeño gran milagro, el hijo que llegó cuando ya casi había perdido por completo las esperanzas de poder ser madre alguna vez. Era tal el amor que la embargaba hacia él, que por él hubiera sido capaz de volver a vivir sus peores momentos y enfrentar lo que hiciera falta.

Era el momento. Ahora o nunca. Ignacio lo vio en las pupilas de su madre.

–Quise volver una vez más, al regresar de mis vacaciones en Buenos Aires, con Berenice, pero la abuela ya no estaba allí… Me sorprendió. Me hablaron de complicaciones de salud…, cosas que no entendí. ¿Estás al tanto de eso, mamá?

–"¡Y no te imaginás cuánto!" –pensó Nélida, recordando su acometida en el hogar de ancianos, el terror que su suegra apenas pudo disimular durante la discusión que habían tenido, y su posterior conversación con los directivos del lugar para acordar un conveniente traslado, pero nada se eso reveló su mirada calma.

–Me llamaron del Hogar… no recuerdo cuándo; también mencionaron problemas de salud, de conducta… Mucho vocabulario médico; no entendí todo lo que decían, pero me dio vergüenza exponer mi ignorancia y tampoco les pedí que me lo explicaran. Lo único que sí entendí fue que ya no podían tenerla en ese lugar, y me pedían autorización para trasladarla a otro, donde pudieran ocuparse mejor de su salud física y mental. No me dieron alternativa, a decir verdad. Podía aceptar su ofrecimiento o buscar yo misma otra institución, pero a contrarreloj, pues deseaban sacarla de allí lo antes posible. Elegí confiar en su criterio y acepté la propuesta que me dieron.

La mirada triste de Nélida escondía la verdad a la perfección. Ignacio sospechaba que su madre le estaba mintiendo, pero no tenía cómo comprobarlo. Y en todo caso, le había costado demasiado esfuerzo recomponer este vínculo como para echarlo a perder con un berrinche sin fundamentos comprobables. Lo preferible –aunque lo agotara física y mentalmente– era mantenerse en este plan, para tener la posibilidad de saber algún día qué había pasado.

–¿Y a dónde la trasladaron? –arriesgó, aunque no creía que su madre se lo fuera a decir tan fácilmente–. Seguramente te hicieron firmar papeles, te habrán hablado del lugar…

–Firmé unos papeles, sí, y me hablaron del lugar, pero no recuerdo el nombre. De todas formas, el nombre no tiene importancia: es uno de los mejores geriátricos del país. Está en la provincia de Buenos Aires –añadió, como al pasar.

A Ignacio se le enfrió el alma. ¡Provincia de Buenos Aires! Si le hubiera dicho que la mandó a la luna no le habría hecho peor impresión. Lo único que se le ocurrió fue pedirle ayuda a Berenice; quizás ella, viviendo en Capital, podría conocer a alguien, o averiguar… Pero seguía necesitando el nombre o la dirección de la institución, para tener un dato seguro desde el

cual comenzar a buscar.

Y necesitaría tiempo. Porque su madre no le daría tan rápidamente la información. Lo que fuera que su abuela escondía, era lo suficientemente grave como para haber ocasionado esto al descubrirse sus visitas. Porque ahora sí, estaba seguro de que esta maniobra estaba íntimamente relacionada con aquella parte de su propia historia que jamás le habían contado, y que ella había prometido hacer algún día. Ignacio maldijo por lo bajo, aunque continuó sonriendo, con sus manos entre las de su madre.

Él no sabía mentir. Ni ocultar sus emociones. Ni siquiera callar. Con sólo ver la postura de su cuerpo, su mirada, Nélida podía medir la intensidad de su desesperación. Pero no cedería ante ella. No permitiría que una vieja patética, desvariada y melancólica arrojara a su hijo al fondo de un abismo. Antes, pagaría para que el secreto no se revelara nunca.

Capítulo 36

Capítulo Seis: Tercer viaje - I

Finalmente, febrero. Las últimas semanas del 2002 y las primera del 2003 le habían resultado interminables a Sofía. Diciembre, un mes patéticamente agotador, en el que la gente trataba de finalizar las cosas que había dejado a medias durante el transcurso del año. Todo el mudo acelerado, cansado, de mal humor, harto, pensando solamente en el momento en que saliera de vacaciones. Consumido por la angustia de hacer cálculos y darse cuenta de que los números no cerraban para todos los regalos que debían y deseaban hacer (y que de todas formas hacían, entrando en deudas), ni para toda la comida y bebida que se les ocurría comprar, porque más que una celebración religiosa, las fiestas parecían una feroz competición acerca de quien gastaba más en las cosas más triviales.

Y enero… la consecuencia inevitable de lo que había sido diciembre. Gente estresada, angustiada y de mal humor por las deudas contraídas, por cenas que habían enfermado al estómago, por regalos que nadie valoró… Los que podían escapar hacia las vacaciones disfrutaban de una efímera felicidad, entrecortada por el fastidio de los preparativos previos y la depresión del regreso; los que no, continuaban con el tedio y la monotonía de siempre, sus miserables vidas…

Era una visión pesimista y patética, que de ninguna manera podía generalizar. Lo sabía. En realidad, proviniendo de una familia judía, las fiestas de fin de año no significaban nada para ella. Obligadamente se sumaba al festejo a través de sus amigos no judíos, la mayoría de los cuales tampoco podía considerarse demasiado cristiana, pero estas fiestas eran la excusa perfecta para reunirse, comer y celebrar excesivamente, algo que a todos les alegraba el corazón… a la vez que se lo oprimía, por tantos inconvenientes que traía aparejados.

Pero este año, Sofía ni siquiera se había juntado con sus amigos, porque muchos eran también amigos de Joaquín y había grandes posibilidades de que él estuviera con ellos. Sofía sabía que no soportaría cruzárselo una vez más, y además sería una pésima manera de terminar o empezar un año.

La soledad abrumadora la llevó a recordar a sus padres constantemente y a sentir como nunca su ausencia. Pero de una manera más intensa y dramática que el año anterior. Ahora, tenía una duda carcomiéndole las entrañas. Ni siquiera las atenciones de Raquel, a quien sabría que le estaría eternamente agradecida por su amor incondicional hacia ella, lograban apartar su mente de aquellas cavilaciones. Sofía sentía que había un vacío tan grande en su corazón y en su vida, que jamás lo podría llenar

con nada.

–Tendrías que haber ido a pasar las fiestas con tus amigas del Chaco –observó Raquel, a quien no se le escapaba un solo detalle.

Aquello la animó un poco. En realidad, no sabía cómo festejaban sus amigas del Chaco; suponía que la mayoría regresaría a sus pueblos, junto a su familia, pero quizás…

–Este año, Raquel. O el próximo. Siempre estará la posibilidad de hacerlo, cuando lo desee –replicó, pero mentalmente apuntó "recibiré el 2004 en Resistencia, junto a Daniela y las que no se vuelvan a sus pagos".

En enero se quedó sola en la veterinaria, pues sus colegas necesitaban tomarse vacaciones, y como si bien estaban ejerciendo en su clínica, seguían siendo trabajadores independientes, no le correspondía a Sofía negarse. Aquello la disgustó al comienzo, pues había planificado viajar al Chaco en los primeros días del mes, pero luego observó que fue lo mejor que podría haberle pasado, ya que el trabajo menguó, y hubiera sido muy poco el dinero que habrían podido repartirse entre los tres.

Estar sola en la veterinaria, con tan poco trabajo, tuvo otra ventaja. Empezó a recibir constantes visitas. El que pasaba día por medio era Jonathan. Se había peleado con su novia, y necesitaba ocupar en algo el tiempo que antes le dedicaba a ella. Raquel opinaba que lo ideal hubiera sido que lo ocupara buscándose otra novia, pero en realidad Jonathan esperaba que la relación pudiera recomponerse y lo que hacía tantas horas junto a Sofía era analizar la situación para ver en qué había fallado y qué tenía que cambiar, para ser merecedor de una segunda oportunidad y que esta vez funcionara. Sofía –que lo consideraba perfecto– estaba convencida de que en realidad, la que debía cambiar de actitud era su exnovia, pero Jonathan acabó confesándole algunas cosas que le hicieron dale la razón.

Otro que le impuso su presencia fue su tío Daniel Seldin. El hombre generalmente se limitaba a telefonearla de tanto en tanto, para preguntarle si estaba bien y si necesitaba algo, pero daba la impresión de que había decidido cambiar de estrategia este año. Todas las semanas pasaba por la veterinaria y se quedaba conversando unos minutos con ella o Raquel, o ambas, cuando las encontraba desocupadas a las dos.

En realidad comenzó con la mala costumbre ya en diciembre, antes de fin de año, y la retomó los primeros días de enero. Desde entonces, cada semana, por muy pocos minutos en cada oportunidad, pasaba a saludarlas. Parecía que necesitaba ver a Sofía para corroborar que realmente estuviera bien y no precisara nada; intercambiaba un par de palabras con ella, con Raquel, o con ambas, y luego se marchaba, a

proseguir con sus ocupaciones.

–La verdad, es que me tiene bastante cansada que siempre esté pasando por acá –gruñó Sofía, tras haberlo despedido, en la cuarta semana consecutiva que su tío hacía lo mismo.

Jonathan, que estaba presente, solamente se encogió de hombros y rió. Raquel la censuró.

–Es tu tío, Sofía. No seas odiosa con alguien que se preocupa por tu bienestar.

–No, Raquel; en eso estás equivocada: no es mi tío, sino el viudo de mi tía. Y nunca voy a entender su preocupación en mi bienestar. Tiene dos hijos y un nieto en quienes pensar.

–Te vio crecer, Sofía. Él también perdió una persona que amaba mucho, más o menos en la misma época que vos. Eso lo pudo haber sensibilizado. De cualquier manera, solamente un corazón ingrato es capaz de despreciar una muestra de afecto. No te pido que lo recibas con una eufórica adoración la próxima vez que venga, pero sí que seas más cortés y menos tajante –insistió Raquel, dando por finalizada la discusión.

Otro más que tomó la costumbre de empezar a visitarla –pero al contrario de lo que ocurría con su tío, esto la colmaba de alegría– era Florián. Tras su valiente enfrentamiento contra Joaquín, y sabiendo que Sofía no había tomado ninguna medida para fingir un noviazgo con nadie más, al comenzar el año él tomó la costumbre de pasar a saludarla por dos o tres veces por semana. Muchas veces coincidía con Jonathan, con quien empezó a forjar una gran amistad. Era frecuente que Sofía acabara limitándose a oír las conversaciones entre ambos, que inevitablemente giraban en torno a los problemas de pareja, en cómo conquistar y sobrellevar a una mujer –particularmente a las suyas–, en el reconocimiento de los errores que cometían como hombres y el justificativo de que ellas tampoco ponían demasiado de su parte en mejorar la relación.

Así se enteró de los detalles de la pareja de Florián. Había estado de novio con la madre de su hija durante poco más de dos años, hasta que ella quedó embarazada. Ambos definían su relación como informal, pero en lo que a él respectaba, no vivía sin ella. Tenía la necesidad hasta física de verla a diario, de hacerle algún pequeño presente, de acariciarla y escuchar su voz… aunque fuera protestando. Cuando ella quedó embarazada, lo cual se debió a un error de cálculos, cavilaron acerca de lo que debían hacer… Pensaron en la opción de interrumpir el embarazo, pero lo descartaron rápidamente. Ellos se amaban. Un hijo no entraba en sus planes, pero de todas formas sería bienvenido. Claro que para eso debían organizarse, para que esta nueva vida que se estaba gestando

tuviera desde el primer momento un lugar propio en el mundo. Y así, en ese frenesí de amor inconsciente, cometieron el primer error monumental: se casaron.

–Nunca, jamás, un embarazo debería desembocar en un casamiento –reflexionó Florián varias veces–. A menos que la intención de casarse y convivir haya existido previamente y sólo se la acelere. ¡Casarnos fue lo peor que pudimos haber hecho! ¡Fueron demasiados cambios juntos, y no sabíamos cómo maniobrar con todo!

A la esposa de Florián, estar embarazada le había cambiado el carácter. No soportaba el desgaste físico ni el estrés de tantos cambios repentinos: un lugar propio muy pequeño y apartado del microcentro, alquilado; tener que empezar a trabajar de lo que fuera para poder cubrir un mundo de cuentas que hasta hacía unas semanas no existían; la convivencia, que destruyó el recuerdo de aquel amor ideal que habían disfrutado durante dos años…

Florián sentía que el peso del mundo había caído sobre sus hombros. De repente tenía que sostener anímicamente a una desconocida que lo odiaba, empezar a cumplir con obligaciones de adulto, cuando hasta hacía muy poco seguía siendo el hijo mimado de su madre; empezar a postergarse en todo, en beneficio del niño que llegaría… Toleraba el mal humor y los maltratos de su mujer en consideración a lo tormentoso que seguramente sería el embarazo, pero cuando la niña nació y comenzó a crecer, y cuando el embarazo no era más que un mal recuerdo pero el mal humor y el trato odioso continuaron, decidió por una cuestión de dignidad y supervivencia, separarse. Jamás se desentendió de su esposa ni de la niña; simplemente, se volvió a casa de su madre para ahorrarse el dinero de otro alquiler, y trató de recomponer su vida, tarea que no se veía para nada fácil.

En esa época, que había sido mucho más tormentosa de lo que parecía en su forma de describirla, se había metido a aprender meditación en un grupo de yoga. No duró mucho allí, sólo lo suficiente como para que un par de ideas en las que trabajaron un día lo ayudaran a encontrar las respuestas que estaba buscando. Una vez que tuvo claras las prioridades en su vida, lo demás fue sencillo.

–Sencillo mentalmente, pero la puesta en práctica fue todo un arte, pero eso siempre ocurre cuando los resultados que uno buscan dependen de la conjunción con la voluntad de otras personas –aclaró.

Tan mal no le había ido. Logró conquistar nuevamente a su mujer y actualmente convivía con ella y su hija en un apartamento un poco más amplio y ubicado en una mejor zona. Pero Florián sabía que si no cuidaban ciertos detalles, el desgaste de la rutina podía volver a llevarlos a la misma situación límite. Y su esposa, también. Por eso hacían todo lo

que podían por no dejarse vencer por la monotonía.

–Tu novia y vos tienen algo a favor: no se casaron ni tienen hijos. Pero eso mismo, también les juega en contra, porque al estar casado o tener hijos, uno siente la necesidad de no dar tan rápido por terminadas las cosas y busca hasta el cansancio una solución.

De alguna manera, tantas conversaciones con Florián, tantos consejos, tanta experiencia de vida compartida, rindieron sus frutos en Jonathan, porque al comenzar febrero, logró que su exnovia le diera la segunda oportunidad que tanto le había suplicado. Y desde entonces, sus visitas a la veterinaria volvieron a espaciarse.

Capítulo 37

Capítulo Seis: Tercer viaje - II

Le ocurría algo extraño con Florián. Aún sabiendo que no existía la menor posibilidad de concretar nada con él, e ignorando las razones de que el muchacho la frecuentara, gozaba intensamente de su compañía. Era el amigo varón que había deseado toda su vida, al que podía abrirle su corazón y sincerarse completamente, sin el temor de que luego él la juzgara; era el hermano mayor que no había tenido: el que la aconsejaba y la cuidaba sin esperar nada a cambio. Se preguntó varias veces si no estaría enamorada de él, pero su corazón solamente latía la alegría de poder apoyarse libremente en alguien, y no la pasión insomne de un amor imposible.

Florián jamás le insinuó nada fuera de lugar. Incluso las pocas veces que habló de asuntos muy íntimos de su matrimonio, que ni siquiera se los había comentado a Jonathan que, como hombre, habría podido entenderlo. Era evidente que la adoraba, pero, al igual que ella, mantenía un caballeroso trato de hermano. Las confidencias que le hacía no habría podido hacérselas a una mujer a la que buscara conquistar, porque hubiera provocado el efecto contrario. Especialmente las relacionadas a su pareja. De ninguna manera se presentaba como un marido insatisfecho ni maltratado, obligado a permanecer junto a una mujer que no lo valoraba; al contrario, antes reconocía sus propias fallas y la dificultad de superarlas, que los defectos de su esposa. Tampoco se engañaba: reconocía que a estas alturas, si no hubiera habido una hija de por medio, lo más seguro era que ya no seguirían juntos. Y eso era mutuo.

Pero Joeli era la prioridad de ambos y por ella estaban dispuestos a superar cuanto obstáculo se presentara. Y eso iba más allá de querer ofrecerle una familia sólida y entera. Ambos deseaban verla crecer, estar junto a ella en los momentos más importantes de su vida, cobijarla bajo su techo, compartir las comidas, acompañarla a dormir cada noche y despertarla por las mañanas… y si se separaban, no sólo perderían la oportunidad de seguir haciéndolo día a día, sino que además, fragmentarían su pequeño mundo.

–Soy hijo de padres separados, y sé lo que se siente. No quisiera eso para mi hija. Sé que a veces es preferible separarse, pero no deja de ser frustrante para el niño tener padres peleados, dos hogares, dos familias generalmente enemistadas… Espero que Joeli no deba experimentar eso. Menos, siendo tan pequeña.

A Sofía la enternecía escucharlo hablar de su hija. Florián siempre tenía consigo dos fotos actualizadas de la niña, que cambiaba todas las semanas. El orgullo y la felicidad con que siempre se refería a Joeli la hizo

recordar a su propio padre, cuando lo escuchaba a escondidas hablando acerca de ella.

Florián también le confesó el secreto más íntimo de la pareja, uno que ni siquiera le había contado a Jonathan. Pero ni siquiera entonces lo hizo con ánimos de sugerirle nada. Tan sólo, necesitaba compartirlo con alguien discreto…

–A poco de habernos casado, nos dimos cuenta de que nos aburríamos sexualmente, sin importar cuanto nos esmerásemos ni lo creativos que fuéramos. Creo que nos asustó –a ambos por igual– la idea de que solamente nos tendríamos el uno al otro por el resto de nuestras vidas –rió, resignado–. Evidentemente, el amor romántico que nos tuvimos durante dos años se esfumó en cuanto la relación se tornó más seria. Cuando nos separamos ambos tuvimos otras relaciones…, breves e informales, de lo contrario, no nos habríamos vuelto a juntar, pero sirvió para que nos planteáramos muchas cosas…

Entre ellas, obviamente la cuestión sexual ocupaba un puesto primordial. Se preguntaron qué tan importante era la sexualidad para ambos y qué estarían dispuestos a aceptar y ceder mutuamente para sostener su libertad. Y acordaron permitirse estar con aquellas personas que realmente les gustaran, con algunas condiciones. La primera: no se engañarían. No se lo confesarían como una hazaña, pero tampoco harían esfuerzos sobrehumanos por mantenerlo en secreto, y tampoco mezclarían un gusto o incluso una amistad con el amor. También serían claros con aquellas personas con las que estuvieran: no les mentirían ni les crearían expectativas falsas. Y si alguna vez el amor se terminaba entre ellos, tendrían el coraje de decirlo de frente.

Curiosamente, saber que tenían la libertad de hacer lo que quisieran los relajó. De pronto ya no se sentían agobiados ante la idea de tener que pasar juntos el resto de su vida, porque tenían la aprobación del otro para recrearse con terceros si su intimidad les resultaba desabrida.

–¿Y hasta ahora no pasó nada? –preguntó Sofía, que lo había escuchado atentamente.

Florián sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

–No. Pero Ali me confesó hace unas noches que le gusta mucho uno de sus compañeros del trabajo, y parece que es mutuo, pero entonces empezamos a plantearnos otras cuestiones. Tenemos que tener cuidado, si vamos a estar con alguien más, en la clase de persona que es, porque no quisiéramos que luego una pequeña aventura corra de boca en boca y nos terminen afectando los prejuicios de esta sociedad machista y conservadora. Especialmente por Joeli. Es horrible para un niño escuchar comentarios odiosos hacia sus padres. La infidelidad es un asunto serio,

incluso cuando lo hacés a escondidas de tu pareja; pero haber pactado algo así, nos convierte en degenerados. Sin embargo, más allá de la cuestión moral, físicamente también puede tener consecuencias. Desde embarazos no planificados hasta enfermedades venéreas. Por nosotros mismos, por nuestra hija y las personas con las que eventualmente pudiéramos estar, debemos ser muy cuidadosos.

Tremenda confidencia hizo sentir a Sofía incómoda, como si estuviera en falta. Si Florián había confiado tanto en ella como para confesarle el secreto más íntimo de su pareja, ella debía corresponderle de alguna manera… Aunque él nunca le dio a entender nada semejante.

En sucesivas visitas, en conversaciones que libre y espontáneamente decidían su curso, Sofía habló de sus padres: de la misteriosa desaparición de su madre, de la casa que había heredado, la carta que encontró Jonathan… y de Joaquín. Le confesó que cedió ante la presión del grupo de amigos, que casi se lo impusieron como la mejor opción, pero que a pesar de que él le había gustado bastante al comienzo, jamás lo amó, y el gusto se acabó prontamente, al ir descubriendo la clase de persona que era. Le contó de su primera vez forzada y para nada deseada, y cómo se había convertido en una experta en excusas para mantenerlo alejado de su cuerpo, porque su mera presencia la enfermaba.

Florián quedó horrorizado.

–Sofía, ¿te violó?

Ella sacudió la cabeza, pensativa.

–No podría decir eso; la idea que tengo de una violación es otra… más violenta… Digamos que me ganó por cansancio, con un excelente manejo de presión psicológica que tenía entonces. Cuando descubrí su manipulación y empecé a enfrentarlo oponiéndome a sus caprichos, la relación se puso tensa. Yo esperaba que él me mandase al diablo y se buscara otra, pero eso nunca pasó… Yo tuve que ponerle un punto final tras haber muerto mi padre, cuando Joaquín decidió por los dos que era el momento de irnos a vivir juntos y empezar a pensar en el casamiento… Pasaron casi dos años; es mucho tiempo… Sin embargo, las veces que me lo crucé, aún sentí en mi piel ese rechazo que él me inspiraba cada vez que se me acercaba, como si en vez de dos años hubieran transcurrido solamente dos días… No sé si alguna vez podré volver a tener una conversación normal con ese hombre.

En su limitada experiencia Sofía había aprendido que bastaba comenzar a hablar de sexualidad con un hombre, para que éste empezara a tratar de seducirla por todos los medios, y naturalmente temió que tras tantas confidencias, Florián terminara confesándole que deseaba tener una

aventura con ella, pero eso jamás ocurrió. El muchacho continuó siendo el caballero que había interceptado una mañana en el centro de la Capital. Seguía amando a Sofía como una hermana, y como tal esperaba protegerla de aquellos que la molestaran y quisieran hacerle daño. Siempre estaba presto a ayudarla en lo que se presentara. Y jamás le insinuó absolutamente nada que no tuviera que ver con ello.

Capítulo 38

Capítulo Seis: Tercer viaje - III

En febrero se reintegraron sus dos colegas al trabajo de la veterinaria, que para entonces había empezado a repuntar. Sofía, que se había resignado a ser la última en salir de vacaciones, recién entonces se dio cuenta de lo impaciente que estaba por viajar al Chaco para estar con sus amigas, relajarse, y ocuparse de conseguir nuevos inquilinos para su casa. Y desde el primer momento empezó a disfrutar del hecho de que –por primera vez– era libre de irse cuando quisiera y por el tiempo que quisiera; ya no tenía que pedir permiso en su trabajo, ni tendría las horas contadas para todo lo que se presentara hacer. ¡Era maravilloso! Era consciente y lamentaba su marcada poca expresividad, porque en ese momento hubiera querido correr hacia Raquel y abrazarla, por haberle insistido en apostar a un cambio que la favorecía completamente.

"El 15 llego" escribió en el asunto del correo electrónico que le envió a Daniela. No agregó mucho más en el correo en sí; tan sólo que moría por volver a verlas y que había empezado a contar las horas que faltaban para subir al micro que la llevaría hasta ellas.

Florián la acompañó hasta la Terminal de Ómnibus de Retiro y se despidió de ella con un fuerte abrazo.

–Te voy a extrañar, Sofía –aseguró–. Ya sos parte de mi vida. No creo en las casualidades; algo hizo que te abalanzaras hacia mí el día que nos conocimos. Y creo que estamos destinados a ayudarnos de alguna manera… más allá de mi bochornoso enfrentamiento a Joaquín.

Ambos sonrieron al recordarlo. A pesar de esas palabras, seguía sin haber ningún sentido libidinoso en lo que Florián había dicho. Ni en el abrazo con que la envolvió hasta que volvieran a encontrarse.

El viaje le resultó interminable por la impaciencia que la embargaba. Logró dormir esporádicamente, por pocos minutos cada vez. En cada ocasión, soñó distintas versiones de su llegada a Resistencia. En la última, la más extensa, poco antes del amanecer, su sueño continuó lo suficiente como para entrar a la pensión acompañada de Aldana, Daniela y Matilde, visitar su casa huérfana de inquilinos, cruzarse con la vieja y conversar con un chiquillo rubio que jugaba con un balero en las manos. En ese momento, despertó, sobresaltada. El colectivo acababa de hacer una maniobra brusca para adelantarse a un camión. Los rayos del sol entraban a raudales por las ventanas. La mayoría de los pasajeros ya estaba despierta. Faltaba poco para llegar. Ya habían cruzado el puente que unía

la ciudad de Corrientes con Resistencia.

En la Terminal la esperaban Aldana, Aixa y Daniela. Tras haberla estrujado en sus brazos, buscaron el equipaje y la llevaron hasta el autito. Sin dejar de hablar, y gritando para hacerse oír por sobre las demás, le dijeron que en la pensión la esperaba un desayuno riquísimo, que luego de que hubiera descansado la acompañarían a la casa, que tenían mil cosas para contarle, que por cuánto tiempo se quedaría esta vez… Sofía renunció al impulso de responderles porque hasta que no se hubieran serenado ni siquiera la escucharían.

Ya en el auto fue su turno de hablar. Entonces les dio la alegría de decirles que esta vez se quedaría por más tiempo, en principio, un par de semanas, pero no descartaba un mes completo. Que estaba muy cansada y deseaba recostarse hasta la hora del almuerzo luego de haber desayunado. Y que se moría por saber cuáles eran esas mil novedades de las que hablaban.

En la pensión estaban Dina y Matilde, que la saludaron rápidamente antes de salir a cumplir con sus obligaciones del día. A la mesa la acompañaron las mismas que fueron a buscarla a la Terminal. El desayuno fue abundante, pero Sofía se sirvió muy poco de cada cosa antes de preguntar en cuál habitación podía instalarse, para descansar un rato. Para su alegría, le respondieron que esta vez compartiría el dormitorio con Daniela. Su amiga cargó con el equipaje y cuando terminó de acomodarlo en un rincón, Sofía ya estaba desparramada sobre la cama, durmiendo, con la misma ropa con que había llegado.

En el almuerzo Sofía echó de menos un par de rostros conocidos y se sorprendió con varias caras nuevas. Josefina finalmente se había recibido, al igual que Patricia; ambas habían conseguido un buen empleo en la ciudad de Corrientes, adonde se habían mudado, para ahorrarse el tiempo y el dinero de estar cruzando el puente constantemente. Sus lugares habían sido rápidamente ocupados por estudiantes nuevas, muy jóvenes, que recién comenzaban la facultad, ambas del interior chaqueño.

De todas formas, a ella le tocó ser la sensación. Casi no pudo comer, pues se lo pasó respondiendo las preguntas de sus amigas. A la siesta, cuando la mayoría se había retirado a descansar o seguir estudiando, Daniela le propuso ir a la casa. Sofía aceptó, encantada. La relajaba estar allí, aunque ya no sabía qué debía significar esa casa para ella. Caminaba con entusiasmo al lado de Daniela, pero a pesar de que seguían conversando animadamente, notó que su amiga estaba rara… Incómoda, temerosa, no podía definirlo, pero eso la perturbó.

La sensación se acentuó cuando entraron a la casa. Daniela miraba de reojo hacia todas partes y parecía tensa. Sofía pensó que tal vez algo había pasado con los últimos inquilinos, que quizás habían incumplido

alguna parte del contrato o dañado la casa o los muebles, pero a simple vista, todo estaba tal y como lo recordaba.

Subieron al entrepiso. Las frondosas copas veraniegas de los árboles encantaban a Sofía. El aroma que despedían aquí los árboles no se parecía en nada al de Buenos Aires. La relajaba por un lado, pero al mismo tiempo, la vitalizaba. Esperó que Daniela le dijera algo que justificara su incomodidad cada vez menos disimulada, pero eso no ocurrió. Simplemente, continuó con la conversación que habían comenzado al salir de la pensión: Alejandro.

–Nos vemos casi todos los días, pero viajó esta semana; del diario lo mandaron a cubrir unas actividades en varias localidades del interior provincial, así que no podré presentártelo hasta dentro de unos días, cuando regrese.

–¿Y cómo marcha esa relación? –sonrió Sofía, haciéndole un guiño.

Para nada se esperaba la respuesta de Daniela.

–Aprovecho mientras dura –confesó, mientras suspiraba y se encogía de hombros–. A mí Alejandro me gusta mucho y lo adoro, pero es evidente que no es recíproco.

Sofía no supo qué responder a semejante confesión. Daniela continuó, sin darle tiempo a pensar.

–Es más: creo que sigue conmigo, por mí solamente, para no romperme el corazón…

–¿Creés que le gusta otra?

Daniela se rió.

–A Alejandro le gustan todas. Pero no es ese el problema. El problema es que yo no soy de su mundo. No puedo darle lo que él busca en una mujer. Aunque trate. Quise convertirme en la clase de mujer que a él le gusta y se dio cuenta, y a su manera me lo agradeció, pero evidentemente, él necesita alguien que sea así de verdad y no que se esfuerce en serlo para darle el gusto. Es complicado de explicar. Es como el cuento de la Cenicienta: su deseo de ir al baile se cumplió, pero solamente hasta la medianoche, cuando se rompiera el encanto. Yo deseé mucho a Alejandro y ahora lo tengo, pero sé que no va a durar. Por eso aprovecho mientras lo tengo.

–¡Cuánto lo lamento! –murmuró Sofía.

–¡No, no lo lamentes! Nunca había deseado tanto algo ¡y ahora lo tengo! ¡Eso me hace tan feliz! Pero a largo plazo sé que yo misma no lo soportaría. Para Alejandro primero está la fotografía y luego todo lo demás. Y desde que trabaja en un diario y es cronista de un programa de radio, es peor. Primero están la fotografía y el periodismo, y luego todo lo demás. Ahora me parece maravilloso y apasionante, pero no sé por cuánto tiempo. Estar siempre compitiendo por el primer puesto contra una vocación puede ser tanto o más desgastante que competir con otra mujer. Por lo menos, contra otra mujer estaría compitiendo de igual a igual y tendría oportunidades de ganar… Pero mejor hablame de Florián. ¡Siempre sos tan escueta cuando lo mencionás en tus correos!...

Sofía sonrió. ¿Qué más podía agregar a lo que ya le había contado? Florián era su amigo, el único amigo varón que tenía, además de su primo Jonathan, que por ser familiar tampoco podía considerarse solamente amigo. A pesar de las sonrisas y los guiños de Daniela, Sofía no retrocedió en sus palabras. Quizás la frenara el hecho de que él estuviera casado y con una hija; como fuera, mutuamente, hasta ahora no buscaban nada más que una amistad y la posibilidad de desahogar sus penas en la tranquilidad de un oído contenedor y una boca discreta.

Un tema fue llevando al siguiente; al fin, Sofía se centró en la casa.

–Falleció el abuelo, por eso no renovaron el contrato –recordó.

Daniela asintió en silencio.

–¿Y no apareció ningún nuevo interesado? Seguramente los últimos y los primeros meses del año no son el mejor momento para conseguir inquilinos…

Era el momento ideal para dirigir la conversación hacia donde debía. Sin embargo, a Daniela la avergonzó un poco lo que iba a decir.

–No fue ese exactamente el problema.

Sofía permaneció mirándola, expectante.

–La casa tiene un pequeño desperfecto… –mientras lo decía, se sentía ridícula. El golpeteo había enloquecido a todos, incluso a sí misma, ¿y ahora lo llamaba “un pequeño desperfecto”?

Sofía no dejaba de mirarla, ansiosa por interiorizarse en lo que estaba pasando.

–En realidad, no es un desperfecto material: no es que entre agua cuando llueve ni que haya nada roto o que no funcione como debería. La casa está perfecta en ese sentido. Pero hay un problema… que no es material…

y eso está ahuyentando a los inquilinos…

–¿A “los” inquilinos?

Daniela asintió.

–Según la mujer de la inmobiliaria, fue también la razón de que la primera familia rescindiera el contrato.

Sofía permaneció en silencio un momento muy breve, sin entender.

–¿Y cuál es ese problema? –preguntó luego.

–La casa cruje –largó Daniela, sin saber cómo decirlo de otra manera.

–¿Cruje? ¿Solamente cruje? –De repente Sofía recordó sus primeras horas, su primera noche sola en la casa. Aún podía oír el constante martilleo de un sonido que primero había atribuido a los niños de al lado, idea a la que había tenido que renunciar tras una noche completa de golpes incesantes. Vio como Daniela se esforzaba en buscar las palabras apropiadas, y no entendió la razón de tantos cuidados–. ¿Cruje? ¿Estás segura? ¿No se oían más bien como golpes?

Daniela abrió los ojos, sorprendida.

–¡Ya temía yo que esto pasara! –maldijo Sofía–. Lo noté la primera noche que pasamos aquí, y luego de nuevo, en mi último viaje, cuando vinimos a controlar que todo estuviera en orden antes de que se mudaran los inquilinos nuevos, con la diferencia de que aquella vez encontré de dónde salía el ruido… –ante la mirada expectante de su amiga, continuó–. ¿No te acordás del niñito que se acercó a pedirme una rosa para su mamá? Tenía un balero en las manos. Increíble que hiciera tremendo ruido con ese juguete, pero evidentemente así fue, porque cuando se fue, ya no se oyó nada.

–Recuerdo que me lo comentaste; yo había ido al baño, y no alcancé a ver al niño… – repentinamente Daniela sintió que se le helaba la sangre. Haciendo todo lo posible por no traslucirlo, le preguntó: –¿Cómo era ese nene? ¿Te acordás?

Sofía asintió.

–¡Por supuesto! Tendría unos diez años el, cabello rubio y ojos verdes. Educado y encantador.

Como en un flash, Daniela recordó la primera vez que había oído los golpeteos… Había sido en este mismo lugar, junto a Aixa y Luana. Ella también había visto un chico rubio jugando con un balero. Y desde

entonces aquel ruido no las había dejado en paz.

De repente se sintió aterrorizada. Esperaba que en cualquier momento los golpes se hicieran presentes y comenzaran a perseguirla por toda la casa, como ya había ocurrido. Recordó su angustia, cómo dormía por las noches envuelta hasta la cabeza con las mantas y con las luces encendidas; como se había cansado de buscar junto a Aixa, Alejandro y Matilde el origen del sonido y alguna explicación lógica, sin conseguirlo…

Sofía la vio palidecer y se preocupó.

–Daniela, ¿qué ocurre? –le preguntó, apoyando su mano sobre el hombro de su amiga–. Podés contarme lo que sea. Para eso somos amigas. ¿Qué pasó?

–¡Por favor, vayámonos de acá! –suplicó Daniela, casi en un susurro–. Sí te lo voy a contar, pero afuera. ¡Necesito aire!

Sofía asintió. Cerró la ventana y siguió a su amiga hasta la entrada principal. Daniela corrió hacia la vereda mientras Sofía aseguraba la puerta. Ya en la vereda también, observó a Daniela. El color había vuelto a su rostro y parecía avergonzada.

–Ya estamos afuera –dijo, serena–. Ahora, contame.

Capítulo 39

Capítulo Seis: Tercer viaje - IV

Mientras caminaban hacia la plaza más cercana Daniela le contó lo turbada que había regresado Aldana de la inmobiliaria, la tarde cuando la habían citado para avisarle que la segunda familia deseaba rescindir el contrato. A pesar de lo clara que había sido la mujer de la inmobiliaria, Aldana ni las muchachas ni Alejandro alcanzaban a imaginar cuál era el problema. Cuando llegaron a la plaza, se sentó cada una en una hamaca, y continuó contándole cómo habían decidido ir a pasar unos días a la casa para ver si descubrían el problema y lo podían solucionar, sin necesidad de interiorizarla de algo que –desde tan lejos– comprendería menos que ellas y tendría menos posibilidades de arreglarlo.

Le describió aquellos días con lujo de detalles. Dudó en hacerlo, pero finalmente añadió que los golpes habían comenzado después de haber visto y oído a un pequeño jugar con su balero en la vereda de la casa. Confesó su terror nocturno, que luego se hizo extensivo al día entero; como Luana huyó apenas comenzaron los ruidos, seguida por Aixa, que se dio por vencida al no encontrarle una explicación lógica al fenómeno; el apoyo de Matilde, que nunca se asustó pero que al cabo de unos días salió de la casa arrastrándola detrás de sí, no sin antes haber dilucidado que se trataba de dos sonidos diferentes.

–Las fiestas de fin de año estaban cerca; no íbamos a molestarte con esta historia espeluznante entonces; luego nos dijiste que en enero se tomaban vacaciones tus compañeros, y que deberías quedarte en la veterinaria. No tenía sentido contarte todo esto por correo… y dejarte en ascuas. Ahora me avergüenzo de mí misma por haber sentido tanto miedo. ¡Pero era tan siniestro tener esos golpes desplazándose por toda la casa…!

Sofía sonrió comprensivamente. Pero al mismo tiempo estaba tratando de digerir lo que Daniela le había contado. Hubiese preferido que la casa tuviera mil desperfectos, pues todo se habría limitado a pedirle a Barrios que los arreglara. Este asunto de los ruidos la descolocaba totalmente.

–No puedo ser menos que ustedes: yo también quiero escuchar de nuevo esos golpes… Quizás pueda descubrir algo que se les haya pasado por alto.

Daniela la miró con horror.

–¡No, Sofía! ¡Ahorrate la experiencia, por favor! ¡Nosotras casi enloquecimos allí adentro! Que te lo cuenten es una cosa; vivirlo… ¡es

aterrador!

–No me quedaré sola por las noches, si eso te deja más tranquila; tampoco es necesario, si es cierto que eso se escucha durante todo el día. Pero es mi casa; tengo que investigar lo que está pasando.

–Es que no voy a dejarte sola. Si vos te mudás a tu casa me estarías obligando a ir con vos. ¡Y no creo poder soportar eso nuevamente!

Sofía no replicó pero la miró largamente, mientras suspiraba.

–Entenderás, Daniela, que en estas condiciones no la puedo ofrecer –dijo luego–. Tengo que solucionar ese problema. De acuerdo: no me mudaré, seguiré durmiendo y comiendo en la pensión, con ustedes, pero pasaré largos ratos en la casa. ¡No concibo que esos ruidos no tengan una explicación ni que no se puedan solucionar!

Cuando regresaron a la pensión, Sofía conoció en detalle la experiencia de las demás involucradas. Aldana le describió la turbación de la mujer en la inmobiliaria y el terror de Luana, que no había vuelto a poner un pie en la casa; Aixa y Luana le describieron con más terror que Daniela aquellos golpes que parecían caminar por todas las habitaciones, y Matilde, la única que habló con serenidad, le remarcó que había dos sonidos diferentes, pero que no había podido descubrir su origen.

–Debe ser un efecto que se logra por alguna conexión con la casa de los vecinos –apostó Sofía–. Me descoloca que el ruido siga por las noches, pero quizás… alguno de los hijos de los vecinos sufra de insomnio.

Lejos del pavor que embargaba al resto de sus amigas, al día siguiente de su llegada, después de haber dormido, descansado y comido hasta saciarse, Sofía emprendió la marcha hacia su casa… donde permanecería hasta la hora del almuerzo. A regañadientes Daniela la acompañó. Con la condición de que la puerta de entrada quedara abierta: ella se sentaría afuera y desde allí conversarían, aunque debieran hacerlo a los gritos. La puerta quedó, efectivamente, abierta, pero al cabo de pocos minutos Daniela se cansó de gritar y de no entender lo que Sofía le respondía desde el interior, por lo que –maldiciendo por lo bajo– se metió a la casa. Buscó a Sofía y no se separó más de ella.

Tanto miedo fue un desgaste innecesario. En todo el día, no oyeron un solo golpe. Lo mismo ocurrió al día siguiente. Más relajada, Daniela se animó a empezar a movilizarse sola por la casa y hasta propuso un almuerzo juntas, solas, para poder seguir contándose tranquilamente aquellos detalles que entristecían su corazón, que preferían mantener ocultos al resto de sus amigas.

La gran pena de Daniela, tema tabú desde siempre en la pensión: su padre. Desde que estuviera a punto de reencontrarse con él –en mayo se cumpliría un año– la misma vida se había encargado de alejarlos cada vez más. Primero había sido la enfermedad de su madre, luego el embarazo malogrado de Matilde, finalmente su depresión, ahora, su noviazgo tan particular…

–¡Creo que eso es lo que me detiene ahora! –reconoció, resignada–. Mi papá tenía ideas muy anticuadas… y una de ellas era que la mujer debía casarse virgen… No sé si seguirá pensando de la misma manera…, pero me avergüenza imaginar que me encuentro con él… No podría no mencionar a Alejandro en algún momento… Es mi novio… Creo que la intimidad es lo mejor que tenemos. Pero jamás hablamos de casamiento y ya te comenté que no creo que la relación se prolongue demasiado… El padre que yo recuerdo no habría aprobado esto. Se habría avergonzado de mí. Y creo que temo enfrentar eso… ¿Te imaginás? ¡No lo veo hace tantos años y voy a arruinar nuestro reencuentro defraudándolo…!

Sofía prefería que nadie más supiera que la angustia la tenía suspendida sobre un abismo desde la aparición de aquella maldita carta. Ni la furia que le provocaba la impotencia de no poder imponerle un freno a Joaquín. No las quería a todas opinando, dándole generosos consejos para una situación que no llegaban a imaginar, sintiendo lástima hacia ella…

De repente, vertiginosamente, la mente de Daniela retrocedió seis meses… Recordó el descubrimiento que había hecho, que finalmente había quedado sepultado por los acontecimientos posteriores…, siempre aguardando la próxima visita de su amiga para contárselo personalmente… Pero ahora que la tenía enfrente, no sabía cómo hacerlo.

–¿Te quedaron recuerdos de tu mamá? –arriesgó.

–Algunos –respondió Sofía–. Yo tenía cinco años cuando desapareció. Cuando pienso en ella es como si ayer la hubiera abrazado por última vez… –y permaneció pensativa un momento.

–¿Te parecés a ella?

–¿En qué sentido? Según las fotos sí, mucho. Mi papá también me lo hacía notar frecuentemente. No sé en cuanto al temple; no llegué a conocerla tanto. ¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando? –añadió, divertida, ya acostumbrada a los giros que tomaban las conversaciones cuando sólo eran ellas dos.

Daniela estaba demasiado seria. Y tenía una mirada rara. Evidentemente, evaluaba si le contaba o no algo, y de qué manera. Sofía no se impacientó. Sabía que Daniela se lo terminaría contando. No había modo

de que se contuviera.

–Te conté en un correo que descubrí dónde vive la vieja.

Sofía asintió. Pero no tenía esperanzas en esa mujer. Era muy anciana y la memoria le jugaba malas pasadas.

–En eso te equivocás –la corrigió Daniela–. Se pierde en el presente. Pero al pasado lo recuerda perfectamente. Quizás sería provechoso que la fueras a visitar.

Sofía asintió. Tiempo, esta vez, había de sobra. Cuando hubiera resuelto el problema de la casa podría dedicarse a lo demás.

–¡Jamás imaginé que me encontraría con esto! –confesó luego, entre carcajadas. Su idea del viaje había sido llegar, descansar un par de días, pasar por la inmobiliaria, hacer lo necesario para conseguir otros inquilinos, seguir descansando, pasear mucho… Pero se había encontrado con un contratiempo insólito e increíble. Que estaba arruinando el negocio del alquiler de la casa.

Hacía un día tan hermoso que no regresaron a la pensión después del almuerzo. Permanecieron conversando hasta que el sueño venció a Daniela, que se recostó en el sillón doble a echarse una siestita mientras Sofía recorría los jardines. Estaban tal y como los recordaba, e incluso más bellos: más frondosos, con los colores acentuados, en su plenitud, antes del recogimiento otoñal.

Cuando estaba en el patio delantero, cortando unas flores para el pequeño altar de Aldana, vio acercarse por la vereda un niño. Lo reconoció casi de inmediato: era el mismo que, en su último viaje, le había pedido unas rosas para su mamá. El pequeño se encaminó directamente hacia el portón y desde allí la saludó con una sonrisa. No lo estaba usando en ese momento, pero Sofía vio el balero en sus manos. Mientras le devolvía la sonrisa trató de recordar su nombre…

–¡Hola…, Samy! ¿Ese es tu nombre, verdad?

El pequeño asintió, sin dejar de sonreír.

–¿Podrías darme unas rosas? –suplicó luego.

–¿Para tu mamá?

Samy asintió. Sofía cogió las tijeras con que estaba recortando las flores para Aldana, eligió un par de rosas abiertas y dos pimpollos, los cortó y se los tendió. El niño los tomó con cuidado en sus cálidas manos, para no pincharse con las espinas. En el movimiento Sofía observó una vez más

los brillantes colores de su juguete: rojo, azul, verde, amarillo, violeta… ¡Por poco no parecía un arco iris!

–¿No es peligroso que un niño esté paseando solo por las calles a esta hora? –le reprochó luego.

Samy sonrió. Era encantador cada vez que lo hacía.

–Yo vivo acá –respondió, y con un movimiento de la cabeza señaló la casa de al lado. La misma donde vivían los tres hermanitos insoportables. Los recordaba perfectamente. Lo que no podía entender era que ese primor que tenía delante fuera uno de esos tres demonios.

–¿Tu mamá te permite salir a esta hora, solo? –insistió Sofía. No podía saber de instinto maternal sin haber tenido hijos, pero este niño le provocaba mucha ternura.

–Sí, un ratito, pero en seguida vuelvo. ¡Le voy a llevar las rosas! ¡Gracias! –y sonrió una vez más.

Antes de alejarse, comenzó a jugar con su balero. Apenas lo había embocado tres veces (tenía una puntería impecable) mientras caminaba hacia su casa, cuando apareció Daniela al lado de Sofía, con los ojos desmesuradamente abiertos, mirando atormentada a todas partes.

–¡Los golpes…! –exclamó, jadeando.

Sofía se echó a reír.

–Sí, pero estos tienen una explicación totalmente lógica. Los hace Samy con su balero –y señaló hacia donde estaba el niño. Daniela alcanzó a ver la rubia cabecita que se perdía hacia la casa de al lado. Aquello le provocó un mal presentimiento; era la misma que había visto desde el entrepiso.

–¡Se oye igual, te lo juro! –exclamó, restregándose los brazos–. ¡Hasta me dio un escalofrío!

Rieron, ambas. Pero Sofía notó que Daniela había quedado nerviosa. Por lo que finalizó la recolección de flores y entre las dos cerraron la casa antes de volver a la pensión.

Capítulo 40

Capítulo Siete: La otra Berenice - I

Alejandro regresó antes de lo que había supuesto. Sin apuro y sin avisarle a nadie de su llegada, desarmó su bolso, puso la ropa sucia en el cesto, acomodó el resto de sus pertenencias, se dio una buena ducha y encendió el televisor un rato. Cuando oyó movimientos en el dormitorio de su abuelo, fue hacia allá. Le dio una gran alegría. Pasaron juntos la tarde: Alejandro describiéndole en detalle su viaje y Jorge comentándole los pequeños asuntos caseros de los últimos días.

Desde que había empezado a viajar, aunque fuera esporádicamente, Alejandro había empezado a notar cuanto envejecía su abuelo, en cuestión de días. El cabello estaba cada vez más ralo; su rostro más arrugado; su cuerpo más empequeñecido… Le temblaban las manos de vez en cuando y cada vez le costaba más mover las piernas.

Gabriela contrató una enfermera para que lo acompañe y lo asista en esas cuestiones básicas que cada vez se le complicaba más hacer por sí mismo, pero el viejo se ofendió y la mandó a ocuparse de las cuestiones domésticas. Como obviamente quien se ofendió entonces fue la mujer, renunciando, Gabriela contrató luego un enfermero con suficiente carácter y diplomacia para hacerle frente sin que Jorge se sintiera disminuido en su autoridad.

A Alejandro le causaba mucha pena su abuelo. El hombre seguía teniendo la mente lúcida y el deseo de mantenerse activo, pero su cuerpo se había convertido en el peor obstáculo. Quería compensarlo de alguna manera pero no se lo ocurría cómo. Puesto que Jorge siempre había expresado su adoración por ese único nieto varón que portaba su apellido, Alejandro suponía que detallarle sus logros lo enorgullecería y lo haría partícipe; después de todo, había heredado de él su amor al periodismo.

Jorge evidentemente disfrutaba. Pero eso no impedía que se le ensombreciera el ánimo al enterarse de los pormenores. La situación de vulnerabilidad que padecían los trabajadores de prensa lo indignaba. Aunque Alejandro la minimizaba haciendo que su crecimiento profesional pesara más.

–A veces hay que elegir, Alejandro –le advirtió su abuelo aquella tarde, tras haber notado en el relato de su nieto que estaba haciendo un gran esfuerzo por cumplir con todo con la misma dedicación y entusiasmo–. Es imposible tener varias prioridades en la vida. Ni siquiera dos. Es un desgaste tremendo. Cuesta, sé que a veces cuesta, pero tenés que escoger una y entregarte a eso por el tiempo que dure tu interés. Lo demás se irá acomodando o desaparecerá de tu vida. Y tratá de que la

elección que hagas en cada momento sea la mejor para tu futuro.

–¿Y cuál sería? –replicó Alejandro.

–Cuando te hayas equivocado brutalmente unas cuantas veces, aprenderás a reconocerla –Jorge rió al ver la expresión defraudada de su nieto, que esperaba una respuesta más concreta–. Es la que no sólo no te genera arrepentimiento cuando la ves retrospectivamente en el tiempo, sino que además te colma el espíritu y te hace brillar.

Poco antes de que cayera la noche Alejandro partió hacia la pensión. Si bien había terminado por reconocer que no estaba enamorado de ella, Daniela ya formaba parte de su vida. Al comienzo se había preocupado. No haber caído rendido a sus encantos tras haber empezado con la intimidad era una muy mala señal. Sin embargo, luego lo atribuyó a que ya no era un adolescente. Seguramente esto era el amor adulto: la compañera estable, leal y serena. Al amor ciego e impetuoso, con marcados altibajos, sólo podía sobrevivirse cuando no existían otros problemas por sobrellevar.

Logró convencerse. De vez en cuando se preguntaba si lograría sostener su elección en el tiempo, a pesar de tantas mujeres hermosas, apasionadas e interesantes que conocía constantemente, y felizmente descubría que sí. Lo que más había temido –que Daniela comenzara sutilmente a presionarlo para que su relación pasara a otro nivel– hasta ahora no había ocurrido. Ella ni siquiera mencionaba la posibilidad de una convivencia.

Matilde le abrió la puerta de la pensión. A pesar de que Alejandro ponía lo mejor de sí por merecer su amistad, sabía que Maltide lo detestaba desde los inoportunos comentarios que él hiciera la noche que se conocieron. Sabía que ella controlaba de cerca sus movimientos, sus palabras; temía que incluso pudiera adivinar sus dudas. Matilde había sido la única que no festejó junto a las demás cuando Daniela y él anunciaron que (finalmente) formalizarían la relación, cosa que todas esperaban desde hacía tiempo.

Le sorprendió que Daniela no apareciera detrás de Matilde para saludarlo, pero luego recordó que ella lo esperaba recién para dentro de unos días.

–Estamos todas en el comedor –gruñó Matilde, cediéndole el paso para que entrara mientras ella cerraba la puerta.

Era temprano para que estuvieran cenando; quizás Aldana estaría preparando una comida especial, con la ayuda de las chicas… Pero las vio a todas sentadas alrededor de la mesa, hablando animadamente, y en el centro de todas las miradas…

Alejandro palideció y sintió que le temblaron las piernas. No podía creer lo que estaba viendo. ¡Era Berenice, en medio de todas las mujeres! Pero inmediatamente salió de su error. No era Berenice, no. Pero sí alguien que se le parecía mucho. Demasiado. El mismo cabello rebelde y ondeado, pero un tono más rojizo; los mismos ojos rasgados, pero ya no azules, sino verdes, profundos; la sonrisa, el color de la tez, hasta en la forma de hablar y de reír… ¡No podía ser cierto, Dios!

Aldana fue la primera en descubrirlo, a medio camino en el umbral de la puerta que comunicaba la sala principal con el comedor, y con un gesto le indicó que se acercara. Al verlo, Daniela sonrió y se puso a su lado en dos pasos. Con una excitación inhabitual en ella le señaló a la muchacha desconocida y lo empujó hacia ella.

–Alejandro, ella es nuestra amiga Sofía. Sofía, Alejandro –los presentó.

Hasta en su manera de mirar se parecía a Berenice. Parecieron interminables los segundos que lo observó, como estudiándolo, hasta que se puso de pie y lo saludó con un beso en la mejilla.

–¿Alguna vez te dijeron que sos idéntica a Berenice Spencer? –le preguntó, tras responder a su saludo.

Sofía se echó a reír.

–¡Por Dios, no! ¿Debo tomarlo como un halago o como un insulto?

Conocía a Berenice Spencer de haberla visto en publicidades y por los avances de las tiras en las que había trabajado, pero como el resto de la gente que se movía en ese ambiente, no le merecía el menor respeto. Al margen de que era una pésima actriz, varias veces había aparecido en programas y revistas de chismes arremetiendo contra alguien.

–Conocí a Berenice en una sesión de fotos que le hice cuando trabajaba en la escuela de modelos de mi hermana… y físicamente te le parecés bastante… Pero fue solamente un comentario; espero que no lo tomes a mal –pidió él.

Al observarlo más detenidamente Sofía comprendió la fascinación que ejercía sobre su amiga. Su cuerpo esbelto, la sonrisa encantadora, la voz firme, pero sobre todo, la intensidad y la inteligencia que desprendían su mirada, estremecían el alma. Sonrió también ella y negó con la cabeza. No lo tomaba a mal; simplemente la había sorprendido.

Mientras se sentaba nuevamente y mientras Alejandro se acomodaba a la mesa al lado de Daniela, ella hizo la aclaración:

–Sofía es la dueña de la casa…

Alejandro soltó una exclamación de sorpresa.

–¡La casa de los golpes misteriosos!

Y la conversación comenzó a girar una vez más en torno a aquella extraña experiencia. Quienes habían tenido la oportunidad de convivir con los ruidos no podían dejar de recordarlo como algo siniestro. Solamente Sofía estaba más allá del temor. A ella los golpes le habían parecido tremendamente molestos. No le habían provocado miedo sino deseos de propinarle una buena sacudida a quien los estuviera haciendo. Pero debía reconocer que solamente había sido una noche…

–Yo les propuse llamar a un sacerdote, para que bendiga la casa –soltó Luana, convencida de que esa sería la solución.

Todas las cabezas giraron hacia Sofía a la espera de su reacción. La joven lo pensó un momento. Ella no profesaba el catolicismo, pero si un sacerdote podía acabar con ese fastidio y dejarle la casa en condiciones para poderla alquilar, sería bienvenido. Aldana prometió que al día siguiente iría a la iglesia del barrio para hablar con el cura y pedirle ayuda.

Así lo hizo. Y un par de días después, por la tarde, el mismo cura se presentó en la casa, con una botellita conteniendo agua bendita, y se paseó por todos los ambientes, incluido el entrepiso, murmurando oraciones incomprensibles para las presentes, que solamente repetían la persignación mientras se miraban desconfiadas de reojo, como dudando que el ritual pudiera surtir efecto.

Para corroborarlo regresaron al día siguiente. Nada. Pero también era cierto que los golpes aparecían tras algunos días, nunca de buenas a primeras. Sin embargo, cuando habían transcurrido cinco días sin novedades, decidieron dar por concluidas las dudas y contactarse con la inmobiliaria para que empezara a ofrecer la casa nuevamente.

Sofía y Daniela pasaban el día entero en la casa, solamente para corroborar que todo continuara bien. Algunas de sus amigas pasaban esporádicamente a hacerles compañía, y Alejandro siempre, por las tardes, antes de ir hacia el programa de radio.

Fue una tarde, justamente, en que estaban los tres solos en la casa, cuando los golpes se oyeron una vez más. Pero solamente los oyó Daniela, que se encontraba en el comedor, lejos de Alejandro y Sofía, que habían ido a inspeccionar el galpón. Antes de entrar en pánico logró discernir que el ruido provenía de la calle. Enojada por el susto que acababa de llevarse abrió la puerta. En la vereda, delante del portón,

encontró a Samy. La sorpresa que se llevó no la dejó reaccionar. El niño la miró y sonrió, sin dejar de jugar con su balero, al que embocaba sin siquiera mirarlo.

–¿No está tu amiga, la dueña de la casa? –le preguntó.

Daniela salió de su estupor.

–Sí está, pero no te va a poder atender porque está ocupada. ¿Te puedo ayudar yo? –respondió, aunque suponía lo que el niño le pediría. Y no se equivocó. Samy deseaba un par de rosas.

Daniela le hizo señas para que la esperase un momento, fue a buscar una tijera y regresó. Cortó un par de las flores más hermosas y se las tendió. El niño las tomó con sumo cuidado, sin dejar de jugar.

–¿Son para tu mamá?

Samy asintió y se las agradeció.

–Las rosas son sus flores preferidas.

–Tendrías que decirle que se compre un par de rosales y los plante en su jardín. No porque nos moleste darte las flores, sino porque podría tener rosas todos los días perfumando su casa.

–Antes tenía, pero donde estamos ahora no puede… No hay lugar… –replicó el niño.

Daniela no conocía la casa de los vecinos por dentro, pero supuso que quizás el terreno sería pequeño y ya estaría colmado de vegetación.

–Pues entonces podés venir a pedir rosas cada vez que quieras –lo invitó, sin recordar que la casa estaba pronta a ser ofrecida en alquiler y que si todo salía como lo planeado en poco tiempo habría otra gente viviendo en el lugar.

El pequeño se lo agradeció y se alejó rápidamente.

Dos días después, regresaron los golpes.

Capítulo 41

Capítulo Siete: La otra Berenice - II

El ruido nunca atemorizó a Sofía. Daniela y Alejandro estaban convencidos de que podría quedarse sola en la casa sin que éstos la perturbaran; solamente le provocaba furia la imposibilidad de encontrar la causa y que en estas condiciones no podría ofrecerla en alquiler. Viendo su coraje el miedo de Daniela disminuyó. Hasta se encontró una noche recorriendo la casa por su cuenta en un sentido, mientras Sofía lo hacía en otros sectores, buscando una pista que jamás aparecía, que las pudiera tranquilizar.

–¡Esto es tremendamente frustrante! –rugía Sofía a cada rato, alternando con golpes y patadas, con los que buscaba una similitud del sonido con otras cosas, sin lograrlo.

Cuando hubieron recorrido toda la casa, indagado cada rincón, agotado las hipótesis más descabelladas, sin resultados, Sofía se dio por vencida. Decidió que esperaría unos días, descansaría, se relajaría, y luego tomaría una decisión. No quería dejar la casa vacía, pero el ruido era muy fastidioso: aunque no atemorizara a los inquilinos, de seguro los terminaría hartando.

Permaneció en la casa unos pocos días, acompañada por Daniela, tal como ésta se lo había prometido. Aprovechó para hacer orden y limpieza a fondo, arreglar el jardín y permitir que la luz del sol y el viento que se colaban por las ventanas renovaran el aire. En ese tiempo se hizo amiga de los vecinos y estuvo a punto de recoger unos cuantos animales callejeros, idea de la que desistió cuando se dio cuenta de que cuando regresara a Buenos Aires quedarían más desamparados que antes. Pero se dio el gusto de vacunarlos y desparasitarlos.

Una mañana, mientras barría la vereda, se le acercó la vecina de al lado, la madre de los tres demonios, como acostumbraban llamarla con Daniela y Alejandro. Ya se habían saludado fugazmente varias veces, pero esta vez, la mujer se detuvo a conversar con ella, segura de que Sofía había decidido quedarse a vivir en la casa. La joven la sacó de su error rápidamente.

–Estaré aquí alrededor de un mes, por mis vacaciones y hasta que aparezca un nuevo inquilino –le aclaró, y añadió que si bien cada vez le gustaban más la casa y la ciudad, su vida estaba en Buenos Aires y no podía desentenderse de eso.

–¡Qué lástima! –exclamó la mujer–. Habíamos empezado a encariñarnos con vos. Y con la idea de que la casa no volvería a estar vacía. Lo estuvo

mucho tiempo, y era peligroso, porque los ladrones se escondían allí, en el patio, y luego saltaban los muros para pasar a las casas vecinas, a robar aunque más no fuera la ropa que teníamos en el tendedero. Y hasta ahora tuvimos buenos vecinos, pero con la gente nunca se sabe…

–Me aseguraré de que nuevamente la alquile buena gente –prometió Sofía, aunque al mismo tiempo se preguntaba si lograría alquilarla si no solucionaba antes el problema del ruido.

La vecina era una mujer joven muy simpática y no tardaron en entrar en confianza. La conversación que comenzaron acabó en sus hijos. Cuando Sofía le preguntó si los niños que escuchaba frecuentemente eran suyos, la mujer se sonrojó y asintió. Para Sofía fue muy chistoso oír que la propia madre los llamara "los tres demonios". Los suyos eran chiquillos indomables, que le hacían perder la paciencia desde que se levantaban hasta que se dormían.

Sofía sonrió.

–¿Tiene uno de aproximadamente diez años, llamado Samy?

La vecina asintió, sonriendo.

–Samuel es el mayor. El del medio es Daniel, de siete años, y el más pequeño, Ezequiel, de tres.

–A los otros no los conozco, pero Samy anduvo por aquí un par de veces, pidiendo rosas para su mamá.

La mujer se echó a reír. Ese demonio siempre se le escapaba de la casa; era su especialidad. Cada niño tenía una. Y las rosas no eran para ella, sino para una noviecita que se había hecho en la escuela.

–Podés echarlo si te molesta. Tiene que aprender a no ser tan atrevido –remató.

–¡Para nada; es un niño encantador! –replicó Sofía–. No tengo de qué quejarme.

–¿Estaremos hablando del mismo niño? –rió la mujer.

No se dijeron mucho más. Cada una quería continuar con sus tareas, de modo que se despidieron amistosamente y regresaron a sus respectivas casas.

Capítulo 42

Capítulo Siete: La otra Berenice - III

No importaba de qué estuvieran hablando: en algún momento nefasto, la conversación se desviaba hacia sus familias. Concretamente, sus padres. La felicidad que Daniela sentía de que Olga le hubiera ganado al cáncer, le había hecho poner en segundo plano sus desacuerdos y reproches. Ahora el problema era otro. Lo tenía todo listo para comunicarse con su padre e ir a su encuentro, pero no se atrevía a hacerlo, porque consideraba que ella ya no era la hija digna que él esperaba reencontrar. Había cometido el peor de los pecados: entregarse a un hombre antes del matrimonio. Y aún peor: a uno que no tenía la menor intensión de formalizar con ella.

Sofía, cuya relación con su padre había sido totalmente diferente, no lograba dimensionar la angustia de su amiga. Su padre jamás se había entrometido en su vida sexual ni sentimental; tan solo le había recomendado que se cuidase de cualquier cosa que le pudiese provocar arrepentimiento en el futuro. Es más: Sofía estaba convencida de que si nunca había ahondado con ella en ciertos temas, era por una lógica cuestión de pudor entre padre e hija, acentuada por el gran abismo generacional que los separaba. La angustia de Daniela de a ratos se le hacía exagerada, irreal. Sin embargo, un par de comentarios que oyó de boca de Dina y Aldana bastaron para hacerla cambiar de parecer.

Que Sofía mencionara a sus padres era ya menos frecuente; generalmente aprovechaba las lamentaciones de Daniela para callar las suyas propias. A su madre la había dado por perdida hacía años y luego del descubrimiento de aquella carta –que no la llevó a ningún puerto– tampoco deseaba hablar de su padre. Qué había significado esta casa para él, era algo que había dejado de interesarle. De repente lo que ella había creído siempre que era su pasado se había convertido en una serie de fragmentos imposibles de reacomodar para armar algo nuevo. Simplemente, había quedado suspendida en el medio de la nada.

De ese lugar, la quería rescatar Daniela. Desde el día que Sofía llegó a Resistencia que moría por compartir con ella la conclusión a la que había llegado tras aquella conversación con un vecino, pero era tan grande la posibilidad de estar equivocada y tan grande sería la decepción de su amiga en ese caso, que prefería que otra persona corroborase primero esa información. Era la única razón de que hubiera podido mantener el secreto durante tantos meses, excusándose en la distancia que las separaba. Pero ahora que Sofía estaba en Resistencia cada día le costaba más mantenerse callada. ¡Cuánto necesitaba un consejo! Lamentó que su madre estuviera tan lejos porque hubiera sido la persona indicada. Pero a falta de ella, acudiría a la otra persona en quien más confiaba, para

cuestiones como ésta: Alejandro. Sabía que él sería discreto y objetivo.

–Necesito tu consejo –le dijo, directamente, cuando él llegó a visitarla una noche.

Estaban en la pensión. Sofía se había dado por vencida; había decidido alejarse de la casa, los golpes y la impotente furia que eso le provocaba, para serenarse y pensar tranquilamente la mejor solución. De modo que habían regresado a la pensión, al gentío y al bullicio. Solamente en horas de la siesta y por la noche, antes de dormir, podrían compartir sus confidencias. El resto del tiempo, invariablemente, alguien las acompañaría, imposibilitándoles hablar libremente de aquellas cosas que preferían mantener entre ellas.

Alejandro la miró, asombrado. No era frecuente que Daniela le pidiera consejo acerca de algo, y mucho menos, de esa manera. Parecía grave. Se quedaron en la vereda un momento, pero era tal el tránsito de personas a causa del supermercado que estaba al lado, que Alejandro le propuso buscar otro lugar. Se subieron al auto y fueron hasta la plaza más cercana. Había mucha gente también allí, disfrutando de las primeras horas de la noche, pero encontraron un banco libre y se sentaron.

Daniela fue directa nuevamente. Le hizo jurar que guardaría el secreto y procedió a contarle brevemente la historia familiar de Sofía antes de revelarle lo que había descubierto.

–Ahora no sé qué hacer –confesó luego–. Puedo no decir nada, pero quizás con eso se pierda la última posibilidad de que Sofía sepa qué ocurrió con su madre. O puedo revelarle lo que te acabo de contar, a riesgo de que sean conjeturas mías sin ningún sustento real, ilusionándola inútilmente.

Alejandro suspiró, pensativo.

–¿Y se supone que yo debo darte la respuesta mágica? –sonrió–. Sofía es amiga tuya, no mía. Casi no la conozco. También voy a manejarme en base a conjeturas. ¿Realmente creés que Sofía perdió el interés en saber por qué su padre compró y conservó la casa? ¿No será que se resignó a no saberlo nunca? En las opciones que me presentaste: ¿es mayor la pérdida o la ganancia? ¿Qué tiene más peso: poder descubrir lo que ocurrió o la decepción de seguir una pista falsa? En todo caso Sofía es una mujer adulta. Imagino que sabrá manejar la situación. Sé cautelosa al exponerle tus conjeturas. Hablale de posibilidades, no de certezas. Pero hablale. Si alguna vez fue tan importante para Sofía comprender qué lugar ocupaba esa casa en su vida y en la de su padre, no le niegues el derecho a saberlo. Aunque sea con pistas falsas. Es preferible eso a no

tener nada.

Daniela le agradeció el consejo con una sonrisa.

Ya que estaban solos aprovecharon para contarse las novedades del día y buscaron una heladería donde permanecer un rato más al amparo del calor y saboreando algo que a ambos les encantaba. Alejandro la llevó de vuelta a la pensión antes de ir hacia la radio.

Daniela se propuso hablar con Sofía esa misma noche, cuando estuvieran en el dormitorio. Pero algo que había imaginado muy sencillo de hacer, de pronto se le antojó un terreno resbaladizo, pese a las claras indicaciones de Alejandro. Se dio cuenta de que mentalmente se sentía como si estuviera por hablar con la niña de cinco años que Sofía era cuando perdió a su madre, no con la mujer que era actualmente. Le dio tantas vueltas al asunto, que ella misma perdió el rumbo de la conversación. Sofía se dio cuenta de que estaba tratando de decirle algo, pero no entendía la razón de tantos rodeos.

–¿Te enteraste de algo que podría interesarme? –le preguntó finalmente, más por compasión que por curiosidad.

Daniela la miró a los ojos. Las camas estaban a un metro de distancia una de otra y estaba encendido el velador de su mesita de luz. El rostro de Sofía quedaba en penumbras. Aún así podía notar las ojeras, que acusaban un cansancio amontonado, consecuencia de tantas noches en vela, intentando develar el origen de los golpes.

–No. Hice una deducción…, pero necesito que alguien la corrobore. Por eso me hubiera gustado acudir a Doña Esperanza. Ella con seguridad recuerda…

–Doña Esperanza es una anciana senil. Mezcla sus recuerdos. Dice incoherencias. No creo que te pueda ser de mucha ayuda. Mejor buscá otra persona o contame tu deducción; quizá yo misma pueda ayudarte.

La mente de Daniela retrocedió hasta aquel día cuando tuvo la fortuna de encontrarse con la anciana y tenerla a su entera disposición por unos minutos.

–Yo quería que ella recordara a tu padre o a tu madre; les repetí los nombres varias veces, inútilmente. En cambio me habló de dos personas: un hombre que habitó la casa hace muchos años con sus hijos, y una Doña María, que apareció mucho después –mientras le contaba eso, recordó también que la vieja había hablado de inquilinos que se habían terminado yendo a causa de las molestias que les ocasionaba un niño… y una vez más, sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. No estaba segura de querer contarle también eso. De todas formas, no tenía ninguna

relación con el tema que sí le interesaba.

–Evidentemente esa Doña María dejó huellas en el barrio. El remisero que me llevó a la casa por primera vez también me la mencionó. Pero no dijo nada ilustrativo acerca de ella; tan sólo que esa había sido su casa –acotó Sofía. Tenía mucho sueño y hubiera preferido que Daniela se lo dijera directamente o lo dejara para otro día. Sentía que los ojos se le cerraban contra su voluntad, el cuerpo se le relajaba y sus oídos no lograban captar todas las palabras que pronunciaba su amiga.

–Algo de lo que Doña Esperanza comentó acerca de Doña María me llamó la atención… No sé qué ideas se cruzaron en mi mente, pero de repente lo vi tan claro… Ella me contó que María era una mujer solitaria, que casi no salía, a quien iban a visitar su padre y su marido, ambos viajantes.

Sofía no replicó. Estaba luchando contra la necesidad física de dormir y apenas le había prestado atención a las palabras tan cuidadosamente buscadas de Daniela. Ésta se dio cuenta de que su amiga estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantenerse despierta, de modo que abandonó las sutilezas y lo dijo de una vez.

–Estoy casi segura de que Doña María era tu mamá.

De repente, el cansancio la abandonó. La impresión fue más fuerte. Los ojos se le abrieron desmesuradamente y no pudieron volver a cerrarse ni para parpadear. El zumbido de los oídos cesó. El cuerpo le empezó a pesar, pero de otra manera. Atónita, miró a Daniela. No necesitó hablar: la pregunta estaba en su mirada.

Daniela continuó, satisfecha por el efecto, pero insegura del resultado que esta revelación tendría.

–Hablé con los vecinos; encontré algunos que la habían conocido. Uno me dijo, incluso, que vos te le parecías mucho, físicamente. Eso fue lo que me decidió. Pero no dejan de ser conjeturas…

–¿Dónde está Doña María ahora? –preguntó Sofía.

–Nadie lo sabe. Un día, desapareció. Dicen que era una mujer ermitaña. Nunca hizo amigos en el barrio. Solamente Doña Esperanza. La vieja se encariñó mucho con ella. Y la recuerda. Fue la única a quien permitió entrar una vez a la casa. Algo pasó entonces, que la impresionó hondamente y por eso siempre regresa. Y por eso mi insistencia en buscarla y preguntarle… ¡Estoy segura de que ella sabe adonde se fue Doña María!

Sofía permaneció en silencio unos momentos.

–De acuerdo –murmuró luego–. Mañana será otro día. Mañana pensaremos qué hacer y cómo hacerlo…

Tenía la intención de descansar para compensar las noches anteriores mal dormidas y arremeter desde primera hora con un plan de acción inmediato para develar ese misterio.

Pero no pudo dormir en toda la noche.

Capítulo 43

Capítulo Siete: La otra Berenice - IV

La situación económica de Alejandro fluctuaba. Marisa había conseguido más auspiciantes para el programa de radio, pero divididas entre cuatro, las ganancias eran modestas. Por otro lado, en el diario ya había tenido oportunidad de conocer la inestabilidad que le advirtiera Marcos. Los meses veraniegos estaban siendo imposibles: poca paga, en varias entregas irregulares. Previendo eso, Marcos, que ya había pasado por la situación varias veces, ideó un proyecto que los salvó del apuro. Lo integraban Marcos, Alejandro y Laurita. Marisa no, porque consideraba que ya tenía suficiente trabajo; además, entre su sueldo y el de su esposo sumaban una cifra interesante por mes, que les permitía vivir sin sobresaltos. El poco tiempo que le quedaba libre, quería dedicárselo a sus hijos.

Marcos había negociado con el noticiero del único canal de aire de la ciudad, para venderle un informe semanal sobre temas de interés general. El informe debía ser dinámico e interesante, y no superar los cinco minutos. Los tres sabían que para rescatar cinco buenos minutos deberían filmar y recopilar entre veinte y treinta por lo menos, pero lo hacían a la par del resto de sus tareas, por lo que no lo sentían como algo extenuante.

La idea original de Marcos había sido proponer un disparador y salir a interrogar a la gente. Empero, a nadie parecía causarle mucha gracia que se le acercaran y le echaran una cámara encima para pedirle su opinión sobre un tema, por más básica y concreta que fuera. La mayoría huía. Los que no tenían escapatoria se expresaban tan mal y pobremente, que debían hacer magia en la edición para poder utilizar el material. Eso sí era tedioso.

Sin embargo, Alejandro propuso una alternativa que los salvó. No interrogarían a nadie: denunciarían. Con imágenes. A los mismos idiotas que se negaban a responder sus preguntas. Sólo que ahora serían implacables.

Tenían temas de sobra. Infracciones de tránsito, malas costumbres, la miseria de los barrios periféricos… La única condición que puso el canal era que no atacaran al gobierno provincial ni al municipal, sin importar lo que mostraran ni los testimonios que eventualmente pudieran recoger. Era algo que se podía hacer fácilmente, editando. Pero a Alejandro empezó a molestarle la sensación de la mordaza invisible que le envolvía la boca y lo obligaba a tener cuidado con las imágenes que tomaba y las palabras que privilegiaba en los pocos testimonios que conseguían. De modo que trataban de esquivar los temas espinosos y abocarse a aquellos

que no les acarrearían problemas.

Los informes que proponía Alejandro siempre tenían un fuerte impacto. Era un excelente camarógrafo. No sólo por la calidad de las imágenes que lograba, sino también porque las tomaba sin que nadie se diera cuenta. Los transeúntes solamente veían a un trabajador de la prensa caminando despreocupadamente con la cámara al hombro apuntando a ningún lado, mientras él miraba distraídamente en sentido contrario. Era imposible sospechar que así era como hacía su trabajo.

De esa manera dejó testimonio de la basura callejera: pasajeros arrojando los boletos del colectivo apenas bajaban del vehículo, botellas de plástico y de lata que eran descartadas apenas se vaciaban y en ese mismo lugar, panfletos que todos cogían por gentileza pero que a nadie interesaban, envoltorio de golosinas… La reflexión de Marcos para esa edición se centró en el porcentaje de causalidad que eso tendría en las inundaciones que se producían en la ciudad cada vez que llovía. "La basura tapa los desagües… luego, el agua no tiene por donde escurrirse", señaló, con muy buena puntería, ya que tuvieron oportunidad de filmar una lluvia, las calles inundadas y los desagües taponados de basura, imagen con la que cerraron ese informe.

A pesar de que sólo parecía estar caminando, pensativo en otras cosas, Alejandro tomaba perfectos primeros planos de los infractores y en la edición no tenían reparos en ampliarlos aún más, para que todos los televidentes conocieran y se reconocieran entre los responsables.

En una oportunidad filmó a una mujer arrojando perritos recién nacidos a una laguna. Acto seguido, en cuanto ella se alejó, se tiró al agua y los rescató, uno por uno. De los cinco, solamente uno se ahogó. Apareció con los otros en la pensión, desorientado, sin saber qué hacer. Sofía se hizo cargo de la situación: armó una lista de las cosas que debían conseguir, y entre ella, Daniela, Aixa, Matilde y Aldana se encargaron de atender a los cachorros para sacarlos adelante. En ese informe se incluyó una entrevista a Sofía hablando de la tenencia responsable, que incluía la castración masiva de animales no destinados a la reproducción, para evitar llegar a situaciones extremas de matar a los cachorros o abandonarlos en la calle, engrosando el número de animales callejeros, que redundaba en perjuicio de los humanos, especialmente cuando de zoonosis se trataba. Y en un último plano, la imagen de los perritos ya crecidos, empezando a caminar y con los ojos abiertos, buscando quien quisiera adoptarlos. Apenas había salido el informe cuando los teléfonos del canal explotaron de llamadas, de gente que pedía saber dónde estaban los animalitos y cómo debían hacer para quedarse con uno. Y también llamó una mujer, furiosa, denunciando que la criminal que había arrojado los perritos a la laguna era su vecina, y que además maltrataba a la perra que había parido los

cachorros.

Muchos de los informes se referían al tráfico. Semáforos en rojo no acatados, vehículos mal estacionados, motos que circulaban sobre las veredas o en zigzag entre los autos, el inexistente respeto a la senda peatonal… Pero uno impactó especialmente: la violación a los derechos del peatón. Laura y Marcos se alternaron en las esquinas más transitadas de la ciudad, esperando el momento de cruzar. Llegaron a estar más de diez minutos parados, hasta que un auto se dignó a cederles el paso. Alejandro también tomó imágenes de otras personas intentando lo mismo: ancianos, una mujer embarazada, otra con un bebé en brazos y un pequeño de la mano, un albino, una obesa… Y primerísimos primeros planos del rostro detrás del parabrisas, de quienes solamente continuaban su camino, sin importarles los demás. De esa manera se dio el gusto de dejar en evidencia al mismo intendente de la ciudad, que por estar muy concentrado en el camino que tenía delante no vio a la embarazada bajo el rayo del sol, esperando transpirada el momento de poder cruzar. Por supuesto, tanto ellos como el canal recibieron un llamado de atención desde el municipio por aquella imagen, pero lejos de preocuparse, Alejandro consiguió una entrevista con el intendente, en la cual él debió explicar aquel proceder incorrecto y disculparse, además de reconocer la importancia de predicar con el ejemplo como funcionario público que era.

No era lo que los informes mostraban (pues la ciudadanía convivía con aquellas cuestiones desde siempre) sino su desarrollo y la impecable manera de señalar con el dedo a los infractores, lo que sumó audiencia. Pero pronto tuvieron que sentarse a idear algo mejor porque la gente empezó a reconocerlos cuando iban por la calle y empezó a complicárseles el poder obtener imágenes y testimonios espontáneos.

Capítulo 44

Capítulo Siete: La otra Berenice - V

No sólo su situación económica era delicada. También lo era la familiar. Una noche, al regresar a su casa después del programa de radio, poco después de la medianoche, se encontró con Gabriela. Tras el sobresalto que le provocó verla allí a horas inusitadas cayó en la cuenta de que la presencia de su hermana se debía a que, por más que el enfermero fuera un excelente profesional y lo tuviera todo bajo control, nada se comparaba al amor y los cuidados que prodigaban los seres queridos. Y lo asaltó la culpa. Crudamente. Alejandro era consciente de que se lo pasaba trabajando. El diario, el programa de radio, ahora también los informes. Cambiaba la cámara fotográfica por la filmadora y a ésta por un micrófono con tanta facilidad como otros cambiaban los canales del televisor. Y se lo pasaba en la calle. Si no era tomando fotografías o filmando era en reuniones de trabajo o haciendo el móvil de exteriores para la radio. Ni siquiera los fines de semana tenía tregua, pues el régimen del diario era de francos rotativos, y el medio día que le quedaba libre se juntaba con Marcos y Laurita para continuar trabajando en los informes. Los días que tenía franco en el diario se los dedicaba a Daniela. En conclusión: que a su pobre abuelo lo veía al levantarse, en momentos esporádicos durante el día, y a veces, antes de que se fuera a dormir.

Gabriela le leyó la mirada. Sonriendo cansinamente le revolvió el cabello con la mano, como cuando él era un niño. Con la diferencia de que ahora debió estirar su brazo hacia arriba para poder hacerlo.

–Está bien, Alejandro; vine porque sé lo mucho que trabajás –murmuró–. Ahora es mi turno. Durante muchos años vos lo atendiste y le hiciste compañía, mientras yo me dedicaba a mi profesión. Hoy se invirtieron los papeles.

Eso no disminuía su mortificación. Desde que regresara de su último viaje había visto como su abuelo empezaba a consumirse dramáticamente. Hasta podía jurar que el hombre que saludaba cada mañana era visiblemente más anciano que el del día anterior. No quería mencionarlo, ni siquiera quería pensar en ello, pero le atenazaba la garganta el miedo a que en cualquier momento algo pudiera pasarle.

Esa noche no descansó como habitualmente, atento a cualquier sonido que saliera de la habitación de su abuelo. A la mañana siguiente se levantó primero y fue quien lo ayudó a prepararse para el desayuno. Para Jorge fue una gran sorpresa encontrar a su nieto tras su pedido de ayuda y no al condenado enfermero. No tenía nada en contra del hombre, en realidad. Era educado, muy paciente, firme y delicado a la vez, y una compañía interesante: sabía cómo sostener un entretenido diálogo cuando

lo notaba aburrido, pero también sabía reconocer su necesidad de silencio y soledad, y la respetaba. Sin embargo, lo frustraba tener que pasar las horas con ese extraño. Nada se comparaba a la felicidad de poder compartir algún momento con sus nietos.

Alejandro aprovechó su próximo franco para pasar el día entero junto a su abuelo. Lo llevó hasta el jardín y se pusieron al resguardo del sol, cerca de los árboles y las plantas, que estaban en su momento de mayor brillo y color.

–Tu abuela trabajó años en este jardín. Todo lo que hoy disfrutamos se lo debemos a ella –murmuró Jorge, tristemente.

–¿No te gustaría volver a verla, abuelo? –preguntó Alejandro. Cada vez que pensaba en eso, se le hacía difícil entender cómo un matrimonio que había sobrevivido tantas tempestades se hubiera dejado vencer por la última. Que cuando recién se separaran los embargara el resentimiento y se negaran a saber nada el uno del otro era comprensible, pero que siguieran en la misma postura dieciocho años después, en el ocaso de su existencia, cuando deberían haber estado suavizando las diferencias y haciendo las paces con la vida, le parecía increíble.

Para su sorpresa, la respuesta de su abuelo le dio la razón.

–¡Por supuesto que sí! Pero es ella la que se separó para siempre de mí –hizo silencio un momento–. Yo cometí muchos errores, Alejandro: era muy impulsivo y carecía totalmente de la capacidad de medir las consecuencias de mis actos a futuro. Hice mucho daño de esa manera… no sólo a tu abuela. Pero ya no lo puedo compensar. Me gustaría que no te me parecieras tanto en eso… –añadió, mirándolo de reojo.

El muchacho sabía que se refería a su debilidad por las mujeres. Su abuelo había conocido a Daniela y hasta le había tomado cariño, pero según le confesó, no se animaba a entusiasmarse, porque temía que en cuanto lo hiciera, Alejandro se enredara con alguien más. Y tenía toda la razón.

Le dolía el corazón, profundamente, y hasta el momento no se había atrevido a confesar su tormento a nadie. Justo cuando creía que había logrado la madurez en sus emociones, la capacidad de apostar a lo mejor y sostenerlo en el tiempo… apareció ella. ¡No se la podía quitar de la mente! Trataba de aturdirse con el trabajo, exigiéndose más allá de sus límites, para poder mantenerse concentrado en otras cosas, porque en cuanto sus pensamientos quedaban libres… volaban hacia ella.

Berenice… No era Berenice, ya no. Pero era igual. No. Era mejor. Tenía la belleza y la simpatía de Berenice, pero una personalidad completamente distinta. Sin pretenderlo, su sola presencia seducía. Siendo una persona

que exigía su propio espacio, respeto por sus tiempos y defensora acérrima de su libertad de acción, emanaba un encanto que lo había hecho caer rendido a sus pies. Supuso los primeros días que tan sólo le recordaba su aventura con Berenice y le había despertado el deseo de repetirla, pero luego observó asombrado que no se trataba de un arrebato físico. Realmente la amaba. Le bastaba con verla, estar a su lado un momento, intercambiar un breve saludo, para que su día estuviera completo. El día que su mano rozó sus dedos, mientras arreglaban el jardín trasero de la casa, se sintió como si hubiera tocado el Cielo. Un temblor le subió por las piernas y se detuvo en su pecho, quitándole el aliento, obligándolo a darle la espalda so pretexto de haber descubierto una maleza, para que ella no lo notase.

Quería arrancársela de su mente, pero no podía. Anhelaba y temía al mismo tiempo, el día que ella regresara a Buenos Aires. Sabía que ese día su vida quedaría irremediablemente vacía y no tendría cómo volverla a completar…

Pero al mismo tiempo estaba Daniela. Nunca la había amado con esa intensidad pero sí lo suficiente como para sentir que se debatía en el infierno cada vez que la miraba a los ojos y leía en los suyos la petición de otra noche juntos. Nunca se negaba aunque cada vez le costaba más. No era él mismo, por más que se esforzara. Y ella lo notaba… Y eso, a Alejandro, lo hundía en una culpa sin retorno. Porque no quería herir a su novia; no quería que un proyecto al que ambos habían apostado terminara siendo otra efímera historia fracasada…

Esa mañana, mientras permanecía sentado junto a su abuelo, conversando, juntó coraje y le dejó entrever lo que estaba pasando.

–Abuelo, ¿alguna vez te tocó elegir entre dos mujeres?

El viejo sonrió, adivinando lo que vendría a continuación.

–Mi problema fue que nunca pude elegir –respondió–. De joven era muy seductor. Y ninguna se me negaba. De esa manera terminé embarazando a tu abuela y me vi obligado a casarme con ella. Pero no perdí mis mañas. Ahora me arrepiento.

–¿Alguna vez amaste intensamente a una mujer estando con otra? –insistió Alejandro–. ¿Cómo puede saber un hombre cuál de todas las mujeres que conoció y conoce, es la indicada para pasar juntos el resto de la vida?

–Amar intensamente es el primer paso, pero no el único ni el último –le advirtió Jorge–. El entusiasmo pasa, la novedad también, y la rutina y la convivencia son dos monstruos implacables que hay que saber conquistar y vencer. Se debe construir una historia con esa mujer que se ama

intensamente. Un vínculo. Que sea lo suficientemente poderoso, como para que –si alguna vez aparece otra mujer que amenace con hacer zozobrar la relación– ese ancla puesto en la vida impida al hombre caer al abismo. Yo amé apasionadamente muchas mujeres, estando ya casado con tu abuela, pero su cariño, su devoción y los hijos que teníamos me impedían ir más allá de una aventura. Claro que me costó llegar a esa instancia. Porque yo no estaba profundamente enamorado de ella cuando nos casamos. De haberlo estado, todo habría sido mucho más fácil.

Hizo silencio un momento y lo observó. Alejandro tenía la mirada perdida. Sin duda, analizaba cómo poner en práctica sus consejos. Finalmente, agregó:

–No le hagas eso a Daniela. Sé sincero. Si acabás de descubrir que otra mujer te gusta más que ella y creés que la relación puede ir en serio, decíselo. Ella también tiene derecho a estar con alguien que la ame, la desee y la valore de verdad.

–¿Y si fuera una quimera? ¿O si fuera de verdad, pero aun así, no hubiera la menor posibilidad de concretar nada con esta otra mujer? –murmuró Alejandro.

–Aún así, Daniela se merece alguien que la ame de verdad y no alguien que se esté conformando con ella. Y a vos tampoco te va a hacer ningún bien permanecer a su lado si en realidad te gusta otra. Es preferible que te permitas pasar un tiempo solo, curando tus heridas y pensando tranquilo qué rumbo tomarás de ahora en más.

Nuevamente se hizo un silencio. Cuando habló, Jorge no esperaba una respuesta; tan sólo, pensó en voz alta.

–Uno de los desacuerdos sin remedio que tuvimos con tu abuela, fue que ella me recriminaba que yo hacía diferencias entre mis nietos. Decía que demostraba abiertamente mi predilección hacia vos. Yo me enojaba. Porque siempre amé y sigo amando a cada uno de mis nietos y me esmeraba en demostrárselos. Pero es cierto. Vos siempre fuiste especial para mí. Sos mi único nieto varón que lleva mi apellido. El que se lo pasará a la siguiente generación, cuando tengas hijos. Yo también fui el único varón del único hijo varón de mi abuelo. Y el nuestro es un apellido en extinción. ¡Cuánto me gustaría vivir hasta poder tomar a tu hijo en mis brazos!

Alejandro no replicó. No era el contexto indicado para recordarle a su abuelo que un hijo no entraba en su proyecto de vida. Se permitió fantasear un momento. Un hijo… Había hablado una vez del tema con Sofía; en realidad sólo había sido un comentario al pasar. Y lo sorprendió escuchar que ella pensaba igual que él y por los mismos motivos. “El

mundo apesta”, había dicho. “Lo mejor que puedo hacer por mis hijos, es evitarles nacer”.

Capítulo 45

Capítulo Siete: La otra Berenice - VI

Cuando los perritos fueron entregados en adopción Sofía y Daniela regresaron a la casa. No se instalarían allí: volverían a almorzar, cenar y dormir a la pensión, pero Sofía necesitaba resolver qué haría con la propiedad y no podía pensar con claridad entre el bullicio de sus amigas estudiantes y la compañía de Aldana. El hecho era que no podía alquilarla hasta haber resuelto el problema de los ruidos, pero tampoco quería dejarla vacía, porque además de garantizarle el deterioro era una importante suma de dinero que estaba perdiendo por mes. En medio de su indecisión, agradeció una vez más a Raquel su insistencia en que pusiera su propio consultorio veterinario, que le permitía manejar sus tiempos y prioridades, pues lo que había supuesto un reparador viaje de vacaciones durante febrero, se había prolongado a marzo.

La casa estaba en silencio, tranquila. Aburridas, las jóvenes se sentaron en el jardín delantero, a la sombra de los árboles. Ninguna de las dos lo dijo, pero ambas esperaban que en cualquier momento apareciera el niño de la vecina a pedirles flores para su mamá. Daniela recordó el detalle de que los golpes comenzaban siempre tras haber visto a esa criatura, pero le pareció ridículo sentir miedo desde la perspectiva de una mañana soleada.

Samy no apareció, pero la que sí pasó delante de la casa fue su madre, con las compras del supermercado. Al verlas se puso a conversar con ellas, a través del portón. Esta vez les dijo su nombre –se llamaba Mariel– y las invitó al cumpleaños del niño. Samuel cumplía once años esta semana, y lo celebrarían con una fiesta el sábado por la tarde, a la que estaban invitados todos sus amiguitos, familiares y vecinos.

–Si creen poder soportar el ruido y el desorden que provocan el batallón de niños, las espero –bromeó Mariel antes de continuar camino hacia su casa.

Este sábado sería el franco de Alejandro. Sabiendo eso, Sofía liberó a Daniela del compromiso.

–No es necesario que vayas: yo lo haré. Le compraré un regalito en nombre de las dos y pasaré a saludarlo un momento. De paso será una ocasión para reencontrarme con los vecinos.

Toda la semana se lo pasaron yendo y viniendo de la casa. Curiosamente no se cruzaron una sola vez con Doña Esperanza ni Samy se acercó a pedir más rosas. Tampoco escucharon los golpes. Para Sofía era frustrante. Finalmente decidió poner la casa en alquiler, pensando que en

caso de que ese ruido fastidioso se hiciera presente una vez más, no tendría inconvenientes en negociar con los inquilinos una suma más baja, para compensarlos.

El sábado ambas fueron al centro a elegir un regalo para Samy. Sofía siempre lo había visto con ese balero que manejaba con suma maestría, pero suponía que un niño de once años disfrutaría de cualquier regalo en tanto fuera un juguete. Totalmente ignorante en la cuestión, ya que no había tenido hermanos, y asesorada por alguien que tampoco, finalmente se decidió por un juego de ingenio clásico, de los que ella y Jonathan habían disfrutado en su infancia. Suponía que siendo uno de tres hermanos también los otros dos niños le sacarían provecho.

Regresaron hasta la casa a pie, sin dejar de hablar y reír en todo el trayecto. El tórrido viento norte de los últimos días de verano las envolvía de manera agobiante, pero aún así, las amigas continuaron concentradas en su conversación, sin prestarle atención a nada más. El cielo azul, el sol radiante, el aire caliente y la compañía de la voz de Daniela haciendo el recorrido más ameno. Fue la última sensación real que Sofía palpó con su alma antes de que una serie de hechos extraños quebraran en un antes y un después su percepción de la vida.

El primero de estos hechos la estaba esperando delante de la casa: Teresa. Les llamó la atención que estuviera sola, cuando la postal frecuente era verla arrastrando a su madre consigo mientras la regañaba. Tenía una pequeña caja de zapatos debajo de un brazo, y evidentemente no era la primera vez que golpeaba las manos. Cuando las jóvenes se le acercaron, giró hacia ellas. Les impresionó ver lo demacrada que estaba.

–¿Vos sos Sofía, no es cierto? –pregunto, pasando por alto el saludo, y mirando a Sofía a los ojos.

Ella asintió, en silencio.

–Bien, creo que esto es para vos –continuó Teresa, mientras le entregaba la caja. Tenía escrito “Sofía” con un elegante trazo negro en la tapa. Antes de que las chicas atinaran a preguntar nada, continuó–. Mi madre falleció hace unos días. Ordenando sus cosas encontré esto. No tenemos Sofías en la familia ni entre nuestros allegados, así que supuse que podría tratarse de vos.

La noticia estremeció a las jóvenes. Quisieron ofrecerle un pésame a Teresa pero ella las interrumpió amablemente.

–Para ella, fue lo mejor. Y para nosotros también, siendo sincera. Siempre vamos a extrañar a la mujer maravillosa que fue antes de que la enfermedad se la llevara, mucho antes de morir definitivamente –sonrió a través de unas lágrimas desobedientes que contradecían el resto de su

postura, se despidió y se alejó, a paso firme y veloz.

Sofía y Daniela la vieron alejarse antes de abalanzarse sobre la caja.

–¿Qué tiene adentro? –quiso saber Daniela, curiosa. Sofía le hizo un gesto. Mejor entraban, dejaban el regalo para Samy en algún lado y se sentaban a indagar tranquilas. Así lo hicieron. Además de refrescarse un poco y aligerarse de ropas, aprovechando la intimidad de la casa.

Se sentaron en el sillón doble, ansiosas. No imaginaban qué podía contener esa caja, pero suponían que debía ser algo importante, quizás relacionado con las delirantes deducciones de Daniela.

Lentamente Sofía quitó la tapa, que tenía una consistencia débil, extraña, como si demasiados años de humedad le hubieran ganado la guerra. El sobre y algunas aparentes fotos que había en el fondo de la caja le habrían llamado la atención, si al primer plano no se lo hubiera robado un juguete desgastado de madera, sin brillo, con el cordel roto… En aquel momento eterno del primer vistazo, y a pesar del terrible calor, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Ante la sorpresa de Daniela, que no entendió lo ocurrido, cerró la caja y la hizo a un lado.

–Perdoná, no me siento preparada para ver lo que hay adentro –se disculpó–. Fue igual cuando Jonathan me dio esa carta de mi mamá. Necesito tiempo para procesarlo… No estoy preparada para lo que pudiera encontrar.

–De acuerdo; no tenés que disculparte –replicó Daniela, dulcemente.

Pero Sofía no podía controlar su temblor. Tenía una sensación horrible en el pecho. Y lo peor, era que no la podía explicar.

Capítulo 46

Capítulo Siete: La otra Berenice - VII

Alejandro había tomado la decisión. Se sentía nervioso, inseguro, hasta brutal…, pero hablaría con Daniela y le sería sincero. No podía continuar la relación. Sabía que la soledad volvería a ceñirlo con toda su fuerza, pues Sofía jamás aceptaría en su vida al que había sido el novio de su mejor amiga, pero aún así, prefería –como se lo aconsejara su abuelo– acabar con el engaño en que mantenía a Daniela y a todos, incluido él mismo, y permitirse un tiempo a solas, del que esperaba salir fortalecido.

El dolor que sabía que esto le ocasionaría le retorcía el alma. A pesar de que lo dejaba en el lugar de patán, había preferido siempre llevar la relación a un punto sin retorno y que fuera la mujer quien tomara la decisión de ponerle fin. Era humillante por un lado, pero al mismo tiempo, lo liberaba del tormento de saber que había destruido sus sentimientos. Sentimientos que jamás habrían estado en riesgo de no haber sido Alejandro tan obsesivamente claustrofóbico en cuanto a compromisos se tratara.

Había empezado a hacer el intento con Daniela, pero no tenía paciencia para soportar el largo proceso que eso suponía. Porque, evidentemente, ella lo amaba tanto que era capaz de tolerar cualquier cosa con tal de continuar a su lado. Incluso su apego por el trabajo y sus amigos y su constante roce con mujeres exuberantes de la farándula.

Aquel sábado por la tarde, cuando se encontraron, poco antes del ocaso, Daniela supo que no sería como los demás sábados. Algo en la mirada esquiva de Alejandro, incluso en la postura entristecida de su cuerpo, se lo anticipó. A pesar de que se había preparado para cuando este día llegase, le dolió que fuera tan pronto.

Le ahorró las preguntas obvias y el berrinche. Supuso que él estaría esperando esa reacción por parte de ella, y disfrutó de su asombro por la tranquilidad con que aceptó su decisión. También notó cuánto se esforzó Alejandro en no herirla a pesar de la irremediable crudeza de su sinceridad, y se lo agradeció.

–Me siento un miserable –confesó finalmente Alejandro, que no lograba relajarse a pesar de la resignada aceptación de Daniela–. Yo… no sé qué decirte –quiso agregar que realmente había apostado a esta relación, deseando que funcionara, y quiso culpar al misterioso designio del corazón por el fracaso, pero sonaba demasiado ridículo. Daniela no se merecía una burla en la última conversación que estaban teniendo como pareja.

–No tenés que decirme nada –replicó ella, haciendo un esfuerzo sobrehumano por que su voz sonara natural–. Ambos sabíamos que esto podía pasar… Sabíamos que pasaría. Porque tenemos ideas y metas muy diferentes para nuestras vidas. Tomaste la mejor decisión a largo plazo, no lo dudes… Aunque se me esté partiendo el corazón…

Unas lágrimas resbalaron por sus mejillas y antes de que pudiera controlarlo empezó a estremecerse con sollozos involuntarios. Alejandro se le acercó aún más, la tomó de la cintura y la abrazó, dulcemente. Cada una de esas lágrimas se le clavaba en el corazón como un puñal. Quería consolarla, deseaba poder ofrecerle algo mejor a cambio de la pérdida que le estaba provocando, pero no sabía qué… Apoyó su mejilla contra la cabeza de Daniela, silencioso, pensativo, pero solamente se le ocurrían idioteces.

Finalmente, Daniela se desasió de él y lo miró a los ojos, suplicante.

–¿Puedo pedirte un favor? –susurró–. ¿Podemos estar juntos una vez más…, por última vez?

Alejandro la miró, asombrado.

–¿Estás segura? –replicó.

Ella asintió, convencida.

–Fuiste mi primer amor. El verdadero. El que dejó en mi corazón una marca que jamás olvidaré. Necesito cerrar esta historia con la misma pasión y dulzura con que la empezamos–le rogó.

Lo que menos deseaba Alejandro en ese momento era eso, pero no podía negarse. No, después del dolor que le estaba provocando. De modo que asintió y señaló hacia su auto.

–Vamos a casa –murmuró–. Solamente están mi abuelo y el enfermero. Nadie nos va a molestar.

Marcharon en silencio. Para Alejandro esto era extraño, muy extraño, y aun más incómodo que aquella primera vez, cuando descubrió que Daniela era virgen. Para Daniela era la cuenta regresiva de un dolor que había empezado a expandirse sordamente.

El la amó tímidamente al comienzo, como si estuviera usurpando algo que ya no le pertenecía. Ella se entregó con todas sus fuerzas, en un dejar ir el cuerpo para intentar asir el tiempo e impedirle avanzar hacia un futuro que ya no la seducía. Mientras ella se aferraba a él, exigiéndole más, él se mordía los labios para que el nombre de Sofía no se escapara de ellos. Sabía que también sería su última vez durante mucho tiempo, el que

precisara para terminar de cicatrizar aquella herida que había abierto Berenice y que Sofía agudizó.

Cuando terminaron, mientras permanecían abrazados y en silencio, Alejandro sintió que algo en su corazón se enfriaba y se quebraba para siempre.

–Voy a extrañar esto –murmuró Daniela, de repente, mirándolo a los ojos–. Voy a extrañar esto mucho más que cualquiera de las otras cosas que hacíamos juntos.

Alejandro no pudo evitar sonreír.

–¿Eso fue un comentario solamente o una propuesta?

Ambos echaron a reír. Era una manera de liberar tensiones. Pero sabían que aunque fuera cierto, era imposible.

–No podría aceptar que fueras mi amante porque sería denigrarte –murmuró Alejandro–, aunque no puedo negar que la oferta me resulta tentadora. Pero vos no sos esa clase de mujer, Daniela. No lo soportarías. Además, te merecés alguien que te ame, pero que te ame de verdad, que haga suyos tus sueños de casarte y formar una familia. Eso es algo que yo jamás te podría ofrecer, sin importar cuánto te ame. Y no es justo para vos. No es justo que cualquiera de los dos deba resignar sus sueños para satisfacer al otro… y si no hay sueños en común ¿hacia dónde avanzaría una pareja? ¿Cuál sería el sentido de seguir juntos?

Daniela suspiró. Era cierto lo que planteaba Alejandro, cada una de sus palabras. Y si no hubo lugar para el berrinche ni el reproche, tan sólo para lágrimas resignadas, era porque lo sabía desde el primer momento. Pero no era menos cierto que ahora le costaría acostumbrarse nuevamente a la soledad y que la piel le dolería por las noches, reclamando el calor del cuerpo de Alejandro y sus caricias.

Capítulo 47

Capítulo Siete: La otra Berenice - VIII

Cuando Alejandro pasó a buscar a Daniela, Sofía se despidió de su amiga con un par de besos en las mejillas y de él haciéndole un gesto con la mano, y fue con el regalo bajo el brazo a la casa de al lado. Mariel la recibió con exclamaciones de alegría; la hizo pasar y tomar asiento junto a los invitados que ya habían llegado.

La mesa estaba generosamente servida. Había bocadillos salados y dulces –la mayoría preparados por la propia Mariel–, un par de tortas, gaseosas, chocolatada, té y café. Los adultos presentes (la mayoría madres, aunque se destacaban entre el montón un par de padres) estaban sentados alrededor de la mesa, conversando animadamente. Parecía no molestarles el barullo que hacían los niños, que corrían, gritaban y saltaban por todas partes, ni la música de fondo, que apenas podía oírse.

"–Dios me libre y guarde de tener alguna vez semejante caos en mi casa" –pensó Sofía, a quien los niños nunca le habían gustado particularmente, mientras lo disimulaba con una amplia sonrisa con la que saludó uno por uno a todos los presentes. Como había supuesto, la ocasión se parecía mucho a una reunión de padres: la conversación de los adultos se centraba en sus hijos. Algunos le preguntaron si tenía niños, pero cuando ella respondió que lo más parecido a un hijo que tenía era su gato de seis años, los demás perdieron el interés en ella y continuaron conversando acerca de los problemas, la indisciplina y la haraganería de los críos, el agotamiento con que terminaban el día, los consejos de los psicopedagogos de la escuela (que solamente ellos mismos podían aplicar exitosamente), y cuantas cosas más que a Sofía no le interesaban ni remotamente. Apenas acababa de llegar, pero ya intuía que se aburriría a morir. Mariel apareció a rescatarla.

–Ella es Sofía, nuestra vecina de al lado. Es de Buenos Aires, pero cada tanto hace un viajecito para estos lados. Yo la quiero convencer de que no se vuelva más, porque es una vecina excelente, ¡incluso soporta el tumulto que todo el día hacen mis tres demonios, sin quejarse! –bromeó, y con esa última frase conquistó a todos, que se olvidaron de sus hijos y los disgustos que les provocaban, para acercarse a conocer a Sofía.

De todas formas, ella prefería no extender su presencia en la ocasión. Excepto a Mariel y Samy, no conocía a nadie más: la sala estaba repleta de los padres de los compañeros de la escuela de Samy, no de los vecinos, a los que sí le hubiera encantado volver a ver.

Hubiera deseado que el niño se hiciera presente en algún momento, para tener la excusa de entregarle su regalo, cruzar dos palabras e irse,

cumplido ya su cometido, pero no alcanzaba a divisarlo entre la ráfaga de niños que constantemente entraban y salían del comedor.

Afortunadamente para ella, pronto Mariel decidió que ya era hora de cantar el cumpleaños feliz, soplar las velitas y comer la torta. Impaciente, Sofía observó atentamente entre la jauría de niños. Excepto dos o tres, todos tenían el cabello oscuro. Fue cuando la asaltó por segunda vez en el transcurso del día, la sensación de que el suelo se estaba abriendo a sus pies y que ella flotaba sobre una irrealidad incomprensible. De los tres niños rubios que había descubierto, ninguno era Samy. Como tampoco lo era el chico de tez trigueña y cabello enrulado y negro que se situó frente a la torta, con una indescriptible expresión de felicidad, viendo como su madre encendía las velitas y empezaba a cantar para que los demás se sumaran.

Sofía sintió que una corriente eléctrica helada le subía desde los pies a la cabeza, estremeciéndola hasta los huesos. Logró sostener su sonrisa y cantar junto a los demás, pero en cuanto pudo, se escabulló elegantemente alegando una excusa espontánea, dejando su obsequio en la mesa de los regalos, antes de tener que saludar a ese niño desconocido. Cuando llegó a la vereda notó que todo giraba vertiginosamente a su alrededor. Temblorosa, respiró hondo, tratando de tranquilizarse. Después de todo, ¿qué era lo que tanto la había perturbado? Seguramente había otro Samuel en el barrio y eso se había prestado a confusiones. Ya se lo preguntaría la próxima vez que lo viera, porque –estaba segura–, el niño regresaría pronto, a pedir más rosas para su mamá.

Sin embargo, y a pesar de la convicción que sentía, su corazón no lograba dejar de galopar, aterrorizado…

Capítulo 48

Capítulo Siete: La otra Berenice - IX

Tener que salir de la cama fue el momento más duro. Para ambos. El cuerpo de Daniela había empezado a extrañar a Alejandro, a pesar de que aún lo tenía a su lado. Observaba cada uno de sus movimientos como si quisiera grabárselos para siempre, para regodearse en la melancolía del recuerdo hasta poder superar este trago amargo. Alejandro se sentía más culpable a cada instante. Quería decir algo que la reconfortara, pero ninguna idea brillante acudía en su ayuda. Al menos, ya no lloraba.

–Matilde tenía razón –suspiró, finalmente–. ¿No era ella quien te advertía que nada bueno podía traer yo a tu vida?

Daniela se encogió de hombros. No sólo Matilde. Unas cuantas de sus amigas en la pensión no terminaban de entender qué hacía al lado de un hombre como Alejandro. Matilde era quien la perseguía con más furia, advirtiéndole que era evidente que él no la amaba, que solamente quería usarla para engrosar el número de féminas que habían pasado por su cama, y que la esperaba un futuro miserable si no recapacitaba a tiempo. Sin embargo, no se arrepentía. El par de meses que había pasado junto a Alejandro habían sido los más felices de su vida. Nunca olvidaría la ternura y el respeto con que él la había tratado a pesar de sus muchas y abismales diferencias, que no había conocido en sus relaciones anteriores.

–Si te sirve para que no te atosiguen, podés decir que vos decidiste terminar la relación –le ofreció Alejandro– De todas formas nadie lo pondría en duda. Siempre estoy yendo a contramano del mundo, con mis horarios apretados, trabajando todo el día, los siete días de la semana, atendiendo a mis afectos en los huecos que me quedan… Tenés derecho a haberte hartado.

En ese momento a Daniela aquello no le importó. Pero se permitió jugar dos minutos con su imaginación y, efectivamente, no sería la misma reacción la que obtendría de sus amigas si les decía que Alejandro había cortado a que si les decía que se había cansado de él y había decidido ponerle un punto final.

–Lo que decidas, decímelo, para no contradecirnos cuando nos pregunten qué pasó –le pidió él. Nada en la expresión de su rostro, ni en su postura corporal ni en su tono de voz, delataban que realidad necesitaba escudarse en esa mentira para sentirse menos miserable y para liberarse del dedo acusador con que varios lo señalarían si trascendía la verdad.

–De acuerdo –asintió ella–. Diremos que yo me cansé y que preferí cortar antes de que las diferencias pasaran a mayores. Solamente espero poder ser convincente al hacerlo… –murmuró, sintiendo que las lágrimas empañaban sus ojos nuevamente.

Se le acercó y lo abrazó por última vez. Alejandro respondió mecánicamente. Esperaba que Daniela no se echara a llorar aquí y ahora; lo que menos quería era que su abuelo se despertara y tener que contarle lo que había pasado. No quería provocarle una nueva decepción.

–No te preocupes; voy a estar bien –susurró ella, secándose las lágrimas, al percibir su tensión.

Alejandro estaba por replicar cuando oyó un ruido inusual saliendo del dormitorio de su abuelo. Ambos permanecieron atentos y en silencio por unos segundos. Efectivamente, algo pasaba. Terminaron de vestirse rápidamente y salieron de la habitación. En la sala de estar se encontraron al enfermero, preocupado, con el teléfono en la mano, marcando insistentemente unos números. Alejandro sintió como si una pelota de plomo lo hubiera golpeado en el estómago.

–¿Qué pasó? –le preguntó, en un susurro.

–Tu abuelo está mal, Alejandro. No puede respirar. Ya no es suficiente con los medicamentos –respondió el enfermero, volviéndose para pedir una ambulancia a la persona que lo atendió al teléfono.

Alejandro palideció.

–¿Qué hago? –preguntó.

–Nada –replicó el enfermero–. Podés avisarle a tu hermana si querés. La ambulancia pronto estará acá y lo llevaremos a internar.

Daniela los miró a ambos, sin saber qué hacer. Sentía que estorbaba, presenciando un momento tan íntimo. Quería ser útil en algo, pero tras la respuesta que el enfermero le había dado a Alejandro, no se animó a hablar. Al mismo tiempo deseaba escabullirse, pero no había una manera humanamente correcta de hacerlo. Como amiga de Alejandro, pues ya no podía considerarse nada más, le preguntó en qué lo podía ayudar. Él hubiera preferido pagarle un remise que la llevara directo hasta la pensión; no la quería cerca en medio del caos que se avecinaba, pero tampoco le parecía correcto echar de su vida de esa manera a quien hasta hacia un par de horas había sido su novia.

–Quedate conmigo. Ayudame a buscar la agenda; tengo que avisarle a

Gabriela –le pidió.

Mientras Daniela buscaba la agenda (adivinando dónde podría haberla dejado Alejandro la última vez que la usó), él corrió al dormitorio de su abuelo. Tembloroso, tratando de ocultar su ansiedad, le sonrió y se arrodilló delante de la cama, para quedar a la altura de su cabeza.

–¿Qué pasó, abuelo? La ambulancia está en camino. ¡Vas a estar bien! –le aseguró.

Jorge ni siquiera lo miró a los ojos. En ese momento entró el enfermo y lo echó de la habitación.

–Avisame cuando llegue la ambulancia –le pidió, mientras se inclinaba sobre el enfermo.

Cuando Alejandro volvió a la sala de estar, Daniela tenía la agenda en la mano. Él se lo agradeció con una sonrisa, buscó el número de teléfono de Gabriela y la llamó. Su hermana estaba en pleno trajín con los niños, preparándolos para la cena. En cuanto oyó lo que Alejandro le dijo le pidió que telefoneara a su abuela y a Fabiana a Buenos Aires, para avisarles. Ella saldría ya mismo hacia la casa.

Hablar con su otra hermana y su abuela tenía un sabor extraño para Alejandro. El dolor por la prolongada ausencia. La angustia, porque ninguno de ellos seguía siendo los que habían sido la última vez que compartieron un momento juntos, antes de separarse. La melancolía por volver a sentirse niño otra vez, seguro y feliz en los brazos amorosos que lo cuidaban. La triste resignación de saber que el tiempo jamás volvería; que simplemente, seguiría su sendero inexorable…

Marcó el número y aguardó. Al tercer timbrazo, una voz profunda y cansada lo saludó.

–Abuela, soy Alejandro –él no tenía la menor idea de cómo contarle lo que estaba pasando; le parecía una idiotez decirle que no se preocupara, porque –al contrario– lo que estaba ocurriendo era grave. Pero tampoco era necesario asustarla con algo que a semejante distancia no podría manejar–. Te llamo para avisarte que están internando al abuelo.

–¿Por qué? ¿Qué tiene? –le preguntó aquella misma voz, pero no parecía angustiada, quizás sorprendida solamente.

–Le cuesta un poco respirar y los medicamentos ya no surten efecto. Simplemente queríamos que lo supieran. Gabriela y yo les avisaremos las novedades.

–De acuerdo, Alejandro. Te lo agradezco. ¿Ustedes están bien? ¿Vos, Gabriela, los chicos…?

–Sí, abuela; estamos bien –respondió el muchacho. Había esperado otra reacción de parte de ella; le dolió que su abuela, en lugar de preocuparse, demostrara tamaña indiferencia con el que había sido su compañero de vida. Pero no dijo nada. Simplemente se despidió de ella, dejándole saludos para Fabiana. Luego se volvió hacia Daniela–. No sé cómo vaya a continuar esto… No te puedo pedir que te quedes a acompañarme… Creo que se avecina una noche larga e incierta…

La joven asintió. Tampoco era su deseo presenciar una situación que se vislumbraba dramática y de dudosa resolución, pero le resultaba odioso exteriorizar su alivio.

–¿Me vas a avisar si necesitás algo, si puedo ayudar en algo? –preguntó.

Él asintió. Buscó su billetera y sacó unas monedas. Daniela las rechazó. Alejandro insistió.

–Yo te traje, tendría que llevarte de regreso, pero no puedo…

–¡Por supuesto que no, Alejandro; están por internar a tu abuelo! No te preocupes por mí: estaré bien –replicó ella, colgándose su bolso al hombro. Él la retuvo y puso las monedas en sus manos, al tiempo que señalaba el teléfono con un gesto de la cabeza.

–No quiero tener que precuparme también por vos. Por favor, llamemos un remise. Quiero asegurarme de que llegues bien a la pensión.

Aquello era, para Daniela, una exageración, producto del estrés por la situación que Alejandro estaba viviendo. Sin embargo, aceptó el dinero y que él llamara una unidad de una empresa de confianza. Pocos minutos después el auto estacionó frente a la casa. Detrás se colocó el auto de Gabriela y delante de ambos, la ambulancia, con su estridente sirena. Daniela se despidió de Alejandro con un fugaz beso en las mejillas, le hizo con las manos un gesto a la lejanía a Gabriela y se marchó.

Gabriela respondió al saludo mecánicamente. Sin embargo, y a pesar de la ansiedad que la embargaba, algo le supo descolocado en la situación.

–¿Qué le pasa a Daniela; por qué se fue? –le preguntó a su hermano, a la vez que miraba como de la ambulancia bajaban una camilla.

–Luego te cuento –replicó él. Gabriela, al igual que el abuelo, reconocería su mentira con sólo mirarlo a los ojos. Prefería postergar la hora de decírselo. De todas formas, éste no era el momento de hacerlo.

Capítulo 49

Capítulo Siete: La otra Berenice - X

Cuando Daniela regresó a la pensión, Sofía aún no había vuelto del cumpleaños. Eso llamó su atención. Supuso que estaría sociabilizando con sus vecinos y que habría perdido la noción del tiempo. Pero cuando se hicieron las diez de la noche intuyó que algo más había pasado. Se escabulló de los preparativos de la cena y caminó presurosa hacia la casa de Mariel.

La encontró metros antes, en su propia casa, sentada delante de la puerta principal, con la mirada perdida. Cuando se sentó a su lado, Sofía reaccionó, y la sorprendió con una pregunta absurda.

–Daniela, ¿vos viste entrar a Samy a esa casa? –y señaló con un gesto de la cabeza la casa de Mariel.

–¿A qué viene todo esto? ¡Claro que sí! ¿Pasó algo?

–¿Estás segura? –insistió Sofía.

Daniela permaneció pensativa un momento, tratando de recordar. En realidad, entrar no lo había visto nunca, pero sí vio cómo se dirigía a la casa y la próxima vez que miró, no estaba más; ergo: había entrado a su casa.

–¿Qué fue lo que pasó, Sofía? –repitió, inquieta.

–Pues que Samy no es el hijo de Mariel –ante el asombro de su amiga se apresuró en aclarar–: Efectivamente, nuestra vecina tiene un hijo que hoy cumplió once años, llamado Samuel, pero ése Samy tiene la piel trigueña, los ojos marrones y el cabello muy oscuro, con unos rulos enormes… No es el chico que viene a pedir rosas para su mamá…

Tremenda casualidad no dejaba de ser asombrosa, pero aún así, no justificaba esa mirada en su rostro.

–Evidentemente hay dos Samys en el barrio. Pero… no sé… Tengo una sensación rara… Como si algo estuviera tremendamente mal.

Daniela no replicó, pero una vez más sintió como un escalofrío le recorría el cuerpo. No podía dejar de asociar ese niño a los golpes que aparecieron en la casa, a pesar de saberlo totalmente disparatado e inexplicable. Había sido una casualidad, por supuesto, pero recordar su experiencia de los días que había permanecido aquí, intentando develar el origen del sonido de los golpes, sumado al ver a Sofía devastada, fue superior a sus

fuerzas. De repente sintió la necesidad de irse de ese lugar, de volver a la seguridad de la pensión. Pero entonces recordó lo que había pasado aquella tarde entre ella y Alejandro y se sintió desfallecer. Regresar a la pensión, enfrentar a sus amigas, a la mirada reprobadora de Matilde, los comentarios de las demás inmiscuyéndose en su vida… No creía poder soportar eso esta noche. En sus manos estaba demorar el momento de hacer pública su ruptura; podía tomarse unos días si quería… Pero eso sería potenciar un autoengaño peligroso para su propio corazón, que –lo sabía– alentaba la esperanza de que esto hubiera sido un arranque irreflexivo solamente y que al cabo de un tiempo Alejandro la extrañara y se arrepintiera.

Ahora fue Sofía quien notó que algo le pasaba. Se lo preguntó con la mirada, temerosa de formularlo en palabras, deduciendo por conocimiento de antecedentes, lo que había ocurrido. Daniela suspiró tristemente. A ella sí se lo podría decir; Sofía no los juzgaría ni opinaría frívolamente sobre lo ocurrido.

En pocas palabras se lo contó. Incluso su consentimiento en decir que a la decisión la había tomado ella, para evitar más agitación de la que de todas formas habría. Sofía la oyó sin interrumpirla pero se sintió indignada. Le dolía ver la resignación de Daniela y su insistencia en asegurar que ese tiempo juntos habían sido un regalo, que estar con Alejandro había sido un sueño hecho realidad y que como todo sueño, debía acabar. Pero al mismo tiempo comprendía el esfuerzo que su amiga estaba haciendo por hacerse a la idea y sobrellevarlo dignamente, de modo que se impidió hacer comentarios al respecto. Ya lo haría, más adelante, cuando no fuera tan doloroso para Daniela hablar de esto.

–¿Preferís que hoy cenemos acá, las dos solas? –le propuso.

Daniela sacudió la cabeza. ¡Lo único que faltaría, para completar el día raro que ambas habían tenido, era que en medio de la cena comenzaran nuevamente esos golpes malditos! Prefería ir a la pensión, cenar con todas… y esperar el momento más adecuado para contarles su decisión.

Capítulo 50

Capítulo Siete: La otra Berenice - XI

No fue tan traumático como había temido. Nadie notó esa noche que hubiera ocurrido algo; ni siquiera les llamó la atención su semblante alicaído ni la expresión de desconcierto que no se borraba del rostro de Sofía. Las muchachas estaban concentradas en la salida de esa noche. Les preocupaba más decidir qué ropa se pondrían, cómo se maquillarían, y a qué lugar irían a beber algo antes del baile, que las inusualmente silenciosas presencias de sus amigas.

Al día siguiente, por primera vez desde antes que empezaran su relación Alejandro no la llamó ni pasó a saludarla por la pensión. Más allá de lo que había ocurrido entre ellos a Daniela le preocupaba el abuelo Jorge. Hubiera deseado al menos poder acompañar a la familia en un momento tan difícil, pero a pesar de que le había pedido a Alejandro que le avisara si podía ayudarlos en algo, sabía que él no lo haría. No le daría la menor oportunidad de creer que podía retractarse de su decisión. Supuso que de momento ni siquiera sería posible continuar como amigos. Alejandro seguramente querría esperar a que su tristeza cicatrizara. Y a pesar de lo desolador que se le antojaba, se lo agradeció.

Pero Aldana, que estaba pendiente de todas, sintió la ausencia de Alejandro más que Daniela misma. A pesar de tenerle cierta desconfianza al muchacho, por su mala fama de mujeriego, le había tomado cariño: con su sobrina se había portado bien.

–¡Qué raro que Alejandro todavía no haya dado señales de vida! –exclamó, como al pasar.

Daniela y Sofía se miraron de reojo. Sofía le hizo un gesto firme con la cabeza, y, resignada, Daniela respondió.

–No es raro. Ayer cortamos. Me cansó…

Si no hubiera sido una triste situación, la expresión de asombro de la mujer las habría desparramado de la risa.

–¿Te cansó? ¿Por qué? ¿Y en qué momento? ¡Si parecían estar tan bien…!

Daniela se encogió de hombros.

–Sí, estábamos bien, pero… Yo ya me estoy por recibir. Si me esmero, este año podría terminar la licenciatura. En poco tiempo podría estar trabajando. Voy a empezar a tener otras metas en la vida; no quiero que

todo se reduzca a un título y un sueldo…

–¿Vos querías algo más serio?

–Siempre lo quise, pero desde que empecé a estar con él traté de desear otras cosas…, de ser como él…, pero no pude. Y él nunca va a cambiar. Siempre va a ser así como lo conocimos: eso es su vida. Trabajar todo el día, pelear contra la miseria económica y humana, ir a contramano del resto del mundo, tener al revés la escala de prioridades… Podríamos haber seguido juntos un tiempo más, pero tarde o temprano, la relación hubiera llegado a un punto muerto. Preferí cortarla antes, porque cuanto más tiempo transcurriera, más me hubiera dolido dejarlo…

–¡Lo bien que hiciste, Daniela! ¡De todas formas, siempre hubo respeto entre ustedes, y cuando haya pasado este momento volverán a ser amigos! ¡Y cada uno podría continuar con su vida sin estorbar al otro! ¡Te felicito!

El abrazo con que Aldana la estrechó tenía mucho de compasión, pero mucho más de alivio.

De sus amigas, solamente Matilde recibió con desconfianza la noticia. No hizo ningún comentario, seguramente porque vislumbraba su tristeza mal disimulada y no quería hacerla sentir peor. Pero odió a Alejandro con todas sus fuerzas, convencida de que, efectivamente, él la había usado como un pasatiempo y seguramente acababa de descartarla por haber encontrado algo mejor.

Capítulo 51

Capítulo Siete: La otra Berenice - XII

Jorge había empeorado de tal manera que Gabriela consideró prudente exigir a su abuela y a Fabiana que viajaran a Resistencia. A pesar de su insistencia Graciela se negó. Primero alegó que era un viaje demasiado largo y cansador. Luego, que no tenía sentido ir a ver morir al que había sido su compañero de vida. Finalmente confesó la verdad: que Jorge ya había muerto en su corazón hacía muchos años, desde antes de concretar la separación, y que nada –ni siquiera este trance en su salud– la conmovía lo suficiente como para motivarla a hacer el menor sacrificio por él. Sin embargo, sí convenció a Fabiana de que viajara, porque le parecía importante que los hermanos estuvieran unidos en un momento familiar tan dramático.

Fabiana llegó a Resistencia poco antes de la media mañana del lunes, tras un viaje largo, agotador y salpicado de contratiempos. El remise que tomó la dejó frente a la casa familiar, que se veía lúgubre y abandonada, muy diferente a como la recordaba. Alejandro, que había pedido adelantar su franco para estar cuando ella llegara, la recibió estrechándola en sus brazos. No dijo nada, pero la desolación había dejado marcas en su rostro. A pesar de que ahora era más alto que ella, Fabiana se sintió como si el tiempo hubiera retrocedido de repente y estuviera abrazando a su hermanito la noche previa a la separación, echados los tres sobre el césped, bajo la luz de las estrellas. Comprendía su angustia, pero no la compartía. Lo mejor que podía pasarles a todos era que ese maldito viejo muriese de una vez, y con él, las mentiras que su egoísmo y su vanidad habían elevado hasta destruir a su familia.

–Va a estar todo bien –le susurrró, mientras le palmeaba la espalda como cuando era un niño.

Alejandro trató de controlar las lágrimas mientras sacudía la cabeza.

–El pico de presión le destruyó el cerebro. Aun si sobreviviera, los médicos no arriesgan en qué condiciones sería… Nos están pidiendo que tomemos una decisión…

Fabiana le revolvió el cabello, sin saber qué responder. Era evidente que Alejandro estaba sufriendo horriblemente, pero la idea de que su abuelo muriese a ella le provocaba más alivio que pena. Como tampoco era buena para fingir, consideró más prudente no emitir ningún comentario.

–¿Y Gabriela? –preguntó, cambiando de tema. Tenía grandes deseos de ver a su hermana. Aunque no estaba segura de lo que resultaría de este

reencuentro.

–Fue a su casa por un rato, porque desde el sábado a la noche que tiene abandonada a su familia. Pero al mediodía nos encontraremos nuevamente en el sanatorio. ¿Te preparo el desayuno?

Fabiana sonrió.

–¡De acuerdo! –consintió–. ¡Y yo preparé el almuerzo! ¿Qué querés comer?

Tarde se le ocurrió que era altamente probable que, debido a la angustia y el ajetreo, Alejandro no tuviera apetito, pero sin embargo él asintió, entusiasmado.

–¡Por favor, Fabiana, muero por unas milanesas con papas fritas! –suplicó, y fue exactamente igual a la última vez que lo había visto, hacía tantos años que ya había perdido la cuenta. Pero en aquella oportunidad había sido en una visita que él y Gabriela les hicieron a ella y su abuela en su apartamento en Capital Federal.

–¡De acuerdo! –rió–. ¡Pero, Alejandro, por como lo pedís, daría la impresión de que no comés eso desde hace una eternidad!

–¡Es que no lo como desde hace una eternidad!

Fabiana lo miró asombrada.

–Pero… ¿por qué? ¿Qué pasa con la comida en esta casa?

Alejandro se encogió de hombros sin dejar de sonreír. Había una persona que cocinaba para el abuelo, en base a sus necesidades particulares, y como era comida sana Alejandro se sumaba a la mesa… cuando estaba. Generalmente, los almuerzos lo encontraban en el diario, masticando cualquier cosa barata que consiguiera para engañar al estómago o tomando mate hasta la tarde y a veces incluso hasta la hora de la cena, que de acuerdo a lo que se encontrara haciendo podía pasarla en la casa de la que hasta hacia unos días había sido su novia, donde no se comía chatarra, o junto al abuelo, o masticando algo para salir del paso con su grupo de trabajo.

A Fabiana aquello le sonó mal. ¿Hasta hace unos días…?

Alejandro se encogió nuevamente de hombros. Habían cortado, justo el mismo día que al abuelo le dio el ataque. No quiso entrar en detalles. Solamente le aclaró que en la familia aún nadie lo sabía. No era el

momento de comentarlo.

Fabiana lo observó con divertida resignación.

–¿Qué pasó? ¿Te presionó para convivir, para casarse, para buscar un bebé…?

Alejandro meneó la cabeza. A Fabiana tampoco podía mentirle. Pero, a diferencia de Gabriela, lo comprendería. Y en caso de que no, tampoco lo juzgaría.

–Me enamoré de otra. No podía seguir. Pero ella no lo sabe.

–Lo sabrá cuando empieces a salir con esa otra.

–Eso no pasará nunca.

No era el momento de comenzar una discusión. Tratando de disimular su tristeza, Alejandro le puso el desayuno sobre la mesa y se sentó a su lado. Los esperaba un día demasiado largo. Y el asunto que los había reunido trascendía un pobre desencuentro romántico.

Capítulo 52

Capítulo Siete: La otra Berenice - XIII

Fabiana y Alejandro pasaron juntos toda la mañana, poniéndose al día en años de ausencias. Después de almorzar Fabiana decidió recostarse a dormir un rato, porque el cansancio por el mal viaje comenzó a hacerse sentir. Alejandro aprovechó para ir al sanatorio y relevar a Gabriela. Los médicos les habían dicho que no tenía caso que se lo pasaran montando guardia, si de todas formas el horario de visita era reducido y en caso de presentarse cambios en el estado del abuelo les avisaría de inmediato, pero ellos se negaban a abandonarlo. Deseaban que él pudiera percibir su presencia y que eso le diera fuerzas para recuperarse, a pesar de los sombríos partes médicos.

Tras haber ido a su casa a controlar que su esposo y los niños estuvieran bien, Gabriela manejó hasta la residencia del abuelo, donde encontró a Fabiana recién levantada de la siesta. Las dos hermanas se estrecharon en un abrazo prolongado y lloraron de emoción antes de mirarse detenidamente al rostro para descubrir las señales del paso del tiempo, aún endebles en ambas.

Los abuelos fueron el primer tema obligado de conversación. La situación delicada de Jorge y las tristes anécdotas de lo que habían sido los últimos tiempos, primero con bastón, luego en sillas de ruedas, dependiendo cada vez más de la ayuda externa, contrastaba odiosamente con el derroche de salud, vitalidad y autosuficiencia que conservaba Graciela. Pero a diferencia de Fabiana, que apenas soportaba los lamentos de Gabriela, ésta adoraba a su abuela a pesar de que los había abandonado cuando aún eran niños, y le complacía saber que continuaba siendo la misma mujer que recordaba, con tan solo unas cuantas arrugas más.

Un tema fue llevando al siguiente. Entre todos, se filtró el desliz que Alejandro había cometido con una modelo invitada a la academia, que le había costado el puesto. Fue la primera diferencia que tuvieron.

–Si no era una de tus alumnas, ni menor de edad, no tendrías que haberte metido –le recriminó Fabiana.

–No, no conocés a Alejandro –replicó Gabriela–. Cuando se trata de mujeres y normas de convivencia, hay que marcarle reglas claras y firmes. Si hubiera dejado pasar eso, su próxima aventura hubiera sido con una de mis alumnas, menores de edad.

No fue la única discrepancia que tuvieron, lamentable por tratarse de su primer encuentro tras largos años de haberse comunicado solamente por medio de llamadas telefónicas, cartas postales, y últimamente, correos

electrónicos. Cuando Alejandro volvió a la casa, feliz por haber logrado ver durante dos minutos al abuelo, durante los cuales le habló y le acarició las manos, pero angustiado por la situación sin salida en que estaba, escuchó voces fuertes y un tono inusualmente elevado en ambas.

Incómodo, porque la última vez que las había oído discutir de esta manera eran unos niños, y porque no le parecía que fuera el momento indicado para sacar a relucir sus desacuerdos, Alejandro se encaminó para intervenir, pero lo que oyó lo petrificó.

–¡Ni se te ocurra decirle nada de esto a Alejandro y menos en este momento!

–¡Pero por supuesto que no! ¿Acaso no me conocés? Que esté tratando de abrirte los ojos no significa que me vaya a desubicar. No pienso decirle nada a Alejandro… por ahora, mientras el abuelo aún viva. Esperaba contar con vos, pero…

–¡Nunca! ¿Cómo se te ocurre? ¿No fue suficiente haber perdido a mamá y papá? ¿Qué nuestra familia se quebrara y creciéramos separados? ¿Ahora querés arrojarnos una última granada, para terminar de desintegrar lo poco que queda? ¡Solamente nosotros tres, Fabiana...! El abuelo se está yendo, y tampoco sabemos por cuánto tiempo más tendremos a la abuela. Solamente quedamos nosotros tres. ¡Vos sos libre de tomar el rumbo que prefieras (de todas formas, siempre lo hiciste), pero dejanos en paz a nosotros!

Alejandro estaba pálido. No sabía el motivo por el cual sus hermanas estaban discutiendo de esa manera, pero intuía que se trataba de algo relacionado al pasado de su abuelo. Algo tan terrible que la sola posibilidad de que él se enterase había desquiciado a Gabriela. En ese momento odió a Fabiana. Nada podría cambiar en su corazón el amor y la gratitud hacia el hombre que lo había formado en la vida. Lo que hubiera en su pasado, al pasado pertenecía.

Se sentía repentinamente débil. No quería sorprenderlas en medio de la discusión; temía que Fabiana, suponiendo que él pudo haber escuchado la conversación (que era cierto) enloqueciera y le contara aquello a lo que Gabriela (y él también) se oponía. De modo que caminó hacia la puerta principal, la abrió y la cerró de un portazo, simulando entrar recién. Fue notable el silencio que se hizo en el lugar. Lentamente fue hacia la cocina. Las encontró sentadas a la mesa, con una taza de té en las manos y un paquete de galletitas abierto, pero completo, lo que significaba que recién estaban empezando a tomar la merienda cuando se inició la discusión. Tras haberlas saludado Gabriela le preguntó por el abuelo. El apremio con que habló podría haber pasado por su natural preocupación, pero Alejandro supo que se debía a que necesitaba relajar el ambiente de lo

que acababa de suceder.

–Está igual –respondió él en un murmullo, tratando de mantenerse sereno–. Los médicos no dan esperanzas… Dicen que vive solamente gracias al respirador artificial–. Y se puso de espaldas a ella, simulando ir a buscar algo para beber, para impedir que vieran las lágrimas que empezaron a formarse en sus ojos.

Ambos, él y Gabriela, esperaron que Fabiana hiciera alguna acotación relacionada a la crueldad de forzar la vida en algo que estaba muriendo, pero ella permaneció respetuosamente callada.

–¡Qué situación horrible! Si fuera yo teniendo que decidir entre la vida y la muerte de la abuela, estaría llorando desesperada, con migrañas y arritmia, sin poder hacer nada –dijo finalmente, cuando el silencio se hizo insoportable.

Era lo más cercano que podían esperar de ella a un gesto empático.

Alejandro y Gabriela se miraron, angustiados. Esta situación no podía prolongarse indefinidamente. O sí. Pero entonces, en algún momento, se verían forzados a tomar una decisión. Esa decisión. De la que rehuían con espanto.

–Pude entrar a verlo –contó Alejandro–. Había pensado tantas cosas que le quería decir… Cosas que podríamos hacer cuando él mejorase, palabras de aliento…, pero no me salió nada de eso. En cambio, le pedí por favor que si se tenía que ir, que se fuera solo, que no nos obligara a nosotros a tomar esa decisión…

Una vez más, nadie replicó. Los tres se sumieron en el silencio. Éste se quebró violentamente unos minutos después, con el timbre del teléfono. Se miraron entre sí, temerosos de responder.

–Posiblemente sea Daniela –arriesgó Gabriela, que a pesar del ajetreo de los últimos días, había echado de menos a su cuñada.

Alejandro sacudió tristemente la cabeza.

–No es Daniela. Te lo puedo asegurar –murmuró.

Al cuarto timbrazo Fabiana se puso de pie y fue hacia la sala de estar. Cogió el tubo y atendió. El silencio cubrió la casa con un manto helado. Fabiana se volvió hacia ellos, con el tubo pegado a la oreja, balbuceando palabras mudas a su interlocutor, con la mirada quebrada. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró murmurar un “de acuerdo” antes de cortar.

Sin atinar a moverse, sacudió penosamente la cabeza. Sus hermanos no necesitaron más: habían entendido. El abuelo acababa de fallecer.

Capítulo 53

Capítulo Siete: La otra Berenice - XIV

El martes a primera hora, Sofía recibió un llamado de la inmobiliaria, avisándole que había una pareja interesada en ver la casa. Acordaron que pasarían por allí a media mañana. Contenta, Sofía desayunó rápidamente y casi corrió hasta su casa, pues quería controlar que estuviera limpia y ordenada, para que al menos diera una buena primera impresión.

La casa estaba impecable. No podía ser de otra manera, si cada vez que iba allí junto con Daniela, entre ambas se ocupaban de mantenerla en perfectas condiciones. Sin embargo, cogió un plumero y sacudió el polvo de los muebles, una tarea casi diaria. Cuando había terminado vio aparecer a Daniela, que la regañó por no haberle avisado las novedades.

–Habríamos podido venir juntas y no habrías tenido que hacer sola todo el trabajo –le recriminó.

Sofía se encogió de hombros, sonriendo. Mientras limpiaba, una sensación ambivalente había empezado a invadirla. Por un lado, el deseo, las ansias, de que la casa finalmente se alquilase, pero al mismo tiempo, la certeza que de concretarse eso, ya no tendría caso su permanencia en esta ciudad. Echaba de menos Buenos Aires, a Raquel, Jonathan y Florián; se sentía un poco en falta con sus colegas, a los que había dejado solos atendiendo su consultorio…, pero sabía que cuando regresara extrañaría mucho más Resistencia, sus amigas de la pensión, los vecinos que había empezado a estimar… y especialmente la casa.

Esa casa… Ese misterioso legado de su padre, el refugio de su madre, y su propio tormento… Extrañaría la casa también. A pesar de los golpes, era un buen lugar para vivir.

–Alguna vez voy a vivir acá –se juró, en un murmullo que Daniela no alcanzó a oír–. No sé cuándo ni por cuánto tiempo, pero me lo debo. Y quizás entonces, con calma, pueda desentrañar lo que ocurrió entre mis padres… y recuperar la paz en mi corazón y la confianza en los demás…

Faltaba poco para la media mañana. Sofía estaba impaciente. Constantemente miraba hacia la calle a través de la ventana principal. Daniela la observaba en silencio, reprimiendo la risa. Parecía una niña contando los minutos que faltaban para poder abrir un regalo. Casi no prestaba atención a lo que le estaba diciendo, por lo que su conversación parecía un diálogo desquiciado.

De repente la vio palidecer e incorporarse bruscamente. Buscó con la mirada aquello que le había quitado el aliento y palideció a su vez. En la

vereda, una vez más, estaba Samy, tratando de abrir el portón con una mano, mientras extendía la otra hacia el rosal. Antes de que Daniela atinara a hacer nada Sofía se había abalanzado hacia la puerta para salir a su encuentro.

No entendía por qué era tan importante para ella si solamente habían mantenido una breve conversación algunas veces; tampoco le gustaban los niños, pero al ver nuevamente a éste se le había iluminado el corazón y la perturbación que había sacudido su alma días pasados se empequeñeció. Samy le sonrió al verla. Dejó de luchar contra el portón y le hizo el gesto cómplice de siempre.

–¿Otra rosa? –preguntó Sofía, sonriendo, a modo de saludo.

Él asintió.

–¿Para tu mamá?

–Sí. Pero será la última, por ahora.

–¿De verdad? ¿Y eso por qué? –lamentó Sofía. Sus conversaciones podían ser totalmente intrascendentes, pero se había encariñado con el pequeño lo suficiente como para saber que lo extrañaría.

–Porque van a alquilar la casa y no quiero molestar a esas personas.

–Pues… no perderías nada preguntándoles si podrían darte un par de rosas de tanto en tanto –sugirió Sofía, guiñándole un ojo.

Samy sonrió.

–No lo había pensado. Lo haré.

–Pensé que vivías aquí –la joven señaló con la cabeza la casa de al lado, mientras buscaba la rosa más hermosa y un pimpollo que recién empezaba a abrirse, para cortarlos y entregárselos–. De hecho, tienen un niño que cumplió once años la semana pasado, llamado Samuel. ¡Pensé que eras vos!

La sonrisa de Samy se hizo más grande.

–Vivía aquí, pero luego nos fuimos. Nos mudamos –explicó.

Sofía supuso que de todas formas seguiría en el barrio y en las cercanías, lo cual justificaba sus frecuentes apariciones por la casa. Se acercó a él para entregarle las rosas y le remarcó que fuera cuidadoso, por las espinas. Lo ayudó a coger las flores con una mano, mientras hacía equilibrio con el balero que sostenía con la otra. Pero de repente, haciendo

un movimiento firme, él se lo ofreció.

–Te quiero regalar mi balero, para agradecer todas las rosas que me diste para mamá –explicó.

Sofía lo observó atónita.

–Pero… es tu juguete. Me da la impresión de que nunca te separás de él –replicó–. Además, las flores siguen brotando; no me cuesta nada dártelas. Y lo hago con mucho gusto, porque no es frecuente para mí ver niños que tengan este gesto tan dulce hacia sus madres.

Samy bajó la mirada pero su brazo permaneció firme.

–Ya estoy grande para jugar siempre con el balero. Ahora tengo que hacer otras cosas. Quiero regalártelo; quiero que te lo quedes vos. Por favor…

Sofía ya no pudo negarse. Tomó el balero de las pequeñas y cálidas manitas de Samy, observando atentamente cada detalle: los colores, algunas partes con la pintura descascarada, la fuerza de la madera, el cordel gastado…

–¡Gracias! –fue lo único que atinó a decir–. Es un regalo muy especial. Cada vez que lo vea, me acordaré de vos y nuestras conversaciones.

Sin dejar de sonreír, Samy agradeció las rosas con un gesto y se alejó. Sofía lo vio marcharse, caminando a paso alegre, acercando cada tanto las rosas a su nariz. Cuando se volvió para entrar a la casa se encontró con Daniela, que los observaba atentamente.

–¿Te dijo dónde vive? –quiso saber.

–No. Pero sí me dijo que solía vivir en esa casa, antes de mudarse.

–¿Se te fue esa sensación rara?

La sonrisa de Sofía y su expresión de contento no necesitaron de palabras para que Daniela comprendiera la respuesta. .

Apenas terminaban de entrar a la casa cuando oyeron voces que se aproximaban. Eran la mujer de la inmobiliaria con un hombre joven. Daniela se le adelantó y los hizo pasar. Tras saludarse en el interior de la casa, Sofía notó que el muchacho la observaba con asombro. Tenía una pequeña cámara fotográfica consigo. Le explicó que su novia no había podido acompañarlo porque se encontraba trabajando en Buenos Aires, por lo que –si ella se lo permitía– tomaría algunas fotos de la casa.

–No es lo mismo que verla personalmente, pero de lo contrario tendríamos que esperar otro par de semanas, y nuestra intención es mudarnos cuanto antes –comentó.

Con tal de que la casa se alquilara Sofía estaba dispuesta a consentir lo que fuera. El joven fue tomando una fotografía detrás de otra durante todo el recorrido por la propiedad, y finalmente, repitió el trayecto, para hacer una pequeña filmación. En la conversación que tuvieron le explicó que la casa les interesaba no sólo por la ubicación y su disposición, sino también por los muebles.

–Hace varios meses que empezamos a ahorrar y comprar las cosas más importantes, pero con lo que tenemos apenas llenaríamos un ambiente, y preferiríamos una casa… Vimos varias, pero mucho no nos gustaron. ¡Esta, sin embargo, es perfecta! ¡Sé que a Berenice le va a encantar!

–Yo también trabajo en Buenos Aires –contó Sofía, pero de inmediato se corrigió:– Vivo en Buenos Aires; nací allí, y allí vivo y trabajo. Para no estar yendo y viniendo (porque es un trayecto largo), esperaría a que me confirmen si realmente desean alquilar la casa y me quedaría hasta firmar el contrato.

–¡Sería lo ideal! –exclamó el muchacho.

Él le causó una excelente impresión a Sofía. Tenía la mirada franca, sus movimientos eran naturalmente elegantes, y sonreía con la candidez de un niño. Pero Daniela lo observaba con desconfianza. No podía precisar qué, pero algo en él le advertía que no era quien aseguraba, que algo escondía.

Se despidieron con un –para Sofía– demasiado formal apretón de manos. El joven le prometió enviar ya mismo las fotos y la filmación a su novia, y en caso de que ella estuviera de acuerdo, el contrato podía firmarse esa misma semana. De ser posible, él quería comenzar con la mudanza inmediatamente después, para recibir a Berenice con el grueso de las cosas ya ordenadas, en su próximo viaje a Resistencia.

Una vez que se fueron, las muchachas recorrieron una vez más la casa, comprobando que puertas y ventanas estuvieran correctamente cerradas. Estaban casi saliendo cuando sintieron el chirriar del portoncito. Espiaron a través de la ventana y vieron a Aldana. Parecía angustiada y muy agitada. Entró sin llamar. Se detuvo al verlas. Tomó un poco de aliento, tratando de tranquilizarse, mientras las miraba a una y otra alternativamente. Finalmente, posó sus ojos en Daniela y se acercó a ella.

–Gabriela llamó a la pensión y pidió hablar con vos. Como no estabas, me

lo dejo dicho a mí. Falleció el abuelo, Daniela. Lo están velando en el centro. Esta tardecita lo entierran…

Capítulo 54

Capítulo Siete: La otra Berenice - XV

Las jóvenes ni siquiera almorzaron. A toda prisa regresaron a la pensión, donde se cambiaron la ropa por otra más discreta. Aldana las acercó en su auto hasta la sala velatoria, en pleno centro, sobre una de las avenidas principales. Ella también bajó, y así fueron, las tres juntas, a ofrecerle el pésame a Alejandro. El muchacho se lo agradeció con una mirada apagada. A pesar de que trataba de guardar la compostura, tenía los ojos enrojecidos. Cuando Daniela lo abrazó no pudo seguir reprimiendo el llanto. Se aferró a ella hasta cortarle el aliento. También estrechó a Sofía en un largo abrazo. Las muchachas le palmearon la espalda y lo mecieron en sus brazos, afligidas, sin saber qué más hacer por consolarlo.

Gabriela también estaba desolada. A su lado estaba Fabiana, enteramente vestida de negro, abrazándola y murmurándole palabras de aliento. El dolor de sus hermanos parecía afectarle más que la pérdida del abuelo, pero eso no las sorprendió.

Tras haber cumplido con las formas Aldana regresó a la pensión. Daniela y Sofía permanecieron junto a Gabriela y Alejandro, observándose en silencio. Esporádicamente alguno de ellos recobraba el habla y las invitaba a un breve diálogo, antes de caer irremediablemente de nuevo en un doloroso mutismo de recuerdos y reproches.

Fabiana se encargó de atender a los presentes. Ella los recibía, los despedía y les ofrecía frecuentemente algo para beber y bocadillos. Hablaba muy bajo cuando alguien le hacía una pregunta o la invitaba a mantener una conversación para ayudar al tiempo a transcurrir con un poco más de prisa. Daniela estaba fascinada. Lamentaba estar conociéndola en circunstancias tan lamentables, y no se refería a la muerte del abuelo sino a su separación de Alejandro. Fabiana daba la impresión de ser una mujer enérgica y decidida, pero a la vez sensible y solidaria. Se parecía mucho al abuelo: tenía la misma mandíbula cuadrada, los huesos grandes, la mirada penetrante y los dedos largos y delgados. Sin embargo, casi no habló con ella. Permaneció junto a Sofía, Gabriela y Alejandro, observándola ir y venir para que todos estuvieran cómodos.

La hora del entierro se atrasó; empezaba a caer el sol cuando la caravana partió hacia el cementerio. Gabriela insistió en que las muchachas fueran con ellos en el auto de la familia y Alejandro no tuvo fuerzas para oponerse. Fabiana solamente observó la escena en silencio. No precisó más de dos gestos de su hermano para descubrir que la joven que había flechado su corazón era Sofía. Una niña preciosa, delicada y encantadora. Pero amiga de la que había sido su novia hasta hacía unos días. Menudo

problema. ¡Solamente Alejandro podía meterse en encrucijadas como esa!

La ceremonia religiosa fue conmovedora. Fabiana, Gabriela y Alejandro permanecieron abrazados el tiempo que duró. Muchos trataron de envolverlos en un abrazo compasivo, pero daban la impresión de consolarse solamente entre ellos. Ante la tumba abierta sólo se oían la lúgubre voz del cura y el llanto de los hermanos menores.

Pero de repente…

La primera en oírlo fue Daniela, aunque al principio estaba tan compenetrada con la misa y el dolor de Alejandro que no le dio más importancia de la que le habría dado a cualquier sonido molesto de la calle. Sofía también lo notó, pero fuera de contexto, tardó en asociarlo. Súbitamente, aquel ruido lejano empezó a martillarles la cabeza y se miraron de reojo. Ver la expresión de la otra reflejada en sus propias pupilas las despertó a otra realidad. Un manto fúnebre –mucho más funesto que el que cubría la muerte del abuelo– les heló la sangre.

Estaban escuchando los condenados golpes. Los mismos que durante tanto tiempo las habían atormentado en la casa de Sofía; aquellos que Matilde había clasificado como "irregulares, como si unas ramas estuvieran chocando contra algo". ¡Pero era imposible! ¡Tenía que ser el cansancio, el estrés por tantas cosas que habían ocurrido casi simultáneamente…!

Sin embargo, los golpes continuaban. No eran fuertes. No los habrían podido oír nunca de no haber sido por la quietud del lugar.

Disimuladamente las jóvenes se fueron apartando del grupo. Estaban todos tan concentrados en las palabras del cura que nadie les prestó atención ni las echó de menos. De todas formas, no tenían intenciones de abandonar la ceremonia: solamente echarían una miradita a su alrededor y volverían; casi con seguridad, sin haber vislumbrado nada, como había ocurrido en la casa.

El sonido las llevó unos cuantos metros adentro. Allí, apenas iluminadas por la tenue luz del crepúsculo, había un grupo de tumbas abandonadas. Había un arbusto medio pelado que se agitaba con la brisa; sus ramas eran tan largas, que chocaban contra un par de lápidas. Aquello por sí solo podría haber pasado por una simple casualidad.

Sin embargo, se acercaron un poco más. Lo que vio, cayó sobre Sofía con la brutalidad de un rayo. "Samuel Nabel (1982–1992)" "Hijo: el mismo azar que te trajo a la Vida, te arrancó de mis brazos" rezaba la lápida más pequeña; mientras que la que estaba a su izquierda tenía escrito,

simplemente: “Sarah Nabel (1953–1992). “Amada madre y esposa”.

El estallido de ese azote a su alma se completó cuando –al caer de rodillas ante las lápidas, buscando tocarlas para asegurarse de que fueran reales y no un delirio de su imaginación– halló, sobre la tumba de su madre, algunas rosas secas y deshojadas desparramadas por el viento, contrastando con una rosa madura en su plenitud, y un pimpollo tratando de abrirse a la vida, amorosamente apoyados contra el nombre tallado…